

SERIE STONE LIBRO 1

Corazón de **PIEDRA**



POR LA AUTORA DE BESTSELLERS DE LA SERIE STONE

DAKOTA WILLINK

CORAZON DE PIEDRA

Dakota Willink

**Traducido Por
Elizabeth Garay
Dragonfly Ink. Publishing**

Este libro es una publicación original de Dakota Willink, LLC
© **2015 by Dakota Willink**

Todos los derechos reservados.

De acuerdo con la Ley de derechos de autor de los Estados Unidos de 1976, ninguna parte de este libro puede reproducirse, escanearse o distribuirse en forma impresa o electrónica sin el permiso del editor.

No participe ni fomente la piratería ilegal de materiales con derechos de autor en violación de la propiedad intelectual del autor.

Datos de catalogación en publicación de la Biblioteca del Congreso

Heart of Stone | © 2016 by Dakota Willink | BKR858-47

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Diseño de portada por BookCoverMasterClass.com © 2017

Traducción: Elizabeth Garay

garayliz@gmail.com

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Notas](#)

"Hazlo o no... pero no lo intentes"
- Yoda

Krystina

UN MECHÓN DE CABELLO CASTAÑO RIZADO SE SOLTÓ DE MI COLA DE caballo. Me aparté el pelo de mis ojos, me limpié el sudor de la frente y me paré a ver la obra maestra que tenía ante mí. Bueno, en realidad no era una obra maestra, era un exhibidor de productos de supermercado. Simple y llanamente.

—¡Excelente trabajo, Krys!

Levanté la vista para ver a mi corpulento jefe, Walter Roberts, caminando hacia mí.

—Gracias, Sr. Roberts —respondí distraídamente. Me limpié el polvo de las manos con el delantal y examiné la pantalla que había construido.

Dios, odio los planogramas.

—Oh, vamos. No pongas esa cara —dijo mi jefe, tomando nota de la evidente irritación mostrada en mi rostro—. Sé que no te gusta crear exhibidores copiados tan solo de un diagrama.

—No me gusta la manera en que los lados sobresalen de esa forma por el pasillo —me quejé, señalando el exterior del exhibidor—. La exhibición está bien, considerando el hecho de que es solo un montón de judías verdes enlatadas y crema de champiñones. Es la estantería lo que me molesta. Creo que este diseño de pirámide al revés es un peligro.

—Sabes que si fuera cualquier otro día, te dejaría echar a andar tu creatividad. Pero hoy, no puedo permitirlo —dijo el Sr. Roberts, sacudiendo la cabeza con vehemencia. Las líneas de preocupación se extendieron por su rostro redondo—. Los inversionistas potenciales estarán aquí a la una y todo debe estar perfecto. Tengo que seguir las reglas, Krys. Lo siento, pero hay mucho en juego.

Puso una mano paciente en mi hombro para tranquilizarme y no pude evitar suavizar mi agria disposición. Realmente me agradaba el Sr. Roberts y no quería hacerle pasar un mal rato, especialmente considerando todo el

estrés al que estaba sometido.

No era ningún secreto que la tienda de comestibles Wally's estaba en problemas financieros. Después de que hacía unos años el mercado de valores había tocado fondo, la mayoría de los pequeños supermercados tuvieron que cerrar sus puertas para siempre, dejando a Duane Reade como el único competidor real. Wally's se las había arreglado para mantenerse a flote, pero necesitarían un fuerte inversionista si esperaban permanecer abiertos mucho más tiempo. Si quería un trabajo, tenía que ceñirme a los planogramas, al menos por hoy.

—Supongo que tiene razón —concedí.

—¡Eso está mejor! —dijo después de ver mi cambio de comportamiento. Me dio una fuerte palmada en el hombro—. Sabía que podía contar contigo, Krys. ¡Serás gerente antes de que te des cuenta!

Y con eso, se fue a agobiar a los empleados del siguiente departamento.

Me reí para mis adentros mientras limpiaba mi área de trabajo. El Sr. Roberts siempre estaba haciendo comentarios sobre promocionarme, a pesar de que estaba completamente consciente de que aquí nunca aceptaría el empleo de gerente.

En gran parte disfrutaba trabajar en Wally's. Mis compañeros de trabajo eran geniales y me llevaba bien con mi jefe. Durante los últimos meses había considerado seriamente las numerosas ofertas de gerente que me había presentado el Sr. Roberts. Sin embargo, un puesto gerencial en Wally's, simplemente no era para mí. Y ciertamente no iba a ayudarme a pagar mis cuentas. Mi graduación de la universidad hacía seis meses no solo marcaba el comienzo de un nuevo futuro; era un recordatorio de que las facturas de mis préstamos estudiantiles vencerían en cualquier momento. Infortunadamente, mi salario en Wally's ni siquiera podía comenzar a hacer mella en ellas.

Si bien el trabajo me había venido bien durante mis años universitarios, comenzaba a volverse monótono. Crea un exhibidor, quítalo. Crea otro, elimínalo. Las mismas tareas repetitivas, día tras día. Anhelaba utilizar mi título en mercadotecnia, deseando que mi pasión por las ventas tuviera un impacto en el mundo de la publicidad. Quería un trabajo de verdad, uno que me diera satisfacción. Y uno que me diera un sueldo más cuantioso. No podía seguir aceptando el apoyo de mi padrastro, pero las oportunidades laborales en Nueva York eran escasas o nulas. Cuando el mercado de valores se hundió, no solo había afectado a las tiendas de comestibles. Sino a todo el mundo de los negocios.

Suspiré para mí misma mientras regresaba a la sala de descanso para recoger mis pertenencias. No me hacía ningún bien pensar en el hecho de que los trabajos eran escasos. Solo necesitaba seguir buscando. Pero no hoy. No había tenido una tarde libre en lo que parecían siglos, y estaba ansiosa por tener un momento de tranquilidad. Era un día hermoso, inusualmente cálido para principios de octubre, y había trabajado el turno de la mañana. Una tarde en Central Park, leyendo un libro en medio del follaje cambiante, era justo lo que necesitaba para relajarme.

Pensamientos de sol y hojas de otoño jugaban en mi mente mientras me acercaba a mi casillero y comenzaba a girar la cerradura de combinación.

—¡Oye, Kryss! —dijo una voz demasiado familiar.

Levanté la vista y vi a Jim McNamara. Gemí interiormente mientras arrojaba el contenido de mi casillero en mi enorme bolso.

—Hola, Jim —saludé con forzada cortesía. Sabía lo que estaba por venir y un nudo de pavor se formó en mi estómago. Jim siempre me invitaba a salir y no quería lidiar con sus ojos de cachorro herido cuando lo rechazara, *de nuevo*. Estaba cansada de un turno largo y solo quería terminarlo. Recé para que tal vez fuera mi día de suerte y me dejara en paz por una vez.

—¿Tienes planes para esta noche? ¿Qué tal si me acompañas a comer algo? —preguntó, siempre el optimista incansable.

Tan predecible.

Al parecer, la suerte no iba a cooperar conmigo.

Quizá si no respondo, él entenderá la indirecta.

Me volví hacia mi casillero, fingiendo no escuchar su invitación a cenar.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Vamos a cenar en el nuevo local de tacos al final de la calle? —preguntó ansiosamente, sin reconocer el hecho de que había estado ignorando la invitación.

Ya debería conocer mejor a Jim.

—En realidad, ya tengo planes. Lo siento —me disculpé a medias, empujando la puerta de mi casillero para cerrarla.

Una parte de mí se sentía culpable por pensar en Jim como nada más que una molestia. Era un buen tipo, de aspecto decente, cabello rubio arenoso y esa especie de cara de chico de al lado. Jim y yo trabajábamos juntos en Wally's desde hacía tres años, y en los dos últimos años, creo que me había invitado a salir todos los días. Podría haber sido un buen partido si yo tuviera algún interés en las citas. Infortunadamente, Jim nunca entendía ninguna de las sutiles pistas que le lanzaba y no tenía el corazón para ser completamente

desagradable con él. Por lo general, soy muy buena evitándolo, así que de inicio, me maldije por no oírlo entrar en la sala de descanso.

—¡Oh, vamos, Krys! Siempre estás ocupada —se quejó. Cuando me volví para mirarlo, ahí estaba, la cara de cachorro triste. Tuve que contener la urgencia de poner los ojos en blanco.

Sé amable.

—En otra ocasión, tal vez —dije, tratando de moverme fuera de la esquina en la que estaba metida. Y estaba, literalmente, acorralada. Con una pared a mi espalda, una fila de casilleros a mi izquierda y una mesa a mi derecha, estaba definitivamente atrapada. Jim se paró frente a mí, formando un espacio perfectamente delimitado, bloqueando la salida de la sala de descanso.

—Te diré algo, ¿qué tal si eliges la fecha y la hora? Prometo hacer que valga la pena —dijo con un guiño.

—Revisaré mi calendario y te lo haré saber —mentí.

De repente me acordé de una caricatura que vi cuando era niña, la del perro que tenía un ángel en un hombro y un diablo en el otro lado. El ángel me sermonaba y movía el dedo con desaprobación.

No deberías engañarlo, Krystina. ¿Por qué no aceptas cenar con el buen chico?

Ignoré al ángel, pasé junto a Jim y caminé rápidamente hacia la puerta de la sala de descanso. Sabía que debería haber sido sincera con Jim hace mucho tiempo. Cualquier otro chico habría recibido una negativa contundente, si no grosera, en su primer intento de invitarme a salir, disuadiendo cualquier pensamiento de volver a invitarme. Jim simplemente lo hacía tan difícil, era casi un chico *demasiado* agradable.

—Revisa tu agenda y te preguntaré mañana —me dijo Jim alegremente.

Estaba segura de que lo haría.

La culpa carcomía mi conciencia. Quizás estaba manejando la situación con Jim completamente mal, pero en mi corazón, sabía que era lo mejor. Él no sabía nada de mi pasado y era mejor que no lo supiera. Lo último que quería era su compasión.

Jim se merece una buena chica, no alguien amargada como yo.

—Te veré más tarde, Jim.

Lancé un saludo desdeñoso por encima de mi hombro y salí apresuradamente de la sala de descanso hacia la entrada principal de Wally's. Necesitaba alejarme rápidamente antes de que pudiera presionarme más.

Tan pronto como salí a las calles de Nueva York, respiré profundamente.

El olor de los perritos calientes y el escape de los automóviles impregnaba el aire, mientras que el ruido del tráfico y de la gente llenaba mis oídos. La sirena de un auto de policía sonó estridentemente en la distancia, sumándose a la ráfaga constante del caos organizado de la ciudad.

Estiré los brazos y los hombros, con los músculos rígidos y doloridos por cargar verduras enlatadas todo el día. La fatiga comenzaba a aparecer mientras me alejaba de Wally's. Trabajar el turno de la mañana era genial porque podía disfrutar de las tardes. Sin embargo, ese turno también implicaba una alarma de reloj a las cuatro de la mañana. Mi cuerpo clamaba por cafeína. Definitivamente era necesaria una parada en el Café La Biga, especialmente si quería permanecer despierta el tiempo suficiente para disfrutar de la ola de calor que la ciudad estaba experimentando a finales de año. Saqué el iPod de mi bolso, me conecté los pequeños auriculares y comencé la corta caminata hasta mi cafetería favorita por la calle 57.

Había una pequeña construcción más adelante y tuve que bajar de la acera para evitarla. Unos cuantos hombres con cascos de color naranja neón asintieron apreciativamente en mi dirección, luego siguieron con detestables silbidos. Me recordaron un artículo que leí una vez sobre la asombrosa cantidad de veces que la mujer promedio es acosada cuando camina por la ciudad.

Fruncí el ceño a los hombres y resistí el impulso de hacerles un gesto obsceno con la mano.

Cerdos.

Rápidamente esquivé la construcción, subí el volumen de mi iPod y tararéé una canción de *Tokyo Police Club*. Era una melodía alegre que añadía un poco de brío a mi paso, alejando rápidamente la irritación que sentía por los trabajadores de la ciudad.

Al sentirme más relajada, comencé a hacer lo que siempre hago cuando camino por las calles de Nueva York. Contemplar las vistas a mi alrededor. Desde que me mudé aquí hacía más de cuatro años, todavía no me había cansado de los constantes cambios y las pequeñas sorpresas que mi ciudad me reservaba todos los días. Los sonidos, los olores y la energía no se podían comparar con ningún otro lugar.

Si bien al principio su mero tamaño pudo haber sido intimidante, rápidamente me acostumbré al ajetreo y el bullicio y me adapté en consecuencia. Nueva York era un ser vivo. Tenía su propio pulso, un ritmo diferente al del resto del mundo, y me encantaba vivir aquí más de lo que

jamás imaginé posible.

Antes de doblar la esquina hacia la 8ª avenida, me llegó el aroma del café y los pasteles recién hechos. El Café La Biga fue inaugurado hacía treinta y cinco años por una pareja italiana, María y Angelo Gianfranco. El lugar era pequeño, con un interior sencillo que, según los propietarios, estaba inspirado en el original Café La Biga de Roma, Italia. Angelo frecuentemente se jactaba de que el café era el único lugar en Nueva York donde se podía tomar un verdadero espresso italiano. Si era cierto o no, no lo sabía. No era por eso que me había convertido en una asidua de la acogedora cafetería. Venía porque La Biga era una experiencia en sí misma.

Abrí la puerta de la cafetería y escuché el familiar sonido de los granos de café molidos. Todas las pequeñas mesas para dos personas estaban ocupadas, la charla local casi ahogaba la voz de Dean Martin que sonaba por los altavoces. Angelo estaba silbando detrás del mostrador, apisonando el café molido en un portafiltro. Se detuvo para ofrecerme una gran sonrisa cuando me vio entrar.

—¡Krys! ¡Ciao, bella! ¿Dónde has estado? ¡No te hemos visto en mucho tiempo!

—¡Solo han pasado dos días, Angelo! —Me reí con ligereza.

—Dos días es demasiado tiempo sin ver tu hermoso rostro —bromeó en un inglés entrecortado. Angelo comenzó a preparar mi bebida favorita sin que yo se lo pidiera: un capuchino con dos paquetes de azúcar blanca. El viejo italiano tenía la memoria de un elefante.

—Lo siento. He estado ocupada trabajando y enviando currículos a diferentes empresas de publicidad. Además, ayer y hoy trabajé en el turno de la mañana. Lamentablemente no estás abierto a las cuatro de la mañana — señalé con un pesaroso encogimiento de hombros—. Además, no te sientas mal por no verme. No he visto a mi compañera de cuarto en tres días, ¡y ella vive conmigo!

—Ustedes, los jóvenes, siempre están tan ocupados, ¡nunca se quedan quietos! —reprendió.

—Hablando de eso, ¿puedes poner mi café en una taza para llevar? Tengo una cita con un libro en Central Park —agregué con una sonrisa.

—¡Bravo, bravo! Me alegra saber que vas a disfrutar de este maravilloso sol. Necesitas relajarte y disfrutar de la vida más a menudo, *bella*. Si fuera unos años más joven, te mostraría cómo los italianos disfrutaban la vida —dijo con un guiño travieso y me entregó mi bebida.

Como si fuera una señal, María salió de la trastienda.

—¡Ah, basta, viejo tonto! Deja a la pobre chica en paz. ¡Ella no quiere que la molestes! —bromeó la esposa de Angelo. Los ojos de María se arrugaron en las esquinas mientras me sonreía. Me acerqué a la caja registradora y esperé a que me cobrara.

—¿Como estás cariño? Te ves delgada. Estás trabajando todo el tiempo —me regañó—. Necesitas comer algo, ¿no?

—Estoy bien, María. No, gracias —decliné amablemente.

Suspiré mientras de todos modos me empaquetaba unos pastelillos.

Calculé mentalmente las calorías que entraban en la bolsa. A mis caderas no les gustó la suma resultante. No me quedó más remedio que pagar el capuchino y los pasteles que no necesitaba. Por muy dulce que fuera María, nunca entendía la palabra 'no'.

Me despedí de María y Angelo y salí del café. Mi conversación con los dueños me recordó que tenía que llamar a Allyson, mi compañera de piso. La extrañaba. Últimamente nuestros horarios habían sido muy opuestos y no había hablado con mi amiga en días. Era un corto paseo hasta Central Park, y decidí llamarla en el camino.

Busqué en mi bolso mi teléfono celular, pero tuve problemas para localizarlo. Después de unos momentos, supe que no estaba allí.

¡Maldición!

En mi loca carrera por evitar a Jim, debí haberlo dejado en mi casillero en Wally's. Frustrada por el tiempo que estaría perdiendo, me di la vuelta y regresé.

Cuando finalmente llegué a la puerta principal de Wally's, dudé antes de entrar. Realmente no quería arriesgarme a otro encuentro con Jim. Por un impulso, tiré de la cola de caballo y sacudí mi cabello rizado.

Con la cabeza agachada y la cara oculta, quizás no me vería.

Sabía que era una posibilidad remota, así que crucé los dedos supersticiosamente antes de apresurarme a entrar.

Por algún pequeño milagro logré llegar a mi casillero, recuperar mi teléfono y salir de la sala de descanso sin que me vieran. Mientras caminaba por el pasillo nueve, me felicité mentalmente por una exitosa misión de sigilo, aunque todavía estaba levemente agravada porque mis planes se habían retrasado.

Con suerte, no sería demasiado tarde para llegar al parque.

Miré mi teléfono para comprobar la hora y vi que tenía una llamada

perdida de Allyson. Traté de recordar lo que mi amiga había planeado para esa noche, comencé a escribirle un texto rápido para preguntarle...

¡Zas!

El dolor atravesó mi cráneo en un estallido feroz y las estrellas salpicaron mi visión. Agarré mi cabeza con las dos manos en un intento de detener el sonido metálico que reverberaba a través de mis tímpanos. Después de un momento o dos, me las arreglé para recuperar algo de concentración y me encontré mirando directamente al extremo de un estante de metal, el mismo que había construido con tanto cuidado esa mañana.

—¡Maldito planograma! —maldije.

Mi ojo derecho me estaba matando y ya podía sentir que comenzaba a hincharse. Bajé la mirada a mi blusa. No solo me golpeé la cabeza, sino que también mi capuchino se había derramado por completo sobre mí. Mientras mi mirada viajaba hacia el piso, vi mi teléfono celular boca abajo en un charco de leche y café. Gruñí.

¡Por favor, que no esté rota la pantalla!

Repetí la súplica silenciosa una y otra vez mientras me inclinaba para recogerlo. Pero, efectivamente, la pantalla estaba hecha añicos.

—¡En la madre! —Maldije en voz alta, mirando las grietas tipo telaraña en el cristal.

Me sentía más que un poco tonta, miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie hubiera visto mi torpe percance.

Avergonzada, el calor comenzó a extenderse por mi cuello hasta mi cara cuando vi al Sr. Roberts, a Jim McNamara y a un hombre de traje, parados a la mitad del pasillo. Todos me miraban sorprendidos por lo que había sucedido.

Fantástico, tengo público.

Volví a mirar.

El tercer hombre no era un tipo cualquiera con traje. Este hombre era atractivo, muy atractivo. Muy joven también, probablemente no pasaba de los treinta. Tenía un rostro deslumbrante, perfectamente cincelado con una línea de mandíbula cuadrada. Era más alto que los otros dos hombres y medía más de un metro ochenta. Se veía absolutamente magnífico con su chaqueta deportiva gris oscuro, camisa blanca y corbata negra. Su cabello era ondulado y de color casi negro. Lo tenía cortado largo, pero no demasiado, con los extremos oscuros apenas tocando su cuello.

¡Santo cielo! ¡A ningún hombre se le debería permitir lucir tan bien en un

traje!

El diablo dormido en mi hombro se despertó para mirar. De repente tuve la visión de pasar mis manos a través de esas sedosas ondas oscuras, hacia la amplia extensión de sus hombros...

—¡Oh, Dios! ¿Estás bien? —La voz del Sr. Roberts me sacó de mi ensoñación. Los tres hombres empezaron a caminar en mi dirección. El Sr. Roberts, alarmado por lo sucedido, se pasaba las manos por el ralo de su cabello gris.

Capté la mirada del hombre del traje mientras caminaba hacia mí con aire de confianza y gracia. Su mirada era intensa, casi intimidante, pero líneas de preocupación se extendían por sus impecablemente esculpidos rasgos. Sin palabras y avergonzada por mi torpeza, di un paso atrás.

Gran error.

Resbalé sobre la bebida derramada y de nuevo caí. Fuerte. Ahora me dolía la cabeza y el trasero. Estaba mortificada más allá de toda creencia. Quería meterme en un agujero y quedarme allí para siempre.

Esto no puede estar pasando. El tipo más sexy del planeta. Yo sentada en un charco de capuchino. ¡Mal-di-ta sea!

Sentí una cálida mano en mi hombro y al voltear mis ojos hacia arriba, el hombre del traje me estaba mirando, con un par de ojos azules de lo más increíble que jamás había visto. Eran de color azul cobalto, reservados y calculadores al observarme. No pensé que fuera posible que los ojos fueran tan vibrantes. Por un momento, supuse que usaba lentes de contacto por su intenso color. Sin embargo, mientras seguía mirando, la profundidad de sus ojos era infinita y parecía tragarme por completo. La intensidad de ellos enviaba un escalofrío por mi columna y levantaba los pelos de mi nuca.

Definitivamente no usa lentes de contacto.

En algún lugar a lo lejos, escuché al Sr. Roberts hablar de nuevo. —¿Me escuchaste?, pregunté si estás bien. Este es el Sr. Stone ¹*. Está tratando de ayudarte a levantar.

—¿Sr. Stone? —pregunté, medio aturdida. No podía apartar mi atención de esos asombrosos ojos azul profundo.

—Así es. ¿Y tú eres...?

La voz de Stone era suave y segura mientras se agachaba a mi lado. Pasó su mano por el costado de mi brazo, la apoyó cerca de mi codo. Sentí que mi pulso se aceleraba ante su repentina cercanía y por el calor que surgía de él en una ola palpable. Estaba *allí*, irradiando poder, con los ojos al nivel de los

míos.

Repitió su pregunta por segunda vez, preguntándome de nuevo mi nombre. Todo en lo que podía pensar era en la mano firmemente presente en mi brazo, calentando mi piel a través de la manga de mi fina blusa de algodón. Su toque provocó una descarga eléctrica, encendiendo una presencia en mí que no sabía que existía. Las mariposas giraban y bailaban en mi estómago. Sacudí la cabeza para orientarme y me di una rápida reprimenda.

¿Um, hola? ¡Te está haciendo una pregunta! Contrólate, ¡solo es un tipo con traje hablándote en voz alta!

—Soy K-K-Krys —finalmente balbuceé. Sonaba como una idiota, estaba segura de ello. Sacudí mis manos y me lamí los labios, mi boca de repente se sintió tan seca como el desierto del Sahara. Una mirada peligrosa brilló en los ojos de Stone. Sucedió tan rápido que no podía estar segura de que fuera solo mi imaginación.

—¿Krys? ¿Es la abreviatura de algo más? —Parecía disgustado.

¿Hay algún problema con mi nombre?

Cuando no respondí de inmediato, Jim respondió por mí—. Es la abreviatura de Krystina. Krystina Cole.

Era difícil pasar por alto la expresión de irritación en el rostro de Stone mientras giraba lentamente la cabeza para mirar a Jim.

—Vaya, gracias señor McNamara por hablar en nombre de la señorita Cole. Sin embargo, hubiera preferido escucharlo de la misma señorita Cole —dijo secamente.

—Bueno, parece que la *señorita Cole* ha perdido la voz —respondió Jim, con su voz llena de sarcasmo.

—¡Jim! —farfulló el Sr. Roberts.

Stone simplemente ignoró a Jim y al Sr. Roberts y se volvió hacia mí. Se puso de pie con gracia y extendió su mano.

—Por favor, permítame ayudarla a levantarse —me ofreció.

No sabía si podría estar de pie, y no por la caída que sufrí. Estaba completamente hipnotizada por este hombre. Era como si me tuviera bajo un hechizo y no confiara en mis piernas temblorosas.

Tomé su mano extendida y me puse de pie con cuidado. Su agarre era fuerte y firme cuando me puso de pie. Me rodeó con su brazo libre, asegurándolo contra mi espalda baja, en un intento de equilibrarme. Su agarre era firme, sujetándome contra su costado, sin que sus ojos se apartaran de los míos ni una sola vez. Mis mejillas se sonrojaron y esos ojos azules llamativos

se oscurecieron. Sentí que mi ritmo cardíaco se aceleraba aún más cuando le devolví la mirada. Estaba tan cerca de mí. No pude evitar respirar su aroma. Era una embriagadora combinación de sexo y pecado.

—Estoy seguro de que ella podría haberse levantado por su cuenta, ¿sabe? —dijo Jim con irritación, recordándome la humillante situación en la que me encontraba. Parpadeé, mi visión nublada se aclaró.

¡Uf! ¡Lárgate Jim!

Quería agarrar uno de los productos enlatados del estante más cercano y arrojarlo al cráneo de Jim.

Para mi decepción, Stone lentamente quitó su brazo de alrededor de mi cintura, dio un paso atrás y soltó mi mano. Una vez que estuvo seguro de que estaba firme sobre mis pies, apartó la mirada de la mía y volvió la cabeza hacia Jim. Ya no podía ver la expresión en el rostro de Stone, pero debió ser intimidante. Jim pareció acobardarse visiblemente y dio unos pasos hacia atrás.

El Sr. Roberts, habiendo notado que la tensión estaba a punto de desbordarse, hizo un fuerte sonido para aclararse la garganta y rápidamente despidió a Jim para que hiciera alguna otra tarea en el departamento de lácteos.

—Pero Sr. Roberts, se suponía que yo... —comenzó Jim en protesta.

—Jim, por favor ve a ayudar a Melanie. Ahora. Está sola en el departamento de entregas y estoy seguro de que le vendría bien una mano para descargar el camión que acaba de llegar —le ordenó a Jim con severidad.

Jim miró en mi dirección, frunció el ceño y se alejó pisando fuerte. No podría importarme menos lo que se suponía que debía hacer Jim. Todavía estaba atónita, no había pronunciado más de cuatro palabras desde que puse mis ojos en el desalentador Sr. Stone. Normalmente, era una parlanchína, pero estaba tan cautivada por el hombre frente a mí, que me había quedado aturdida en silencio. Me obligué a comprobar la realidad.

¡Contrólate ya!

Miré a los dos hombres frente a mí. El Sr. Roberts tenía una expresión de preocupación en su rostro regordete. Stone, por otro lado, tenía una mirada divertida. Seguí la dirección de su mirada y me di cuenta de que había estado mirando mi camisa de trabajo manchada de café, mojada y pegada a mi torso.

Una vez más, comencé a sentir un vergonzoso rubor subir por mi cuello.

¿Y qué? Me caí. Gran cosa. Los accidentes ocurren. Claro, yo también

soy una idiota tartamuda, pero tampoco es mi culpa. A nadie se le debería permitir ser tan salvajemente guapo como él. Mi reacción es simplemente natural. Estoy segura de que todas las mujeres que conoce quieren saltarle encima.

¿Saltarle encima? ¿Realmente pensé eso?

Era hora de marcharse, y rápido. No podía pensar con claridad. No entendía cómo este hombre era capaz de ponerme tan nerviosa. Ni siquiera podía hablar, y mucho menos formar un pensamiento coherente. Solo sabía que estaba mortificada y no podía soportar más su mirada penetrante.

Comencé a retroceder lentamente, con precaución para no resbalarme de nuevo en el piso mojado. El Sr. Roberts estaba divagando sobre terribles planogramas y exhibiciones que necesitaban cambiarse. Stone continuó mirándome un momento más antes de volver su atención al Sr. Roberts. Aproveché la distracción para hacer mi escape, no sin antes lanzar una mirada más al hipnotizador Sr. Stone.

Me estaba mirando de nuevo, con una sonrisa de chico malo formándose en los bordes de sus labios. Levantó la mano para silenciar al Sr. Roberts.

—Que tenga un buen día, señorita Cole. La veré pronto.

Lo dijo como si fuera una promesa.

Entonces me di cuenta de que era el inversionista.

Alexander

LA VI ALEJARSE. En realidad, huir habría sido una descripción más precisa. Sonreí para mí mismo, intrigado por la muy avergonzada, pero deliciosa, señorita Cole. Su boca carnosa, sus ojos redondos color chocolate y su rápido rubor hicieron que mi pene diera un tirón.

—Lamento mucho eso, Sr. Stone. Krystina y yo habíamos comentado que era necesario cambiar la exhibición. Simplemente sirve para demostrar cuánto saben nuestros proveedores sobre los productos —dijo el regordete hombre frente a mí con una risa nerviosa.

—Sí, efectivamente —murmuré distraídamente, mis ojos todavía seguían a la cautivadora joven mientras continuaba su camino hacia las puertas de entrada de la cadena de supermercados—. Walter, hágale de esa mujer. ¿Supongo que es una empleada?

—Oh, sí. Krystina ha trabajado aquí durante años. Tiene un gran ojo para la promoción, eso sí —mencionó Walter Roberts, siguiendo mi mirada—. Odio la idea de perderla.

—¿Se va a alguna parte?

—Espero que no, pero estoy seguro de que no pasará mucho tiempo antes de que se consiga un elegante empleo de mercadotecnia —dijo Roberts con pesar.

—¿Mercadotecnia, dice? —pregunté, volviendo mi atención al dueño de la tienda.

—Sí, creo que esa fue su carrera —respondió con cautela.

Roberts me miró con recelo y entrecerró los ojos.

Hmm... su protector, ¿verdad?

Volví a mirar hacia atrás, solo para apenas vislumbrar por última vez su ajustado trasero cubierto con unos jeans, mientras las puertas del frente se cerraban detrás de ella. Deseaba tener más tiempo para conversar con ella, pero entre su caída y el molesto empleado de la tienda, había habido pocas oportunidades para hablar antes de que se marchara.

Ese empleado... ¿cómo se llamaba? ¿Jim algo?

Me pregunté distraídamente si era su novio y me sorprendió descubrir que la posibilidad me molestara. Esperaba que no fuera así.

Walter Roberts se aclaró la garganta de manera molesta, como si estuviera tratando de recordarme el asunto en cuestión. No importaba. Reconocía una inversión inteligente cuando la veía. Ya no había necesidad de perder el tiempo en la tienda. Después de todo, el tiempo era dinero. Y aunque tenía mucho de este último, ahora tenía poco tiempo. Si me quedaba mucho más, no podría alcanzar a Krystina Cole.

—Haré que mis abogados elaboren una propuesta, una que creo que le resultará satisfactoria. Podemos discutir más cosas en una fecha posterior —me encogí de hombros.

—Bueno, eh... —titubeó Roberts—. Sr. Stone, ¿no desea ver el resto de la tienda? ¿O quizás algunas de nuestras otras ubicaciones?

—No, creo que he visto lo suficiente aquí para tomar una decisión. Estaré en contacto —me despedí.

Detrás de mí dejé a Walter Roberts con la boca abierta mientras me dirigía a la entrada principal. Saqué mi celular del bolsillo de mi chaqueta y marqué el número uno en la marcación rápida.

—Hale, ¿viste por dónde se fue la morena? —pregunté por el teléfono.

—¿Qué morena, señor? Deben haber pasado un centenar en los últimos treinta minutos —me dijo mi equipo de seguridad.

Empujé el torniquete de las puertas delanteras de la tienda y miré de un lado a otro de la calle. No había ni rastro de ella.

¡Maldición!

—Ah, olvídalo, Hale. He terminado aquí. Trae el auto.

La volveré a ver eventualmente, señorita Cole.

Krystina

CUANDO VOLVÍ A MI APARTAMENTO ERAN MÁS DE LAS CUATRO. MIENTRAS arrojaba mis llaves, bolso y teléfono celular roto en la mesa de la esquina junto a la puerta principal, lamentaba haber perdido el día de poder relajarme bajo el sol. Estaba cansada hasta los huesos y ahora era demasiado tarde para leer en Central Park.

Consideré la posibilidad de llevar mi última novela de misterio a la cercana Washington Square, pero terminé decidiendo no hacerlo. A esta hora del día, sabía que el parque estaría lleno de música de artistas callejeros. La posibilidad de relajarse en tranquila soledad sería mínima. De hecho, la sola idea de volver a salir era agotadora. Acurrucarse en el sofá sería suficiente.

Me quité las zapatillas y miré alrededor del apartamento. Después de más de cuatro años de residir en Greenwich Village, todavía no me sentía completamente cómoda con el apartamento de ciento cuarenta metros cuadrados en el que vivía, a pesar de que la unidad de tres dormitorios era más que suficiente para Allyson y para mí.

Cada una tenía su propia habitación y baño principal, con tocadores personalizados y pisos de mármol con calefacción. Habíamos convertido el tercer dormitorio en una oficina y habíamos añadido un sofá cama para los huéspedes que pasaran la noche. El arreglo funcionaba bien cada vez que nuestros amigos o padres venían de visita el fin de semana.

El lugar era realmente hermoso, pero nunca sentí que fuera mío. Quizá si fuera yo quien pagara el alquiler, me sentiría diferente. Pero, de nuevo, si mi madre no fuera tan neurótica acerca de mi seguridad en la ciudad de Nueva York, podría haber rechazado rotundamente la extravagancia de mi padrastro y vivir en algún lugar dentro de mi presupuesto. Sin embargo, mi madre no quería que viviera en un diminuto apartamento en Brooklyn, que era todo lo que podía permitirme, y sus conferencias sobre el crimen en Brooklyn eran interminables.

Sin embargo, allí sí puse el límite. Permití que Frank pagara el alquiler, pero me negué a aceptar el estipendio mensual que me ofrecieron. Era perfectamente capaz de ganarme mi propio dinero y comprar mi propia comida. Mi insistencia en obtener préstamos estudiantiles para pagar la matrícula universitaria fue otra gran batalla con mi madre, probablemente una de nuestras peleas más grandes, pero una que tuve la satisfacción de ganar.

Mi madre y yo éramos como el día y la noche. Estaba decidida a triunfar en este mundo por mi cuenta. Cuanto antes pudiera liberarme de mi dependencia financiera de Frank, mejor. Mi madre, por otro lado, parecía contenta con ser simplemente la esposa de un hombre rico. Ella no podía entender por qué quería hacer las cosas por mi cuenta, especialmente cuando Frank siempre estaba tan dispuesto a pagar las cuentas.

Sin embargo, por muy irritante que pudiera ser, sabía que el corazón de mi madre estaba en el lugar correcto. Se preocupaba por mí y no quería que yo luchara como lo había hecho ella durante tantos años, un hecho que Allyson siempre era buena en señalar. Allyson fue la única que pudo convencerme después de una acalorada batalla con mi madre.

De hecho, no estaba segura de haber podido vivir aquí sin Allyson, y estaba agradecida de tenerla como compañera de piso. Apreciaba, más que yo, la generosidad de Frank y se esforzaba para hacer de nuestro apartamento un lugar al que llamar hogar.

Estaba pensando distraídamente dónde podría estar mi amiga esta noche, cuando el estruendo de mi estómago me recordó que era casi la hora de la cena. Encendí el estéreo y fui a la cocina. *'Thirty Seconds to Mars'*, sonó a través de los altavoces mientras abría el refrigerador para ver el contenido. Vi las sobras de la noche anterior en el interior. La idea de una copa de vino y sobras de pasta me hizo agua la boca. Tenía hambre, pero era un lío de café pegajoso y necesitaba ducharme primero.

Cerré el refrigerador y me acerqué a nuestro bar de vinos improvisado para servirme una copa de Bully Hill Riesling. Sobre la barra había una nota de Allyson.

¡Oye tú! Llamé a tu celular, pero entró directo a tus mensajes. Despeja tu agenda para mañana por la noche. 7 P.M. Cena y bebidas en Murphy's.

Tengo noticias para ti. ¡Disfruta tu vino!

¡Te quiero! ~ A

Sonreí mientras hacía girar la dulce cosecha en mi copa. Mi amiga me conocía demasiado bien. Con el alboroto en Wally's sobre los posibles inversionistas, la semana pasada había sido difícil. Allyson tenía razón al suponer que me relajaría con un poco de vino.

—Ay, Ally. Ojalá estuvieras en casa esta noche —dije en voz alta, levantando mi copa en silenciosos vítores a mi amiga.

Tenía muchas ganas de hablar con ella sobre lo que había sucedido hoy con el sexy Sr. Stone. Me sentí como una completa idiota. Sabía que probablemente caería de la risa por mi historia, pero luego nos serviría un trago y se aseguraría de que realmente no había sido una tonta. Su risa y su confianza habrían sido la medicina perfecta después de un día tan revuelto.

Me dirigí hacia mi baño, copa en mano, preguntándome qué noticias tendría Allyson para mí. Abrí la ducha y ajusté la temperatura del agua antes de quitarme los jeans y la camisa manchada de capuchino. Cuando me puse frente al espejo, me sorprendió lo que vi.

Mi ojo no solo estaba un poco hinchado como había pensado originalmente. Se estaba volviendo de un color púrpura oscuro, con un pequeño corte sobre mi ojo derecho. Me miré de cerca en el espejo y traté de decidir cuánto maquillaje necesitaría para cubrir el moretón. Toqué con cautela el ojo hinchado durante un minuto antes de levantarme para examinar mi reflejo.

Mi cabello estaba completamente desordenado. Levanté la mano para suavizar los rizos rebeldes.

Genial. El 'ojos azules' llegó a verme luciendo la apariencia de Medusa.

Me volví a un lado, luego al otro. Me dolía el trasero y me sorprendió ver que no había moretones. Sin embargo, a pesar de que logré escapar de cualquier daño real en mi trasero, todavía fruncí el ceño por lo que veía.

Realmente necesito ir al gimnasio.

Una semana de descanso y ya estaba viendo y sintiendo los efectos. Mi voluptuoso trasero no iba a caber en una talla seis por mucho más tiempo si no volvía a la rutina. Algunas chicas eran delgadas por naturaleza. Infortunadamente, yo no. Tenía que trabajar en ello.

Mi estómago retumbó una vez más, recordándome que me diera prisa.

Me duché rápidamente y luego volví a la cocina para calentar la pasta sobrante. Una vez que sonó el microondas, indicando que la comida se había calentado, me dirigí con cansancio a la sala de estar con un plato humeante de *farfalle* con pesto al ajo. Me senté en el sofá y me hundí en los mullidos

cojines, disfrutando la sensación de mis cansados huesos asentándose, mientras cada músculo de mi cuerpo comenzaba a relajarse por primera vez ese día.

Angelo tiene razón. Últimamente he estado trabajando demasiado.

Me incliné para tomar mi libro de la mesa de café y lo abrí donde lo tenía marcado.

Una hora más tarde, me encontré mirando las palabras frente a mí. Solo había leído cinco páginas y apenas había comprendido ninguna. No podía concentrarme en absoluto en el texto. Cada vez que comenzaba una nueva oración, mi atención se desviaba hacia un par de penetrantes ojos azul zafiro. Ojos tan poderosos, solo pensar en ellos hacía que mi estómago se revolviera.

¿Quién es el hombre de los ojos azules? ¿Es el inversionista?

Si lo era, con suerte el percance de hoy no estropearía nada para Wally's. Odiaría ser la razón por la que un posible inversionista se retirara. El recuerdo de su promesa de volver a verme resonó en mi mente.

¿Por qué dijo eso?

Tantas preguntas rebotaban en mi cabeza. Frustrada por mi falta de concentración, dejé el libro a un lado y llevé mi plato vacío al fregadero de la cocina.

Quizás si tuviera algunas respuestas sobre quién es exactamente este hombre misterioso, entonces podría dejar de pensar en él.

Busqué mi computadora portátil en mi habitación y volví al sofá. Una vez que la computadora se encendió, comencé a escribir OJOS AZULES en el motor de búsqueda, pero luego me contuve.

¿En serio? ¿Qué es lo que me pasa?

Borré las letras y escribí STONE, NYC. Me desplazé por la lista de artículos. La información sobre gemas, piedras importadas y piedras comerciales llenó mi pantalla [***Nota de la T.: Stone significa piedra. Al anotar Stone en el buscador, lo primero que salió fueron las piedras preciosas***]. Fruncí el ceño ante los hallazgos. Obviamente, no era lo que estaba buscando.

Reduje la búsqueda y probé con STONE, NYC INVERSIONISTAS WALLY'S. Eso dio mejores resultados. Inmediatamente vi un artículo relacionado con Wally's e hice clic en él.

—A pesar de los muchos problemas, todavía puede haber esperanza en el horizonte para la tienda de abarrotes Wally's. El magnate inmobiliario de la Ciudad de Nueva York, Alexander Stone, intenta intervenir y posiblemente

salvar al tendero en apuros.

¿Alexander Stone? Nunca he oído hablar de él.

Estaba bastante segura de que era el mismo Sr. Stone que me presentaron. Hice clic en las imágenes de Internet para ver si había alguna foto de él.

Respiré hondo, mi estómago se apretó instantáneamente en un nudo. Allí estaba, mirándome a través de la pantalla. Incluso en la pantalla de una computadora, esos ojos azules ardientes podían atravesarme, provocando que el deseo ardiera en mi vientre.

Tranquila chica. Es solo una imagen de computadora.

Refrenando mis pensamientos salvajes, cambié la búsqueda a ALEXANDER STONE, NYC. La cantidad de artículos que surgieron fue asombrosa. Hice clic en el primero.

—Esta tarde, la amada casa de ópera de la ciudad de Nueva York anunció que comenzaría su tan esperada renovación, un proyecto que fue posible gracias a la donación de \$ 4 millones de dólares de la Fundación Stoneworks. La ópera ha experimentado dificultades extraordinarias en los últimos años y está muy agradecida con Alexander Stone por su apoyo.

El artículo continuaba hablando sobre las dificultades financieras con las que la ópera había estado luchando, pero no terminé de leerlo. Hice clic en el botón de regreso para ver qué más podía encontrar.

—La ceremonia de inauguración de un nuevo refugio para mujeres en Queens tuvo lugar el lunes, con Alexander Stone presente para cortar la cinta. Stone, fundador de la fundación The Stoneworks Foundation, ha donado \$ 1.2 millones para construir un refugio para mujeres maltratadas. El refugio deberá estar terminado casi por completo a principios del próximo año.

Interesante. Entonces, ¿qué hay de malo en él?

Era guapo, rico y estaba involucrado en causas benéficas. Me resultaba difícil creer que alguien tuviera esa imagen perfecta. Hice clic en el siguiente artículo.

—Stone Enterprise llega a un acuerdo por \$ 280 millones de dólares con Rushmore Industries, casi en bancarrota, para comprar uno de los edificios residenciales más altos de Nueva York. Con una altura de más de 300 metros, Stone Enterprise planea remodelar el edificio abandonado de Rushmore. Eventualmente albergará 92 apartamentos de lujo y dos penthouses. Wall Street dice que la compra fue un robo y predice que se amortizará en menos de dos años, ya que solo los penthouses, una vez que estén terminados, tendrán un costo de al menos \$ 84 millones cada uno. El director ejecutivo,

Alexander Stone, no hizo ningún comentario cuando se le preguntó si iba a cambiar el nombre del edificio.

¡Doscientos ochenta millones! Vaya, este tipo no solo es rico, ¡es más allá de rico!

Puede que haya tenido la suerte de crecer cómodamente, pero ni siquiera Frank tiene esa cantidad de dinero. Ni siquiera cerca. Moví el ratón para hacer clic en el siguiente artículo. Esta era una columna de chismes de la revista local de entretenimiento, fechada dos meses atrás.

—Alexander Stone, uno de los solteros más codiciados de Nueva York, llegó al baile de la Cámara de Comercio con otra bomba pelirroja en el brazo. ¿Quién diría que habría tantas pelirrojas impresionantes en la ciudad de Nueva York?

Hmmm...sí. ¿Quién lo sabría?

El artículo contenía una foto de una hermosa mujer con rizos rojos, sosteniendo el brazo de Alexander Stone. Parecía como si acabara de bajarse del escenario de la Super Modelo de Estados Unidos.

Suficiente.

Volví a hacer clic en el botón de retroceso y encontré otro sórdido artículo. Este era un poco más reciente, fechado hacía solo tres semanas.

—Alexander Stone, el magnate inmobiliario de 32 años, se negó a responder preguntas sobre su relación con la señorita Suzanne Jacobs. La pareja ha sido vista en tres diferentes eventos benéficos, lo que provocó que los rumores volaran. Cualquiera que siga nuestra columna sabe que nunca se ve al Sr. Stone con la misma mujer dos veces. ¿Podría ser ella la que finalmente capture su corazón de *piedra*? La señorita Jacobs no estuvo disponible para responder nuestras preguntas.

¿Nunca la misma mujer dos veces? Bingo, eso es lo que está mal con él.

Todos los hombres eran exactamente iguales. Alexander Stone era solo otro conquistador millonario estereotipado.

Buena suerte con eso, señorita Jacobs.

Hice un gran bostezo y estiré la espalda. Se acercaba la medianoche y tenía que trabajar al día siguiente. Me tocaba trabajar a mitad de turno, así que al menos podía dormir un poco más. Cerré la computadora portátil y regresé a mi habitación.

Me subí a la cama con cansancio, levanté las mantas y las metí debajo de mi barbilla. Me quedé dormida cinco minutos después de que mi cabeza tocara la almohada, dejando descansar todos los pensamientos sobre esos

poterosos ojos azules.

Krystina

A LA MAÑANA SIGUIENTE, CUANDO LLEGUÉ A CUBRIR MI TURNO EN Wally's, Jim me estaba esperando en la sala de descanso, junto a mi casillero. No me dijo nada al principio, pero parecía que estaba enfurecido por algo. Se hizo a un lado para que pudiera abrir mi casillero y depositar mis cosas dentro. Fingiendo estar preocupada, ignoré la mirada indignada que me lanzó y miré hacia la pantalla rota de mi teléfono celular. Tomé nota mental de pasar por la tienda de teléfonos celulares a la mañana siguiente y reemplazarlo.

—¿Vas a saludar al menos? —finalmente escupió Jim.

Sí, definitivamente estaba enojado.

—Um... hola, Jim.

No sabía qué más podía decir. Quería evitar entablar una conversación que inevitablemente llevaría a algo, y hoy no tenía la energía para lidiar con los avances de Jim. Estaba cansada e irritable por una noche inquieta. Los sueños con los ojos azules de Alexander Stone me habían perseguido toda la noche, haciendo imposible que esta mañana pudiera concentrarme en algo más.

—Tu moretón se ve bastante desagradable —me informó Jim con voz cínica.

Vaya, qué amable de tu parte decirlo. Como si no lo supiera. ¿Qué bicho se te subió por el trasero el día de hoy?

Silenciosamente conté hasta diez en un intento de dominar mi temperamento.

Sé amable.

—Jim, ¿pasa algo malo? —pregunté, mi voz salió cortada, a pesar de mis esfuerzos por ser paciente.

—Oh, no. Realmente no pasa nada. Además del hecho de que ayer tuve que limpiar tu café derramado y tu baba del piso en el pasillo nueve.

—¿Mi baba? —lo miré con curiosidad.

—Oh, vamos, Krys. Apenas podías hablar cuando ese tipo Stone te estaba mirando. Nunca había visto a una mujer actuar tan mal por un tipo, ¡especialmente tú!

—No sé de qué demonios estás hablando —dije secamente.

¿Había sido tan obvio?

Hice un movimiento hacia la puerta, pero me bloqueó el paso.

—¿Es porque es un millonetas? —me preguntó acusadoramente.

El hecho de que pensara tan poco de mí me dolió. No pude explicarme a *mí misma* por qué el día de ayer había perdido la cabeza. Posiblemente no podría explicárselo a Jim. Ayer ni siquiera sabía quién era el hombre, y mucho menos que era muy rico. Jim estaba tan equivocado.

—Apártate del camino, Jim. No dormí bien anoche y no tengo energía para discutir hoy.

—No, en serio, quiero saber. No puedo entenderlo. Siempre estás tan desinteresada, como si odiaras a los hombres o algo así —dijo exasperado—. ¿Qué hace a este tipo tan diferente?

—No voy a tener esta discusión contigo.

—¡Nunca quieres tener ningún tipo de discusión conmigo! ¡Te he estado invitando a salir desde que tengo memoria, solo para que cada vez me rechaces!

Su voz se hacía más fuerte cada minuto. Miré a mi alrededor y agradecí descubrir que en ese momento éramos los únicos en la sala de descanso.

—No siempre te rechazo —respondí débilmente.

—No, tienes razón. En cambio, siempre me ignoras.

Ay.

Tenía razón en eso, pero dolía de todos modos. Respiré hondo para calmar mi propio temperamento y me resigné a lo inevitable. Debería haber sido más sincera hace mucho tiempo.

—Mira, Jim, podría disculparme, pero realmente no tengo por qué hacerlo. Simplemente no tengo interés en tener citas.

—¿Por qué no? ¿Eres lesbiana o algo así? —preguntó, estirando la mano para rascarse la cabeza en confusión.

—No, no soy lesbiana —dije con una ligera risa, momentáneamente divertida.

—Esto no me da gracia, Krys.

Él estaba en lo correcto. Restarle importancia a esto, no ayudaría a la situación y casi de inmediato me puse seria. Tenía que asegurarme de que

entendiera mi posición de una vez por todas.

—Voy a ser honesta. Eres un gran tipo y no quiero herir tus sentimientos, pero no quieres estar con alguien como yo. Además, tú y yo sabemos que no hay nada entre nosotros. No hay chispa. —Terminé con franqueza, moviendo mi mano de un lado a otro entre nosotros dos—. De cualquier forma, al menos no para mí.

Intenté ser amable, consciente de sus sentimientos, pero estaba segura de que me había convertido en una perra malhumorada. Apestaba en situaciones como esta.

Me miró fijamente durante un largo momento, asimilando lo que había dicho. Vi su rostro caer y sus hombros hundidos, toda su ira se desvaneció en una mirada de derrota. Se miró los pies y cambió su peso de un lado a otro. Se veía tan desinflado.

Quizás estoy siendo demasiado severa.

Cuando alzó la vista, sus ojos se veían dolidos por el rechazo.

—Bueno, al menos me lo estás diciendo directamente de una vez, aunque yo lo sabía todo el tiempo. Solo que es una mierda escucharte decirlo en voz alta.

—Jim, lo siento. Realmente. No quiero hacerte daño.

Esa era la verdad, y me mataba ver su expresión tan desolada. Aunque consideraba a Jim algo irritante, seguía siendo un tipo decente. Hubiera sido mucho más fácil si le hubiera mentido y le hubiera dicho *que era lesbiana*.

Soy una idiota.

De nuevo me dirigí hacia la puerta, incapaz de mirarlo más. Esta vez, no bloqueó mi camino.

—¿Krys? —me llamó. Me detuve en la puerta, temiendo qué más pudiera decir.

—Sí —respondí vacilante.

—Tu chispa está en el pasillo nueve.

—¿Disculpa?

—Stone. Estaba preguntando por ti hace un rato.

¡Oh, mierda! ¿Alexander Stone está aquí?

Mi corazón comenzó a acelerarse ante la idea de volver a verlo. Por mi vida, no podía entender por qué ese hermoso hombre querría verme *a mí*, entre todas las personas. Pero lo más importante, no entendía por qué me había emocionado instantáneamente con la mera idea de volver a verlo. Ese era un concepto confuso que tendría que analizar más tarde.

Intenté mantener el control, sin querer parecer demasiado ansiosa y arriesgarme a lastimar a Jim aún más. Hice un esfuerzo consciente por estabilizar mi voz y sonar indiferente.

—El Sr. Stone me está buscando a mí. ¿Estás seguro? —pregunté evitando la emoción.

—Sí, está aquí. Será mejor que te muevas —dijo Jim con un vago movimiento de sus manos como alejándose—. Tengo la impresión de que no es el tipo de hombre al que le gusta que lo hagan esperar.

No digas más.

—Gracias, Jim.

Me volví para irme, luchando por caminar a un paso razonable. Fue difícil evitar correr todo el camino hasta el pasillo nueve.

Al doblar la esquina del pasillo nueve, noté que el exhibidor había sido cambiado. El trasiego ya no sobresalía. Me moví para mirar la nueva presentación, pero me detuve en seco cuando vi a Alexander Stone parado a solo unos metros de distancia. Estaba de espaldas a mí y no vio que yo había llegado detrás de él. No pude evitar hacer una pausa para contemplar la vista.

Hoy volvía a llevar traje, aunque esta vez era azul marino. Se había quitado el abrigo del traje y lo llevaba colgado casualmente sobre un brazo. Sin el abrigo, pude ver débilmente el contorno de su musculosa espalda y hombros a través de su costosa camisa de cuello blanco.

Mi mirada bajó más allá de su cintura afilada hasta sus pantalones perfectamente hechos a la medida. Parecían hechos específicamente para adaptarse al magnífico trasero contorneado debajo de ellos.

¿Boxers o calzoncillos? O tal vez simplemente no lleva nada.

Mis mejillas se sonrojaron ante la idea y mis manos se cerraron con fuerza, luchando contra el impulso de extender la mano y tocarlo.

¡Basta, niña!

Tenía una cesta de la compra frente a él, lo que me pareció algo extraño. No creía que los millonarios compraran sus propios alimentos. Siempre había pensado que tenían un subordinado contratado para que lo hiciera por ellos. Por pura curiosidad, me arriesgué a echar un vistazo a su cesta de la compra. Pude ver algunas cajas de pasta, almendras, plátanos, chocolate, huevos, aceitunas, miel y jugo de granada. Sin duda, era una peculiar combinación de alimentos, por decir lo menos.

Como si finalmente sintiera mi presencia, sus hombros se cuadraron y lentamente se volvió hacia mí. Y ahí estaba, la chispa.

Mi corazón comenzó a latir con tal fuerza que rápidamente se convirtió en un fuerte latido en mi pecho. Era incluso más guapo de lo que recordaba, era la definición de la belleza masculina pura. Hoy había evitado usar corbata y tuve que esforzarme mucho para no mirar la pequeña área de piel expuesta cerca de su cuello. No tuve problemas al imaginarme desabotonando la camisa cuidadosamente planchada y pasando mis manos por su pecho, por su abdomen...

Concéntrate, ¿estás pensando como una adolescente alterada por las hormonas!

—Señorita Cole —dijo con un breve asentimiento, las dos palabras se deslizaron sobre mí como whisky caliente.

—Hola, Sr. Stone. Escuché que me estaba buscando —dije tranquilamente, orgullosa de ser capaz de sonar controlada a pesar de que el hombre tenía la habilidad de convertir mis rodillas en líquido.

—De hecho, así es —dijo. Mascaba un chicle. Ver a Alexander Stone hacerlo era probablemente la cosa más sexy que había visto en mi vida.

—¿Necesita usted algo? —le pregunté cortésmente, mientras observaba cómo su mandíbula se movía hacia arriba y hacia abajo sobre el chicle.

Una lenta y pausada sonrisa comenzó a formarse en su rostro, y esperó un momento antes de responder.

—Solo quería ver cómo se encontraba después de su caída de ayer.

Por supuesto, eso es lo que quería.

Un posible inversionista en Wally's naturalmente estaría preocupado por el accidente.

La palabra "demanda" es probablemente un letrero de neón que parpadea sobre mi cabeza en este momento.

—Oh... mi caída. —Traté de ocultar mi decepción. Me sentía cohibida por mi ojo negro y azul y esperaba que mi maquillaje lo cubriera mejor de lo que Jim me hizo creer—. Estoy bien, de verdad. Fue solo un golpe en la cabeza. Le debo una disculpa por mi torpeza. Gracias por su ayuda para levantarme.

Hablaba demasiado rápido, mis palabras salían apresuradas, pero su mera presencia era inquietante. Me hacía sentir como una loca y me resultaba difícil mantener la compostura. Sin embargo, si se había dado cuenta de mis divagaciones apresuradas, no lo hizo evidente.

—No fue ninguna molestia, señorita Cole —me aseguró.

—Bueno, es como dijo Jim. Podría haberme levantado por mi cuenta, pero estaba un poco aturdida por.... —*Por ti. Aturdida por ti. "Por golpearme la*

cabeza con el exhibidor.

Sus ojos se entrecerraron ante la mención de Jim, y quise darme una bofetada por haberlo mencionado. Después de todo, no se habían llevado bien el día anterior.

—Sí, Jim. Hablé con él hace unos momentos —hizo una pausa y pareció estar considerando sus palabras—. ¿Es tu novio por casualidad?

—¡Oh, no! —Casi me reí, pero luego me detuve cuando me di cuenta de que Stone hablaba en serio. Fruncí el ceño, curiosa por saber por qué debería importar si Jim era mi novio o no—. ¿Qué le hizo pensar que podría serlo?

—Parece bastante protector de usted, eso es todo.

Simplemente genial. No.

—Solo somos amigos. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Ya veo —fue todo lo que dijo, aunque pareció relajarse después de escuchar mi explicación. De cualquier manera, la atmósfera se había vuelto incómoda y sentí la necesidad de explicar más.

Tal vez debería haber dicho compañero de trabajo y no amigo. En cierto modo hice que pareciera que Jim y yo éramos cercanos.

—Bueno, gracias de nuevo por ayudarme —dije, recurriendo a la cortesía en lugar de añadir más balbuceos innecesarios.

—Puedo asegurarle que fue un placer —dijo, enfatizando su última palabra. Una pizca de humor brilló en sus ojos, provocando que un rubor subiera por mi cuello y hasta mis mejillas. De repente, hacía mucho, mucho calor en la tienda Wally's.

¿Realmente había necesitado decir la palabra "placer" de esa manera?

La palabra salió rodando de su lengua como un helado derritiéndose en un cono. Una visión de la lengua de Alexander Stone, abriéndose camino alrededor de un cono de helado, me vino a la mente inesperadamente. Entre mi imaginación hiperactiva y su ridículamente caliente forma de mascar chicle, no pude evitar que las malas ideas pasaran por mi cabeza. El ángel en mi hombro apareció con los brazos cruzados y meneó la cabeza con desaprobación. Luché contra el impulso de apartarlo.

El fantasma de una sonrisa apareció en las comisuras de los labios de Stone, casi como si supiera lo que estaba pensando. Luché por ignorar mi conciencia sobre él enfocando mis energías en nuestra conversación.

Tan solo no lo mires mascando chicle.

—Su jefe me dijo que ha trabajado aquí desde hace un tiempo —dijo casualmente.

Charla trivial. Bien. Puedo manejar eso.

—Sí. Empecé aquí después de mudarme a Nueva York, así que.... —Hice un cálculo rápido—. Han pasado unos cuatro años. Soy estudiante y el horario flexible de venta al público, me es conveniente.

No quería decirle que había recibido mi diploma hacía meses. Era una explicación demasiado larga y me avergonzaba admitir que todavía no había encontrado trabajo aún.

—¿Es estudiante? No me di cuenta —dijo.

Podría jurar que vi una sombra de decepción en su rostro, pero su expresión era tan impasible, que no podía estar segura. Se cruzó de brazos y me miró detenidamente.

—Bueno, *era* estudiante, debería decir. Me acabo de graduar —aclaré de mala gana—. La mayoría de mis compañeros de clase pudieron conseguir trabajos en los lugares donde hicieron prácticas. Mi lugar de pasantía cerró, dejándome de nuevo en el punto de partida. Infortunadamente, aprendí una dura lección al poner todos mis huevos en una sola canasta, si sabe a qué me refiero.

Volvía a hablar demasiado rápido, pero al menos no estaba muda como ayer.

—Sí, lo sé —murmuró contemplativamente—. ¿Le gusta su trabajo aquí, señorita Cole?

—Yo, um... —Otra pregunta—. Sí, mucho. Es muy bueno trabajar para el Sr. Roberts —respondí de manera uniforme. Deseé que escupiera el chicle. Era una distracción.

—Me alegra escucharlo.

Se movió en su lugar y miró su reloj. Parecía que se estaba preparando para irse. Por muy agradable que fuera la vista, no estaba lista para verlo partir. Ne devané los sesos tratando de pensar en una manera de detenerlo.

—¿Y usted, Sr. Stone? ¿Le gusta su trabajo? —solté.

Una de sus cejas se arqueó sorprendida por mi brusquedad. Si le gustaba su trabajo o no, no era asunto mío. Pero si se sintió insultado por mi atrevimiento, no lo demostró.

—Por supuesto que sí. Nunca me permitiría nada que no me gustara —respondió en un tono mesurado, moviendo la boca lenta y deliberadamente alrededor del chicle. Una leve sonrisa tiró de las comisuras de sus labios, como si estuviera disfrutando de su propia broma privada—. Mi trabajo me permite tener el control de mi propio destino. Y me gusta tener el control,

señorita Cole.

Solo no lo veas mascar. No lo veas mascar.

Repetí la frase una y otra vez en mi cabeza.

—¿El control? —prácticamente gemí.

—Estoy fascinado con la mente humana. Entender cómo piensa una persona me permite controlar una situación. Y en mi línea de trabajo, la única forma de tener éxito es tener la capacidad de controlar la voluntad de los demás. Me da cierta medida de poder, o la ventaja, como algunos podrían elegir llamarlo. Esto puede resultar muy útil a la hora de comprar y vender bienes raíces. Pero el poder viene con responsabilidad y equilibrar ambos requiere una cantidad considerable de control.

¡Guauu! Eso es un poco profundo. Este tipo es un apasionado del control total.

Definitivamente no era una respuesta simple para lo que yo pensaba que era una pregunta inocente. Pero mientras procesaba sus palabras, pensé que me recordaban algo que escucharía decir a Bruce Wayne en una película de Batman. Una imagen de Alexander Stone con una capa negra apareció en mi cabeza y tuve que reprimir la risa tratando de evitar que se escapara. En cambio, salió como medio resoplido.

—Lo siento, pero ¿dije algo gracioso? —preguntó con curiosidad, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Mmm, no. En absoluto —dije, tratando de encubrir la repentina ola de tonterías que estaba sintiendo—. Estaba pensando que su filosofía sobre el poder y el control es un poco extrema. Engreída... más o menos.

—Esa puede ser su percepción, sin embargo, no soy un tirano ególatra como podría pensar. Simplemente me gusta tener todo en orden. —Hizo una pausa y volvió a mirar su reloj—. Ahora, por muy intrigante que haya sido esta conversación, tengo que ponerme en marcha. Me alegro de que sienta mejor su cabeza. —Me lanzó una última sonrisa deliciosa y se volvió para irse—. Fue bueno volver a verla, señorita Cole.

—Que disfrute su día, Sr. Stone —murmuré pensativamente.

Tener todo en orden, ¿eh?

No pude evitar preguntarme cómo sería revolver su mundo mientras lo veía dirigirse a la línea de pago.

Vaya, ese hombre sí que es arrogante.

Siguiendo un impulso, caminé con indiferencia hacia donde él estaba y agarré un paquete de chicles con sabor a canela de la estantería de la caja.

—Olvidó algo, Sr. Stone —le dije, y casualmente dejé el paquete en su carrito de compras. Mi atrevimiento me sorprendió. Me miró confundido por un minuto, luciendo como si quisiera decir algo, pero se detuvo.

No le di la oportunidad de responder. En cambio, le lancé una sonrisa tímida y me alejé, sin saber muy bien qué pensar de mi propia espontaneidad abrupta y poco característica.

Alexander

ELLA ME DEJÓ SINTIÉNDOME RELATIVAMENTE ATURDIDO. ATRAPARME desprevenido no era una hazaña fácil, sin embargo, una mujer que parecía completamente inofensiva casi me había derribado.

Me sorprendiste, Krystina Cole. Tal vez no eres tan inocente como había pensado originalmente.

Eché un vistazo a la goma de mascar con sabor a canela en la cesta de la compra y mi curiosidad se disparó. Al principio había parecido nerviosa, pero después de un rato pareció relajarse, revelando un cierto grado de audacia al terminar con una nota más coqueta. Sin embargo, cualquier otra idea sobre lo que podría haber estado pasando por su mente terminaba ahí. Por mucho que lo intenté, no pude leerla. Y era malditamente irritante.

Seguí la línea de pago, tratando de decidir qué hacer con la mujer ilegible. Entender el funcionamiento del cerebro era lo que mejor hacía. Separar las muchas capas de un individuo para llegar a la raíz de lo que los impulsaba, era una habilidad. A muchos les llevaba años dominar el arte, pero yo tenía un don natural para ello.

Hasta que conocí a Krystina Cole.

Ni siquiera una maestría en psicología me ayudaría a entenderla fácilmente. Ella sería un desafío. Era como un acertijo que tenía que resolver, la razón de peso detrás del viaje de regreso a Wally's. Lamentablemente, no logré desentrañar ninguna pista y solo exacerbé el misterio.

Dijo que Jim no era su novio, pero tampoco dijo exactamente que estuviera soltera. Entonces, ¿lo estaba?

El mechón de cabello que cae sobre su frente. ¿Lo acomodó así o era mera casualidad?

La forma en que tuerce las manos. ¿Es un tic nervioso o simplemente tiene las manos frías que intenta calentar?

Y ese delicado rubor suyo...

No pude evitar imaginarme ese rubor extendiéndose por cada parte de ella. Una imagen de su amplia e incógnita mirada me vino a la mente de nuevo y negué con la cabeza para aclararla.

Solo olvídala. De todos modos, es demasiado joven.

—Su total es de treinta y siete dólares y cuatro centavos. ¿Será efectivo o crédito, señor? —preguntó la rubia delgada que trabajaba en la caja registradora.

Centré mi atención en la cajera. Su placa de identificación decía CASSIE en negritas.

Cerca de los veinte, al acecho del Sr. Correcto.

Una mirada a ella y era fácil evaluar que era el tipo de chica que se enganchaba. Estaba tratando de verse sexy y tímida, mirándome a través de las pestañas que tenían demasiado rímel. La ignoré. Era linda, pero no era mi tipo.

Si tan solo Krystina pudiera ser tan transparente como esta...

Saqué mi tarjeta de crédito y se la entregué distraídamente a la coqueta Cassie, con cuidado de no animarla.

Una vez que se completó mi transacción, recogí mis compras y salí de la tienda. Cuando salí, parpadeé debido a la brillante luz del sol y busqué un par de gafas de sol en el bolsillo de la chaqueta de mi traje. Después de que mi visión se ajustó, vi a Hale esperándome, estacionado en doble fila al final de la cuadra. Me dirigí en esa dirección.

Hale se movió para salir del auto cuando me vio, pero le dije que no lo hiciera.

—Lo tengo —le grité. Deposité los alimentos en el maletero y luego me subí al asiento trasero—. Uno de estos días recibirás una multa de estacionamiento.

—No se preocupe. Tengo algunas conexiones —me dijo fácilmente—. ¿A dónde vamos ahora, jefe?

—De vuelta a la oficina. Tengo más trabajo que hacer sobre la negociación con Canterwell. Déjame allí, luego lleva esta comida a la casa. ¡Ah!, y necesito que contactes a Stephen para que consiga algo de información.

—Sí señor. Llamaré a Stephen ahora y le pediré que empiece. ¿Canterwell está buscando deshacerse de otra propiedad?

—No, esto no se trata de Canterwell. Se trata de una persona. Quiero toda

la información que puedas encontrar sobre Krystina Cole.

Krystina

ENTRÉ EN EL ASCENSOR DE MI EDIFICIO DE APARTAMENTOS, MARQUÉ EL número de mi piso y miré las puertas cerrarse lentamente. Me apoyé contra la pared del fondo y cerré los ojos. Habían pasado horas desde mi conversación con Alexander Stone, pero mi cabeza todavía estaba dando vueltas por nuestro encuentro. No sabía lo que me había pasado. Realmente necesitaba hablar con Allyson.

Estaba a punto de insertar mi llave en la puerta de mi apartamento cuando escuché sonar mi teléfono celular. Busqué en mi bolso el aparato y respondí la llamada con cautela, teniendo mucho cuidado de no cortarme el dedo con la pantalla rota.

—¿Hola?

—Hola, ¿puedo hablar con la señorita Krystina Cole, por favor? —preguntó una agradable voz femenina.

—Esta es la señorita Cole.

—Señorita Cole, habla Laura Kaufman de Turning Stone Advertising. Recibimos su currículum y estamos interesados en programar una entrevista con usted para un puesto en nuestro departamento de mercadotecnia.

Eso es extraño.

Nunca había oído hablar de Turning Stone Advertising. Me pregunté cómo habían conseguido mi currículum. De cualquier manera, los mendigos no podían elegir, ya que las entrevistas de trabajo habían sido pocas y espaciadas.

—Lo aprecio. ¿Cuándo le gustaría que nos reuniéramos? —le pregunté, entrando en mi apartamento y cerrando la puerta silenciosamente detrás de mí.

—Mañana a las nueve en punto, ¿le parece bien? —Laura preguntó cortésmente. Repasé mentalmente mi horario en Wally's. Estaba programada para los próximos dos días.

—Es perfecto. ¿Puede decirme dónde se encuentran? —pensé que podía ser un lugar importante, aunque consideraba que no sabía nada sobre la empresa. Rápidamente fui a la cocina y saqué un bloc y un bolígrafo de uno de los cajones.

Laura recitó una dirección en el distrito financiero y luego dijo: —Solo preséntese en el módulo de seguridad en el vestíbulo y pregunte por mí. El guardia le dirá a dónde dirigirse.

—¡Genial! Gracias y nos vemos mañana.

Pensé en la próxima entrevista mientras terminaba de escribir la dirección que Laura me había dado.

Finalmente, ¡una entrevista!

Dejé el bolígrafo y bailé un poco por la cocina. Esta podría ser mi oportunidad para seguir adelante, una oportunidad para avanzar hacia cosas mejores y más grandes. El momento de esto no podría ser más perfecto, ya que recientemente había comenzado a sentirme desanimada por la falta de oportunidades de empleo disponibles en Nueva York.

Me preguntaba sobre el tamaño de la empresa y el salario inicial. Cualquier cosa estaba destinada a ser una mejor paga que la de Wally's. Si conseguía el trabajo y descubriría que no me gustaba o que la paga no era lo que esperaba, estaría bien. Todo eso era intrascendente en el gran esquema de las cosas. Trabajaría en mi campo y ganaría experiencia para agregar a mi currículum, algo de lo que carecía seriamente.

Sabía que probablemente debería sacar mi computadora portátil y comenzar a investigar sobre publicidad de Turning Stone. Lo más probable es que habían conseguido mi currículum en uno de esos sitios de trabajo en línea. Pero, de cualquier manera, no iba a verse muy bien si acudía a la entrevista sin estar bien informada. Miré el reloj de la cocina y fruncí el ceño cuando vi la hora. Necesitaba alistarme para la cena con Allyson. La preparación de la entrevista solo tendría que esperar.

UNOS MINUTOS después de las siete llegué al bar irlandés Murphy's. Busqué a Allyson entre la multitud. Esta noche el lugar estaba lleno. La rocola tocaba *'The Rocky Road to Dublin'* y golpeé con el pie al ritmo de la música. Vi a William Murphy, el dueño del bar, atendiendo a los clientes. Me vio entrar y me indicó que me acercara. Sonreí y me dirigí hacia él.

Las cáscaras de cacahuates crujían bajo mis pies mientras navegaba entre

la multitud. William me había dicho una vez que nunca limpiaba las cáscaras, ya que se arriesgaba a revelar a sus clientes un piso pegajoso manchado de cerveza. Personalmente pensé que la historia era una gran mentira. Era tan meticuloso con su lugar que no se olvidaba de ningún detalle. Desde los antiguos barriles de madera de Jameson hasta los carteles antiguos de Michael Collins, estaba segura de que los pisos se fregaban con un resplandor brillante al final de cada noche.

—¿Una pinta de Guinness para la dama? —me preguntó William cuando llegué a él.

—Lo siento, Will. Solo vino para esta chica, ya lo sabes —le reprendí.

—¡Sí, muchacha! —dijo con un fingido acento irlandés—. Un día conseguiré que vengas al lado oscuro.

Hice una mueca y saqué la lengua; odiaba el sabor de la cerveza.

William soltó una sonora y bulliciosa carcajada—. Está bien, entonces no en este día. Ya que no aprovecharás una buena cerveza negra, ¿qué más puedo ofrecerte, querida?

—En realidad, nada por el momento. Me reuniré con Allyson esta noche para cenar.

—Ella ya está aquí —dijo mientras señalaba la parte trasera del bar. Miré y la vi sentada en una mesa de la esquina.

—Gracias, Will. Te veré más tarde.

Me dirigí hacia donde estaba sentada Allyson. Me saludó cuando me vio acercarme.

—Ya te pedí una copa del blanco —dijo después de que me sentara.

—Esa es mi chica —le dije con un guiño.

Allyson me devolvió una sonrisa, mostrando su blancura nacarada. Era una belleza natural; tan bonita que llamaba la atención de los hombres dondequiera que íbamos. Tenía unos brillantes ojos verde esmeralda que se iluminaban cada vez que sonreía. Llevaba su cabello rubio largo, nunca recortándose más de una pulgada a la vez. Su cabello era liso sin esfuerzo, y a menudo sentía envidia de sus habilidades para ducharse y salir arreglada.

—Entonces, ¿encontraste el cargador de tu teléfono? —le pregunté.

—¿Cómo supiste que perdí mi cargador? —me preguntó entrecerrando los ojos y sonando un poco a la defensiva.

—Me dejaste una nota. Solo haces eso cuando no tienes el cargador a la mano y tu teléfono está muerto —bromeé.

—Me olvidé que lo tenía en mi bolso del gimnasio —murmuró con el

ceño fruncido. Me eché a reír.

—Ya has usado esa excusa, Ally," la molesté, mis ojos amenazaban con derramar lágrimas de risa. La verdad era que Allyson perdía casi todo, y me encantaba molestarla.

—¡No es gracioso, Krys! Intenta pasar casi veinticuatro horas sin teléfono. ¡Es una mierda! —exclamó con seriedad, pero pude ver que estaba reprimiendo una sonrisa.

La mesera se acercó a tomar nuestra orden de comida, interrumpiendo nuestras bromas juguetonas. Por muy atractiva que parecía la canasta de dedos de pollo, me quedé con la ensalada de pollo a la parrilla. Allyson, que no tenía que preocuparse por contar calorías, pidió una hamburguesa y papas fritas. No sabía cómo podía comer esas cosas y no añadir ni un gramo a su esbelta figura. Si yo ordenara eso, estaría en la caminadora durante una semana.

—Entonces, dime, ¿cuáles son tus buenas noticias? —pregunté con curiosidad después de haber realizado nuestros pedidos. Me encantaba escuchar sobre las últimas y mejores noticias de Allyson.

—Bueno," dijo arrastrando las palabras—. Conseguí el trabajo de fotografía con Ethan DeJames.

—¡Eso es genial, Ally! ¡Estoy tan feliz por ti! —Me acerqué y le di un abrazo con un solo brazo. Ethan DeJames era uno de los diseñadores de moda de más rápido crecimiento en Nueva York, con nuevas oficinas en París y Milán. Esta era una gran noticia, así como un gran paso en la dirección correcta para mi amiga.

—Es genial saber que ahora tendré un buen ingreso estable. Me encantaba trabajar por cuenta propia, pero era demasiado difícil esperar a que llegara el próximo trabajo. —Me mostró su copa—. ¡Esta noche invito yo, nena! —Chocamos nuestras copas y tomé un sorbo de vino. Había un brillo travieso en sus ojos que me llevó a creer que había más en sus noticias que solo un empleo.

—Entonces, ¿qué más tienes que decirme?

Ella me lanzó una sonrisa maliciosa y sus ojos brillaron con picardía. Su mirada confirmaba mis sospechas, había más.

—Adivina.

—¿Tienes un chico nuevo? —pronostiqué. Su sonrisa se ensanchó—. ¡Ja! ¡Lo sabía! Y, ¿quién es él? ¿Alto, moreno y guapo como el anterior?

Su sonrisa instantáneamente se desvaneció.

—Lo siento, no era mi intención mencionar noticias antiguas —me disculpé con una mueca de dolor. El último novio de Allyson era un aspirante a modelo y un total idiota que siempre la estaba menospreciando. Podría jurar que se debía a que estaba celoso de su aparente buena imagen. Creo que no podía soportar que ella era más bonita que él, o que debería haber sido ella la que estuviera frente a la cámara, no él. La relación había sido de corta duración y me alegré cuando se separaron.

—Está bien. De todos modos, Mark era un perdedor. Y, Jeremy por otro lado... —adoptó una mirada lejana y soñadora y comencé a reír.

—Entonces, cuéntame sobre él. Ojalá sea mejor en la cama que Mark —bromeé. Esa era otra razón por la que Alyson no había mantenido al último por mucho tiempo.

—No lo sé. Aún —agregó, con el familiar brillo en sus ojos—. Jeremy es fotógrafo, como yo. Me encontraba en Ethan DeJames' completando el papeleo de mi nueva contratación cuando lo conocí. También era su primer día. Me dijo que normalmente fotografiaba paisajes, pero cuando Ethan lo reclutó para fotografiar sus modelos, decidió... —Allyson comenzó a hablar rápidamente, contándome cada pequeño detalle de su primer encuentro.

Pero después de unos minutos, sus palabras comenzaron a desvanecerse. Traté de escuchar, pero no podía concentrarme en lo que estaba diciendo. No podía dejar de pensar en Alexander Stone. La forma en que consumía cada uno de mis pensamientos era extremadamente molesto.

No es que quisiera salir con él, ni nada. El hecho de que pareciera un dios griego con sus ondas oscuras y sus ojos azules parpadeantes no significaba que quería acostarme con él. Los tipos que se parecen a él, no son más que problemas.

—Umm, ¿hola? ¿Estás escuchando siquiera lo que digo? —preguntó Allyson, interrumpiendo mis pensamientos agitando una mano frente a mi cara.

—Lo siento, Ally. Estaba escuchando... más o menos. Estoy un poco distraída hoy —expliqué, sintiéndome mal por mi grosería.

—¿Qué pasa? —Las líneas de preocupación estropearon su bonito rostro.

—Nada importante, en realidad. —Y esa era la verdad, nada andaba mal.

Solo estoy totalmente loca por un hombre que apenas conozco.

La mesera regresó a la mesa con nuestra comida y yo agradecí la interrupción. Necesitaba descubrir cómo explicar esto sin parecer completamente loca. Tan pronto como la mesera se alejó, Allyson se

abalanzó.

—Suéltalo —exigió.

—Mañana tengo una entrevista de trabajo. Recibí la llamada justo antes de salir. —Hice una pausa y tomé algunos bocados de mi ensalada—. ¡Ah!, y creo que ayer conocí al chico más guapo del planeta —solté.

El impactó cruzó brevemente su rostro ante mi anuncio, pero se recuperó rápidamente.

—¡No lo vi venir! ¡Cuenta! —dijo frotándose las manos y moviendo las cejas. Allyson siempre estaba muy animada cuando hablaba, y su vivacidad me hizo sonreír.

—No es nada de lo que probablemente estés pensando, Ally. Solo lo vi dos veces y fue bastante breve en ambas ocasiones.

—Bueno, ¿cómo es? —presionó.

—Es alto. Buena complexión, por lo que puedo decir. Cabello oscuro y ojos azules, de un azul realmente intenso. Definitivamente sexy, y creo que él también lo sabe. Tiene un aspecto arrogante cuando camina. —Sentí mi estómago dar un vuelco cuando pensé en la imagen de Alexander caminando hacia la línea de pago en Wally's.

—¿Cómo se llama?

—Alexander Stone —dije y esperé a ver si reconocía el nombre. Aparentemente, no lo hizo, porque simplemente me lanzó otra pregunta, buscando ansiosamente más información.

—¿Cómo lo conociste?

Continué describiendo mi primer encuentro y no omití ningún detalle: mi caída, su brazo alrededor de mi cintura, su promesa de verme pronto. Ella no se rió como pensé que lo haría. En cambio, me miró con los ojos muy abiertos y le indicó a la mesera que mandara otra ronda de bebidas.

—No puedo creer que te hayas caído —dijo con incredulidad, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Si, lo hice. ¡También fue absolutamente mortificante! —Dejé caer mi cabeza entre mis manos y gemí.

—Dijiste que lo viste dos veces. *Por favor*, dime que no te avergonzaste una segunda vez. —Levanté la cabeza para mirarla y comencé a reírme de su expresión. Ella parecía completamente consternada al pensar en mí humillándome de nuevo.

—No, no fui tan torpe la segunda vez. Pero tampoco fui exactamente delicada. —Le conté lo que sucedió en el pasillo nueve y me aseguré de

incluir la forma tentadora en que Alexander había mascado un chicle.

—¡Me encanta! —exclamó, disolviéndose en un ataque de risa cuando le dije que había arrojado un paquete de chicles *Big Red* en su carrito.

—Sí, bueno..., quería sacarlo de su juego y no se me ocurrió nada mejor que hacer. Sin embargo, no estoy muy segura de que mi brillante idea haya funcionado —dije frunciendo el ceño. Pensé en su mirada de asombro y me sentí un poco estúpida por lo que había hecho—. Cuando pienso en ello, no puedo ni siquiera empezar a entender por qué encontré su chicle tan excitante. Quiero decir, es un chicle. Asqueroso, ¿verdad? Pero no lo era. Fue todo una especie de sensual locura.

—Te desea —concluyó, metiéndose una patata frita en su boca.

—¿Estás loca? ¡Me puse en ridículo!

—No lo creo, Krys —respondió ella a sabiendas—. Quiero decir, de verdad, el tipo volvió a verte al día siguiente. Le preocupaba cómo te estaba yendo, te hizo un montón de preguntas personales, un montón de insinuaciones sexuales y tuvo una discusión filosófica sobre los fundamentos del control. Si eso no grita "Quiero tener sexo —entonces no sé qué lo hace. Demonios, el hecho de que incluso estés hablando de él me dice que tú también lo deseas.

—Te equivocas, Ally —dije y sentí que mi cara se enrojecía. Su habilidad para leerme era aterradora.

—¡Oh Dios mío! Te estás sonrojando. Realmente te gusta, ¿no es así? —me dijo obviamente aturdida. Era hora de controlarla antes de que esta conversación se saliera de control.

—Estás exagerando. En primer lugar, no hizo insinuaciones sexuales. Bueno, tal vez una —le concedí—. Creo que el resto lo inventé principalmente en mi cabeza. Y, en segundo lugar, sus preguntas no eran personales. Eran completamente platónicas y relacionadas con el trabajo. Claro, tal vez quise desnudarlo allí mismo, en medio de Wally's, pero no era igual para él. Estoy segura de que su única preocupación era una posible demanda.

Ella me frunció el ceño.

—No te das suficiente crédito. Eres hermosa, Krys. No sé por qué no puedes aceptarlo. ¿Es tan difícil de creer que tal vez, solo tal vez, él estaba interesado en algo más que el golpe en tu cabeza?

—Creo que el tipo tiene el potencial de ser un fanático del control total, Ally. Ya estuve allí, ya pasé por eso, ¿recuerdas? No volveré a cometer ese

error.

Entonces me quedé en silencio y miré mi plato. Estaba segura de que Allyson sabía hacia dónde se dirigían mis pensamientos, pero no dijo nada. En cambio, comimos nuestra comida en silencio, y recé para que no mencionara el tema prohibido de mi pasado, el tema doloroso que evitaba a toda costa. No quería ir *allí*.

Después de que pasaron varios minutos, finalmente habló.

—Sé que no quieres hablar de esto —comenzó suavemente—. Tienes cicatrices que ni siquiera puedo empezar a comprender. Pero....

—Tienes razón. No quiero hablar de eso —dije rotundamente.

—Cariño, no todos los chicos son como Trevor.

—¿Crees que no lo sé? Simplemente no he encontrado al tipo adecuado todavía —espeté irritada. No agregué que tampoco había estado buscando al Sr. Perfecto. Dos años habían pasado y más psiquiatras de los que puedo contar, y mis heridas aún estaban abiertas. Una parte de mí estaba preocupada porque nunca volvería a estar completa—. Tal vez *debería* volverme lesbiana.

—¿Qué? —Allyson frunció el ceño, obviamente desconcertada.

—Nada, solo es algo que Jim comentó en el trabajo —murmuré. Allyson me miró con curiosidad, pero rechazó mi comentario con un movimiento de cabeza.

—Mira, Krys. Reconocer el hecho de que Stone existe debería ser una señal para ti. Es una señal de que estás lista para seguir adelante. Es hora de salir de nuevo. No has salido con nadie desde que tú y Trevor rompieron —me recordó.

—¡He tenido citas!

Unas pocas.

Allyson se reclinó en su silla, se cruzó de brazos y sonrió.

—Menciona un chico con el que hayas tenido más de dos citas desde que tú y Trevor rompieron.

No había ninguno. Sabía que tenía razón, pero aún así no pude evitar saltar a la defensiva. Ciertamente no era mi culpa de que todos los chicos que conocía quisieran saltar sobre mí después de solo cinco minutos de conversación.

—Alexander Stone es probablemente uno de los hombres más ricos de Nueva York. Está fuera de mi alcance. Puede elegir a la mujer que quiera, ¿por qué diablos me querría a mí?

—No seas ridícula. El hecho de que esté forrado de billetes no significa nada. En este momento, tienes dos años de celibato hablando por ti.

—¡No he sido célibe durante dos años! Te estás olvidando de Bryce, el músico. ¿Lo recuerdas?

—¡No puedes hablar en serio! —dijo exasperada.

Le fruncí el ceño, sabiendo que tenía razón de nuevo. Realmente no podía contar al músico con el que salí solo una vez. Bryce fue un intento inútil de arreglar mi corazón destrozado. Fue mi rebote después de Trevor; el borracho de una noche que nunca volvió a llamarme. Ni siquiera estaba completamente seguro de si Bryce era su verdadero nombre, y me arrepentí de esa noche hasta el día de hoy.

—No quiero hablar de Trevor o de Bryce, Ally. Y tu escandalosa imaginación sobre Stone acabará por sembrar demasiadas ideas locas en mi cabeza. Créeme cuando digo que no necesito tu ayuda con eso.

Pensé en el pequeño diablo que había estado haciendo una aparición bastante regular en mi hombro últimamente, poniendo todo tipo de imágenes atractivas en mi cabeza.

¿Ángeles y demonios? Realmente estás enloqueciendo, Cole.

—Sí, claro. Necesitas tener más ideas locas en lo que a mí respecta —bromeó.

—No empieces. Estoy perfectamente bien estando sola. No necesito una relación o sexo para ser feliz. Además, de cualquier forma, probablemente nunca volveré a ver a Alexander Stone. E incluso si lo hago, él prefiere a las pelirrojas altas y con curvas.

En un intento por cambiar de tema, le conté mis hallazgos en Internet sobre el rico Alexander Stone y su historia con las pelirrojas.

—¿Y qué? Si alguien puede persuadirlo de que cambie de opinión sobre las pelirrojas, esa eres tú.

—No, Ally —dije, con un tono de advertencia evidente en mi voz.

—Ya puedo ver los titulares ahora: 'El ridículamente rico Alexander Stone, elige el castaño sobre el rojo opaco'. Podría ocurrir —afirmó con total naturalidad con una sonrisa diabólica.

—¡Uf, eres implacable!

A través del fuerte ruido en el bar, escuché el sonido familiar de metal contra metal. Miré por encima del hombro y vi a William de pie junto a la barra, golpeando dos cucharas contra su rodilla al compás de la música, un pasatiempo favorito de los clientes habituales de Murphy's. Definitivamente

necesitaba una distracción si quería que Allyson dejara el tema.

—Vamos, Will está tocando con las cucharas. —Me levanté, tiré mi servilleta sobre la mesa y tomé su mano.

El tema estaba destinado a volver a surgir, pero por ahora estaba terminado. El pasado era el pasado. Rehacerlo nunca terminaba en un resultado positivo. Esta noche, solo quería divertirme.

Krystina

ME DESPERTÉ CON EL SONIDO EN MIS OÍDOS DE UNA ALARMA ESTRIDENTE Y penetrante. Gemí cuando extendí la mano para apagarla, deseando poder presionar nuevamente el botón de repetición. Me había quedado fuera hasta muy tarde y lamentaba haber cedido a la súplica de Allyson de 'sólo un trago más'.

Estaba agotada.

Cuando había ido a la cama la noche anterior, estaba segura de que el sueño llegaría rápidamente, y los efectos del baile y un poco de alcohol me ayudarían. Lamentablemente, no tuve tanta suerte. En cambio, había dado vueltas y vueltas la mayor parte de la noche, Juan Pestañas [***Nota de la T.: Juan Pestañas, en otros países conocido como El Hombre de Arena, es un personaje mítico que ayuda a que los niños se queden dormidos***] me había evitado durante horas, hasta que finalmente me quedé dormida en algún momento, después de las tres de la mañana.

Me obligué a levantarme de la cama y prepararme para la entrevista. Aturdida y confusa por el cansancio, entré penosamente al baño y encendí la ducha, con toda la fuerza y un calor abrasador.

Me arriesgué a mirarme en el espejo y vi que mis ojos mostraban pocos signos de descanso. Las manchas oscuras debajo de ellos serían difíciles de disimular con maquillaje, además de tratar de cubrir los restos amarillentos de mi moretón.

Me metí en la ducha hirviendo y apoyé la cabeza contra la pared de azulejos. Dejé que el vapor me envolviera y pensé en el torbellino de emociones que me había consumido durante la noche.

Mi historia con Trevor había vuelto al primer plano de mi mente, y maldije a Allyson por haberlo mencionado. Traté de sacar de mi cabeza los deprimentes recuerdos de Trevor, solo para encontrar que mis pensamientos evolucionaban lentamente hacia visiones de Alexander Stone y los

sentimientos que él agitaba profundamente dentro de mí, emociones que no quería tener y que había mantenido enterradas durante tanto tiempo. Por primera vez en años, me atraía físicamente un hombre. Me dolía admitirlo, incluso a mí misma.

Salí de la ducha y me sequé el pelo con una toalla. Sabía que tenía que dejar de pensar en todas estas tonterías, especialmente porque la probabilidad de volver a ver a Alexander era casi nula.

Estoy siendo ridícula. Es hora de volver a atornillar mi cabeza y concentrar mis energías en la entrevista.

Regresé a mi habitación y encendí el estéreo. La música era mi propia terapia personal. No podía tocar un instrumento y apenas podía llevar una melodía, pero podía sentir la música. La melodía correcta tenía el poder de cambiar mi estado de ánimo en un instante, y eso era exactamente lo que necesitaba en este momento para ayudar a evitar los recuerdos desolados y los pensamientos no deseados.

Revisé mi iPod en busca de la melodía adecuada y finalmente me decidí por 'Stompa'. La pegajosa melodía que seguía con mis pies era la solución perfecta para hacer que mi cuerpo se activara. Pulsé la reproducción, cerré los ojos y dejé que la voz profunda y melodiosa de los cantantes me inundara. Cuando el ritmo de la canción comenzó a acelerarse, una sonrisa gradual se formó en mis labios y mi cabeza comenzó a dar saltos al ritmo de la línea de bajo ascendente. Ya sintiendo un cambio de humor, me dirigí al armario y busqué algo que ponerme.

Cuando terminé de vestirme, giré lentamente en el espejo de cuerpo entero, mirando completamente mi metro y sesenta y siete centímetros. Había elegido una sencilla falda azul marino hasta la rodilla y una chaqueta de traje a juego sobre una blusa de color crema. Zapatos bajos y unos aretes de perlas en forma de lágrima para mis orejas completaban una apariencia clásica. Me había peinado el cabello con un giro suelto, rezando para que se quedara quieto hasta que terminara mi entrevista. Mi maquillaje era sutil, con solo un toque de carbón en mis ojos y un toque de brillo rosa. Pensé que mi apariencia general era elegante, sin parecer presuntuosa.

Verifiqué la hora en el reloj de mi mesita de noche.

¡Mierda!

Había ocupado demasiado en prepararme y no podía llegar tarde. Necesitaba conseguir este trabajo. Tal como estaban las cosas, me había quedado dormida más tiempo de lo que había planeado y ya no pude

investigar acerca de Turning Stone Advertising. Iba a la entrevista a ciegas.

Apagué el estéreo, envié un agradecimiento silencioso a *Serena Ryder* por arreglar mi estado mental y salí corriendo.

Cuando llegué al vestíbulo principal de mi edificio, Philip el portero, estaba allí para saludarme.

—Buenos días, señorita Cole —dijo, con una sonrisa en su alegre rostro.

—Buenos días, Phil —respondí distraídamente—. Necesito un taxi, ahora. ¿Podrías pedirme uno por favor? Tengo poco tiempo, de lo contrario, disfrutaría del buen clima e iría a pie.

Normalmente habría hablado con el policía retirado durante un minuto o dos, pero no me sentía muy habladora en ese momento. La ansiedad por la entrevista estaba comenzando a instalarse y me sentía ansiosa por terminar de una vez.

—No hay necesidad de llamar al taxi. Hoy ha habido bastantes en la calle y hacer señas a uno no debería ser un problema. Venga conmigo.

Seguí a Philip al exterior a través de las puertas del vestíbulo, parpadeando ante la repentina puesta de sol, y esperé a que me llamara un taxi. Mi pie golpeó con impaciencia el bordillo. Había pasado más de un mes desde mi última entrevista y estaba hecha un manojo de nervios.

—¿Gran día, señorita? —preguntó Philip, mirando hacia mi pie que estaba por hacer un agujero en la acera.

—Sí, una entrevista de trabajo —respondí con una sonrisa preocupada. El taxi se detuvo y Philip me abrió la puerta—. ¡Deséame suerte!

Él asintió con la cabeza y al cerrar la puerta amarilla del taxi, me hizo un pequeño saludo. Le di la dirección al conductor y el taxi se alejó a toda velocidad.

EL TRÁFICO ESTABA terrible al entrar al distrito financiero, pero aún así lo logramos. Por una vez, estaba agradecida por la conducción intrépida e imprudente de un taxista de la ciudad de Nueva York, a pesar de que mis nudillos estaban blancos por colgarme del asiento con tanta fuerza.

Cuando el taxi se detuvo con un chirrido en nuestro destino, le pagué al conductor y salí a la acera. Miré con aprensión la impresionante estructura que se elevaba ante mí. Sobre la entrada principal en letras plateadas había un gran letrero que decía Cornerstone Tower. Un elegante capitel ornamental se elevaba por encima del edificio atravesando una nube que pasaba suelta.

El tamaño del lugar era intimidante, y descubrí que mis pasos hacia las puertas giratorias de vidrio eran algo vacilantes. Incliné mi cabeza de lado a lado, estirando mi cuello como un boxeador que se dirige al ring.

Necesito relajarme. Lo lograré.

Sin embargo, por mucho que tratara de calmarme, todavía me sentía nerviosa cuando entré por las puertas principales. Sabía que mis oportunidades profesionales en Nueva York comenzaban a agotarse. Si quería quedarme en la ciudad, era fundamental que en esta entrevista tuviera éxito.

El vestíbulo era grande y me tomó un momento localizar el mostrador de seguridad. Había un hombre vestido con un uniforme de apariencia oficial detrás de un mostrador de madera de caoba pulida. Estaba revisando los monitores de seguridad y no se dio cuenta de mi llegada.

Aclaré mi garganta y dije, "Usted disculpe, señor. Mi nombre es Krystina Cole. Tengo una cita con Laura Kaufman a las nueve en punto.

El guardia de seguridad me miró antes de revisar un libro de registro sobre el escritorio. Pasó el dedo por la página hasta que localizó mi nombre.

—Sí, señorita Cole. —Con una cordial sonrisa dijo: —Simplemente tome el ascensor hasta el piso cincuenta. La Sra. Kaufman la está esperando. — Señaló un pasillo a su izquierda—. Los ascensores están al final del pasillo.

—Gracias.

Atravesé los pisos de mármol con vetas azules hacia la hilera de ascensores. Cuando llegué a ellos, marqué el número de piso en el teclado.

Aquí no pasa nada.

Las puertas se abrieron y entré. Mis oídos se destaparon cuando el ascensor subía más y más. Cuando finalmente llegó a su destino, salí hacia una lujosa sala de espera.

La habitación estaba amueblada con varios sofás de cuero gris pizarra. Eran de estilo contemporáneo y estaban colocados en forma de U a mi derecha. Había una mesa baja de vidrio en medio de los sofás, exhibiendo una especie de pequeña escultura de piedra. Obras de arte ecléctico en diferentes tonos de grises y azules adornaban las paredes blancas.

Cuando miré a mi izquierda, una atractiva mujer con un exclusivo traje de diseñador se levantó de detrás de un escritorio. Su traje era de un verde esmeralda vibrante que cubría cada una de sus perfectas curvas. Su maquillaje era impecable y ni un solo mechón de su corte angular estaba fuera de lugar. Se veía profesional, pero extremadamente sexy al mismo

tiempo. Cuando rodeó el escritorio hasta donde yo estaba parada, alcancé a ver a juego unos tacones de aguja verdes de quince centímetros.

Me mataría si alguna vez intentara caminar con zapatos como esos.

De repente me sentí muy consciente de mi modesta chaqueta y falda azul marino.

—Tú debes ser Krystina Cole. Soy Laura Kaufman. —Sonrió y me extendió una mano perfectamente cuidada.

—Es un placer conocerla, Sra. Kaufman —respondí mientras le estrechaba la mano. Parecía tener poco más de treinta años, más joven de lo que había anticipado según nuestra breve conversación telefónica. Su voz era tan gentil y dulce que me la había imaginado como una abuela. No podría haber estado más equivocada.

—Por favor, llámame Laura. Un momento por favor. —Caminó detrás de su escritorio y presionó un botón en el teléfono de escritorio—. Discúlpeme señor. La señorita Cole ha llegado para su entrevista. ¿La llevo a su oficina? ¿O prefiere la sala de conferencias?

—Ven a la sala de conferencias, Laura. Estoy terminando con algo —dijo una voz masculina desde el altavoz.

Laura se volvió hacia mí, "Si me sigues por aquí, te llevaré con el Sr. Stone ahora.

¿Sr. Stone?

Mis ojos se abrieron con sorpresa al escuchar el nombre.

No puede ser. No puede ser el mismo tipo. El Sr. Ojos Azules. El Sr. Mantén-me-despierta-toda-la-noche-soñando-con-zafiro. Imposible.

Luego se me prendió el foco con una mirada cegadora que casi me derriba de bruces, al recordar todas las cosas que sabía sobre Alexander Stone.

Stone Enterprise. Fundación Stoneworks.

Mi estómago dio un vuelco cuando el pánico comenzó a apoderarse de mí. El edificio en el que me encontraba se llamaba Cornerstone Tower. Y estaba a punto de tener una entrevista para un puesto en Turning Stone Advertising.

Tiene que ser el mismo Sr. Stone. ¿Cómo puedo ser tan ridículamente torpe?

Maldije en voz baja, sabiendo que lo más inteligente sería irme de inmediato.

Si no puedo entender qué es uno más uno, obviamente no soy apta para el puesto.

—Perdóneme, Sra. Kaufman, pero asumí que me entrevistaría con usted

—dije con una sonrisa temblorosa, luchando por pensar en una salida a la situación.

—¿Disculpa? —Ella parecía confundida por mi declaración.

—Yo, um.... —Tartamudeé mientras trataba de pensar en algo, *cualquier* cosa que pudiera evitar que de nuevo me encontrara cara a cara con Alexander Stone—. No sabía que me entrevistaría con el Sr. Stone. Supuse que, dado que es una gran empresa, un departamento de recursos humanos se encargaría de las contrataciones —le expliqué, sin poder encontrar nada mejor. Solo podía esperar que esto *fuera* realmente una gran empresa.

La comprensión apareció en el rostro de Laura.

—El Sr. Stone debe estar considerándote para un puesto importante, de lo contrario, ese sería normalmente el caso. Nuestro departamento de recursos humanos generalmente maneja la selección inicial de candidatos. Sin embargo, el Sr. Stone realiza personalmente todas las entrevistas para candidatos de alto potencial —aclaró con una sonrisa.

¿Alto potencial?

Mis palmas comenzaron a sudar mientras seguía en silencio hasta la sala de conferencias a Laura, la rubia fresa. Su sutil cabello rojo era un recordatorio de todos los artículos que había leído en línea sobre la preferencia de Alexander Stone sobre las pelirrojas.

¿Pero seguramente eso no puede ser un requisito previo para trabajar para él? ¿O sí?

Mi estómago se contrajo en un nudo nervioso. Todo en la situación estaba terriblemente mal. No solo era una tonta por no conectar los puntos, sino que también tenía el color de cabello equivocado para el trabajo.

Alguien como Alexander Stone querría contratar a alguien inteligente e ingenioso, no a alguien cuya lengua se le pegara al paladar cada vez que estaba cerca de él. Esto era un desastre en ciernes. Provocaba muchas *distracciones*, nada más que sexo y pecado y la fantasía más picante de todas las chicas. No podía imaginar la idea de pasar por toda una entrevista de trabajo con él.

Me sentí como si estuviera caminando por un túnel, mis nervios gradualmente se apoderaron de cada una de mis partes racionales. La aprensión hizo que mis pasos se retrasaran lentamente detrás de Laura mientras se dirigía hacia la puerta al final del pasillo.

Jugué con la idea de salir corriendo en ese mismo momento, pero mi ventana de tiempo para una salida rápida había terminado. Habíamos llegado

a la sala de conferencias. Respiré hondo e hice un esfuerzo consciente para calmar mis manos inquietas.

Tranquila, solo es una entrevista de trabajo. Estoy exagerando.

Sintiéndome solo un poco más compuesta, atravesé la puerta que Laura me abrió.

Tal vez ni siquiera sea el mismo Sr. Stone.

Pero sí era.

Krystina

ALEXANDER STONE SE ENCONTRABA DE ESPALDAS A MÍ EN EL OTRO extremo de la habitación. A pesar de que no podía ver su rostro, no había duda de su poderoso físico. Hablaba por teléfono, con una mano en el bolsillo, mirando hacia el horizonte de Manhattan a través de las ventanas de piso a techo.

Se volvió para vernos a Laura y a mí paradas allí y me indicó que me sentara. Miré a Laura en busca de orientación. Ella sonrió y señaló una silla cerca del final de una gran mesa de conferencias de cristal pulido. Me senté y me tomé un minuto para calmar aún más mis nervios y hacer un balance de lo que me rodeaba.

Los muebles eran elegantes y modernos. La mesa en la que me senté era lo suficientemente grande como para sentar al menos a treinta personas. En el centro de la mesa había un largo cuenco de cristal con forma de barco, lleno de piedras azules, blancas y negras. También sobre la mesa había varios teléfonos de videoconferencia de alta tecnología.

Todas las paredes estaban pintadas del mismo blanco brillante que la sala de espera. Dos enormes paneles de televisión de pantalla plana adornaban la pared a mi derecha, uno de ellos sintonizaba Bloomberg TV con el volumen en silencio. A mi izquierda, los estantes empotrados tenían una colección de jarrones azules, todos variando en tono, tamaño y forma. La pared del fondo no era más que vidrio, revelando una vista impresionante de Nueva York. La habitación seguramente exhibía poder y riqueza, pero no era nada comparado con el hombre que estaba en ella.

Estudí a Alexander Stone mientras caminaba por la parte trasera de la sala de conferencias. Vestía pantalón de traje negro y camisa blanca. Tampoco hoy llevaba chaqueta, pero vi que había una sobre el respaldo de una de las sillas de la sala de conferencias. Su corbata plateada estaba aflojada en el cuello y su botón superior estaba desabrochado. Parecía

cómodo y seguro de sí mismo, y se comportaba con un aire de sofisticación y aplomo. Parecía más grande que la vida, como si tuviera el mundo en la palma de su mano.

—¿Te gustaría algo de beber? ¿Café, té, agua? El señor Stone está por terminar su llamada —ofreció Laura en voz baja para no molestar a su jefe. Miré su amable sonrisa. Casi me había olvidado de que ella seguía allí.

—Sí, por favor. El agua sería genial —acepté, imitando la voz baja. Sostener un vaso de agua me daría algo que hacer con mis manos, que se movían una vez más en mi regazo. Cualquier tipo de cafeína causaría estragos en mis nervios ya temblorosos.

Justo cuando Laura colocó el vaso de agua en un posavasos frente a mí, Alexander terminó su llamada y se dio la vuelta para mirarnos.

—Gracias, Laura. Eso será todo por ahora.

—Sí, Sr. Stone.

Con un pequeño asentimiento, Laura salió silenciosamente de la habitación, dejándome sola con el formidable Alexander Stone.

Volvió su atención hacia mí y me mostró una sonrisa deslumbrante, revelando unos dientes blancos perfectos.

Dios, este hombre es innegablemente hermoso.

Buenos días, señorita Cole. Pido disculpas por la espera. No había previsto que mi llamada duraría tanto.

Está bien, estaba disfrutando la vista de tu delicioso trasero.

—No hay problema —murmuré, en lugar de expresar mis verdaderos pensamientos.

Se dirigió hacia mí, con su arrogancia siempre tan prominente, y se sentó en una silla junto a la mía. Se echó hacia atrás, cruzó un tobillo sobre una rodilla y casualmente cruzó las manos. Por alguna loca razón, sentí que me sonrojaba. Tuve que recordarme que debía respirar.

—Señorita Cole, ¿está bien? Se ha sonrojado.

Mis manos se dirigieron inmediatamente a mi cara mientras luchaba por encontrar mi voz.

—Estoy bien. Es la altura. A veces me da vértigo —mentí mientras alcanzaba mi vaso de agua. Tomé un gran trago.

—¿La altura? —cuestionó con escepticismo.

Tomé otro trago de agua.

—Sí, esto me pasa siempre que estoy en edificios altos —dije, continuando la mentira a toda prisa.

Edificio alto era decir un eufemismo. Stone era dueño de un rascacielos.

—Ya veo —fue su única respuesta.

Si no me equivoco, pensé que parecía divertido.

Probablemente lo esté. Las mujeres deben caer sobre él todos los días.

Sin embargo, no tenía el lujo de estar entre esas mujeres. Tuve que meter los frenos y componerme. Esta era una entrevista profesional para un trabajo real. No podía permitirme estropearlo solo porque mi libido estancada, de repente, decidía ponerse a toda marcha.

—¿Sabía que era yo a quien entrevistaría? Porque no creo en las coincidencias —espeté.

Tranquila, muy tranquila.

—Por supuesto —respondió sin evasivas.

—Me lo imaginaba. Pero tengo que preguntar, ¿cómo consiguió mi currículum? —pregunté con sincera curiosidad, encontrándome un poco más relajada.

Puedo hacer esto.

—Solo era cuestión de hacer las averiguaciones correctas, señorita Cole. Estaba intrigado después de nuestra reunión en Wally's y quería conocer más sobre usted. Hice algunas preguntas sencillas y me enteré que tenía una licenciatura en mercadotecnia. Una investigación informal de antecedentes llenó los espacios en blanco. Tengo un puesto disponible en el departamento de mercadotecnia, y por ello concerté una entrevista con usted.

—¿Ordenó una verificación de antecedentes sobre mí? —pregunté instintivamente sintiéndome violada.

¿No necesitaba obtener mi consentimiento para hacerlo?

No estaba segura de qué pensar sobre la violación de la privacidad.

—No fue nada tan técnico, se lo aseguro. A todas las personas, a las que considero para un empleo, se les realiza una revisión básica, incluso antes de programar una entrevista. Facilita las cosas.

—Lo facilita, ¿en qué sentido? —pregunté.

—Es más fácil para todas las partes involucradas. Le sorprendería lo que las redes sociales pueden revelar sobre una persona —respondió con indiferencia, con una sonrisa formándose muy sutilmente en sus labios. Nos sentamos allí en un silencio que pareció extenderse durante horas, sin embargo, sabía que eran solo unos segundos, un minuto como máximo. Estoy segura de que sintió mi inquietud, pero continuó mirándome con una ceja levantada, con sus ojos brillando con humor, antes de volver a hablar

finalmente—. Dígame lo que está pensando.

—Que lo estoy divirtiendo de alguna manera —admití con franqueza.

—No hay nada divertido en absoluto, señorita Cole —dijo, con las comisuras de la boca crispadas. Sabía que estaba luchando contra una sonrisa y era irritante.

¿Qué demonios era tan malditamente cómico?

—¿En serio? Entonces, ¿por qué parece que intenta no reírse? —respondí, un tanto ásperamente.

—Su comportamiento me dice que no sabía que hoy, YO estaría realizando su entrevista. ¿Es correcta mi suposición? —preguntó, el humor aún era evidente en sus rasgos.

¡Soy una idiota! ¡Debería haberme preparado para esto!

—Um... más o menos. Sí.

Mi declaración hizo que riera un poco y fue enloquecedor. No pude evitar saltar a la defensiva.

—¿Siempre se ríe de sus prospectos a empleados? —lo desafié.

—No me estoy riendo de usted. Me río más ante el dilema en el que me encuentro. Nunca he conocido a una mujer como usted. Encuentro su inocencia refrescante. La mayoría de las mujeres que conozco son muy calculadoras y extremadamente predecibles. Usted es diferente de alguna manera. —Hizo una pausa por un momento, frunciendo el ceño—. Es una molestia, en realidad.

Su arrogancia me sorprendió y encontré insultante su generalización de las mujeres.

—Lamento no encajar en un molde preseleccionado, señor Stone. ¿Preferiría que jugara con su noción definida de que todas las mujeres son iguales? —le pregunté, con mi voz cargada de desprecio.

—Está haciendo un montón de preguntas, señorita Cole.

Había dejado de sonreír ahora y sus ojos se volvieron helados.

Ay, mierda. Tiene razón.

Toda la situación estaba empezando a descontrolarse. Estaba haciendo demasiadas preguntas que no tenía derecho a hacer. Probablemente me despedirían antes de que me ofrecieran un puesto, y era uno que necesitaba con urgencia.

Mi reacción impulsiva fue arremeter. Pero estaba siendo demasiado franca contra mi propio bien y podría costarme este trabajo. Dejando a un lado mi temperamento, sabía que estaba comportándome hipócritamente. Después de

todo, era yo quien pensaba que todos los *hombres* eran iguales. Así que silencié mi lengua, sintiéndome avergonzada por mi audacia, y miré mis manos.

Es Alexander Stone, millonario, megarrico, y estoy siendo grosera.

—¿Podemos continuar con su entrevista ahora?

—Sí —respondí dócilmente.

—Sí, Sr. Stone —añadió con aire de tranquila autoridad.

Mi cabeza se levantó de golpe.

¿Sí, Sr. Stone?

No había gritado. Sin embargo, no era necesario. Su sutil orden fue suficiente para detonar a través de mi sistema, provocando que se formara un nudo en mi estómago. Era un hombre acostumbrado a conseguir lo que quería.

Las campanas de advertencia sonaron cuando recordé mi conversación con Alexander del día anterior. Mi impresión inicial acerca de él era correcta, realmente era un fanático del control. Cada instinto que poseía me decía que saliera de la habitación de inmediato y esto era malo. Muy malo. Sin embargo, por alguna razón totalmente loca, me sentí ligeramente excitada por su asumida autoridad y el poder que emanaba de él. Me obligaba a quedarme clavada en la silla.

—Sí, Sr. Stone —repetí como un loro.

Era como un niño errante al que acababan de regañar, mi voz era muy baja y patética para mis oídos. No podía creer que realmente la estuviera escuchando.

Los cambios de humor que había experimentado desde que entré a esta habitación me estaban haciendo girar la cabeza. Ansiedad, ira, vergüenza y lujuria: los había sentido todos y luché por encontrar estabilidad dentro del huracán.

Lo vi mirando mis manos inquietas. Las detuve inmediatamente y tomé mi vaso de agua.

Necesito recordar por qué estoy aquí. Necesito este trabajo.

—Así está mejor —murmuró. Parecía satisfecho, su rostro revelaba una pequeña sonrisa. Ya fuera porque dejé de inquietarme o porque seguí su orden, no podía estar segura. Lo único que sabía era que el equilibrio en la habitación había cambiado rápidamente. Permanecí callada y esperé su señal.

—Hay un puesto en Turning Stone Advertising que necesita cubrirse. Si bien la empresa es simplemente una subsidiaria de Stone Enterprise,

ocasionalmente me involucro en sus requerimientos comerciales diarios. — Se levantó de su silla y caminó hacia la ventana. Con una gracia confiada, juntó las manos a su espalda y continuó: —Siempre estoy buscando candidatos calificados y con experiencia. En mi mundo, la incompetencia no es algo que se tolere. Me gusta que mi gente sea motivada, confiable y eficiente. Cuando señalo una dirección, espero que se siga al pie de la letra, sin dudar. Cuando encuentro a alguien que encaja con esta persona, la contrato y le pago bien para que continúe trabajando conmigo. Usted, señorita Cole, ha demostrado ese potencial.

—Le agradezco que vea el potencial en mí, Sr. Stone —respondí respetuosamente, asegurándome de decir su nombre correctamente.

—Exactamente cuánto queda todavía por ver —dijo pensativo, casi como si estuviera hablando solo.

Se volvió para estudiarme por un momento. Su cuidadoso escrutinio era intimidante. Me recordaba a un león acechando a su presa. Si le daba la oportunidad, sabía que este hombre era capaz de desnudar mi alma. Ningún hombre me había afectado de esta manera. Era irritante, arrogante y atractivo a la vez. Mi estómago comenzó a sentirse molesto y voluble y me moví incómoda bajo su mirada penetrante.

—Cuénteme sobre sus deberes laborales en Wally's.

—Bueno, um, señor, Sr. Stone —tropecé con mis palabras, tratando de recordar qué diablos era lo que hacía en mi trabajo actual—. Principalmente abastezco estantes y armo los exhibidores. De vez en cuando, el Sr. Roberts me pide que lleve comestibles como cortesía a los hogares de nuestra clientela de edad avanzada.

—Eso es algo muy noble de hacer. Me hace sentir bien con mi decisión de inversión.

—Entonces, ¿ha decidido invertir en Wally's? —le pregunté con entusiasmo, olvidándome momentáneamente de que se suponía que debía mantener una conducta profesional. Por mucho que quisiera salir de mi lugar de trabajo actual, disfrutaba de mi tiempo allí. No quería ver que Wally's cerrara y estaba feliz de saber que el tendero podría salvarse.

—No voy a invertir en ellos por decirlo así. Mi negocio está en el sector inmobiliario, no en las cadenas de alimentación minoristas. Solo voy a comprar sus edificios, lo que ayudará a aliviar algunos de sus gastos generales. Hay algunas cuestiones que aún deben solucionarse, pero estoy seguro de que se llegará a un acuerdo en el próximo mes. —Parecía molesto

por mi interrupción y no dio más detalles sobre el trato. En cambio, continuó con el interrogatorio de su entrevista—. Tiene una licenciatura en mercadotecnia de la Universidad de Nueva York. ¿Qué la hizo elegir esa carrera?

Esa pregunta me dejó perpleja. Nadie me había preguntado eso y nunca consideré seriamente la razón por la que había elegido la mercadotecnia. Simplemente me gustaba.

Reflexioné sobre su pregunta por un momento antes de llegar a la conclusión de que mi fascinación estaba en las ventas. Pensé que la respuesta podría sonar poco convincente, pero no tenía nada mejor, así que la seguí.

—Entiendo y aprecio el poder de la persuasión. La mercadotecnia, en cierto sentido, es ventas. Si se comercializa correctamente, puede venderse cualquier cosa. Solo necesita dirigirse al comprador con precisión.

—¿El poder de la persuasión? —pareció sorprendido por mi respuesta y se dio unos golpecitos pensativos con el dedo en la barbilla.

—Sí. Creo que la persuasión a través de la publicidad puede verse como una forma de arte. Por ejemplo, un anuncio de televisión puede convencer a una persona de que compre un producto que realmente no necesita, si se comercializa correctamente. Imágenes, música, presentación, todo es un gran paquete, elaborado y empaquetado para influir en el consumidor.

—Muy cierto —dijo con un gesto de asentimiento—. Ahora dígame, ¿qué la persuade a usted, señorita Cole?

Me lanzó una mirada inquietante, una que me hizo sentir otro pequeño retorcimiento en mi vientre.

—¿Qué me persuade? No estoy segura de entenderle.

—¿Qué influye en usted, que la motiva para hacer algo que normalmente no haría?

—La música —dije simplemente, luchando por mantener juntas mis facultades. Me miró enarcando una ceja sexy, esperando a que dijera más.

Concéntrate en la pregunta, ¡no en su ceja!

—¿Le importaría explicarlo?" él presionó.

—La música puede ser una fuente poderosa para la mercadotecnia. La melodía correcta tiene el poder de influir en mí de una forma u otra en casi cualquier cosa.

—Esa es una idea muy interesante —dijo con una sonrisa felina, haciéndome pensar que tenía un secreto que solo él conocía. Caminó tranquilamente de regreso a la mesa para reclamar su asiento junto a mí—.

Tengo curiosidad. ¿Qué tipo de música influiría en usted?

—Um... —Me retorcí incómoda en mi silla—. Bueno, supongo que dependería de lo que intentara venderme.

—Ah, pero tal vez la pregunta más importante sería: ¿está buscando comprar? —preguntó sugestivamente.

El calor inundó mi rostro por lo que pareció ser la enésima vez en los últimos tres días. Odiaba sonrojarme tan fácilmente, y automáticamente me llevé las manos a la cara para ocultar mis mejillas. Un extraño y desconocido dolor comenzó entre mis piernas, solo sumándose a mi mortificación.

—¿La gran altura la está afectando de nuevo?

—Algo así —murmuré, y juraría que mi cara se puso diez tonos más roja.

Sonrojada por las preguntas de la entrevista. Excelente. Estoy fuera de control.

—Cuénteme sobre su experiencia —dijo de repente, cambiando de dirección.

—¿Mi experiencia con qué exactamente, Sr. Stone?

Su críptica línea de interrogatorio era confusa. No podía seguir el ritmo. Quizás realmente me estaba volviendo loca. Era eso, o su mera presencia estaba convirtiendo mi cerebro en malvavisco. No podía estar segura.

—Su experiencia en mercadotecnia y publicidad, por supuesto.

Me miró, con los ojos llenos de malvado humor, esperando mi respuesta.

Esta tenía que ser la entrevista más extraña de todas. Había leído mi currículum. Conocía la respuesta. ¿Por qué me preguntaba eso?

—Todo está en mi currículum, Sr. Stone. No hay mucho más en lo que pueda dar detalles —respondí rotundamente.

Probablemente era la peor respuesta que había dado en una entrevista, pero tenía la persistente sospecha de que no le importaba un comino mi experiencia en mercadotecnia. El retorcimiento de mi vientre se intensificó, la conversación me hizo sentir incómoda. Estaba llena de dobles sentidos e implicaciones sugerentes.

—Ya veo. —Parecía frustrado porque no le daba una respuesta mejor.

El intercomunicador zumbó, haciéndome saltar, y la voz de Laura llegó por el altavoz de la mesa.

—Le pido disculpas por la interrupción, Sr. Stone, pero su cita de las diez ya está aquí.

¿Cita de las diez? ¿Realmente he estado aquí una hora?

—Gracias, Laura. Terminaré en un momento —respondió Alexander a

través del altavoz, sonando un poco molesto.

Mi entrevista, si se puede llamar así, claramente había llegado a su fin. Me levanté y me enderecé la falda. Alexander Stone se puso de pie también, su intensa mirada nunca vaciló, mientras observaba cada uno de mis movimientos. Me sentí desnuda, a pesar de mi blusa y falda, y mi piel se calentó bajo su escrutinio. Traté de averiguar qué estaba pensando, pero su expresión facial era ilegible, casi fría. Sin embargo, pude detectar una sensación de incertidumbre en sus ojos. Su mirada me hizo sentir cohibida e inmediatamente me moví para alisar mi cabello.

—Tu cabello está bien, Krystina.

Mierda, me llamó Krystina.

Me preguntaba qué le había hecho abandonar las formalidades.

—Uh, gracias —fue la única respuesta que pude reunir.

—Está un poco forzado para mi gusto, pero de todos modos está bien.

¿Que se suponía que significaba eso?

Estaba tratando de comprender qué quería decir con eso, cuando se acercó a uno de los teléfonos y presionó el botón del intercomunicador.

—Laura, reprogramme mi cita de las diez.

Santo cielo, ¿quiere mantenerme aquí?

No sabía si podría aguantar un minuto más en su presencia. No era yo misma cuando estaba cerca de él. Mi cuidadosa barrera, las paredes a las que me aferraba con fuerza cada vez que estaba cerca de otro hombre, parecían desmoronarse en el camino con solo una mirada de él. Podía sentir mi corazón acelerarse mientras lo veía moverse a un ritmo lento hacia mí, con un brillo depredador brillando en sus ojos.

Dio un paso más cerca y tomó mis manos. Juraría que mi corazón palpitante se detuvo ante el contacto.

—¿Por qué retuerces las manos como lo haces? —preguntó con su mirada color zafiro brillando en mis ojos.

¿Estaba moviéndome nerviosamente de nuevo?

Ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba haciendo.

—Un hábito nervioso —le expliqué. Incapaz de resistir su mirada de fuego, volví la cabeza hacia la izquierda y me concentré en los jarrones azules a lo largo de la pared.

—Mírame, Krystina. —Extendió una mano para girar mi barbilla, así que me vi obligada a mirarlo. Algo oscuro ardía en las profundidades de esos despiadados ojos azul cobalto, y me pregunté si me iba a besar. Me

temblaban las piernas y me maldije por usar zapatos de tacón en lugar de zapatos bajos—. Te pongo nerviosa —dijo, su voz se volvió profunda y gutural.

No podía hablar. Estaba hecha un desastre.

Cuando no respondí, Alexander quitó su mano de mi barbilla y lentamente pasó el pulgar por mi frente. Mi respiración de repente se volvió superficial, ya que el aire pareció volverse denso y sofocante.

—Tu hematoma se está curando muy bien.

—Sí, así es —estuve de acuerdo, mi voz apenas por encima de un susurro. Estaba demasiado cerca de mí, nublando mis sentidos por lo que no podía pensar con claridad. Traté de dar un paso atrás, pero él todavía sostenía mi mano firmemente en la suya.

Se inclinó más cerca y pude sentir su cálido aliento en mi cuello. Dejé que su olor me envolviera, una mezcla de sándalo y su aroma masculino natural. La combinación era mortal, como el olor sexy en el aire que te tienta a quedarte al aire libre justo antes de una tormenta. Y en ese momento, estaba más que dispuesta a ser alcanzada por un rayo.

—Esto nunca funcionará, Krystina. No soy un buen partido para alguien como tú. Si fueras sensata, dejarías mi edificio y nunca mirarías atrás —advirtió, su voz baja y gruesa en mi oído, provocando un hormigueo en mi nuca.

La idea de por qué podría no ser bueno para mí hizo que mis dedos de los pies se doblaran en mis zapatos. No me importaba lo malo que fuera. Podría ser el juez de eso más tarde. Descarté la molesta voz en mi cabeza que decía que todos los hombres eran malvados. El diablo había salido y estaba bailando tap en mi hombro. La repentina necesidad de probar los labios de Alexander en los míos fue abrumadora.

Movió sus manos y suavemente pasó las yemas de sus pulgares sobre mi clavícula, provocando que un temblor me recorriera. Colocó sus palmas a cada lado de mi cuello y sus dedos descansaron en la base de mi cráneo, haciendo un movimiento circular en la línea del cabello.

Me estaba deshaciendo por las costuras.

Cerré los ojos ante el contacto íntimo y dejé que un pequeño gemido escapara de mis labios. Su boca se cernió tentadoramente sobre la mía. Solo pude contener la respiración anticipando el beso que sabía que estaba a punto de llegar.

El intercomunicador volvió a sonar y la voz de Laura llegó a través del

altavoz, fuerte e intrusiva.

—Lo siento mucho señor, pero la Sra. Andrews insiste en mantener su cita. Ahora está subiendo desde el vestíbulo.

Alexander me soltó de repente, como si lo hubiera sorprendido, lo que me hizo retroceder unos pasos. Mis rodillas temblaron y tuve que esforzarme para estabilizarme. Mi cabeza daba vueltas.

¡Maldita seas Sra. Andrews!

No sabía quién diablos era la Sra. Andrews, pero la despreciaba en ese momento.

Lo miré, ahora parado a unos buenos tres metros de distancia de mí. Cerró los ojos y se pasó las manos por el pelo. Sacudió levemente la cabeza, como si intentara aclararla.

Cuando finalmente me miró de nuevo, su expresión estaba en blanco. No había nada en su apariencia que hubiera revelado lo que había sucedido en los últimos minutos.

—Me gustaría terminar tu entrevista, Krystina —dijo finalmente, aunque de manera bastante abrupta.

—¿Cuándo le gustaría reprogramar, Sr. Stone? —pregunté, mis palabras sonaban débiles en mis oídos. Apenas podía pronunciar las palabras, mi cuerpo todavía nadaba con un deseo inexplicable.

—No lo sé.... —Su voz se fue apagando, la incertidumbre nubló brevemente sus rasgos. Sin embargo, recuperó la compostura en un instante, una vez más mostrando una cara de póquer que no mostraba ninguna emoción. Probablemente sea mejor para los dos que se vaya ahora, señorita Cole.

Formal. De vuelta a los negocios.

Su tono era firme y distante. Era como si se hubiera accionado un interruptor y pareciera no haber sido afectado por nuestro encuentro.

Estaba más que un poco aturdida. Me sentí rechazada. Sin palabras. Solo podía quedarme allí, un desastre tembloroso, mirándolo fijamente.

¿A qué juego está jugando? ¿Va a reprogramar la cita o no?

¿Y me quiere o no?

Aturdida, me incliné para recuperar mi bolso de la silla donde la había colocado. Cuando me volví, Alexander me estaba esperando junto a la puerta.

—Laura estará en la recepción esperando por usted. Que tenga un buen día.

Y con eso, se dio la vuelta y salió de la sala de conferencias.

Bueno, eso está muy bien, 'Dr. Jekyll y Mr. Hyde'. [Nota de la T.: Aquí se menciona la obra de Robert L. Stevenson, donde el tema principal es la dualidad del bien y el mal existente en todas las personas]. Si quieres jugar juegos mentales, entonces has conocido a tu pareja.

Yo era la maestra en llevar máscaras.

Rápidamente puse una expresión de desinterés y salí de la habitación, mostrando un aire de confianza que realmente no sentía. Ciertamente no necesitaba que la encantadora Laura me acompañara. Saldría por mi propia cuenta.

Doblé la esquina que me llevaría a la sala de espera y me dirigí hacia los sofás de cuero, caminando a paso medurado. Tan preocupada por mantener mi fachada, casi chocó directamente con una mujer que venía hacia mí.

Era sorprendentemente hermosa con el pelo negro largo y brillante. Llevaba un vestido de algodón de cuello alto, color morado oscuro que cubría su esbelta figura de la cabeza a los pies. La única muestra de piel era la hendidura que recorría el costado de su pierna. El vestido envolvía su cuerpo con tanta fuerza que bien podría no haber llevado puesto nada.

—Disculpe —dijo con impaciencia, como si tuviera prisa. Rápidamente me hice a un lado para dejarla pasar y continué hacia los ascensores.

Escuché a Laura llamarme, pero la ignoré y seguí caminando. Sabía que me estaba comportando mal, pero si abría la boca, me arriesgaba a perder el control. Las puertas del ascensor estaban abiertas y esperando. Necesitaba llegar rápidamente antes de que se cerraran.

Entré en el ascensor y apreté el botón del vestíbulo. Solo quería ir a casa a pensar. Necesitaba averiguar *cómo* había permitido que todo esto ocurriera.

Antes de que las puertas se cerraran, vi a Alexander entrando por la puerta de una oficina fuera de la sala de espera. La hermosa mujer de cabello negro corrió hacia él y lo abrazó. Contuve el aliento como si me hubieran dado un puñetazo. No se podía negar el afecto que pasaba entre ellos.

Alexander miró por encima del hombro de la mujer. Sus ojos azules se clavaron en los míos.

Vaya, hijo de puta...

Eso fue todo lo que pude pensar mientras las puertas del ascensor se cerraban lentamente.

Alexander

COMO UN ANIMAL ENJAULADO CAMINABA DE UN LADO A OTRO EN MI oficina, tratando de averiguar qué me había pasado. Sí, quería a Krystina Cole. La deseé desde el primer momento en que la vi. Pero eso no era excusa. No era un chico cachondo que no podía mantener su miembro en los pantalones.

Pasé mis manos por mi cabello, preocupado por el hecho de que había perdido la cabeza. Había sido tan impropio de mí. Comprendía el valor de la delicadeza, la importancia de la paciencia y la diligencia para lograr el resultado final deseado. Y nunca fallaba. Sin embargo, el sello de Krystina Cole había quedado grabado en mi cerebro, causando que descuidadamente dejara de lado cualquier tipo de autocontrol y que tomara lo que quisiera sin tener en cuenta las consecuencias.

Levanté una mano para frotarme la sien, tratando de alejar las imágenes de ella, pero mis esfuerzos fueron en vano. Todavía podía oler el suave aroma de su cabello, como fresas con crema. Tenía la sensación de su pulso acelerado mientras sostenía su mano ligera en la mía. La forma en que su respiración se aceleró cuando toqué su cuello. Sus labios, entreabiertos ligeramente, esperando. Esperando a que la devorara.

Y la expresión de confusión en su rostro cuando la despedí tan bruscamente...

Soy un idiota.

Necesitaba repetirlo, necesitaba una segunda oportunidad.

Con la intención de rectificar la situación, rápidamente caminé hacia la puerta de la oficina, esperando atraparla antes de que se fuera. Sin embargo, cuando crucé la puerta, Justine Andrews muy enojada estaba bloqueando mi camino.

—¡Alexander! ¡Llevo días tratando de comunicarme contigo! —Justine espetó. Sus ojos brillaban con enojo cuando rápidamente cerró la distancia

entre nosotros. Mi espalda se puso recta como una baqueta, lista para saltar a la defensiva. Me preparé para lo peor, sabiendo que ella tenía una razón válida para estar furiosa.

Aquí viene. La ira de Justine. Apparently he cabreado a más de una mujer esta mañana.

Pero antes de que pudiera siquiera pensar en pronunciar una explicación de por qué no le había devuelto las llamadas, me rodeó el cuello con los brazos, suavizando mis defensas.

Fue entonces cuando vi a Krystina.

Al principio, parecía sorprendida, pero luego su expresión cambió a una de irritable traición. Sentí como si acabara de recibir un fuerte golpe en la cabeza. No podría reaccionar si lo intentara. Fue como si el tiempo literalmente se detuviera.

No fue hasta que las puertas del ascensor se cerraron, que me di cuenta de cómo debió ser la escena para ella. Me solté del agarre de Justine.

—Cristo, ¿qué se te ha metido? ¡No tienes paciencia! Y tu puntualidad apesta —dije con irritación, volviéndome para regresar a mi oficina. Justine me siguió y cerré la puerta detrás de ella, evitando que el personal de la oficina observara una pelea a gritos. Me di cuenta de que estaba ansiosa por pelear.

—¡Vamos, Alex! Querías que tu secretaria me cambiara la cita, ¡a mí, de todas las personas! Y, en primer lugar, creo que es terrible tener que concertar una cita para verte —se quejó.

—Lo siento. Ha sido una semana muy ocupada —murmuré, tomando asiento detrás de mi escritorio. Justine se sentó con gracia en el asiento frente a mí y cruzó los brazos mostrando un puchero.

Encendí mi computadora y abrí mi bandeja de entrada. Comencé a revisar los correos electrónicos, eliminando lo que no era necesario y enviando respuestas rápidas. No iba a prestar mucha atención a la actitud petulante de Justine. Eventualmente llegaría a su punto, y mientras tanto, no quería tener una pelea larga y prolongada. Era una pérdida de tiempo, tiempo que debía dedicar a perseguir a Krystina.

Encontré el correo electrónico de Stephen que contenía la información de Krystina. Por cuarta vez ese día abrí el archivo para releerlo con la esperanza de encontrar algún dato que pudiera ayudarme a desactivar la bomba de tiempo que había accionado involuntariamente.

—Entonces, ¿en qué has estado tan ocupado? ¿En esa cosita bonita que

acaba de salir corriendo de aquí? —Justine se burló.

—Es suficiente —dije con impaciencia, silenciándola con mi mano. Cerré los ojos y respiré hondo. Cuando los abrí, la miré fijamente, advirtiéndole que no me desafiara—. Esa mujer vino para una entrevista. Una entrevista muy importante que interrumpiste. Lo creas o no, tengo una empresa que dirigir.

No di más detalles sobre qué más había interrumpido. Justine se volvería loca si supiera que prácticamente había agredido sexualmente a una empleada potencial. Su interrupción fue probablemente lo mejor que pudo haber pasado, por mucho que me molestara.

—Sé que estás ocupado, y lamento mucho haber entrado así. Es solo que... esto es importante, ¡y no sabía qué más hacer!

La angustia en su voz llamó mi atención, obligándome a mirarla más de cerca. Como siempre, lucía impecable, que no esperaba menos de ella. La mesada que le daba era más que suficiente para comprar ropa de diseñador, cosméticos de alta gama y mantener sus uñas perfectamente cuidadas. Sin embargo, yo era una de las pocas personas en su vida que podía ver a través de la cortina de humo. Y de su maquillaje.

Aunque hacía un buen trabajo cubriéndolo, todavía podía ver la sutil hinchazón debajo de sus ojos y el leve enrojecimiento alrededor de sus bordes. Ella había estado llorando antes de venir a verme.

—¿Qué pasa, Justine? —pregunté, adoptando un tono más suave, aunque ya tenía sospechas sobre lo que realmente la estaba molestando. No se trataba de unas pocas llamadas telefónicas no devueltas.

Probablemente se trataba otra vez de su cabrón exmarido.

—Es Charlie —me dijo, con los ojos llenos de lágrimas. Trató de parpadear en respuesta.

Lo sabía...

—¿Ahora qué hizo el parásito? —pregunté con irritación. Tenía tolerancia cero con el adicto al juego que solía ser el marido de Justine. Era una basura despreciable como ser humano.

—Es malo, Alex. Ha estado haciendo amenazas.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué amenazas? —Protesté entre dientes, instantáneamente alimentado por la rabia ante la idea de que él la lastimara de nuevo. Ella ya había pasado por bastante—. ¡Mataré al maldito bastardo si te vuelve a tocar!

Justine hizo una mueca de dolor. Mi tono era amenazante, que ella odiaba, pero no pude evitarlo. Ella me sacaba todos mis instintos protectores.

—No, no me hizo daño, al menos no en el sentido físico. Ha estado llamando... mucho. Pensé en bloquear su número, pero tenía miedo por lo que me había estado amenazando. Nos afecta tanto a mí como a ti —me dijo.

El miedo brilló a través de sus lágrimas y comenzó a temblar, haciendo que sus piernas rebotaran visiblemente. Corrí a su lado y la levanté en mis brazos. La abracé con fuerza y acaricié su largo cabello.

—Está bien. No importa cuáles sean sus amenazas. No puede hacerme nada. Y ya te lo dije, no dejaré que te vuelva a lastimar —traté de asegurarle.

—¡No no! ¡Tienes que escucharme, Alex! —gritó, apartándose de su lado. Inhaló profundamente, intentando recuperar algo de la compostura—. ¡Maldición! Es por eso que he hecho estallar tu teléfono. ¡Está amenazando con exponernos! ¡Nuestro pasado!

Sentí que toda la sangre se me escapaba de la cara. Un hoyo se asentaba en las profundidades de mi estómago.

—¿Y cómo sabría él de nuestro pasado, Justine? —pregunté en voz baja.

—¡Porque... porque yo se lo dije! —De repente le dio hipo, una nueva ola de sollozos la hizo perder el control de nuevo—. Tenía que decírselo. Fue parte de mi terapia hace mucho tiempo. Y ahora, todos estos años después, apenas he hecho yo misma las paces con todo. Lo último que quiero es un circo mediático. No podría soportarlo, Alex. Simplemente no podría.

Mis manos se convirtieron en puños. Me tomó cada gramo de fuerza de voluntad que tenía para no romper algo en el lugar.

—Malditos psiquiatras," maldije en voz baja. Nunca pude entender por qué había puesto tanta fe en esos locos. Me moví hacia la parte trasera de mi escritorio para sacarle un pañuelo de lino del cajón de mi escritorio—. ¿Asumo que Charlie quiere que compres su silencio?

Ella tomó el pañuelo y vaciló por un segundo o dos antes de contestarme. La culpa nubló brevemente sus rasgos.

—Por supuesto, ¿qué más querría? Probablemente acaba de salir de una mala racha jugando a los dados. Pero ya sabes cómo es... solo un poco de dinero extra lo pondrá en la cima nuevamente. Estoy segura de que vuelve a tener una de sus corazonadas —comentó con sarcasmo.

Justine estaba amargada y no la culpaba por ser así, sin embargo, sí lo hacía por las limosnas que le había estado dando, a pesar de su reciente divorcio. Justine no gastaba cada centavo que le daba en ella misma, sino que guardaba una parte para mantener alejado al maldito. Nunca le dije que lo sabía, pero a menudo me preguntaba por qué lo hacía. Debió haber estado

metiendo la mano más profundamente en sus bolsillos de lo que había supuesto.

Esto necesita terminar. Ahora.

—Yo me encargaré de ello.

—Pero, ¿cómo? Lo conoces, Alex. No se detendrá. Regresará cuando esté deprimido.

—No sé qué voy a hacer todavía. Déjame hacer algunas llamadas, hablar con mi abogado. Stephen sabrá qué podemos hacer legalmente al respecto. Mientras tanto, no quiero que te enojés por eso. Y si vuelve a llamar, mándalo conmigo. Eso deberá detenerlo un poco. Siempre ha sido un cobarde cuando se trata de mí.

—Lo siento, Alex. Nunca pensé que caería tan bajo.

—¿No lo pensaste? ¿En serio? —dije, disgustado por su ingenuidad incluso después de tanto tiempo—. El hombre no tiene conciencia. Deberías haberlo aprendido la primera vez que te golpeó la cabeza contra la pared de la cocina.

—Sí, bueno... yo nunca fui de las que aprenden con sus errores —emitió con rencor. Su voz se quebró y lágrimas frescas llenaron sus ojos. Instantáneamente me sentí abrumado por la pena.

¿Qué diablos me pasa hoy?

—Mira, lo siento. Ese fue un golpe bajo. Sé que hiciste lo que pensabas que era mejor en ese momento. En cuanto a todas estas otras tonterías, te dije que yo me encargaré y lo haré.

—Espero que puedas hacerlo, Alex. Está pidiendo una gran cantidad de dinero —dijo, con la voz llena de incredulidad, moviendo la cabeza de un lado a otro.

No me molesté en preguntar cuánto. No importaba. No recibiría ni un centavo más de ella o de mí.

—Yo me encargo. Vete a casa, Justine. Llama a Suzanne. Programa una cita para almorzar o un día de spa. Algo.

Fácilmente accedió a la sugerencia y esperaba que una tarde de hacer lo que fuera entre chicas pudiera distraerla. Por lo menos, parecía más tranquila cuando me dio un beso de despedida.

—Gracias. Te debo una —prometió.

Le lancé una sonrisa sombría, sabiendo que nunca sacaría provecho del favor.

Tan pronto como pude echarla por la puerta, levanté el teléfono para

llamar a mi abogado. Cuando se trataba de alguien como Charlie Andrews, no importaba cuánta riqueza o poder tuviera. No se dejaba abatir fácilmente por la intimidación. Lo impulsaba su adicción, carecía de todo sentido común. Era hora de adoptar un enfoque más drástico.

—Stephen, te quiero a ti y a Hale aquí lo antes posible. Tengo un problema que hay que solucionar.

Colgué el auricular sin esperar una respuesta. Charlie era la última persona con la que quería tratar en ese momento. Tenía una agenda completa por delante, con dos reuniones importantes por la tarde para las que necesitaba prepararme. Luego estaba el asunto más urgente de todos: encontrar una manera de disculparme con Krystina.

Su expresión antes de salir del edificio estaba grabada en mi cerebro como si me hubiera marcado, su rostro tan hermoso, lleno de indignación por haber sido lastimada. Sentí una punzada de culpa.

¿Por qué me siento culpable? Solo es una chica.

Una chica muy guapa.

Una chica cuyo rostro seductor aparece en mi mente sin previo aviso, interrumpiendo todos los demás pensamientos racionales. El hecho de rectificar la situación con Krystina se había convertido en lo primero y más importante en mi mente y esto era inquietante.

Esto es ridículo. Encontraré una manera de ofrecer una disculpa y seguiré adelante.

Pero a pesar de lo que me dije a mí mismo, sabía que borrar a Krystina Cole de mi mente no sería tan fácil.

Krystina

ME SENTÉ A LA MESA DE LA COCINA REMOVIENDO UNA CUCHARA EN UN tazón de cereal. Habían pasado tres días desde mi entrevista con Alexander Stone. No era ingenua. Sabía que no me iba a llamar para reprogramar la entrevista. Realmente no importaba. De todos modos, no quería volver a saber nada de él. Había sido una tonta por bajar la guardia, incluso por un momento. Yo era más inteligente que eso.

Durante los primeros días después de la entrevista, mis celos se habían acelerado. ¿Por qué estaba celosa?, no lo sabía. Ciertamente no tenía derecho a reclamar nada del hombre. Sin embargo, ese día había vuelto a casa con una rabia absoluta y usé a Allyson como mi caja de resonancia. Siendo la mejor amiga que podía existir, compartió mi enojo y maldijo profusamente una y otra vez, llamándolo por todos los nombres existentes.

Pero luego, como hacen todos los grandes amigos, escuchó mientras yo lloraba. Lloré por una oportunidad laboral perdida y lloré por mi estupidez. Y lo peor de todo, lloré por *él*. Sabía que llorar estaba mal. Después de todo, apenas conocía al tipo. Pero el simple hecho fue que Alexander Stone despertó emociones que logré mantener enterradas durante tanto tiempo. Me había hecho sentir viva de nuevo y había hecho una pequeña grieta en las paredes que con tanto cuidado había construido a mi alrededor.

Y lo odié por eso.

Después de mi terrible experiencia con Trevor, me había prometido a mí misma que nunca volvería a mostrar ese tipo de debilidad, y desde entonces había dominado la capacidad de ignorar al sexo opuesto tanto como era humanamente posible.

¿Cómo pude haber sido tan tonta?

Mis pensamientos volvieron a la época con mi exnovio y no pude evitar que la amargura se apoderara de mí.

Había conocido a Trevor Hamilton en mi primer año de universidad.

Éramos la pareja estereotipada sobre la que lees en los libros. Él era el chico rico y popular del campus y yo era la chica nueva, luchando por encontrar mi lugar en la vasta ciudad de Nueva York. Me había enamorado de él, prácticamente de la noche a la mañana.

Sin embargo, a diferencia de los libros de historias, no tuvimos un final de cuento de hadas. Trevor era un hombre diferente a puerta cerrada. Controlador hasta el punto de la obsesión. Me decía qué ponerme, cómo peinarme y dónde comprar. Incluso llegó tan lejos como para escribirme un horario, planificando mi tiempo y actividades al minuto. Se hizo cargo de todos los aspectos de mi vida, alejándome poco a poco de mis amigos y familiares. A veces sentía que ni siquiera podía respirar sin su aprobación.

Cuando miré hacia atrás, supe que yo tenía parte de la culpa. Permití que Trevor lo hiciera. Ignoré las advertencias de mis amigos. Le aseguré a mi conciencia atribulada que él era un perfeccionista, y la razón por la que era tan controlador. Me decía a mí misma que me amaba y que solo quería lo mejor para mí. Me convertí en víctima del viejo adagio, ese que habla de que el amor hace que las personas pierdan la vista, e ignoren las realidades que las rodean.

Había estado tan ciega como un murciélago.

Al menos lo había estado hasta ese fatídico día de primavera, cuando me llamó para cancelar nuestros planes para la noche. Había dicho que estaba enfermo. Supuse que debía haberse sentido bastante mal para cancelarme, especialmente porque Trevor nunca permitía ninguna desviación de mi horario. Pensé que sería bueno sorprenderlo con una sopa de pollo casera.

Resultó que Trevor no estaba realmente tan enfermo. Terminé encontrándolo haciendo un tango horizontal con una escuálida rubia.

En un instante, mi mundo entero se hizo añicos. Por mucho que traté de olvidar ese día y las terribles semanas que siguieron, podía recordarlo como si fuera ayer. Los chillidos, los gritos y la violencia quedarían grabados para siempre en lo más profundo de mi cerebro. Había alterado mi opinión sobre el mundo y todas las personas en él, y finalmente terminó cambiando quién era yo.

Fue el día que hizo que mi corazón se convirtiera en piedra.

Allyson, la única amiga que me quedaba, estaba allí para recoger los pedazos. Llegó a casa para encontrarme hecha un desastre, tirada en el suelo y trabajó incansablemente durante meses para hacerme ver las cosas como realmente eran. Me tomó un tiempo darme cuenta, pero finalmente pude ver

que realmente no amaba a Trevor y que lo que había sucedido no era mi culpa.

Ahora sabía que había estado enamorada de la idea de que la sociedad se metiera en la garganta de todos, que el compañerismo envuelto en una cerca blanca de madera, era la clave de la felicidad. No podía pensar en una mentira más grande.

Todos los hombres son unos bastardos. No necesito ese dolor de cabeza.

Fui al fregadero a tirar en el triturador de basura mi cereal ya blando. Estaba pensando demasiado en mi desastrosa historia y había perdido el apetito. Necesitaba recordar mi propia restricción y no ceder ante un pequeño momento de debilidad. Había renunciado a los cuentos de hadas y las fantasías por una buena razón. Me condenaría antes de dejar que la historia se repitiera.

Solo necesitaba deshacerme de un pequeño problema, Alexander Stone. Estaba consumiendo todos mis pensamientos mientras estaba despierta. Luchaba por apagar todos los pensamientos de ese hombre extraordinario y complejo de mi mente, pero las palabras de Allyson en el bar Murphy's resonaron en mi cabeza.

No todos los chicos son como Trevor.

Pero mi corazón endurecido me decía que Allyson estaba equivocada. Todos eran como Trevor, hasta el último de ellos.

Cabrones.

Alexander solo había demostrado ser igual que los demás. Nunca debí dejar que me afectara. Había llegado el momento de fortalecer mi resolución. Lo había hecho una vez antes, ciertamente podría hacerlo de nuevo. Solo necesitaba encontrar una distracción.

Eché un vistazo a la pila de facturas en el mostrador de la cocina, mi primer pago de préstamo estudiantil entre ellos. Una revisión de mis finanzas y una búsqueda de trabajo sin duda sería una distracción suficiente, y ya estaba muy atrasada.

Fui al mostrador y comencé a clasificar la abrumadora pila, tratando de averiguar cómo podría llegar a fin de mes con mi salario en Wally's.

Después de una hora de hacer números, el pánico comenzó a cundir mientras miraba la hoja de cálculo casera frente a mí.

Estaba gravemente en números rojos.

Revisé las matemáticas tres veces más, solo para asegurarme de que mis cifras eran correctas, pero el resultado seguía siendo el mismo. Tendría que

hacer algunos recortes importantes si no encontraba pronto un trabajo mejor pagado, y sabía que vender mi coche era inevitable.

No importa, de todos modos, casi no uso el viejo Ford destartado.

Aparcar en esta ciudad era condenadamente caro y difícil de conseguir, y resultaba que el transporte público era más fácil. Sin embargo, un cosquilleo de lágrimas comenzó a picarme en los ojos, mientras una ola de nostalgia me invadió al pensar en renunciar a mi primer auto.

Estoy siendo una tonta, es solo un auto. Lo venderé si es necesario.

Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos. Fui a la puerta, la abrí y encontré un paquete de FedEx a mis pies. Pensé que Allyson debía haber pedido algo en línea, pero luego vi que estaba dirigido a mí.

Llevé el paquete a la cocina y removí uno de los cajones en busca de unas tijeras. Coloqué la caja sobre el mostrador de la cocina, corté la cinta de embalaje. Dentro había un nuevo teléfono inteligente.

¿Qué demonios?

Nunca terminé de llegar a la tienda de teléfonos celulares. Cuando levanté el teléfono, noté una nota en la parte inferior de la caja.

Espero que puedas reprogramar la cita. Pensé que esto podría ayudar. Mi información de contacto ya ha sido programada, junto con algo de música para ayudar a persuadirte. Escúchala.

La nota no estaba firmada, pero no hacía falta ser un científico espacial para averiguar quién la había enviado. Encendí el teléfono y abrí la lista de contactos. El nombre de Alexander Stone, la dirección de correo electrónico y tres números de contacto diferentes ya estaban programados en él, así como todos mis otros contactos.

Luché contra el impulso de aplastar el teléfono contra la pared de la cocina.

¡Esto tiene que ser una especie de broma enfermiza! ¡Qué descaro!

El teléfono celular sonó fuerte a través del apartamento silencioso, prácticamente haciéndome saltar fuera de mi piel. El nombre de mi madre apareció en el identificador de llamadas.

¿Por qué mis llamadas van a este teléfono?

Deslicé cautelosamente mi dedo a lo largo de la suave pantalla táctil para contestar la llamada.

—¿Hola?

—¡Ahí estás! —exclamó la voz de mi madre al otro lado de la línea—. He

estado llamando toda la mañana, pero tu teléfono me estaba enviando directamente al buzón de voz.

Miré mi teléfono celular roto sobre la mesa de café de la sala de estar.

Eso es extraño. El teléfono estaba encendido.

Pero el pensamiento fue fugaz, ya que me vino a la mente la idea de un escenario completamente imposible.

No hay manera... no podría haberlo hecho.

Me apresuré a la mesa para inspeccionar el teléfono viejo y mi mandíbula golpeó el suelo.

Dios mío, ese hijo de puta lo desactivó.

Aparté el nuevo teléfono de mi oreja para mirarlo y sentí que mi sangre comenzaba a hervir debido a su audacia.

¡No me importa si es un multimillonario mega ultrapoderoso! ¡No tiene ningún derecho! Esto debe ser ilegal de alguna manera. De todas las cosas engañosas, controladoras y turbias...

—¿Krys? ¿Estás ahí? —preguntó mi madre, su voz sonaba débil mientras continuaba sosteniendo el costoso dispositivo frente a mí.

—Hola mamá. Sí, estoy aquí —dije, llevándome el teléfono a la oreja. Me froté la frente, sintiendo que se acercaba un dolor de cabeza.

—¿Como estás amor? No he hablado contigo en semanas.

—Estoy bien. Ocupada, pero bien.

—Ocupada buscando trabajo, espero. Insististe en gastar todo ese dinero yendo a la universidad en Nueva York, ya deberías tener algo que mostrar.

Cerré los ojos y solté un suspiro.

Aquí vamos.

—No mamá. Aún no. De hecho, estaba a punto de sacar mi computadora portátil y comenzar otra búsqueda de trabajo. Me atrapaste en un mal momento.

—Cariño, no sé por qué no te mudas a casa. Sabes que Frank podría conseguirte un trabajo en cualquier lugar de Albany. Realmente me gustaría que dejaras de ser tan terca acerca de quedarte en Nueva York.

—Mamá, hemos pasado por esto mil veces. Me gusta vivir en Nueva York.

—Lo sé, pero....

—Tengo que irme, mamá. Realmente necesito concentrarme en encontrar un trabajo.

A veces consideraba que era mejor simplemente hablar acerca de ella. De

cualquier forma, nunca escuchaba, y yo no estaba de humor para un sermón.

—Si tan sólo....

—Voy a colgar ahora, mamá —le dije, mi impaciencia brotaba fuerte y claro.

—Bien, de acuerdo. Lo entiendo. No quieres hablar de eso. Me detendré. No es por eso que llamé de todos modos. La razón por la que llamé fue para decirte que en unas semanas Frank y yo iremos a Nueva York. Hace mucho que debería haber ido y quiero comenzar con mis compras navideñas.

En mi interior, me quejé. Por muy agradable que fuera verlos, la visita de mi madre y mi padrastro requería mucha energía, energía que realmente no sentía en ese momento.

—Suena bien. Los esperaré con ansias —mentí.

—De acuerdo cariño. Una vez que finalicemos nuestros planes te haré saber qué fin de semana llegaremos,. ¡Buena suerte en la búsqueda de empleo! ¡Te amo!

—También te amo, mamá. Adiós.

Presioné el botón de finalizar en la pantalla táctil. La rabia volvió con venganza mientras miraba el regalo de Alexander Stone, si es que uno podía llamarlo así.

¡Es más como una toma hostil de mis medios de comunicación personales!

Siguiendo un impulso, decidí enviarle un mensaje de texto, con mis dedos tecleando febrilmente con ira.

Hoy

10:32 AM, Yo: *¿Quién se cree usted?*

Los segundos pasaron y con impaciencia mis uñas golpeteaban el mostrador de la cocina, mientras esperaba su respuesta. Después de unos minutos, estaba lista para tirar el teléfono a la basura, pero luego sonó con una notificación de un nuevo mensaje.

10:38 AM, Alexander: *Bien. Recibiste el teléfono.*

Casi pude ver su expresión engreída mientras leía su respuesta. Eso alimentó mi furia aún más. Respondí con tanta prisa que escribí todo mal.

Si el malparido pudo tomarse el tiempo para reprogramar todos mis contactos, ¡al menos debió haber activado el corrector automático de ortografía!

Empecé de nuevo, esta vez escribiendo más lentamente.

10:41 AM, Yo: *Sí, lo recibí, ¡y también puede recogerlo!*

10:42 AM, Alexander: *Es tuyo. Quédatelo.*

¡Uf! ¡Realmente es un pesado!

Estaba empezando a llevarme al límite. No quería ningún vínculo con Alexander y no tenía ninguna intención de quedarme con el estúpido teléfono móvil, ya que solo sería un recordatorio constante de él.

10:44 AM, Yo: *no lo quiero.*

10:45 AM, Alexander: *Siempre puedes volver a utilizar el que está roto.*

10:45 AM, Yo: *¡Lo desactivó!*

10:47 AM, Alexander: *¿Y cuál es tu punto?*

10:48 AM, Yo: *¡La gente normal no HACE cosas así!*

10:51 AM, Alexander: *No soy gente normal, Krystina.*

¡Puede repetirlo!

10:54 AM, Yo: *¿Cómo lo hizo?*

10:56 AM, Alexander: *¿Hacer qué?*

10:57 AM, Yo: *¿¿¿Desactivar mi teléfono???*

10:59 AM, Alexander: *Conozco gente.*

11:00 AM, Yo: *¡Entonces dígle a su GENTE que lo cambie de nuevo!*

11:04 AM, Alexander: *No.*

11:04 AM, Yo: *¡SÍ!*

11:09 AM, Alexander: *He reprogramado tu entrevista para esta tarde.*

11:10 AM, Yo: *Entonces se va a aburrir mucho esta tarde.*

11:13 AM, Alexander: *¿Por qué?*

11:14 AM, Yo: *Porque no estaré allí.*

11:17 AM, Alexander: *Sí, lo harás. 2 pm. Mi oficina.*

11:18 AM, Yo: *¡NO estaré allí! ¡Y quiero que arregle mi teléfono!*

Ninguna respuesta.

Bien. ¡Me encargaré yo misma!

Corrí a mi habitación para vestirme. Me apresuré a ponerme un par de jeans y una camiseta, luego rebusqué en mi armario en busca de un par de zapatillas. Las localicé rápidamente y até los cordones de los zapatos con velocidad experta, todo mientras pensaba en las cosas viciosas que le diría al empleado en el mostrador de los teléfonos celulares.

¡Alguien va a ser golpeado en su trasero por esto!

Y ÉL... reprogramando mi entrevista... ¡JA!

Regresé a la cocina, pero me detuve en seco cuando vi la caja de Fed-Ex en el mostrador. Me obligué a entrar en razón. No me serviría de mucho si entrara en la tienda de comunicaciones inalámbricas y arremetiera contra un

pobre dependiente indefenso. Probablemente terminaría siendo arrestada por actuar como una loca.

No es su culpa que Stone sea un presuntuoso imbécil.

Sabía que tenía que controlar mis emociones antes de hacer algo precipitado, respiré hondo para tratar de calmar mi creciente temperamento. Ir a la tienda en mi estado de ánimo actual solo conduciría a una catástrofe total, e intenté elaborar un plan más sensato, uno que no implicara tiempo en la cárcel.

La Biga primero. Una dosis de cafeína me sentará bien. Además, me dará algo de tiempo para volver a aclarar mi cabeza.

Miré mi computadora portátil sobre la mesa de café.

¡Si! También puedo buscar trabajo en línea mientras estoy en la cafetería.

Después de una hora más o menos de hacer una búsqueda de empleo, asumí que habría pasado una cantidad de tiempo suficiente y que estaría un poco más tranquila cuando fuera a devolver el teléfono.

Satisfecha con mi plan de acción, agarré todo lo que necesitaba, incluido el estúpido teléfono de Alexander, y salí corriendo del apartamento para tomar el Redline (metro).

Alexander

MIS PIES GOLPEARON EL ÚLTIMO KILÓMETRO EN LA CAMINADORA. EL sudor goteaba por un lado de mi cara y lo limpié con mi mano. Un sólido entrenamiento cardiovascular era lo que necesitaba para despejar mi mente, ya que últimamente el trabajo parecía no surtir efecto. Mi vida, y todo lo que había en ella, de repente se había vuelto poco interesante. Todo, excepto por una cosa.

Krystina Cole.

Había ido a la oficina esa mañana, solo para descubrir que estaba completamente aburrido con las tareas que me esperaban. No había emoción, ni desafío. El único punto culminante de la mañana había sido leer los irritables mensajes de texto de Krystina.

Disgustado conmigo mismo por la falta de concentración, terminé cancelando mis citas por el resto del día y me dirigí al gimnasio en Corner Stone Tower. Había buscado a mi entrenador, pero estaba con otra cita. Podría haber presionado para una sesión, pero decidí que sería mejor hacerlo solo. Mi mal humor dictaba la necesidad de la soledad.

Hasta hacía poco, estaba satisfecho. Tenía dinero. Tenía estatus. Y nunca había tenido que perseguir a una mujer. Sin embargo, aquí estaba yo, persiguiendo a una chica que apenas conocía, con un juego al que nunca antes había tenido que jugar. Traté de terminarlo, pero los ojos marrones de Krystina me perseguían incluso mientras dormía. Imágenes de ella desnuda y arrodillada me consumían, tanto que apenas podía pensar en mucho más.

Y me estaba molestando seriamente.

Terminé el último kilómetro y reduje la velocidad de la caminadora para el enfriamiento. Fácilmente podría haber recorrido otros cinco kilómetros a la carrera, pero ya había terminado. Incluso el entrenamiento me aburría.

He estado demasiado tiempo sin una sumisa. Ese es mi problema.

Agarré una toalla y fui a las regaderas.

Apoyándome contra la pared de la ducha, dejé que el agua me cubriera mientras pensaba en la última vez que había tenido una buena follada. Nadie realmente se había quedado en mi mente, al menos nadie con quien me gustaría volver a estar. Solo podía pensar en una persona que quería, a pesar de mis esfuerzos por olvidarme de ella, y ni siquiera estaba seguro de si estaría abierta a mi estilo de vida.

Pero podría mostrarle cómo funcionaba...

La mecánica.

La metáfora puso otra imagen en mi cabeza y golpeé con el puño la pared de azulejos.

¿Qué edad tengo? ¡Realmente necesito controlarme!

Tenía que pensar sobre esto de forma racional. Demasiadas cosas habían salido mal desde que conocí a Krystina. A pesar de lo que pensara ella, ese día realmente había tenido toda la intención de darle una entrevista formal en mi sala de conferencias. Pero en algún momento, mis deseos habían cambiado. No había sido mi intención seducirla.

¿O sí? ¿A quién estoy engañando?

La había deseado debajo de mí, caliente y sumisa, desde el primer día.

Pero sea como fuere, había manejado la situación con ella sin pensar y me había visto obligado a esperar. Krystina necesitaba espacio después de que la entrevista saliera mal. Había algo de verdad detrás de la expresión de que la paciencia es una virtud, así que deliberadamente le había dado unos días para calmarse, manteniendo una neutralidad silenciosa entre nosotros mientras armaba un plan. El cambio de teléfono celular era solo el comienzo de lo que tenía en mente, incluso si ella se había enojado por eso. Sabía, antes de enviarlo, que ella no sería muy receptiva. Por una vez, pude predecir con precisión su reacción. Pero la ira de Krystina había sido un riesgo que estaba dispuesto a correr si eso significaba que podía volver a verla.

Saliendo de las regaderas, rápidamente me sequé y me puse unos jeans y una camiseta. Recogí mi bolsa de lona y la que contenía la ropa con mi traje de antes y salí de los vestidores.

Cuando me acerqué a la recepción del gimnasio vi que Gretchen estaba trabajando en el mostrador. Gretchen era atractiva, una cara bonita con un físico alto y delgado, y actualmente lucía pantalones de yoga y una blusa rosa. Había estado rondándome durante meses, mostrando su interés en mí me lanzaba indirectas evasivas cada vez que hablábamos.

Me dedicó una sonrisa tímida y desvió la mirada cuando vio que me

acercaba.

Definitivamente del tipo sumiso. Tal vez debería simplemente cancelar mis planes con Krystina y satisfacer mis ganas con esta.

En solo unos pocos pasos, acorté la distancia entre nosotros y me acerqué al mostrador. Los ojos de Gretchen permanecieron bajos, a pesar de que sabía que estaba justo frente a ella.

—Hola, Gretchen —me acerqué, siendo deliberadamente muy encantador con la empleada del gimnasio. Sin embargo, incluso para mis propios oídos, el saludo sonaba falso. Fingido. Le mostré una gran sonrisa y un guiño en un intento de ser más convincente.

—Buenas tardes, señor Stone. ¿Qué puedo hacer hoy por usted? —preguntó Gretchen. Sus palabras eran profesionales, pero su tono era sugestivo y cualquiera con un oído agudo podría captarlo fácilmente.

Puedes hacer muchas cosas por mí, nena. En particular, cualquier cosa que me haga olvidar los rizos y los grandes ojos marrones de una morena.

—En realidad, necesito un par de cosas. Primero, necesito que le envíes este traje a Laura. Quiero que lo envíen a la tintorería —le dije, entregándole la bolsa de ropa—. En segundo lugar, necesito usar una oficina durante unos quince minutos más o menos.

Me quitó el traje y dejó que sus dedos vacilaran un poco sobre los míos. Su mirada viajó de nuestras manos a mi cara, sus ojos se entrecerraron provocativamente. Después de unos segundos, se volvió para colocar la bolsa en el mostrador detrás de ella. Cuando se giró para mirarme de nuevo, sus mejillas estaban enrojecidas, totalmente rosadas.

Hmm. Casi lo hace demasiado fácil.

—La oficina del gerente está disponible para que la use si necesita una computadora. O puede usar la sala de reuniones si quiere una puerta cerrada con un poco más de privacidad —me ofreció.

Era difícil no notar la forma en que enfatizaba la última palabra. O la obvia mención de una puerta cerrada. Movié la mirada hacia un lado, se mordió el labio y tiró nerviosamente de los extremos de su coleta rubia.

No podría haber sido más evidente.

En el pasado, siempre había ignorado sus coqueteos. Ella iba contra mis reglas. Nunca me enfrentaba a lo desconocido o me arriesgaba demasiado. Era mucho más seguro apegarme a mujeres que sabía que tenían intereses que reflejaban los míos, ya que entendían el valor de la discreción. La privacidad era difícil de mantener para alguien de mi talla. Gretchen trabajaba

en mi edificio y la gente hablaba. La gente habla mucho.

A la mierda las reglas por un día. Debería ir por esta.

Pero tan pronto como lo pensé, descarté la idea y me resigné a lo inevitable.

Reglas o no reglas. No va a funcionar.

—Solo necesito hacer un par de llamadas. La oficina de Joe estará bien — dije con indiferencia. Mi tono fue más corto que cortés, ya que estaba irritado conmigo mismo por darle siquiera un momento de consideración.

—Lo que sea más fácil para usted, señor —se acomodó con un leve asentimiento. La luz en sus ojos se apagó, su aplomo volvió a todos sus asuntos—. Solo llamaré antes y me aseguraré de que Joe despeje el espacio para usted.

—Gracias, Gretchen.

Cualquier hombre decente habría sentido una pequeña punzada de culpa por haberla provocado, solo para desanimarla segundos después. Pero yo no era uno de esos hombres. Para mí, la razón era simple. Gretchen no era lo que yo quería. Era fácil. Simple. Sin ningún tipo de desafío. Un solo revolcón en el heno con ella nunca disiparía la inquieta energía con la que había estado lidiando durante días. Solo había una mujer que tenía ese poder.

Krystina.

Me alejé de la obviamente decepcionada Gretchen y me dirigí por el pasillo que me llevaría a la oficina de Joe. Cuando llegué a la esquina, vi al gerente del gimnasio cerrando la puerta de su oficina detrás de él.

—Sr. Stone —saludó Joe cuando me vio venir. Cuando llegué a él, me tendió la mano.

—Joe —le respondí, aceptando su apretón de manos. Lo sentí suelto, como un fideo flácido, frío y pegajoso contra mi palma. No era el tipo de apretón de manos que uno esperaría de alguien con hombros de defensa de fútbol americano—. Gracias por el espacio. Me ahorraste un viaje de regreso a mi oficina. Solo tardaré unos minutos.

—Tómese todo el tiempo que necesite, señor. Si necesita la computadora, le dejé la contraseña de inicio de sesión de invitado en el escritorio. Estaré en la sala de formación revisando los horarios. No dude en llamarme allí si necesita algo más.

—Lo haré.

Una vez que se alejó, me limpié la mano en mis jeans, tratando de secar la humedad que me había dejado el apretón de manos. Joe siempre se ponía

nervioso a mi alrededor, aunque nunca podía entender por qué. De hecho, últimamente todos parecían estar nerviosos ante mi presencia.

¿Siempre ha sido así? ¿O es que lo estoy notando por primera vez?

Incluso Krystina estaba tensa cuando estaba cerca de mí. La forma en que entrelazaba las manos o jugueteaba con el dobladillo de su blusa... yo la intimidaba. Prácticamente me lo había dicho en su entrevista.

No soy tan desgraciado, ¿verdad?

Entré a la pequeña oficina y cerré la puerta detrás de mí, mis pensamientos volvieron una vez más a Krystina. La primera fase de mi plan ya se había puesto en marcha. Era hora de seguir adelante con el siguiente paso.

Sabía que ella no se presentaría a su entrevista 'reprogramada'. Nunca tuve la idea de que ella realmente lo hiciera. Pero eso estaba bien, siempre y cuando todo lo demás encajara.

Me senté detrás del escritorio con marco de metal gris de Joe y marqué el número de celular de Matteo Donati. Matteo y yo éramos amigos desde la escuela secundaria y sabía que podía contar con él para ser discreto.

—Matt, necesito un favor —le dije cuando contestó.

—Lo que sea que necesites —aceptó, con su acento italiano que aún prevalecía incluso después de los veinte años que ya llevaba en los Estados Unidos—. ¿Qué pasa?

—Necesito concertar una reunión privada con alguien. Tiene que ser esta noche. ¿Está el restaurante listo para entretenernos a mí y a un invitado?

—Si no te importa un lugar sin nombre con selecciones limitadas —bromeó, a pesar de que sabía que estaba frustrado. Matteo había trazado cada pequeño detalle para el restaurante, desde la fuente impresa en los menús hasta la potencia de las bombillas. Tenía una visión real, pero se sentía perplejo cuando se trataba de mencionar el sueño de toda su vida.

—Estás pensando demasiado. Te ayudaré a encontrar un nombre, no te preocupes —le confirmé—. Sé que el lugar no está terminado, pero en realidad solo busco un lugar libre de influencias e interrupciones externas. ¿Puedes hacer que funcione?

—Ya está lo suficiente para poder lograrlo. ¿Quién es el invitado?

—Ella es un prospecto para Turning Stone Advertising.

—¿Ella?

—Sí, ella —confirmé. Sabía que la solicitud probablemente era más que extraña, especialmente para mí. Tenía el hábito de hacer todos los negocios posibles en Cornerstone Tower. Apreté los labios, esperando que las

preguntas fluyeran. Para mi alivio, no lo hicieron.

—Saldré esta tarde a buscar las cosas que necesitaré para preparar una cena. Tendré el lugar listo para ti a las seis en punto.

—Eso es perfecto. Gracias. Te veo pronto.

—¡*Ciao!*

Confiado en que Matteo no me decepcionaría, apreté el botón de finalizar e hice mi siguiente llamada. Esta solicitud sería aún más extraña que la primera.

—Hale. Ponte en contacto con Gavin de Tech. Haz que saque el rastreador GPS de los teléfonos de la empresa. Necesito saber dónde está Krystina Cole en este momento.

Hubo una pausa al otro lado de la línea antes de que Hale hablara de nuevo.

—¿Habla en serio?

—Sí, hablo jodidamente en serio —espeté, completamente irritado por tener que decirle dos veces—. Simplemente hazlo. Hoy tenía una entrevista a la que no se presentó.

Era una mentira absoluta, por supuesto, pero no había necesidad de que Hale supiera que estaba al borde del acoso.

—Bien, jefe. Deme un minuto y le enviaré un mensaje de texto con la ubicación.

Tengo que haber perdido el juicio.

Krystina

ME SENTÉ EN UNA MESITA EN LA BIGA, MIRANDO EL DISEÑO EN FORMA DE corazón en la espuma de mi capuchino. Este era mi café número dos y mis nervios, ya agotados, estaban acabados. Me obligué a mirar hacia atrás a la pantalla de mi computadora y desplazarme por las listas de empleos, tratando de mantener a raya los pensamientos sobre Alexander Stone.

Era prácticamente imposible.

María se acercó a mi mesa para ver cómo estaba, con una expresión de preocupación en su rostro.

—Te ves perdida. ¿Dónde está tu hermosa sonrisa el día de hoy? —preguntó, secándose las manos en el delantal.

—Estoy bien. Tengo muchas cosas en la cabeza —dije, forzando una sonrisa.

—Cuéntale a María. Quizás te sientas un poco mejor.

—No te preocupes. No es nada que no pueda manejar. Solo necesito deshacerme de un pequeño problema molesto, eso es todo.

—¿Dificultades con un hombre? —preguntó suponiéndolo. Sus ojos eran gentiles mientras se sentaba en la silla frente a mí.

—Ay, podrías decir eso —admití.

—¡Ah! No digas más. Entiendo. ¡Hombres! Imposible vivir con ellos, pero los necesitamos de todos modos —dijo con una sonrisa de complicidad.

—No, no los necesitamos —dije con firmeza—. Los hombres no son más que problemas, todos ellos.

Escuché el tintineo de las campanas en las puertas de la cafetería, señalando la llegada de un cliente. María miró por encima de mi hombro para ver quién había entrado.

¡Oh, gracias a Dios!

Ese sonido significaba que María tendría que ocuparse con otro cliente. Apreciaba su preocupación por mí, y sentí una punzada de culpa por querer

que se fuera. Simplemente no estaba dispuesta a conversar en ese momento, incluso si era con la mujer de buen corazón.

—Tal vez cambies de opinión cuando veas al guapo hombre que viene hacia nosotras —dijo mientras se levantaba, señalando con el dedo a alguien detrás de mí.

Me volví para ver a quién estaba señalando y sentí que mi estómago llegaba hasta mis pies. Alexander Stone, vestido con jeans azules y camiseta negra, caminaba casualmente hacia mi mesa.

Por mucho que no quería mirar, no pude evitar ver su divina apariencia. Sus jeans le quedaban holgados alrededor de las caderas, mientras que su camisa negra le quedaba ajustada, estirándose ceñida a lo largo de sus pectorales y alrededor de sus bíceps bronceados. Se veía irresistible y seguro de sí mismo, sus ojos azules me atravesaban como cuchillos. Si alguna vez había pensado que se veía atractivo con un traje, el hombre era innegablemente mortal con un par de jeans.

—Hola, Krystina —saludó suavemente con esa voz tan culta. Una sonrisa sexy se extendió por sus rasgos.

Oh... mí... Dios.

Miles de emociones corrieron a través de mí al verlo. No importaba que lo odiara. No importaba que no quisiera volver a ver a este hombre arrogante y exasperante. Solo verlo hizo parpadear una chispa y sentí que mi corazón se saltaba un latido. Prácticamente me desmayé en solo unos pocos segundos. Su sola sonrisa hizo que mi interior se estremeciera. Tenía que recordarme que tan solo unos momentos antes había estado furiosa con él.

¡Se supone que debo estar enojada! ¡No babeando como un perro tras un hueso!

Pero la realidad era que estaba más irritada por el hecho de que estaba siendo tan patética y permitía que su puro calor masculino me afectara.

Así que en lugar de revelar cuán cautivada estaba por su presencia, le lancé una mirada gélida, permitiendo que mi furia hacia él y hacia mí, saliera con toda su fuerza.

—¡Qué valor tienes! ¿Por qué estás aquí? —Con tono amenazante exigí que me contestara. La gente miraba en nuestra dirección y me di cuenta de que estaba gritando. María me miró enarcando una ceja y rápidamente se retiró detrás del mostrador para ocuparse de la pastelería. Angelo también estaba allí, la preocupación se reflejaba claramente en sus rostros. Sabía que estaban alarmados por mi repentino estallido y probablemente estaban

aguzando el oído para escuchar cada una de mis palabras. Me obligué a bajar la voz—. ¡No quiero verte! —Le dije en voz baja.

—Estoy aquí para terminar tu entrevista —dijo casualmente mientras se sentaba en la silla que María había dejado libre. Parecía completamente imperturbable por mi ira.

¿Este hombre es real?

Su cabello estaba ligeramente húmedo, como si acabara de darse una ducha. Olía a jabón y sudor con un leve toque de colonia almizclada. La combinación muy masculina causaba estragos en mis sentidos.

—Por favor, Sr. Stone, siéntese —respondí sarcásticamente.

—El sarcasmo no te sienta bien, Krystina.

—No me llames Krystina —espeté.

—¿Prefieres que te llame señorita Cole? —preguntó con calma, con una expresión curiosa en su hermoso rostro.

—Todos me llaman Krys, y eso es lo que prefiero.

—Krys es un nombre de niño —contestó.

—Bueno, ese es mi nombre, de todos modos. Y una vez más, es como quiero que me llamen —dije y mi irritación llegaba a su punto más alto.

—No voy a tener este debate contigo. Tu nombre es Krystina y así es como te voy a llamar.

Esperó uno o dos segundos, como midiendo mi reacción.

Cuando no respondí, una sonrisa de satisfacción se formó lentamente en su rostro. Me negaba a desperdiciar el aliento en una discusión con él, así que me mordí la lengua en lugar de criticar las muchas blasfemias que estaba pensando.

Me volví hacia mi computadora portátil y fingí estar buscando trabajo. Era eso o seguir mirando como idiota a Alexander Stone. Si hacía lo último, entonces tendría que reconocer lo increíble que se veía o que todavía hacía que mis entrañas se volvieran papilla cada vez que mostraba una de esas sonrisas para morir.

Podía sentir su escrutinio y traté de no reconocerlo. Pero después de varios minutos, su cuidadosa mirada ganó y miré hacia arriba.

Su rostro estaba divertido, como si hubiera estado evaluando cuánto tiempo podría ignorarlo.

Oh no. Hoy no voy a jugar tus tontos juegos mentales.

—¿Qué quieres de mí, Sr. Stone? —pregunté con impaciencia.

—Ya te dije. Me gustaría continuar con tu entrevista. Como no apareciste

hoy, pensé en 'traerte' la entrevista.

Miré el reloj en la pantalla de mi computadora. Eran las dos y media en punto.

—¿De verdad eres lo suficientemente arrogante como para creer que me presentaría a la cita de las dos?

—No es arrogancia. Es simplemente finalizar un asunto —dijo encogiéndose de hombros, actuando como si nada estuviera mal—. Según recuerdo, dejamos algunas cosas sin terminar.

La ira que había estado hirviendo bajo la superficie burbujeó, y le permití tenerla.

—Ciertamente no es así como describiría el giro de los acontecimientos. Según *recuerdo*, me rechazaste por tu cita de las diez en punto, ¡luego secuestraste mi teléfono celular! —Por un momento pareció confundido, pero no me detuve en mi tranquila perorata—. ¿Qué pasa? ¿La chica alta de cabello negro no cumplía con las necesidades de Turning Stone Advertising? Oh, espera, lo olvidé. Prefieres pelirrojas, ¿verdad? Debe ser por eso que estás aquí. La tonta de pelo negro no funcionó. De hecho, ¡no puedo ni empezar a imaginarme por qué *me* entrevistarías! No pensé que el cabello castaño oscuro te fuera bien. No soy estúpida, Stone. Esa no fue una entrevista de trabajo.

No dijo nada y el silencio se prolongó durante lo que pareció una eternidad. Solo continué mirándolo. Él, por otro lado, tenía una mirada de leve desinterés, exacerbando mi ira aún más.

—¿Terminaste ya, Krystina? —preguntó, todavía tan reservado y tranquilo. Me sorprendió.

Sí, ya he terminado.

Cerré mi computadora portátil y me levanté para irme.

—Siéntate —ladró con orden. Le fruncí el ceño. Pero luego, para mi sorpresa, su expresión cambió. Parecía casi frustrado y parecía como si estuviera teniendo una especie de batalla interna consigo mismo. Pasó una mano por su cabello, todo su cuidadoso control pareció evaporarse. Finalmente, respiró hondo y con voz resignada dijo: —Por favor, Krystina. Siéntate.

¿Podría ser? Alexander Stone, el hombre que define el significado de confianza medida, parece inseguro de sí mismo.

Extendió la mano y puso una mano suave sobre mi brazo. La curiosidad se apoderó de mí y me senté.

—Vamos a tranquilizar el ambiente y a aclarar algunas cosas —dijo—. En primer lugar, ¿la 'tonta de pelo negro' que viste? Esa era mi hermana menor, Justine. Estaba bastante molesta conmigo ese día porque no había tenido mucho tiempo para ella últimamente. —Su rostro se suavizó y pareció pensativo. Una pequeña sonrisa torcida se formó en sus perfectos labios—. En realidad, la mocosa había programado una cita para verme.

Su hermana. Seguro, eso es lo que todos dicen.

Sin embargo, en el fondo sabía que probablemente estaba diciendo la verdad. Esa mujer era increíblemente hermosa, y su cabello largo y ondulado de ébano combinaba perfectamente con su color. Estudié el rostro de Alexander, tratando de ver otras similitudes con la mujer, solo para encontrarme una vez más aturrida por su extraordinaria belleza. Dos personas tan hermosas tenían que estar relacionadas de alguna manera. Quizás entendí mal el afecto que vi pasar entre ellos. Incluso ahora, mientras hablaba de ella, la expresión de su rostro era de ternura, no de mentira. Me decidí por ser cautelosa, morderme la lengua y solo escuchar.

—En segundo lugar —continuó—. Hay un puesto disponible en la división de mercadotecnia de Stone Enterprise. Me gustaría discutir los detalles de eso una vez que superemos este obstáculo que parece que estamos experimentando.

—¿Es eso lo que es, Stone? ¿Un obstáculo? —interrumpí.

Dudó antes de responder, como si eligiera sus palabras cuidadosamente.

—Admito que tu entrevista dio un giro inesperado. Normalmente soy muy bueno leyendo a las mujeres, pero... tú eres diferente por alguna razón. —Una sonrisa sardónica tiró de las comisuras de su boca.

—Sí, bueno, nada me sorprende de ti, Stone. Tengo a los de tu tipo bien calculados —dije cínicamente.

—Yo no sería tan presumido, Krystina. Probablemente no soy nada de lo que esperarías. ¿No hay una expresión sobre no juzgar un libro por su portada? Puede que descubras que mis páginas están llenas de sorpresas —afirmó, lanzándome una mirada pícara.

—Lo dudo —dije con un falso aire de confianza. Había algo en el brillo de sus ojos que era inquietante, pero no pude identificar qué era.

—Luego podemos continuar con este juego del gato y el ratón que parece ser tan adecuado —dijo con los labios fruncidos por la molestia—. Sin embargo, prefiero que hablemos de las razones por las que te he buscado.

—Bien. Como quieras, Stone. Habla. Soy toda oídos —dije, manteniendo

mi fachada de confianza. Me recliné y me crucé de brazos, dando la apariencia de total indiferencia en un intento de ocultar lo sorprendida que estaba por su mera presencia.

—Terminar tu entrevista sería una formalidad innecesaria. Ya sé que te quiero, Krystina. —Hizo una pausa, permitiéndome digerir lo que había dicho. Sus ojos ardieron en mí y luché por no leer demasiado en sus palabras —. A pesar de lo que piensas, realmente me gustaría ofrecerte un empleo. Muy pocas empresas están contratando y tus búsquedas de empleo probablemente habrán arrojado mínimos resultados.

—Tienes razón. Nadie está contratando —admití con amargura.

—Excepto yo.

—Está bien, voy a morder el anzuelo. ¿Qué implicaría este trabajo?

—Originalmente, la compañía se estableció con el único propósito de brindar publicidad asequible a los dueños de negocios que tienen contratos de arrendamiento conmigo. Sin embargo, las cosas han cambiado y estoy buscando llevar al siguiente nivel a Turning Stone Advertising. En este momento, la empresa es pequeña y mi conocimiento personal sobre publicidad es limitado. Si vienes a trabajar para mí, tú dirigirías a los empleados de Turning Stone y supervisarías todas las nuevas campañas publicitarias entrantes de principio a fin.

Estaba intrigada y me encontré enderezándome un poco en mi silla. La idea de estar a cargo de una campaña completa era tentadora y más que un poco intimidante. Me incliné hacia delante y apoyé los codos en la mesa, ansiosa por saber más.

—¿Cuántos empleados tienes en Turning Stone?

—Actualmente, solo tres. En su mejor día son mediocres, pero hacen el trabajo. Por ahora.

—La mercadotecnia puede ser muy compleja. ¿Por qué iniciarías una empresa de publicidad si no sabías cómo administrarla?

—Sé suficiente de lo básico. Podría orientar a los pocos empleados que tengo y obtener una pequeña ganancia. El objetivo final era ayudar a mis inquilinos, no hacer una fortuna con ello. La publicidad en Nueva York es muy cara. Quiero que los negocios que me pagan alquiler tengan éxito. Un negocio rentable me sigue proporcionando un ingreso mensual. Mientras que los edificios vacíos son costosos —finalizó, encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Eso tiene sentido —dije pensativamente—. Pero parece que lo tienes

todo resuelto. ¿Por qué me necesitas a mí?

—Sorprendentemente, la pequeña empresa superó mis expectativas y otros negocios me han preguntado acerca de promoverse conmigo. Debido a mi conocimiento limitado, me he negado a aceptar clientes externos. Sin embargo, he visto el dinero potencial que se puede ganar y sería una tontería detener a Turning Stone. Es por eso que estoy buscando reclutarte. Quiero que conviertas Turning Stone Advertising en una empresa lucrativa para mí. —Hizo una pausa y se pasó el dedo por la barbilla, pensativo—. Si puedes hacerlo con éxito, puede que exista la oportunidad de una asociación en el futuro.

—Tener un socio no encaja realmente con tu motivo. No me pareces el tipo de persona a la que le gusta responder a la gente. Un socio significa que no puedes tomar todas las decisiones —le dije con escepticismo.

Simplemente asintió con la cabeza y aceptó mi pesimismo con calma.

—Debo admitir que nunca había considerado la posibilidad de una asociación hasta ahora. Pero me tienes en una ligera desventaja. La publicidad es un territorio inexplorado para mí. Puede que tenga el dinero para respaldar el esfuerzo, pero tú tienes el conocimiento que yo no poseo. Quiero tu experiencia y, mientras tanto, te pagaré un salario sustancial mientras trabajas en el crecimiento de la cartera de negocios. Serás, en cierto sentido, una inversión para mí.

Todo esto parece demasiado bueno para ser verdad.

—No lo sé —dije, dando voz a mis dudas.

—No sé por qué estás tan insegura, Krystina. Te estoy ofreciendo la oportunidad de tu vida. Puedes construir una empresa casi desde cero, sin costo alguno para ti.

—Sr. Stone, estoy recién graduada de la universidad con poca o ninguna experiencia en el campo, aparte de unas breves prácticas en la universidad. Si bien me halaga un poco que pienses que puedo hacer esto, estoy segura de que podrías encontrar a alguien con mejores calificaciones.

—Tal vez. Pero he investigado y creo que eres más que capaz de hacer lo que hay que hacer. Eres inteligente, decidida y estás motivada. Esas son tres cualidades muy admirables en mis reglas. Y lo que es más importante, estoy buscando a alguien fresco.

—Sí, apuesto a que sí —respondí con un bufido—. Lo más probable es que busques carne fresca.

Las comisuras de su boca se inclinaron ligeramente en una sonrisa de

complicidad, pero no mordió el anzuelo.

—Quiero *ideas* frescas, alguien que esté dispuesto a salir de un patrón y hacer lo que sea necesario. A menudo encuentro personas con experiencia apegadas a ideas de mente estrecha —aclaró.

—Todavía no me lo creo. ¿Cuál es el truco? —pregunté con sospecha.

—Tú también eres muy perceptiva, Krystina. Otra cualidad admirable —dijo. Sus ojos azules parpadeaban con picardía—. Puedo tener algunas otras ideas para ti también.

—¿Como qué?

—Eres una mujer inteligente. ¿Por qué no me lo dices tú?

—Honestamente, Stone. Eres tan malditamente críptico todo el tiempo. Constantemente siento que estás eludiendo lo que realmente quieres decir. Por favor, ilumíname —dije con irritación. Fruncí los labios con molestia. Cualquier tolerancia que pudiera haber tenido momentáneamente para jugar a sus juegos de adivinanzas había llegado a su límite.

—Puedes considerarlo una especie de propuesta, pero no es algo que desee discutir aquí. —Agitó la mano en el aire en referencia a la cafetería—. Podemos hablar más sobre esto esta noche durante la cena.

¡Santo cielo! ¿El millonetas me está invitando a salir?

No es que fuera relevante, pero me había prometido a mí misma que no permitiría que se volvieran a meter en mi piel, sin importar qué. Incluso si este trabajo era una oportunidad de oro, apenas me aferraba a mi vacilante convicción. Salir a cenar con él sería mi perdición. Estaba segura de ello.

—Todavía no has respondido a mi pregunta. Pero, de cualquier manera, tengo planes para esta noche —respondí con indiferencia, levantando mi barbilla en el aire.

No era una mentira exactamente. Había planeado una cita con una caminadora.

Sus ojos brillaron de nuevo, pero esta vez con un destello oscuro de palabras no dichas, ardiendo en mí y haciéndome perder el equilibrio. Mi confianza flaqueó, tambaleándose como si estuviera al borde de un precipicio, y de repente no estaba tan segura de si sería capaz de librar esta batalla de voluntades por mucho más tiempo.

—Bien. Si insistes en que te explique mis intenciones, lo haré —dijo, y respiró impaciente. Colocando sus palmas sobre la mesa, se inclinó hacia adelante—. Traté de sacarte de mi cabeza, pero mis esfuerzos no parecen estar funcionando. Entonces, en lugar de luchar contra lo inevitable, he

decidido simplemente seguir adelante. Te quiero, Krystina. Como sea que pueda tenerte. Preferiblemente desnuda.

¿QUÉ? ¡Me quiere desnuda!

Sentí que mis ojos estaban a punto de salirse de sus órbitas. Lo dijo con tanta ligereza, que su tono ni siquiera reconocía la bomba que acababa de lanzar. Y era nuclear. La idea de estar desnuda debajo de Alexander hizo que se me pusiera la piel de gallina. Su descarada sinceridad era ridículamente excitante.

Demasiado excitante. Esto no puede estar sucediendo.

Tenía que tomar el control de esta situación rápidamente antes de sucumbir a la pelea.

—Um... yo, yo no estoy segura de haberte escuchado correctamente —balbuceé, tratando de recuperarme del aparente impacto.

—Me escuchaste. Estás lista a las seis en punto. Mi chofer estará en tu apartamento para recogerte —me informó mientras se ponía de pie.

¿Tiene chofer? Por supuesto, tiene chofer. Que tonta soy.

Alexander empujó su silla debajo de la mesa y se giró para irse.

—¡Vaya, espera un momento! Dije que tengo planes.

—Cancélos.

—¿Qué pasa si no quiero cancelar? No puedes simplemente darme órdenes, Stone. —Traté de parecer firme, pero mi voz sonaba pequeña a mis oídos.

—¿Te parezco el tipo de hombre que se desanima fácilmente? Esto no es una petición, Krystina. Podemos ultimar los detalles de tu empleo esta noche, y luego pasar a discutir cosas más *interesantes*. Las seis en punto —recordó—. Ah, y una cosa más. No devuelvas el teléfono que te di. Lo necesitarás cuando vengas a trabajar para mí.

El teléfono.

Me había olvidado por completo de él. Me senté allí, todavía con los ojos muy abiertos, sin saber qué hacer con el giro de los acontecimientos que acababan de suceder. Su suposición de que iba a aceptar su oferta de trabajo era irritante. Ordenar que me uniera a él para cenar simplemente me molestaba. Pero el hecho de que saliera y dijera que me quería *desnuda*... bueno, eso hizo que el diablo en mi hombro se frotara las manos con anticipación.

Estaba tan nerviosa, que no me di cuenta de que se había alejado de la mesa.

Un momento, ¿qué acaba de pasar aquí?

Me di la vuelta en mi silla y casi lo llamé para recordarle que no sabía dónde vivía, pero luego me detuve. Alexander Stone sabía exactamente dónde vivía. Tenía un celular nuevo como prueba.

Lo vi caminar hacia la salida. El hombre tenía el trasero más sexy que jamás había visto. Solo con verlo me hizo arrojar todas las reservas a un lado. Yo lo deseaba. Desesperadamente. No importaba cuánto tratara de luchar contra él, no podía resistirme. Sabía, con absoluta certeza, que estaría lista esta noche, cuando su chofer viniera a recogerme.

Alexander

CON UNA SONRISA DE SATISFACCIÓN EN MI ROSTRO, ME SUBÍ AL ASIENTO DE cuero negro del conductor de mi Tesla Modelo S. Finalmente había hecho algunos avances con Krystina.

Independientemente de si aceptaba o no el trabajo que yo estaba dispuesto a darle, no cambiaría lo que había sucedido ese día en mi sala de conferencias. Y no habría vuelta atrás después de nuestra conversación en la cafetería.

Ella sería difícil para mí, de eso estaba seguro. Su ingenio rápido y su temperamento de petardo me hacían querer ponerla sobre mis rodillas.

Pero ahora tengo su atención.

Pude ver que estaba intrigada por la propuesta de trabajo, especialmente después de que impulsivamente endulcé la olla con una posible asociación. Y mi miembro instantáneamente se puso duro cuando vi el destello de deseo en sus ojos después de decirle que la quería desnuda. Sabía que había llegado a ella.

Sin embargo, ella tenía una naturaleza sospechosa sobre ella misma y era extremadamente desconfiada. Eso por sí solo podría plantear un problema grave. Sabía que tendría que tener cuidado y no fui ingenuo ante los riesgos que estaba tomando con ella. Krystina era un comodín. Un movimiento en falso y todo esto podría estallar en mi cara. Ella era la antítesis de todas las reglas que tenía en el libro. Pero la encontré irresistible de todos modos, y haría todo lo que tuviera que hacer para poseerla. Si significaba un pequeño esfuerzo extra de mi parte para domarla, pues que así fuera.

Habiendo despejado mi horario para el resto del día, cambié de carril en el tráfico de la ciudad y me dirigí hacia la interestatal. Usé la pantalla táctil del auto, activé el sistema telefónico para poner a Hale en la línea. Cogió después del primer timbre.

—Hale, me voy de la ciudad por unas horas. Hay una parcela de tierra en

Westchester que voy a ver.

—¿Quiere que lo encuentre allí?

—No, eso no es necesario. ¿Le entregaste esos papeles a Charlie?, pregunté.

—Todo arreglado, jefe.

—¿Y los firmó?

—Por supuesto que lo hizo. Habría sido estúpido no hacerlo. Usted lo tenía atrapado. O tomaba la suma global de una vez por todas, o sería golpeado con un cargo de extorsión. Stephen estuvo brillante con la redacción del contrato. Ahora su hermana ya puede estar tranquila.

—Joder, me mató darle otro centavo a ese gusano. Solo espero que tengas razón —dije con cautela—. Charlie Andrews no es el más brillante, pero no debemos subestimarlos.

—No creo que se arriesgue a pasar algún tiempo en la cárcel —predijo Hale.

—No lo conoces como yo. La única razón por la que no querría terminar tras las rejas es porque eso significaría un tiempo sin tocar sus dados. Vigílalo por un tiempo, ¿quieres?

—Por supuesto. Me dirijo a la oficina de Stephen ahora para entregar el documento firmado.

—Bueno. Una vez que hayas resuelto todo eso, necesitaré que recojas a Krystina Cole en su casa a las seis. Tengo una reunión con ella.

—Una reunión —repitió. Podía escuchar el humor en su voz y fruncí el ceño.

Había visto la mirada de complicidad en el rostro de Hale a través del espejo retrovisor cuando el otro día le dije que investigara a Krystina, y solo podía imaginar lo que estaría pensando cuando le pedí que rastreara su ubicación. Odiaba sentir que tenía que justificarme, lo cual, por supuesto, no era así. Su salario bajo contrato y la descripción del trabajo no incluían observaciones agudas de mi vida personal.

—No empieces conmigo, Hale. No te pago por especular. Solo sé puntual. Te enviaré un mensaje de texto con la dirección a donde quiero que la lleves.

—Que así sea, 'Capitán'.

Listillo.

Terminé la llamada y giré hacia la rampa de la I-495. Después de abrir el techo de cristal corredizo del auto, pisé el acelerador. Sujeté fuerte el volante, sintiendo la fuerza abrasadora del vehículo y dejé atrás la locura de la ciudad.

Krystina

EN EL VIAJE en metro a casa desde La Biga, luché por entender la oferta de trabajo de Alexander. La oportunidad era increíble, por decir lo menos. Diferentes esquemas publicitarios llegaron a mi mente. Era emocionante la idea de finalmente poner en práctica mi título, y me había preguntado sobre el tipo de negocios y productos que él querría que comercializara.

¿Y una posible asociación? Esta es la oportunidad que estaba esperando. Sería una tonta si la rechazara.

Pero, de nuevo, había algunas condiciones importantes vinculadas a su oferta, y no estaba segura de cómo me sentía al respecto.

Mi lado feminista quería gritar. Me ofreció un trabajo, solo para continuar con una propuesta no tan apropiada.

¿Quién se cree que es? Este es un vestido corto azul manchado por un traje de acoso sexual; si tuviera medio cerebro, ¿estaría buscando ahora mismo en Google las notas del caso de Kenneth Starr! ***[Nota de la T.: La autora hace referencia al abogado y consejero independiente designado por la Casa Blanca y quien inició las averiguaciones contra Bill Clinton de las acusaciones relacionadas con el escándalo sexual de Mónica Lewinsky]***

Sin embargo, había otra parte de mí que lo deseaba desesperadamente, negando totalmente el tema de los derechos de la mujer. Yo *quería* ser acosada por Alexander Stone, a pesar de todas sus irritantes cualidades. Me sentí halagada de que este dios ambulante, megarrico, super sexy, me deseara a *mí*. Era un sentimiento excitante y embriagador que solo quería saborear.

Pero también le tenía mucho miedo.

Me aterrorizaba ser absorbida por un mundo que había evitado durante tanto tiempo. Todavía estaba afectada por mi pasado con Trevor. Y aunque había trabajado incansablemente para reconstruir mi independencia y autoestima, sabía que había permitido que una vez un hombre me hubiera dañado. No podía permitir que me volviera a pasar, o me arriesgaría a poner en peligro todo lo que tanto esfuerzo me había costado superar.

Sin embargo, sentí que había algo diferente en Alexander Stone. De alguna manera, sabía que no sería como Trevor. Era un sentimiento muy profundo dentro de mí, un anhelo que no entendía del todo.

Alexander podía ser rico y poderoso, pero no era eso lo que me atraía de

él. Desataba un nivel de conciencia desconocido en mí y quise entregarme a él desde el momento en que lo vi por primera vez. Estos nuevos sentimientos eran muy poco conocidos para mí y no sabía qué hacer al respecto.

Creo que por esta noche, lo único que puedo hacer es tener cuidado, actuar con calma y dejar que él tome la iniciativa.

Cuando finalmente llegué a mi apartamento, estaba agradecida de saber que Allyson no estaba en casa. No era que no quisiera hablar con mi amiga, solo que necesitaba arreglar algunas ideas en mí, antes de enfrentarme a ella. Quería un poco de tiempo a solas para prepararme mentalmente para cualquier cosa que Alexander lanzara en mi camino.

El hombre está lleno de sorpresas, pero al menos ahora sé cuáles son sus verdaderas intenciones.

Fui a mi habitación, encendí la radio y busqué qué ponerme para la cena de esta noche. No estaba segura de adónde iríamos y no sabía cómo vestirme.

¿Casual? ¿Semicasual?

Ojalá Alexander hubiera sido un poco más específico cuando dio sus órdenes.

Miré una falda roja con adornos de piel sintética. La falda me favorecía con sus sutiles pliegues coquetos. Si la usara con mi suéter de cachemira blanco y unos tacones de tiras, podría hacer que el atuendo se viera casual o elegante, dependiendo del entorno. Saqué el suéter y la falda del armario y los dejé sobre la cama para ver cómo quedaban juntos.

Sí, esto funcionará perfectamente.

Cantando junto a Lana Del Rey, subí el volumen de la radio antes de dirigirme al baño para darme una ducha.

Pensé en si debía o no afeitarme las piernas. Sabía lo que diría Allyson.

Si me afeito, planeo tener sexo.

Consideré la pequeña falda que estaba planeando usar.

Tendría que afeitarme si iba a usarla.

Con ese razonamiento en mente, comencé a formar una espuma sobre mis piernas. Pero mientras pasaba la navaja sobre mi rodilla, las palabras de Alexander se repetían una y otra vez en mi cabeza.

Preferiblemente desnuda.

Sentí un pequeño retorcimiento en mi estómago. Definitivamente me deseaba, ya no era solo algo que mi imaginación había provocado. No solo me estaba afeitando porque iba a usar una falda. Mis piernas estaban bien por motivos de apariencia, pero ciertamente no eran suaves como un bebé.

¿A quién estoy engañando? Me estoy afeitando solo por si acaso.

Mi corazón dio un vuelco cuando la inquietud me envolvió. Si me enfrentaba al sexo, no estaba segura de si podría hacerlo físicamente. Sabiendo muy bien que la decisión de tener sexo dependía en última instancia de mí, dejé de afeitarme y traté de no preocuparme por lo que vendría.

Estoy poniendo el carro delante del caballo. Solo necesito relajarme.

Terminé rápidamente de bañarme y me vestí. Luego comencé el laborioso proceso de domar mi cabello. Pensé en sujetarlo con una pinza, pero luego recordé el día de mi entrevista cuando Alexander dijo que mi cabello estaba demasiado restringido. Pequeñas campanas de alarma sonaron, aumentando mis nervios ya alterados.

Trevor me decía cómo usar mi cabello.

—¡Basta, Cole! —Exclamé en voz alta a mi reflejo en el espejo. Comparar a los dos hombres no me llevaría a ninguna parte, y luché por deshacerme de mi malestar.

Alexander no me dijo cómo peinarme. Solo expresó su preferencia.

Dejé mi cabello suelto e ignoré las advertencias molestas que corrían desenfrenadas por mi mente.

Mientras aplicaba los toques finales a mi maquillaje, escuché una conmoción en la cocina. Metiendo mi lápiz labial en mi bolso, salí a ver qué era. Entré en la cocina y vi bolsas de abarrotes amontonadas sobre la isla. Allyson estaba sacando un montón de ollas y sartenes del armario. También un chico estaba con ella. Se reían por algo y Allyson le dio un ligero manotazo en el hombro a su invitado.

Perfecto, estará demasiado distraída para hacerme muchas preguntas.

—¡Oye, tú!" dijo cuando me vio—. Espero que tengas hambre. Jeremy preparará comida china.

Este debía ser el infame fotógrafo de Allyson...

Le eché una rápida mirada. Parecía medir apenas un metro ochenta y tenía una constitución atlética. Su cabello cobrizo estaba manchado por el sol y su rostro estaba bronceado. Parecía que pasaba mucho tiempo al aire libre.

—No quiero entrometerme entre ustedes dos, pero gracias de todos modos. Además, ya tengo planes para cenar esta noche. Entonces, tú eres Jeremy —saludé apresuradamente y extendí la mano al otro lado de la isla para estrechar su mano—. Es un placer conocerte finalmente. Soy Kryz.

—Hola, Kryz. He oído... —comenzó Jeremy.

—¿Tienes planes para cenar? —Allyson preguntó con sorpresa,

interrumpiendo nuestras presentaciones.

¡Maldición!

Nada se le pasaba a ella.

—Sí. ¿Te parece bien?

—Por supuesto, está bien, pero ¿con quién vas a salir? —presionó con sospecha, mirando mi atuendo por primera vez.

Insistente, insistente.

—Esta tarde en el Café La Biga me encontré con Alexander Stone. Me pidió que lo acompañara a cenar esta noche. En realidad, no es gran cosa. Solo vamos a discutir nuevamente sobre el asunto del empleo.

Deliberadamente omití la parte sobre su *otra* proposición.

—¿Estás bromeando, cierto? —Su rostro se arrugó en un ceño fruncido—. Pensé que habías dicho que Stone era un idiota.

—Lo es, pero no me hago ningún bien si sigo enojada. Necesito un trabajo, así que estoy dispuesta a escucharlo —respondí torpemente. Traté de actuar como si la cena no fuera gran cosa, pero estaba fallando miserablemente. Podía sentir el calor arrastrándose por mis mejillas. No podía engañar a Allyson.

—¿Qué hay del bombón aquel? Ya sabes, la del cabello negro —me recordó sutilmente, intentando disimular su obvia preocupación reorganizando innecesariamente los comestibles en el gabinete.

—Oh, esa solo era su hermana —dije con un gesto de desdén. Allyson detuvo su organización sin sentido y me miró con ojos entrecerrados, perpleja.

¡Oh, Ally! ¡No me hagas explicarlo delante de tu novio!

Le lancé una mirada de advertencia, sacudiendo ligeramente la cabeza de un lado a otro, solo con la esperanza de que lo dejara en paz por ahora. Antes de que ella pudiera comentar, Jeremy intervino en la conversación, salvándome efectivamente de una explicación muy complicada.

—Espera un minuto, ¿vas a salir con 'el' Alexander Stone? Como en 'Stone Arena', ¿Alexander Stone? —Nos miraba de un lado a otro, entre Allyson y yo, con una expresión de total incredulidad en su rostro.

—¿Qué es 'Stone Arena'? —preguntó Allyson, mirándome. Me encogí de hombros y miré a Jeremy, esperando que explicara más.

Jeremy alzó las manos exasperado.

—¡'Stone Arena' es solo el primer complejo de la Liga Mayor de Fútbol en llegar a Nueva York! —Murmuró algo sobre mujeres y deportes, pero no lo

entendí del todo—. Stone ha estado presionando esto durante años. Finalmente fue aprobado y se ganó los derechos de nombre.

¿Todo en esta ciudad llevaba su nombre?

—Sí, suena como el mismo Alexander —dije. Agradecida de que Jeremy hubiera distraído a Allyson de su interrogatorio, caminé hacia la puerta principal, esperando poder escabullirme—. Realmente no sé mucho sobre fútbol. Sin embargo, sé que mi auto probablemente ya esté aquí.

—¡Espera! ¿Donde vas a comer? ¿Y vas a tomar un taxi? —preguntó Allyson, recordando rápidamente su interrogatorio.

—No sé a dónde vamos, *mamá*. No me lo dijo —dije con sarcasmo, deteniéndome junto a la puerta. Y no, no voy a tomar un taxi. Alexander me envió un auto.

—¿Un auto? Eso es impresionante —dijo asombrada, ignorando por completo el comentario burlón que le lancé. ¿Me prometes que hablaremos más tarde? Quiero un informe completo.

—Sí, sí. No te preocupes. Tendrás los detalles. ¡Ah!, y no debería regresar tarde —agregué y enarqué una ceja a Allyson para asegurarme de que entendiera el significado silencioso detrás de mis palabras. Decirle que llegaría temprano a casa era un código de nuestros días universitarios; no quería volver a casa para encontrarla con el trasero desnudo en el sofá con Jeremy.

—Te entendí —dijo con un guiño de complicidad—. Probablemente veremos una película más tarde, así que es posible que no esté aquí cuando regreses.

—No hay problema. Que pasen una buena noche.

—Igualmente. Diviértete y ten cuidado —advirtió, las arrugas de preocupación se extendieron por su rostro.

—Siempre lo tengo. ¡Adiós! —grité por encima del hombro y cerré la puerta detrás de mí.

Krystina

AL DE MI COMPLEJO DE APARTAMENTOS, EL CONDUCTOR DE ALEXANDER ME esperaba fuera de un Porsche Cayenne negro. Me acerqué a él y traté de presentarme, pero él solo asintió con la cabeza como una forma de saludo y me indicó que entrara al auto.

Era un poco intimidante, del tipo ex militar y no me pareció tan hablador. Llevaba un elegante auricular en la oreja, que me recordaba al Servicio Secreto, y tenía miedo incluso de hablar, y mucho menos preguntarle a dónde íbamos.

Así que, en cambio, me senté en silencio mientras entramos y salíamos del tráfico de la ciudad de Nueva York, sin tener idea de adónde me llevaba.

Cuando llegamos a nuestro destino, el conductor seguía sin hablar, simplemente me abrió la puerta del auto. Salí a la acera y me acompañó hasta la entrada de un edificio sin nombre. Puede que me preocupara el lugar anónimo, pero vi luces en las ventanas y una barra pulida que relucía bajo una tenue luz. Por alguna razón, encontré estas pequeñas señales de vida reconfortantes.

La puerta principal del edificio se abrió de repente y un hombre fornido de cabello oscuro y rizado salió.

—¡Ah, finalmente! ¡Está aquí! ¡Entre, entre, por favor! —dijo el hombre con un ligero acento italiano. Sus manos se agitaban en el aire, indicándome que entrara. Sus gestos parecían casi de pánico, pero tenía una sonrisa amistosa en su hermoso rostro. Solo pude levantar las cejas con sorpresa ante su presencia sobreexcitada. No estaba muy segura de qué hacer con él.

Miré detrás de mí, pero el conductor silencioso había desaparecido dentro de la camioneta, dejándome sin otra opción que seguir al italiano animado a través de las puertas delanteras.

—Me llamo Matteo Donati. La estaré atendiendo esta noche —dijo por encima del hombro, caminando rápidamente delante de mí. Se movía

rápidamente, y luché por seguirle el ritmo, apenas logrando mantenerme vertical con mis pequeños tacones de tiras de diez centímetros. Ya estaba comenzando a lamentar el riesgo que corría al usarlos.

—Hola, Matteo. Soy Krys....

—Apresúrese. El Sr. Stone está esperando —dijo interrumpiéndome por completo.

Que el cielo no permita que hagamos esperar a Stone.

Seguí a Matteo prácticamente corriendo por el restaurante vacío, como si llegara tarde a algún evento monumental. Me sentí como Alicia en el País de las Maravillas, excepto que estaba persiguiendo a un italiano en lugar de un conejo blanco hacia un lugar desconocido.

El restaurante estaba inquietantemente tranquilo y, obviamente, no estaba abierto al público. Me encontré deseando que el conductor de Alexander todavía estuviera aquí. Irónicamente, comencé a sentirme nerviosa por la ausencia del hombre silencioso. Era casi como si él fuera mi protección en este lugar desierto. Las sillas estaban volteadas sobre las mesas y no había un alma a la vista. La iluminación de las lámparas colgantes era tenue, revelando decoraciones a medio terminar y barras de cortina vacías. Los estantes detrás de la barra parecían haber sido abastecidos parcialmente. La única pista de que estaría cenando aquí venía del delicioso aroma que emanaba de la cocina, un delicioso olor a ajo y salvia.

Matteo se detuvo ante una puerta abierta fuera del comedor principal, dándome un momento para alcanzarlo. Cuando llegué a su lado, me tomó del codo y me acompañó a una habitación íntimamente amueblada con una suave música de guitarra que sonaba por arriba. A primera vista, la sala parecía estar preparada para pequeños banquetes. Pero después de una inspección más cercana, me di cuenta de que esta no era su sala de banquetes normal y corriente. El mobiliario apestaba a exclusividad, el escenario era más apropiado para reuniones privadas de alto nivel.

Alexander Stone estaba sentado solo en una mesa para dos, a la luz de las velas. Mientras me dirigía hacia él, me sentí repentinamente abrumada por un nerviosismo ansioso y mis palmas comenzaron a sudar. No podía entender por qué de repente estaba tan nerviosa.

Es solo un hombre sentado en una mesa.

Pero, de nuevo, Alexander no era *cualquier* cosa.

Se puso de pie y me acercó una silla. Le di una rápida mirada. Estaba estupendo como de costumbre, con pantalones caqui y un suéter de popelina

gris oscuro con un botón abierto.

—Buenas noches, Krystina.

—Sr. Stone —saludé cortésmente, limpiando discretamente mis palmas húmedas en mi falda.

Traté de sentarme con gracia y ponerme cómoda en la silla que me ofrecían, pero era difícil estar relajada bajo sus ojos atentos.

—Supongo que ya conociste a Matteo —asumió Alexander, reclamando su asiento frente a mí.

—Sí. Estaba en la puerta cuando llegué —dije y le hice a Matteo un gesto de agradecimiento con la cabeza.

—Krystina —dijo Matteo y se inclinó ante mí, tomándome por sorpresa. Tomó mi mano y depositó un ligero beso en ella y murmuró algo en lo que reconocí como italiano. Luego volvió a mirar a Alexander, con expresión tímida, y dijo: —¡Creo que finalmente hemos encontrado un nombre para mi lugar!

Alexander le sonrió y sacudió la cabeza en asentimiento.

—Parece que tienes un club de fans, Krystina —dijo Alexander secamente.

Matteo soltó una ruidosa carcajada y soltó mi mano.

—¡No hay problema, no hay problema! Fue solo un comentario —aseguró—. Ahora, *mi scusi*. Debo ir a ver su *antipasti* —declaró Matteo con un fuerte aplauso y salió apresuradamente de la habitación.

No pude evitar reírme de su actuación demasiado extravagante, a pesar de que estaba totalmente confundida por su interacción.

—¿Que dijo él? —le pregunté a Alexander, curiosa por lo que Matteo había dicho en su lengua materna que hizo que Alexander pareciera tan incómodo.

—Que eres una dama hermosa —respondió. Sus ojos se suavizaron mientras me miraba—. Realmente eres muy hermosa, Krystina.

Su voz era tierna, toda la irritación con Matteo disminuyó.

No estaba tan segura de que 'hermosa' fuera una palabra que usaría para describirme a mí misma, y sentí que un brillo rojo comenzaba a florecer en mis mejillas.

—Me encanta que te sonrojes tan fácilmente. Es refrescante.

Me alegro de que te guste todo el enrojecimiento de la cara, ¡yo lo desprecio!

En lugar de dar voz a mi vergüenza, elegí bajar la mirada hacia mi regazo

y enfocar mi atención en la suave melodía que sonaba sobre mi cabeza. Usé el amplio rango acústico de la guitarra como una distracción para mi cara enrojecida. Consideré la música relajante y seductora al mismo tiempo.

Miré a Alexander a través de las pestañas bajas solo para descubrir que todavía me estaba mirando. Su mirada no hacía nada para enfriar las mortificantes llamas que se negaban a dejar mis mejillas.

—Esta música es preciosa —dije finalmente, intentando romper su inquietante observación.

—Pensé que podría gustarte. Es una recopilación de guitarras de Tadeusz Machalski.

—Nunca he oído hablar de él.

—No, no imagino que lo hubieras hecho. Hace unos años me topé con él cuando tocaba en las calles de Venecia. Lo escuché tocar durante horas y finalmente compré uno de sus CD.

—¿Venecia, Italia?

—La única —confirmó con una sonrisa.

—Guau, estoy celosa. Siempre he querido ir a Italia —dije con envidia.

—Quizás te lleve algún día.

Lo dijo casualmente, mientras me evaluaba con esos irresistibles ojos azul zafiro. Su habilidad para tomarme constantemente por sorpresa era asombrosa y yo luchaba por no parecer un pez boquiabierto mientras digería sus palabras.

¿De vacaciones en Italia con Alexander Stone?

Odiaba admitirlo, pero la idea sonaba atractiva.

Ni siquiera vayas allí. Mala idea.

—¿Qué es este restaurante? —pregunté, eligiendo no explorar *esa* vía de conversación—. No vi un nombre afuera.

—Eso es porque aún no tiene uno. Aunque, parece que Matteo ya podría tener una idea ahora —dijo secamente, con el ceño fruncido volviendo a su rostro.

—¿Este es el restaurante de Matteo? Pensé que podría ser tuyo —reflexioné.

—¡Diablos, no!" exclamó, y dejó escapar una sonora y genuina carcajada.

Era un sonido lleno, gutural, agradable para mis oídos. Lo hacía parecer más humano, y no tanto como el Adonis celestial que normalmente reflejaba. Su risa era contagiosa y me encontré sonriendo.

Y por primera vez desde mi llegada, me relajé un poco.

—¿Por qué lo dices así? ¿Por qué no tener un restaurante?

Parece que estás involucrado en casi todo en esta ciudad.

—Los restaurantes no son lo mío. Demasiado estrés. Como dije antes, el sector inmobiliario es lo que hago. Solo soy dueño de este edificio. Matteo es el loco. Si quiere entrar al negocio de la alimentación, más poder para él. Ha estado detrás de mí para que viniera a probar algunos de sus platillos antes de la gran inauguración —me dijo, tomando una botella de cabernet sauvignon—. Pensé que este sería el momento perfecto para aceptar su oferta. Además, quería un poco de privacidad esta noche para poder hablar libremente durante nuestra reunión.

Una reunión, ¿eh? Bueno. Seguiré el juego.

Lo estudié con atención mientras vertía el rojo intenso en dos copas de Burdeos. Traté de leer lo que estaba pensando, pero como de costumbre, su expresión era cautelosa y no obtuve nada. Acepté la copa que me tendió.

—¿No podíamos hablar libremente en un restaurante lleno de gente? —pregunté, tomando un sorbo lento de vino. Por lo general, prefería el vino blanco, pero el tinto era sorprendentemente bueno, y saboreé el sabor audaz en mi lengua.

—Infortunadamente, no..., al menos no sin interrupciones. Intento mantener un perfil bajo, pero los restaurantes son difíciles. Tengo gustos caros y las personas influyentes tienden a frecuentar los restaurantes que me gustan. —Hizo una pausa y frunció el ceño con agravio—. Últimamente, ha sido un bombardeo de parásitos de Wall Street tratando de convencerme de que me haga público. La falta de privacidad es bastante molesta.

Si bien sus palabras podían parecer un poco arrogantes, su tono era amargo y resentido. Estaba intrigada y quería preguntarle más, pero Matteo llegó con nuestros aperitivos, interrumpiendo la conversación.

—¡Ah, aquí está! —Matteo dijo mientras colocaba dos platos en el centro de la mesa—. *Insalata Caprese* y *Antipasto Italiano*. —Usando un tenedor para servir, comenzó a colocar porciones de los aperitivos en los platos de guarnición para Alexander y para mí.

—Esto se ve muy bien. Gracias, Matt —dijo Alexander, tomando un bocado de prosciutto ahumado—. Mmm. También sabe muy bien.

Primero elegí la ensalada *Caprese*, la mozzarella fresca es una de mis debilidades. El queso prácticamente se derretía en mi boca y el tomate estaba lleno de sabor. Asentí con la cabeza en señal de aprobación.

—¡Muy bien!" Matteo exclamó, obviamente complacido de que sus

invitados de honor estuvieran disfrutando del primer plato—. *Buon appetito* —dijo con una ligera reverencia y nos dejó para disfrutar de la variedad de fiambres y quesos.

—No sé mucho sobre el mercado de valores, pero ¿no ganarías más dinero si hicieras pública tu empresa? —pregunté con curiosidad, continuando la conversación donde la dejamos, mientras disfrutaba de un segundo bocado del queso sazonado.

—El dinero no importa. Prefiero ser mi propio jefe. Si ofreciera acciones al público en general, tendría demasiadas personas a las que responder. Y, como señalaste esta tarde, responder a los demás no es algo que haría bien. Prefiero ser mi propio jefe.

—Realmente debe apestar ser millonario —comenté con sarcasmo.

—Multimillonario, Krystina —corrigió con total naturalidad. Arqueé las cejas, un poco horrorizada por su pomposa declaración.

—Si estás tratando de impresionarme, no está funcionando. Millones, miles de millones, no hay ninguna diferencia para mí una vez que alcanzas los seis ceros —dije con sarcasmo.

—No estoy tratando de impresionarte con dinero. Solo menciono un hecho —dijo sin una pizca de vanidad—. Esos ceros adicionales, como tú dices, marcan una gran diferencia en los círculos sociales de Nueva York. Significa que mantener mis asuntos personales en privado es un poco más difícil, y eso es algo que no estoy seguro de que estés lista para manejar.

Quizás me sentí intimidada por sus miles de millones. O tal vez era la forma en que hablaba con tanta naturalidad. Cualquiera sea la razón, de repente me sentí extremadamente molesta por esta conversación y fruncí los labios con molestia.

—¿Por qué tendría que preocuparme por tu privacidad?

—Hablaemos de eso más tarde —dijo, desestimando mi pregunta con un gesto de la mano—. Quiero que me hables de ti primero.

—Estoy segura de que mi verificación de antecedentes te dijo todo lo que necesitas saber —le dije desganada.

—Krystina, la verificación de antecedentes que te hice fue muy limitada. No me da aspectos personales de tu vida.

Los segundos pasaron mientras lo escudriñaba, tratando de encontrar alguna señal de una agenda oculta. Su rostro no revelaba nada más que paciencia e interés genuino. No me presionó, sino que se comió su *antipasti* en silencio mientras esperaba que yo hablara.

Tuve que convencerme de que en realidad estaba disfrutando de esta charla muy normal de ida y vuelta que teníamos. Fue un buen cambio de todas nuestras conversaciones anteriores. Supuse que no estaría de más dejar de lado algunas pequeñas irritaciones y satisfacer un poco su curiosidad.

—Bien. ¿Que quieres saber? —Finalmente cedí.

—¿Por qué no empiezas con el lugar donde creciste?

Interesante pregunta.

No estaba segura de lo que esperaba que me preguntara, pero ciertamente no era eso.

—Me crié en Albany, en el área de Clifton Park para ser exactos, pero nadie sabe dónde está. Viví allí con mi madre y mi padrastro hasta que me mudé a Nueva York, con Allyson, para asistir a la universidad.

—¿Quién es Allyson?

—Allyson Ramsey, mi compañera de piso —le dije—. Mi mamá no quería que me mudara aquí, pero luché con uñas y dientes. Quería que fuera a la escuela en algún lugar de Albany.

—¿Qué hay de malo con Nueva York?" interrumpió.

—Oh, muchas cosas. La seguridad, el costo de la matrícula, Nueva York es caro, lo que fuera y ella lo convirtió en un argumento. Pero no creo que ninguna de esas cosas fueran las verdaderas razones por las que ella no quería que me mudara aquí. Para ser honesta, no creo que ella quisiera cortar los hilos —dije con un movimiento de cabeza—. Soy hija única y fui todo su mundo durante mucho tiempo. Pero eso fue hace años, lo que creo que es irrelevante, porque ella nunca lo admitiría. Mi madre tiene una forma de bloquear las cosas que no quiere recordar.

—Las madres ciertamente pueden ser así, sin duda —estuvo de acuerdo. Sentí cierto nivel de ironía en su tono y me pregunté cuál sería su historia.

—¿Que hay de tus padres? —pregunté, esperando obtener un poco de información.

—Están muertos —respondió rotundamente.

—Oh, lo siento mucho.

—No lo estés. Yo no.

Su falta de emoción me sobresaltó y me sorprendió. Mi disculpa por sus padres fallecidos fue una reacción automática, una que cualquiera tendría. Pero su expresión era fría. Sin emociones. Por un breve momento, pensé ver un destello de arrepentimiento en sus ojos, pero fue rápidamente enmascarado, y solo pude mirar con asombro su completo desapego.

Bueno, esto es incómodo. ¡No lamenta que su madre y su padre hayan muerto! ¿Quién dice cosas así?

Matteo llegó con nuestra cena, rompiendo el incómodo silencio que se había instalado en la habitación.

—Hora del plato principal. Para ti mi querida, berenjena al horno a la *Parmigiana*, una de mis especialidades —se jactó Matteo, colocando un plato humeante ante mí y volviéndose hacia Alexander—. Y para ti mi amigo, pimiento rojo relleno. ¡*Delizioso!*

—Estoy seguro de que ambos serán fantásticos, Matt. Gracias —dijo Alexander con cierta frialdad.

Matteo lo miró inquisitivamente, pero no comentó sobre el tono de Alexander. En cambio, simplemente asintió y nos dejó solos para disfrutar de nuestra comida. Una vez que estuvo fuera de la habitación, la inquietud entre Alexander y yo regresó.

Tenía ganas de saber más sobre sus padres muertos, pero no sabía qué podía decir sin sonar como si pareciera entrometida. Su declaración contundente fue desconcertante. Así que, en lugar de arriesgarme a poner mi pie en la boca, me comí la comida y no dije nada. Probablemente era mejor no conocer los detalles de todos modos.

Eso no me concierne. La curiosidad mató al gato. Más detalles significa un mayor riesgo de apego. Es hora de cambiar de tema.

Seguía sentada allí reflexionando sobre de qué más podríamos hablar. La atmósfera se había vuelto tan incómoda después de su revelación que no estaba segura de por dónde empezar. De hecho, cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de lo poco que conocía a Alexander. Lo único que tenía para continuar eran algunas cositas que leí en Internet. Era un misterio y luché por encontrar un tema de discusión seguro.

Podría mencionar la razón por la que estoy aquí. Todavía no hemos hablado de eso.

Mi frente se arrugó en concentración.

Entonces, ¿por qué estoy aquí?

Había dicho en la cafetería que me quería desnuda, pero desde mi llegada, no había sido más que un caballero educado. No hubo insinuaciones sexuales, ni comentarios tímidos. Nada. Sorprendentemente, me sentí decepcionada y frustrada por su actitud cortés. No estaba desempeñando su papel habitual.

—Te has quedado muy callada, Krystina —comentó Alexander después de un largo rato. Lo miré y descubrí que me miraba con curiosidad—. Puedo

decir que estás pensando en algo. Casi puedo ver las ruedas girando en tu cabeza.

Es hora de ir al grano.

Dejé mi tenedor al lado de mi plato y lo miré fijamente.

—Mira, estoy bastante segura de que no quieres hablar de dónde crecí o de tus padres que....

—El tema de mis padres está fuera de los límites. No vuelvas a mencionarlos nunca más —dijo con frialdad, deteniéndome a mitad de la frase.

Los datos personales son privados. Entendido.

—Está bien, puedo respetar eso. Además, probablemente sea mejor si dejamos de jugar a mostrar y contar. Quiero llegar al fondo de esta supuesta reunión, Alexander —dije abandonando deliberadamente las formalidades por primera vez.

—Puedes llamarme Alex.

—Pero ese no es tu nombre —le dije en broma a la cara en un intento de aliviar el repentino estado de ánimo sombrío. Mis esfuerzos parecieron funcionar porque me brindó una sexy sonrisa torcida.

—*Touché* —dijo con un guiño, y nos sirvió más vino.

—Gracias —acepté amablemente. Tomando nota mental de reducir la velocidad, no tomé un sorbo de inmediato de la copa rellena. Un plan comenzaba a formularse en mi cabeza, y necesitaba mi ingenio sobre mí si iba a jugar bien.

—Creo que esta tarde en el café fui bastante claro, Krystina —dijo en respuesta a mi pregunta.

En realidad, no era una respuesta en absoluto, y comencé a comprender su comportamiento cortés. Tenía la persistente sospecha de que estaba tratando de tantearme.

¿Me está dejando a mí la responsabilidad de dar el primer paso?

Si ese fuera realmente el caso, entonces era muy atípico para Alexander. Él mismo me lo había dicho. Le gustaba tener el control. Obviamente, poner la pelota en mi cancha no era lo que estaba haciendo.

Lo miré con cautela, tratando de decidir si estaba lista para llevar nuestra supuesta relación al siguiente nivel. Ya había expuesto sus expectativas laborales. Esa parte estaba perfectamente clara. Era su otra propuesta de la que tenía que tener cuidado. Tomarlo con calma era absolutamente necesario, pero no sabía si tenía el valor de dar el paso de nuevo al mundo de las citas.

Si me hago cargo desde el principio, quizás pueda controlar el ritmo. Yo puedo hacer eso. ¿Qué tan difícil puede ser?

Lanzando toda precaución al viento, bebí un gran trago de vino, respiré hondo y me lancé hacia adelante.

—Sí, fuiste muy explícito por lo que recuerdo. C-c-creo que dijiste algo sobre... um... quererme desnuda —balbuceé.

Fallo épico. ¿Podría haber dicho algo más incómodo? Dios, apesto con esto.

—¿Eso va a ser un problema para ti? —preguntó despreocupadamente.

¿Es un problema?

Su boca se curvó en una sonrisa traviesa y parecía que estaba disfrutando de algún tipo de pensamiento malvado.

—Bueno, um... —comencé, frunciendo los labios en un ceño tratando de alejar el rubor que se deslizaba por mi cuello y amenazaba con inflamar mis mejillas—. ¿Qué pasa si digo que lo es? ¿Seguiría teniendo el trabajo en Turning Stone?

Sus ojos se oscurecieron mientras esperaba su respuesta. Contuve la respiración con anticipación.

—Por supuesto que lo harías. Creo que estás más que calificada para manejar el puesto. Simplemente sería sin los beneficios adicionales —agregó descaradamente—. Sin embargo, te lo advierto ahora: siempre obtengo lo que quiero. Eventualmente te *follaré*, Krystina.

No se molestó en disimular el resplandor decidido de la lujuria en sus ojos. Dejé escapar el aliento en un siseo silencioso.

Ahí está el Alexander al que me he acostumbrado.

Su acercamiento directo fue crudo y seductor al mismo tiempo, me dejaba retorciéndome en mi asiento, y no porque me ofendiera, sino porque hacía mucho *calor*. Un dolor comenzó a formarse entre mis muslos y el diablo en mi hombro comenzó a hacer puñetazos en el aire.

Alexander permitió que su mirada vagara perezosamente sobre mí, provocando que mariposas excitadas bailaran en mi vientre. Estaba emocionada de que volviera a su yo normal y lascivo. Pero, aun así, sabía que tenía que ser cautelosa. Era peligroso y yo era como una polilla ante una llama. Tenía que ir poco a poco, o me arriesgaría a quemarme.

—Mezclar los negocios con placer es arriesgado. ¿Qué pasa si las cosas no funcionan con nosotros personalmente? —pregunté—. No quiero terminar sin trabajo y volver al punto de partida.

—Los dos somos adultos, Krystina. Y mientras lo mantengamos casual, no creo que tengamos problemas con la gestión de nuestros negocios.

—Bueno, yo no tengo sexo casual si eso es lo que buscas. Creo que dos personas deberían al menos tener una cita un par de veces antes de saltar a la cama —respondí tranquilamente, orgullosa de haber podido mantener el temblor fuera de mi voz a pesar de mi corazón acelerado.

—Eso es muy desafortunado —dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Por qué?

—Yo no tengo citas, Krystina. Tiende a complicar las cosas y es mucho mejor mantenerlas simples.

Mierda.

—Entonces explica los cientos de pelirrojas con las que te fotografían constantemente —escupí, con demasiada dureza. Fue una reacción visceral, un movimiento defensivo basado en el instinto, y luché contra el impulso de ponerme una mano en la boca. Escuché el nivel de desprecio en mi voz y me arrepentí casi de inmediato.

Esto no iba de la manera que había planeado, incluso si solo estaba improvisando. Fui yo quien inició esta línea de conversación y no me llevaría a ninguna parte ser una perra cada vez que decía algo que no me gustara.

—Debo decir que tu propia verificación de antecedentes sobre *mí* no fue muy precisa —señaló. Su boca se torció, como si estuviera tratando de contener una sonrisa.

—Lo siento, pero no tengo un montón de personas conectadas en mi nómina. Tuve que conformarme con mi amigo de confianza, Google —me burlé, aunque estaba completamente avergonzada de que mi desliz hubiera revelado inadvertidamente que lo había investigado.

—No debes creer toda la inmundicia que se puede encontrar en línea —dijo, mostrando una pizca de disgusto debajo de su comportamiento tranquilo. Había un brillo frío en sus ojos y apretó la mandíbula—. Las cosas que has visto o escuchado sobre mí se basan en pura especulación. Soy un hombre rico y se espera que asista a numerosas funciones, muchas de las cuales requieren una cita. No estoy seguro de si las *dos* pelirrojas de las que viste fotos podrían clasificarse como cientos, pero, de cualquier manera, eran meras conocidas.

—Entonces, ¿no te acostaste con ninguna de ellas? —Lo cuestioné dudosa, no es que debería importar un ápice. Después de todo, ya me había comprometido a no dar detalles personales. Pero esas pelirrojas curvilíneas

definitivamente eran más que tentadoras con sus provocativas sonrisas y, no obstante, me sentí obligada a saber la respuesta.

—La respuesta a eso es completamente irrelevante, pero complaceré tus curiosidades. No, no me follé a ninguna de esas mujeres —admitió abiertamente. Su cambio de verborrea hizo poco por ayudar al factor confianza. Debió haber sentido mi incredulidad porque dejó escapar un largo suspiro y luego adoptó un tono más apaciguador—. Puedes pensar lo que quieras, pero tengo muy poco en común con esas mujeres. Sus necesidades son muy diferentes a las mías. Soy un hombre con una variedad de intereses sexuales, Krystina. Sabiendo eso sobre mí, deliberadamente me alejo de las mujeres que no comparten mis deseos y me adhiero a las reglas que me he fijado. No hay falsas pretensiones de esa manera.

¿Reglas?

No estaba *tan* lejos de la escena de las citas. Hacía que sus explotaciones sexuales parecieran arreglos de negocios.

—¿Sabes qué? Olvida que incluso pregunté. Haces que todo suene tan condenadamente complicado —murmuré, negando con la cabeza.

—No es nada complicado, al menos hasta que te conocí. Por alguna extraña razón, me encuentro rompiendo muchas de mis reglas cuando se trata de ti.

—¿Como qué?

—Bueno, tomarme esta noche, por ejemplo. Te acabo de decir que no tengo citas, pero aquí estamos. Esto es, en muchos sentidos, como una cita, y está fuera de lo normal para mí.

—¿Es por eso que sigues refiriéndote a esta noche como reunión? ¿Las citas no están en tu libro de reglas? —Pregunté burlonamente, rodando mis ojos hacia él—. Digo, en serio. Incluso si solo sales con alguien una vez, debes tener algún tipo de conversación relevante antes de meterte en la cama. Eso es lo que define una cita. No puedes simplemente acercarte a una chica y decirle: 'oye nena, vamos a acostarnos'. No funciona así.

—No seas grosera, Krystina.

—Vaya, vaya. ¿Eres tú quien ve la paja en el ojo ajeno?

La esquina derecha de su boca se contrajo de nuevo, mostrándome que estaba luchando por no sonreír. Pero, yo no consideraba la conversación ni remotamente divertida. Era frustrante.

Rasgando el último trozo de comida en mi plato, procesé todo lo que me había dicho durante la cena. El plan que había comenzado a construir en mi

cabeza se estaba convirtiendo en un completo fracaso. Esto nunca iba a funcionar. Había hecho tantas implicaciones misteriosas esta noche: reglas, privacidad, preferencias sexuales indefinidas. Cada vez que pensaba que estaba siendo franco, decía algo que me dejaba perpleja.

¿Soy realmente tan ingenua? ¿Qué está tratando de decirme?

Una cosa era segura: si quería explorar esta cosa entre nosotros, fuera lo que fuera, no habría que probar las aguas primero. Pero antes de sumergirme de cabeza, necesitaba algunas respuestas directas de él.

—Mira, Alex. No estoy del todo segura de por qué decidí verte esta noche. Cuanto más tiempo paso aquí, más convencida estoy de que todo esto es una mala idea. Así que, por favor, dímelo directamente. ¿Exactamente, qué es lo que quieres? Y no más juegos de adivinanzas o de lo contrario me iré —afirmé con impaciencia.

Su cabeza se echó hacia atrás y respiró hondo. Casi parecía como si lo hubiera ofendido de alguna manera. En ese momento en particular, no me importó.

—Krystina, estoy decepcionado por el hecho de que pienses que estoy jugando. Pensé que estaba siendo honesto. Quizás un poco cauteloso, pero honesto. —Ladeó la cabeza hacia un lado, esperando que respondiera.

—¿Qué esperas que piense? —Arremetí, sacudiendo mi cabeza con frustración—. Me pediste que viniera para hablar sobre un trabajo, del que aún hemos hablado. Me quieres desnuda, pero no acostumbras a tener citas. Te gusta tener el control y tienes reglas. Has hecho referencia a tener una variedad de intereses sexuales, lo que sea que eso signifique. Para ser completamente honesta, ¿me estás haciendo creer que eres una especie de monstruo en las sábanas!

Su boca se presionó en una línea dura y parecía como si estuviera tratando de decidir su elección de palabras. Se inclinó hacia adelante en su silla y sus ojos azul zafiro se estrecharon. Tenían un brillo diabólico, agudo con un hambre como de animal que de repente me asustó.

Se me puso la piel de gallina mientras esperaba que hablara de nuevo. Cuando finalmente habló, su tono fue directo. Sin tonterías. Directo.

—No soy un monstruo. Soy un dominante.

Krystina

—¿ERES UN QUÉ?". CASI ME REÍ A CARCAJADAS.

—Un dominante —repitió con sus ojos atravesándome como cuchillos, extinguiendo por completo cualquier broma que pudiera haber querido hacer—. Me gusta tener el control de cada aspecto de mi vida. Eso incluye a la mujer que decido llevar a la cama. Exijo un poder total y absoluto sobre ello. Eso es lo que quiero de ti, Krystina.

Mis cejas se dispararon hasta el techo. Sus palabras debieron haberme perturbado seriamente. Dado mi sórdido pasado con el controlador de Trevor, todo lo que estaba diciendo debería haberme hecho salir corriendo de aquí, y rápido. Sin embargo, curiosamente, mi piel se estremeció de placer ante el mero pensamiento de este hombre ejerciendo un control total sobre mi cuerpo.

Pero mi ángel saltaba de arriba a abajo frente a mi diablo que lo vitoreaba y gritaba: '¡PELIGRO, PELIGRO! ¡Corre, niña estúpida!'

—Lo siento, no puedo hacerlo. Ya entregué dos años de mi vida a un fanático del control. No lo volveré a hacer —le dije, pero mis palabras sonaron débiles en un patético intento de protegerme. Me miró con curiosidad, pero no cuestionó a qué me refería.

—No estoy buscando controlar toda tu vida, solo la parte sexual —dijo con indiferencia, encogiéndose de hombros mientras se acomodaba en su silla. La forma lasciva en que habló me hizo perder el equilibrio una vez más, avivando las llamas que se habían encendido en mis entrañas.

—¿De verdad? Entonces, ¿cómo le llamas al secuestro de mi teléfono celular? —dije tratando de mantener un cierto sentido del equilibrio recordándole nuestro argumento de esa tarde.

—El celular fue un regalo —dijo con impaciencia—. Tal vez sobrepasé mis límites, pero esa no era mi intención.

—No importa de qué manera lo pongas, fue algo muy controlador y

autoritario.

—Mira, Krystina. Quiero que sigas siendo quien eres. No quiero una marioneta sin sentido. Creo que esa podría ser la razón por la que me atraes tanto —hizo una pausa, pareciendo pensativo por un momento—. Si estás de acuerdo con esto, te poseeré solo en el dormitorio.

Las alarmas sonaron estridentemente en mi cabeza, advirtiéndome sobre este hombre impredecible. Pero mi cuerpo todavía me estaba traicionando, y tuve que luchar contra la abrumadora necesidad de cruzar la mesa y empezar a rasgar sus ropas.

Quería que me controlara. Que me *poseyera*.

Quizás fueron las dos copas de vino las que pensaron por mí, pero en algún momento, inconscientemente, había tomado una decisión. A pesar de mis muchas reservas, ya no quería tomarme esto con calma. Quería tener sexo con Alexander Stone. Aquí. Ahora.

Un pánico absoluto se apoderó de mí, cuando me di cuenta de que me asustaba. No estaba preparada para eso. Para *esto*.

—Creo que es hora de que me vaya —anuncié y me levanté de repente.

—¿Tan pronto? ¿Por qué? —Obviamente lo había sorprendido por mi repentina necesidad de irme.

—Porque.... —Dudé.

Porque me confundes. No puedo pensar cuando estoy cerca de ti.

Pero no pude decir las palabras en voz alta. En cambio, agarré mi bolso, me lo eché al hombro y dije: —Gracias por la cena, Alex.

Alexander se puso de pie y se acercó a mi lado de la mesa.

—Krystina... yo... —comenzó. Su voz estaba tensa, y miré hacia arriba, casi sin querer, hacia sus dolorosos y hermosos ojos azules. Esperé a que terminara lo que iba a decir, pero se limitó a mirarme, con una expresión sombría e incierta.

¿De qué está tan inseguro?

Era desconcertante.

—¿Qué pasa, Alex? —pregunté, mi tono salía recortado por la impaciencia.

—Cena conmigo de nuevo mañana —dijo de repente tomando mis manos y entrelazando sus dedos con los míos. Podía ver el pulso latiendo en su cuello, la firme determinación en su mandíbula. No se podía negar a este hombre, pero al menos tenía que intentarlo.

—No creo que sea una buena idea, Alex. Necesito irme a casa y... necesito

pensar.

Dio un paso más cerca, la mirada depredadora en sus ojos regresó. Su cercanía hizo que mi corazón se acelerara, haciendo que la sangre vibrara con fuerza en mis oídos. Podía sentir el calor saliendo de su cuerpo, su delicioso aroma invadiendo mis sentidos, flotando tentadoramente en mi nariz y haciendo que mi cabeza diera vueltas. Estaba tan cerca. Podía sentir su cálido aliento mezclándose con el mío, con sus labios a solo unos centímetros de los míos.

—Bien. Si eso es lo que realmente quieres —dijo con voz ronca—. Pero cuando llegues a casa, quiero que pienses en lo que será necesario para que me meta en ti.

—La vulgaridad no va a ayudar....

No me dio tiempo para reaccionar, mis palabras se cortaron cuando su boca cubrió la mía.

Santo cielo. Alexander Stone me está besando.

Su boca era tierna, con la cantidad justa de presión. Suave. Deliciosa. Y todo lo que había imaginado que sería.

Sin previo aviso, el beso se hizo más profundo, su boca exigiendo más. Me besó con una pasión que nunca antes había sentido. Nadie me había besado nunca de esta manera. El calor explotó a través de mis venas y mi boca se rindió bajo la suya mientras le devolvía el beso con una pasión propia, una pasión que había estado latente durante mucho tiempo, pero llena de una intensidad que no sabía que estaba en mí. Gemí en su boca y empujó su lengua más allá de mis labios entreabiertos, probándome con suaves movimientos.

Tiró de mis caderas con fuerza contra él, forzando mi espalda y cuello en un ligero arco para poder tener mejor acceso a mi boca. Me encontré estirándome para pasar mis dedos a través de sus suaves ondas, acercándolo a mí y profundizando el beso, animándolo a tomar más. Él gimió contra mis labios, la vibración hizo que mis pezones se endurecieran en respuesta. Me violó, como si fuera un hombre hambriento que no podía tener suficiente.

Sus dedos se apretaron en mis caderas, luego se movieron hacia mi trasero, aplastándome efectivamente contra su duro torso. Mis reservas, mis dudas y mis vacilaciones se olvidaron. Todo lo que existía era el beso de Alexander, que lo consumía todo, ahuyentaba los dolores de mi pasado. Una pesadez comenzó a acumularse en mi pecho y brotó de mi garganta. Sentí como si me hubieran quitado un peso enorme de los hombros y casi sollocé

de alivio. Me sentí tan bien solo de *sentirme* de nuevo.

Muy a mi pesar, Alexander rompió el beso y se apartó un poco. Me dejó sin aliento. Su beso fue más que intenso. Electrizante. Me cargó hasta lo más profundo de mi ser.

—Dios me ayude, Krystina. Te deseo. No debería, pero es así —murmuró con su voz ronca y desigual, el azul zafiro de sus ojos era un ardiente infierno de deseo. Respiré hondo y cerré los ojos, inhalando su aroma que ya se estaba volviendo tan familiar.

Un ruido de la cocina me sobresaltó y me hizo dar un paso atrás, apartando la mirada de fuego de Alexander y levantando la niebla que parecía asentarse sobre mi cerebro.

Me sentí desilusionada cuando Matteo entró en el salón, pero casi agradecida por la distracción. Necesitaba desesperadamente un momento para asimilar lo que acababa de suceder y estar presionada contra un Alexander Stone acalorado, ciertamente no ayudaría.

—¿Se van tan pronto? —preguntó Matteo, mirando mi bolso que todavía estaba colgado sobre mi hombro—. ¿Y el postre?

—No, a menos que Krystina quiera algo, creo que estamos listos. ¿Krystina? —Alexander preguntó, mirándome. Me temblaban tanto las piernas que pensé que podría colapsar.

¡Habla, Cole! ¡Habla!

—Estoy bien. Gracias por todo. Estuvo maravilloso —dije con una sonrisa temblorosa.

—¡Bien, me alegro que lo hayas disfrutado! —Matteo lo apreció, ajeno a la corriente estática que crepitaba en el aire.

Alexander le dio a Matteo una ligera palmada en la espalda—. Gracia, amigo. Sabía que no me decepcionarías. ¡Todo fue increíble! No puedo esperar a que abras el lugar.

—No es necesario que agradezcas. Este restaurante aún sería un sueño si no fuera por ti. Te lo debo mi amigo —dijo Matteo con sinceridad. Ver la fácil interacción entre los dos hombres me hizo darme cuenta de que eran exactamente eso: amigos. Su camaradería natural demostró que eran más que simples socios comerciales.

—No te preocupes, Matt. Ahora vayan a casa. Me encargaré de cerrar el lugar —ofreció Alexander.

—Solo me ocuparé de los platos, luego me iré. Krystina... —dijo Matteo, volviéndose hacia mí y tomando mi mano como lo había hecho antes esa

noche—. Fue un placer conocerte, querida.

Dejó un suave beso en el dorso de mi mano. Sus labios se demoraron demasiado. Todavía estaba tan emocionada por el beso de Alexander, que mis mejillas instantáneamente se sonrojaron por la intimidad del gesto. Matteo miró a Alexander y le lanzó una mirada de la que incluso el mismo Satanás estaría celoso.

—¡Desaparece, Matt! —Alexander dijo con el ceño fruncido. Matteo se rió y soltó mi mano.

—¡Lo haces demasiado fácil! —Matteo se rió entre dientes. Se apresuró a recoger los platos de la cena y salió de la habitación. Lo escuché reír durante todo el camino hasta la cocina.

—Todavía quieres irte —dijo Alexander una vez que Matteo estuvo fuera del alcance del oído. Era una declaración, pero sus ojos eran interrogantes.

No quería irme, pero al final, sabía que sería más seguro que quedarme aquí y enfrentar la flagrante sexualidad entre nosotros. Mucho más seguro.

—Sí. Realmente debería irme —dije, haciendo acopio de la voluntad desde las profundidades de quién sabe dónde.

Alexander lo aceptó con un asentimiento y sacó su teléfono celular de su bolsillo.

—Hale, saldremos en dos —dijo con voz entrecortada a alguien, antes de guardar su teléfono de nuevo.

—¿Quién es Hale? —pregunté con curiosidad.

—Mi chofer. El que te trajo aquí esta noche. Vamos, te acompañaré —dijo, tomando mi mano.

Atravesamos el restaurante vacío hacia la puerta principal. Cuando salimos al aire fresco de la noche, envolví mis brazos alrededor de mí para protegerme del frío de la noche. El coche de Alexander estaba esperando en la acera para llevarme a casa.

—Hale estará en tu casa para recogerte mañana, a la misma hora —dijo Alexander mientras abría la puerta de la camioneta.

—Alex... —me detuve cuando puso un dedo sobre mis labios para silenciarme. Negué con la cabeza en un intento forzado de negarlo.

—Mañana —repitió con seriedad—. Mi lugar. Sin lujos esta vez. Sin cena elegante. Solo bebidas y conversación. Mucho quedó sin decir esta noche. Hablaremos un poco más y veremos a dónde nos lleva.

—Es una mala idea, Alex. No sabes nada de mí. Seré demasiado problema para alguien como tú —dije en voz baja, tratando de disuadirlo una vez más.

—Nena, ya sé que no serás *más que* un problema para mí —dijo con una sonrisa, inclinándose para dar un ligero beso en mi frente—. Pero el sabor de tus labios me ha convencido de que lo haga de todos modos. Que tenga buenas noches, señorita Cole.

—Buenas noches, Sr. Stone —fue lo único que pude decir antes de subir a la camioneta.

Lo miré una vez que estuve sentada. Ese brillo diabólico estaba de vuelta en sus ojos.

—Vuelve a ponerte una falda mañana. Cuando miro esas largas piernas tuyas, me gusta imaginarlas envueltas a mi alrededor —dijo con un guiño antes de cerrar la puerta del vehículo.

Alexander

VI EL AUTO ALEJARSE, la frustración terminaba repentinamente. Justo cuando pensé que estaba empezando a cerrar la brecha entre nosotros, quiso partir.

Yo la asusté. Ella cree que soy un monstruo en las sábanas.

Una sonrisa tiró de los bordes de mi boca después de recordar su terminología.

Ay, nena. No tienes idea.

Krystina no sabía qué tan cerca de la marca había acertado. Mis tácticas directas habituales no iban a funcionar. Tendría que andar con más cuidado. Un movimiento en falso y lo arruinaría. Necesitaba cambiar el juego si quería encontrar mi camino hacia Krystina.

—Bueno, bueno... Stone cenando con una mujer. Pensé que nunca vería el día —escuché a Matteo decir detrás de mí. Me di la vuelta para encontrarlo apoyado contra la jamba de la entrada del restaurante, rascándose la cabeza con incredulidad.

—Cristo, ¿también tú? No. Ya he recibido miradas de reojo de Hale. No es lo que piensas, Matt —negué débilmente.

—Debo admitir que cuando me llamaste para pedirme que organizara esta noche, me sorprendió un poco. Simplemente no dije nada porque primero quería ver a esta chica yo mismo —acosó con una sonrisa de superioridad.

Lo fulminé con la mirada.

—¿No se suponía que te ibas a ir a casa? —gruñí. Sin embargo, Matteo sabía que mis palabras no tenían ningún valor.

—Estaba a punto de salir. ¿Pero me quedaré y tomaré una copa contigo si quieres?

—Que sea uno fuerte —le dije, y lo seguí de regreso al interior.

Bajé uno de los taburetes de la barra y me senté. Matteo se agachó detrás del mostrador y pude oír el tintineo del vidrio. Cuando se puso de pie, vi que se las había arreglado para presentar un par de vasos bajos y una botella de Knob Creek, a pesar de sus limitadas existencias.

—La licencia de licor acaba de llegar y todavía tengo que pedir las cosas realmente buenas. No es la reserva cara que normalmente bebes, pero igual funcionará —bromeó. Después de que nos sirvió tres dedos, tomé el vaso y lo bebí de un solo trago, sin siquiera estremecerme. Las cejas de Matteo se arquearon—. Guau. La última vez que lo comprobé, se suponía que el bourbon debía beberse a sorbos. Esta mujer realmente debe haberte afectado mucho.

Entrecerré los ojos hacia él, negándome a comentar. Cogió el vaso y lo volvió a llenar, pero lo aparté.

—No quiero más.

Estaba molesto. Irritado. Frustrado por muchas razones, pero no podía precisar qué era lo que más me molestaba. Lo último que necesitaba era otro trago.

—Bien. ¿Entonces qué quieres? Además de la *bella donna* —agregó, recordándome lo hermosa que era Krystina.

Lo miré con pesar, tratando de determinar cuánto quería que supiera. Matteo y yo teníamos un acuerdo comercial, pero, ante todo era un amigo de toda la vida. Era un observador agudo e inteligente. Sabía que podía contar con él para acabar con la mierda y me lo dijera directamente.

—Ella me molesta, Matt —admití sin rodeos. Comenzó a ahogarse con el trago de bebida que acababa de tomar.

—¿Cómo dices? —preguntó incrédulo.

—La quiero, pero lucha conmigo en cada paso del camino. Normalmente, solo me diría que la olvidara y siguiera adelante. Pero no puedo con ella. Cuanto más me presiona, más la deseo.

—Puedo ver por qué lo haces. Ella es joven y muy sexy. ¿Cuál es tu dilema?

—Ella es.... —Luché por poner mis pensamientos en palabras, que era otra

rareza para mí—. Ella es trabajo. Es terca y ágil. Fuerte, pero parece frágil. No lo sé....

—Así que eso es. Por una vez, no puedes meterte en la cabeza de alguien —dijo Matteo con una risa tranquila.

—No, es más que eso. Simplemente no lo he descubierto todavía. Tengo la impresión de que tiene una historia. Un pasado. Simplemente no sé qué es.

—Bueno, déjame darte un consejo entonces. Ella no es para ti, hombre. Ella no me parece del tipo que le gusta lo tuyo. Parece demasiado inocente. *Cándida*. Será mejor que tengas cuidado con eso —advirtió.

Matteo había dado en el clavo, justo en la cabeza. Krystina era cautivadora, tanto que me encontré paralizado por la lujuria, fantaseando con ella casi hasta el punto de la obsesión. Sin embargo, la mirada de total incredulidad que apareció en su rostro cuando le dije que yo era un dominante, decía que no era mundana con mis formas poco convencionales.

—No soy un maldito idiota, Matt. Pero no creo que sea tan inocente —le dije, tratando de convencerme a mí mismo tanto como a él—. Ella solo necesita entrenamiento, eso es todo.

—¿Por qué querías el engorro cuando puedes simplemente ir a uno de tus clubes? Allí hay muchas sumisas dispuestas.

Fruncí el ceño ante eso, ya que me había estado haciendo la misma pregunta durante días. Si tenía un error para salir de mi sistema, ir al Club O era la solución simple. El exclusivo club nocturno BDSM tendría una plétora de mujeres sumisas listas para jugar. Y era seguro. Las mujeres de allí apreciaban la necesidad de la discreción.

—Solo es eso. No quiero simplemente otra sumisa.

—Sí, sí. Pero debes recordar que Krystina puede no estar dispuesta. ¿Has pensado en eso, amigo mío? ¿Le has dicho lo que eres?

—Lo hice. No fue muy receptiva, pero podría convencerla con bastante facilidad —dije encogiéndome de hombros.

—Eres como un simio. Qué arrogancia tienes —Matteo rió entre dientes, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Un simio? ¿Esto viene de un italiano peludo?

—¡Ah, ya desearías tener este pecho! ¡Soy un dominante natural! ¡Todas las damas se inclinan ante mí! —Matteo empezó a golpearse el pecho como un gorila dispuesto a ejercer su poder.

—¡Sí, claro! ¡Tú..., un dominante! No tienes las pelotas para eso. No tienes tanta confianza —lo molesté. Sin embargo, me vino a la mente otro

pensamiento que interrumpió nuestras bromas y me hizo quedar sobrio.

—¿Qué? —Matteo preguntó después de ver mi cambio de cara.

—Si todo esto fuera cuestión de confianza, sería fácil. Pero la situación es más complicada que eso.

—¿Por qué?

—Krystina cuestiona todo. Y me refiero a *todo*. Solo eso la convertiría en una sumisa terrible. No será fácil entrenarla, eso es seguro —hice una pausa y miré el segundo bourbon que Matteo me había servido. Cambié de opinión, lo tomé y lo bebí lentamente durante un minuto antes de continuar—. El tema de mis padres surgió esta noche. Fue por pura casualidad, pero prácticamente le mordí la cabeza para detener sus preguntas. Estoy seguro de que solo logré crear más dudas.

—Si vas a ver a esta mujer con regularidad, surgirán tus antecedentes. No podrás mantenerlo enterrado.

—No es algo normal. Ya me conoces. Solo estamos hablando —traté de negar.

Matteo arqueó las cejas, mostrando su incredulidad.

—Si tú lo dices —dijo con una sonrisa.

—No importa cómo quieras clasificarnos. Solo saber lo que sé sobre Krystina, ella no lo soltará. Volverá a cuestionar sobre mis padres, de eso estoy seguro. Complica las cosas por Justine. Literalmente, solo evité un problema. Lo último que necesito es otro. Mi trabajo es protegerla.

—No siempre puedes estar ahí para proteger a Justine de sus monstruos —aconsejó Matteo con simpatía. Conocía a mi hermana. Era uno de los pocos que conocía nuestro pasado. Pero a pesar de su conocimiento, nunca lo entendería por completo porque no lo había vivido. Sacudí la cabeza con frustración.

—Son *nuestros* monstruos, Matt. Lo sabes casi tan bien como yo. Simplemente soy mejor que Justine para enfrentarlos.

Matteo asintió entendiendo.

—Parece que tienes algunas decisiones que tomar, así que déjame ofrecerte otro consejo. Creo que Krystina puede ser más inocente de lo que quieres admitir, pero no parece ingenua. Los secretos nunca permanecen ocultos para siempre. Si quieres probar suerte con ella, no debes tentar el destino.

Le sonreí con ironía a mi amigo, sintiendo sus palabras como una píldora amarga que me había visto obligado a tragar.

El destino.

Ese maldito caprichoso nunca me había visto con buenos ojos. Había aprendido desde el principio a tomar el control de mi propio destino, a usar mi instinto para señalarme la dirección correcta. Aún no me había fallado, razón por la cual me enfrentaba a la situación actual.

Mi instinto me decía que no debería querer a alguien como Krystina Cole. No era el hombre adecuado para ella. Sin embargo, lo que no debería querer y lo que quería se habían convertido en dos cosas muy diferentes.

Krystina

CUANDO REGRESÉ A MI APARTAMENTO DESPUÉS DE CENAR CON Alexander, encontré a Allyson sola en el sofá con un plato de palomitas de maíz y una copa de vino. La televisión estaba apagada y la única luz provenía de la cocina. Esta no era una buena señal. Me quité los zapatos de una patada en la esquina de la entrada principal y me trasladé a la sala de estar.

—Oye, ¿dónde está Jeremy? —pregunté con indiferencia, tratando de evaluar qué tan mala era la situación.

—Se fue hace un rato.

—Oh. Pensé que iban a ver una película.

—Íbamos..., hasta que Jeremy se convirtió en un cerdo machista —escupió con repugnancia.

—Parecían estar pasando un buen rato cuando me fui. ¿Qué hizo?

—No es lo que hizo, es lo que dijo. Hablamos de que saldrías con Stone esta noche. Jeremy piensa que es bueno que hayas encontrado un hombre económicamente estable. Un hombre como él podría cuidarte bien como es debido. Apparently, él piensa que las mujeres deberían quedarse en casa y encargarse del hogar —terminó con el ceño fruncido.

Vaya.

Regla número uno: nunca insultes los derechos de las mujeres frente a Allyson. A veces juraría que es la reencarnación directa de la fallecida Susan B. Anthony [*Nota de la T.: Susan B. Anthony fue una estadounidense del Siglo XIX, defensora de los derechos de las mujeres*]. No es que estuviera de acuerdo con lo que Jeremy hubiera dicho, pero me sentí mal por el tipo. Allyson se irritaba fácilmente cuando se trataba de este tipo de cosas. Solo podía imaginar lo que habría dicho una vez que se desatara su temperamento.

—¿Qué le dijiste? —pregunté con una mueca.

—Grité algo parecido a no ser del tipo de mujer descalza y embarazada y le pedí que se fuera. Entonces, se fue —finalizó.

—¿Y eso es todo?

—Puede ser que tuve otra selección de palabras para él.

—Oh, Ally. ¿Estás bien?

—Estaré bien. Mejor que sus opiniones salieron más temprano que tarde. Por ahora, distráeme. Quiero escuchar sobre tu cita con Stone.

—No fue una cita. Fue una *reunión* —le dije enfatizando deliberadamente la última palabra.

—Por supuesto. Lo que sea. Háblame de tu reunión —corrigió para apaciguarme.

—Fue agradable —aludí.

—Vamos, Krys. Tienes que darme más que eso. ¿Qué dijo sobre el empleo?

—Oh, él... —comencé, pero me quedé corta—. En realidad, nunca hablamos de los detalles del trabajo.

—Porque era una cita —concluyó.

—No fue una cita, Ally. Alexander no es del tipo de citas. Él mismo me lo dijo. Pero tenías razón en una cosa —admití, dejándome caer en la silla mullida frente a ella—. Me quiere. Y no solo como empleada.

—¡Te lo dije! —Allyson exclamó con una mirada de satisfacción. Sin embargo, su rostro se puso serio casi inmediatamente antes de preguntar: — ¿Qué vas a hacer al respecto, Krys? ¿*Tú lo* quieres?

—No... bueno, sí, algo así. Es realmente complicado. No puedo conseguir leerlo. El tipo habla con acertijos. Sin embargo, dejé que me besara.

—Bueno, al menos eso es un progreso —dijo riendo—. Pero retrocede. Cuéntame cómo pasó todo desde el principio. Tal vez pueda ayudarte a resolver algunos de los misteriosos acertijos de Stone.

Le conté todo, desde la entrega del teléfono celular, su visita sorpresa a la cafetería, hasta nuestras conversaciones durante la cena. Incluso después de repetirlo todo, aún seguía confundida.

—No sé qué hacer con esto, Ally.

—No hay nada que hacer. Solo sigue la corriente. Es el momento, Krys. Acepta el trabajo. Sal con Stone. Por amor de Dios, deja que te llene de vino y cenas. No lo pienses demasiado y disfrútalo.

—Tal vez tengas razón, pero tengo miedo, ¿sabes? A veces siento que lo de Trevor fue ayer. Otras veces, parece que fue hace toda una vida. No sé si podré volver a salir. Cada vez que creo que estoy lista, entro en pánico.

—Ven acá, muñeca —dijo dando unos golpecitos al cojín del sofá junto a

ella. Cuando me acerqué para sentarme a su lado, bajó mi cabeza hacia su hombro y frotó su mano sobre mi cabello—. Sé que pasaste por el infierno, pero no todo tiene que tener un final de pesadilla. Entonces, ¿qué pasaría si tu muro se incendiara? Algún día construirás uno nuevo. Pero hasta que llegue ese día, permítete divertirte un poco. Nunca olvidarás lo que pasó con Trevor hasta que des el siguiente paso. Por lo menos, Stone es millonario. Seguro que te hará pasar un buen rato. Aprovecha el tratamiento exclusivo. Quiero decir, ¡vamos! ¡El tipo envió un *auto* por ti!

—Hmm... Alexander definitivamente sería capaz de mantener las cosas interesantes —dije contemplativamente. La miré y debatí si debía o no decirle exactamente *cómo* de interesantes podría Alexander mantener las cosas—. Necesito superar lo mucho que me intimida.

—¿Por qué? No hizo nada para lastimarte, ¿verdad?, preguntó alejándose de mí, pareciendo alarmada.

—Oh no. No es nada de eso. De hecho, podría no ser él en absoluto, y más mi propio miedo a lo desconocido. Al final de la cena, dijo que era un dominante, lo que sea que eso signifique. Todo lo que sé es que me entró el pánico y me fui rápidamente. Fue entonces cuando me besó y ahora, no sé qué pensar —terminé.

—¡Guau! ¿Dijo que es un qué?

—Un dominante.

—Oh no. Esto no es bueno, Krys —advirtió, con los ojos tan abiertos como un ciervo ante unos faros. Sacudió la cabeza rápidamente de un lado a otro—. Quiero decir, estoy a favor de que salgas y vuelvas a tener citas. Demonios, no me importaría si hicieras las rondas con todo el equipo de los Yankees. Pero no puedes saltar de cabeza con alguien como....

Un golpe en la puerta la interrumpió.

—Aguanta ese pensamiento —le dije mientras me levantaba del sofá para abrir la puerta.

Encontré a Jeremy muy angustiado en la puerta de nuestra casa.

—¿Está Allyson aquí? —Realmente necesito hablar con ella —dijo suplicante.

Miré al hombre e inmediatamente sentí simpatía por él. Parecía genuinamente molesto. Pero Allyson estaba muy molesta cuando había llegado a casa. Dejar entrar a Jeremy ahora sería desastroso.

—No estoy tan segura de que sea una buena... —comencé.

—No creo que haya nada de qué hablar —escuché ladrar a Allyson detrás

de mí. Cuando me volví para mirarla, su rostro estaba inundado de furia—. Además, Krys y yo estábamos en medio de algo. Estás interrumpiendo.

—Allyson, lo siento mucho. Por favor, habla conmigo.

—Creo que ya hablamos bastante antes, Jeremy.

—Me malentendiste. Me interrumpiste antes de que pudiera explicarme. Por favor, dame solo cinco minutos —suplicó.

Yo daba como latigazos de ida y vuelta. El pobre estaba prácticamente mendigando. Necesitaban estar solos para hablar de esto. Después de la noche que acababa de pasar, no estaba en condiciones de jugar como árbitro en caso necesario.

—Ally, podemos terminar esto más tarde. Tú y Jeremy continúen.

—No. Quiero terminar nuestra conversación —dijo Allyson fervientemente.

—Y lo haremos mañana. Ustedes dos tienen cosas que resolver. De todos modos, estoy cansada y tengo que trabajar por la mañana.

Allyson se veía atormentada, sus ojos cambiaban entre Jeremy y yo. Puse mi mano en su brazo para tranquilizarla.

—Está bien, Krys. Nos pondremos al día mañana —admitió finalmente. Se inclinó para darme un beso rápido en la mejilla—. Ve a descansar.

—Buenas noches —le dije, luego asentí con la cabeza a Jeremy, quien me lo devolvió de igual forma.

Mientras me dirigía hacia mi habitación, di un gran bostezo. No era solo una señal que enviaba a Allyson y Jeremy como excusa para darles tiempo a solas, realmente estaba cansada. Desde que había conocido a Alexander Stone, mis noches habían estado llenas de un sueño inquieto.

Me metí en la cama, divagando sobre lo que debería hacer mañana por la noche. Normalmente, habría corrido gritando en la dirección opuesta a un hombre como Alexander y ni siquiera consideraría explorar esa avenida de peligro.

Sin embargo, él había puesto el mundo a mis pies: una oferta de trabajo que había estado esperando desesperadamente y el fin de esta ardiente necesidad de estar con él. Y cuando sus labios tocaron los míos, mi interior pareció convertirse en cera derretida, alejándome de cualquier pensamiento o razonamiento. Él no lo sabía, pero tenía algún tipo de poder sobre mí, y eso me aterrorizaba.

Pensé en la perspectiva de la vida de Allyson. A veces deseaba poder ser más como ella. Era tan despreocupada, saltando de un chico a otro, viviendo

el momento. Pude haber resentido su despreocupada forma de vivir, pero no lo hacía. La amaba demasiado. Su estilo de vida sin ataduras le sentaba bien y estaba feliz.

Su forma de ver las cosas probablemente era la correcta. Debería ir por ello y divertirme un poco. Llevaba mucho tiempo sola. Tal vez un rápido acostón sería bueno para mí. Tendría que recordar permanecer desapegada, por supuesto. No estaba buscando ser golpeada por una de las flechas de Cupido. Era solo sexo, no un compromiso de por vida. Mientras lo recordara, no debería ser demasiado difícil.

No necesitaba ni quería nada más, y él tampoco.

EL DÍA siguiente comenzó con la aburrida rutina habitual. Fui a trabajar, cumplí con los deberes de mi trabajo tan monótono y fui al gimnasio.

Sin embargo, a lo largo de mi aburrida tarde, contemplé los acontecimientos de la noche anterior. Por primera vez, estaba agradecida por las tareas sin sentido que ofrecía mi trabajo actual. Eso, combinado con la voluntad de un saco de boxeo rojo para aceptar la peor parte de mis frustraciones, me dio tiempo para pensar.

Despojada de todo, con solo un par de pantalones cortos de yoga y un sostén deportivo, fui directo a dar golpes a la bolsa, buscando una liberación catártica con cada golpe.

Las palabras de Allyson resonaron en el fondo de mi mente.

—*Diviértete un poco....*

Me di la vuelta y golpeé la bolsa con un fuerte puño desde atrás.

Recordé la conversación que tuve con Alexander durante la cena.

—*Te follaré eventualmente, Krystina....*

Me volví de nuevo y conecté una potente patada circular.

Todavía podía ver el destello de deseo en sus ojos cuando lo dejé. Todavía podía sentir el calor de su mirada fervientemente intensa.

Le propiné otro puñetazo a la bolsa de cuero cilíndrica.

Mis labios hormigueaban cada vez que recordaba la sensación de su boca sobre la mía, y mi cuerpo dolía por él. Pero lo más importante, recordé lo bueno que era simplemente volver a sentir *algo*.

Cuarenta y cinco minutos después, estaba cubierta de sudor. Le di un golpe final al pesado saco y tomé una decisión monumental. Iba a escuchar el consejo de Allyson y seguir adelante con Alexander. Ya fuera solo por sexo,

solo por el trabajo o por ambos. No importaba. Mi mente estaba decidida. Era hora de que dejara de tener miedo al futuro y permitiera que simplemente sucediera.

Agarré una toalla para secarme el sudor de cara y cuello, recogí mis pertenencias y me dirigí a casa.

Y fue entonces cuando mi día finalmente comenzó a ponerse más interesante.

Krystina

NUNCA HE SIDO DE LAS QUE SE ARREGLAN Y ACICALAN DURANTE MUCHO tiempo, pero me permití dos horas completas para prepararme para mi salida en la noche con Alexander. Quería lucir perfecta para lo que estuviera por venir.

Me preocupé por usar una falda que fuera demasiado corta y por domar mi loco cabello. En algún momento, durante un frenesí salvaje de destrozarme mi armario en busca de los zapatos perfectos, se me ocurrió que nunca le había dado una respuesta oficial a Alexander sobre salir con él esta noche y no había tenido noticias suyas en todo el día. Una parte de mí se preguntaba si estaba perdiendo el tiempo preparándome para una velada que tal vez ni siquiera tuviera lugar.

Sin embargo, la idea desapareció rápidamente, ya que estaba segura de que Alexander era un hombre de palabra. Había dicho que su chofer estaría aquí a las seis en punto, y estaba segura de que no me abandonaría.

Preparada y lista para partir, bajé por las escaleras en lugar del ascensor, la anticipación me llenaba de una especie de incómoda energía. Me sorprendió lo mucho que esperaba la salida nocturna, y una sonrisa vertiginosa curvó mis labios mientras cruzaba el vestíbulo de mi complejo de apartamentos. Como de costumbre, Philip estaba en la puerta para recibirme con su sonrisa amistosa.

—Esta noche se ve increíblemente atrevida, señorita Cole. Esta es la segunda vez que veo ese elegante auto afuera. ¿Nuevamente está aquí por usted? —preguntó Philip, mirándome de arriba abajo con una ceja levantada.

—Seguro que sí, Phil —dije, sonrojándome ante el escrutinio del hombre mayor. Traté de jalar despreocupadamente del dobladillo de mi minifalda negra, sintiéndome muy consciente de su corta longitud. Me daba la impresión de que Phil no aprobaba mi elección de ropa, a pesar de que no hizo ningún comentario al respecto. Era tan parecido a un padre, siempre

cuidando a las mujeres del complejo. A menudo me preguntaba si su personalidad vigilante era la razón por la que mi madre y mi padrastro insistían tanto en que viviera aquí.

—Que la pase bien. Y tenga cuidado —advirtió poniendo una mano gentil en mi hombro.

¿Por qué todo el mundo siempre me dice que tenga cuidado?

—No te preocupes, Phil. Soy una chica grande. Puedo cuidarme sola.

Después de darle una sonrisa tranquilizadora, pasé a su lado y atravesé la puerta que mantenía abierta para mí.

Mientras caminaba por el pasillo tuve una sensación de haberlo vivido antes. El chofer de Alexander me estaba esperando fuera del elegante Porsche negro, al igual que lo había hecho menos de veinticuatro horas antes. Sin embargo, esta vez, me tomó por sorpresa cuando Hale abrió la puerta de la camioneta. Alexander estaba sentado dentro del coche.

Estaba mirando su teléfono, pero volteó hacia arriba cuando entré. Brevemente vi una mirada de alivio en su rostro.

¿Estaba preocupado de que lo pudiera ignorar?

—Buenas noches, Krystina —dijo lentamente.

Una sonrisa de chico malo curvó los bordes de su boca y su mirada viajó tranquilamente por todo mi cuerpo. El calor en sus ojos hizo que las mariposas temblaran en mi estómago. Nerviosamente tiré de los bordes de mi falda. Por segunda vez desde que me puse la prenda, sentía mucha autoconciencia sobre mis piernas desnudas balanceándose sobre tacones que eran demasiado altos.

—Alexander —saludé, los nervios hacían que mi voz sonara un poco entrecortada.

—Te ves increíble, Krystina. Deja de tirarte de la falda —regañó Alexander, saliendo del vehículo. Volviéndose hacia su conductor, dijo: —Te llamaré cuando estemos listos, Hale.

—Sí, Sr. Stone —dijo Hale como un oficial.

Así que el silencioso conductor era capaz de hablar después de todo.

Esa era la primera vez que lo escuchaba hablar, ya que mi interacción previa con él había sido tan reservada y formal, con solo unos pocos asentimientos cortos para comunicarse. La voz ronca que acababa de revelar se ajustaba a la personalidad que imaginé que tendría. De hecho, casi esperaba que hiciera un saludo militar a Alexander antes de que se volviera hacia el coche.

—¿Listos para qué? —pregunté, mirando de un lado a otro entre Alexander y el Porsche—. Pensé que íbamos a tu casa.

—En algún momento lo haremos. Es una buena noche y pensé que podíamos caminar un poco. Aunque, primero deberías volver a subir y cambiarte los zapatos —me aconsejó, mirando hacia mis pies y frunciendo el ceño.

—¿Qué está mal con mis zapatos?

—No te sentirás cómoda caminando más que una corta distancia con tacones tan altos.

—Estaré bien —dije, aunque obstinadamente. Pero, con toda honestidad, secretamente deseaba otro par de zapatillas. Mis elegantes zapatos de diez centímetros, definitivamente no estaban hechos para un paseo nocturno.

—Si tú lo crees. —Parecía escéptico, pero no insistió más en el tema. En cambio, puso su mano en mi espalda y comenzamos a caminar.

—Es un vehículo bastante impresionante el que tienes —observé, señalando el SUV mientras Hale lo apartaba de la acera y se incorporaba al tráfico—. ¿Es un Turbo o un Turbo S?

—Cayenne Turbo S —dijo con orgullo. Pero noté su leve vacilación antes de continuar—. Los autos caros son una de mis debilidades.

Lo miré y pude detectar una sonrisa cautelosa en su rostro a través de la tenue iluminación de las farolas. Me sorprendió su vacilación. Normalmente estaba tan seguro de sí mismo.

—No hay necesidad de avergonzarse conmigo por ese culpable placer. Estoy acostumbrada a la obsesión por los autos. Frank, mi padrastro, se fascina con cualquier cosa que tenga cuatro ruedas.

—No me avergüenzo. Solo estoy siendo cuidadoso, no quiero que me acusen de hacer alarde de mi dinero —bromeó, dándome un leve golpe en el costado y provocándome un salto.

Hmm, esto es interesante... el lado juguetero de Alexander.

—Gracias a él, probablemente podría contarte algo sobre cada marca y modelo de vehículo. Todo lo que sé se debe a su charla ininterrumpida en la mesa cuando era niña.

—¿Qué sabes sobre el Turbo S? —preguntó un tanto dubitativo. Si estaba tratando de ponerme a prueba, esta era una prueba que me aseguraría de superar.

—Bueno, ¿por dónde debería empezar? Sé que el alto precio incluye quinientos cincuenta caballos de fuerza y es impulsado por un motor V8

biturbo de cuatro puntos y ocho litros. Puede ir de cero a sesenta millas por hora en solo cuatro punto tres segundos, con un máximo de ciento setenta y cinco millas por hora. Tiene.... —Me detuve en seco cuando vi que Alexander me miraba con la boca abierta.

—Suenas como si estuvieras leyendo de una hoja de especificaciones. ¡Incluso yo no conozco esos detalles memorizados en mi cabeza! ¿Sacaste todo eso de las conversaciones durante las cenas? —preguntó incrédulo.

—Sí, algo así. Además, he estado enamorada de todo lo que tenga el logo de Porsche desde que tenía trece años —confesé con un pequeño encogimiento de hombros.

—Continúa sorprendiéndome, señorita Cole —murmuró—. Me hace preguntarme qué más me puede estar ocultando.

—Frank es dueño de varios concesionarios de automóviles en su ciudad. Las estadísticas de los autos se han quedado grabadas en mí. Realmente no es un gran secreto.

—Parece que le tienes cariño a tu padrastro. ¿Tienes una buena relación con él? —preguntó guiándome a la vuelta de la esquina hacia la Quinta Avenida.

—Oh, sí, no tengo ningún problema con Frank. Siempre ha sido muy bueno conmigo. Es mi madre con quien siempre estoy luchando. A veces puede ser bastante difícil, y eso es decirlo suavemente.

—¿Cómo es eso?

Respiré hondo y traté de pensar en la forma más fácil de describir a mi mamá.

—Casi todo el tiempo está enojada. Realmente negativa, ¿sabes? Es casi como si siempre tuviera algo que demostrar. Es difícil de explicar si no la conoces.

—Quizás la conoceré algún día —dijo fácilmente.

—Oh, no. No quieres conocerla. Es terca y autoritaria, por decir lo menos. Una parte de mí juraría que odia a los hombres. Su pasado está algo... bueno, contaminado. ¿Conoces esa expresión sobre una mujer que ha sido despreciada? Esa es ella. A veces casi me siento mal por Frank. Es increíble que la haya soportado tanto tiempo.

—Oh, no lo sé. Suenas como alguien que encontraría interesante —dijo con un guiño.

Lo miré por un momento antes de darme cuenta del significado oculto detrás de sus burlas. En cierto sentido, me estaba describiendo a mí misma.

Sentí que la sangre me abandonaba el rostro cuando la comprensión me llegó. Fue como recibir un golpe en la cabeza. Alexander probablemente no se dio cuenta de lo cerca que había dado en el blanco. En algún momento, me había vuelto como mi madre: desconfiada, amargada y resentida hacia toda la especie masculina. Y aunque amaba mucho a mi madre, no quería pasar el resto de mi vida compartiendo sus negatividades.

¿Cómo no pude haberlo visto antes? Soy infeliz, como ella.

—Krystina, ¿estás bien? —Miré hacia arriba para ver a Alexander escudriñando mi rostro implorante.

—Estoy bien. ¿Por qué preguntas? —le dije inocentemente, tratando de deshacerme de las inquietantes emociones que reinaban sobre mí.

—De repente te quedaste completamente callada.

No le ofrecí una respuesta, ya que no pude formular ningún tipo de respuesta en ese momento. No había palabras que pudieran describir lo que estaba sintiendo. Solo pude encogerme de hombros y actuar con indiferencia, y me alegré cuando Alexander no insistió en el tema. Este era un tema complejo que necesitaba evaluar por mí misma, sola, sin su mirada especulativa.

—No he estado aquí en años —dijo, cuando pasamos por debajo del Arco de Washington Square.

—Este parque es uno de mis lugares favoritos. Es una de las razones por las que me enamoré de Nueva York: está tan lleno de vida. Siempre pasa algo en Washington Square —dijo con nostalgia, observando la actividad que nos rodeaba.

—Sí, el lugar tiene carácter. Estoy bastante seguro de que el tipo sentado allí alimentando a los pájaros está exactamente en el mismo lugar en el que lo vi la última vez que estuve aquí —dijo Alexander con aire de desdén, asintiendo con la cabeza hacia un hombre sentado en un banco con palomas brincando a su alrededor.

—¡Oh vamos! ¡El hombre de las palomas le da encanto a este lugar! Además, es mejor que la señora que saca alimento de su bolso para dar a las ardillas.

—¿Una mujer que alimenta a las ardillas? —preguntó, con las facciones apretadas de disgusto. Empecé a reírme de su expresión de repulsión.

—No sales mucho, ¿verdad? —bromeé, luego me reí de nuevo cuando él frunció el ceño. Tiré de su mano y lo conduje hacia un banco del parque—. Ven aquí. Podemos sentarnos y observar a la gente.

—¿Qué hay para ver? —preguntó, tomando asiento a mi lado.

—¿Siempre has vivido en la ciudad de Nueva York? —respondí con mi propia pregunta.

—Sí, ¿por qué preguntas?

—Porque las personas que han vivido aquí toda su vida tienden a ser inmunes al encanto que les rodea. ¿Ves a ese chico de allí?, pregunté señalando a un joven que tocaba una guitarra debajo de un árbol. ¿O el hombre al fondo con los títeres? Nunca sabes lo que vas a ver aquí. Por eso es divertido. Puedes sentarte y disfrutar del espectáculo.

Nos sentamos en silencio y observamos a la gente ir y venir. Una armónica distante y el chapoteo de la fuente de agua añadían sonido a la tranquila noche.

Después de un tiempo, un frío húmedo se instaló en el aire, ya que el sol se había puesto por completo por la noche. Me agaché para frotar mis manos arriba y abajo de mis piernas.

—Te estás enfriando —observó—. Vámonos.

Asentí con la cabeza. Caminando agarrados de la mano, nos fuimos de regreso por el parque.

Eché un vistazo a nuestros dedos entrelazados.

Esto es extraño. Actúa como si fuéramos una pareja.

Teniendo en cuenta que *no* éramos una pareja, quité mi mano de la suya. Metí las manos en los bolsillos de mi suéter y fingí un escalofrío. Alexander no pareció darse cuenta de mi retirada, sino que envolvió su brazo alrededor de mi hombro como si estuviera tratando de calentarme. Mi intento de mantener un poco de distancia entre nosotros claramente había fracasado.

Cuando llegamos al arco, sacó su teléfono del bolsillo.

—Washington Square. Cerca del arco —ladró por el micrófono antes de guardar el teléfono en el bolsillo de nuevo.

Probablemente deberías ser un poco más amable con Hale. Si termino trabajando para ti, no me gustaría que me hablaras así.

—Sin el 'si', Krystina. 'Cuándo' sería más preciso —corrigió.

—Estamos seguros, ¿verdad?

—Empiezas el lunes.

—¿El lunes? ¡No puedo empezar tan pronto! Tengo que avisar a Wally's con al menos dos semanas de antelación y

—Entonces, una semana a partir del lunes. Eso es más que suficiente —afirmó, como si lo que estaba diciendo fuera completamente sensato. Cuando

llegamos al arco, dejé de caminar y me volví para mirarlo.

—Alex, ¡ni siquiera he aceptado tu oferta todavía! —Dije, mi exasperación era clara. Casi pisoteé con el pie como si tuviera dos años.

—No hay necesidad de seguir dando vueltas y vueltas sobre esto, Krystina. Ya he hablado con Walter Roberts. Es un trato hecho. Ahora, ¿vas a arruinar la noche o vas a entrar en el auto.

Sin palabras, solo pude mirarlo en estado de shock por un momento antes de darme cuenta de que Hale había detenido el auto cerca de nosotros.

En lugar de discutir sobre ello en la acera, acepté el punto de Alexander y, de mala gana, me volví para subir a la camioneta.

El viaje a la casa de Alexander fue corto, pero por el silencio, se sintió una eternidad. Podía sentir las olas de tensión saliendo de mí. No quería pelear, pero no pude evitar sentirme más que un poco molesta por la situación. Había planeado aceptar el trabajo en Turning Stone, pero hubiera preferido la oportunidad de aceptarlo en mis propios términos, en lugar de que me lo asumieran.

Necesito superarlo. No tiene sentido dejar que un tecnicismo arruine la velada. El resultado final es el mismo.

En cambio, concentré mi atención en mis pies doloridos, lastimados por caminar demasiado con los tacones. Parcialmente deslicé un zapato y me agaché para frotar la planta de mi pie. La comodidad antes que la moda siempre había sido mi regla, y esta noche estaba pagando el precio por mi estupidez.

—Maldita sea, Krystina. Sabía que debería haberte hecho cambiar de zapatos —maldijo Alexander, con los labios fruncidos por la molestia.

—Lo siento, Jimmy Choo ha sacado lo mejor de mí en este día —dije con ironía. **[Nota de la T.: Jimmy Choo es una tienda británica de zapatos de lujo]**. "Por lo general, soy más consciente, pero no pensé que caminaríamos tanto. Estoy bien, de verdad.

—Estamos casi en mi casa. Podrás poner los pies en alto una vez que entremos —dijo irritado. Evidentemente estaba molesto por mi falta de sentido práctico.

¡Solo los usé para tu beneficio!

Puse los ojos en blanco y casi dije las palabras en voz alta, pero el auto se detuvo en ese momento, lo que indicaba nuestra llegada.

Miré por la ventana para ver un imponente complejo de condominios. Hale se acercó al costado del auto y abrió la puerta para Alexander y para mí.

Cuando salimos del vehículo, un viento fuerte me abofeteó en la cara y me estremecí por el asalto. Podía oler la lluvia en el aire, y sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que la madre naturaleza reemplazara sus generosamente cálidas temperaturas de octubre con fuertes vientos invernales. Alexander y yo nos apresuramos a entrar en el edificio.

El vestíbulo tenía un aspecto muy elegante, con suelos de mármol y adornos dorados por todas partes. Un joven, vestido con lo que parecía un uniforme de botones, estaba cambiando la bolsa de un cubo de basura en una esquina cercana. Cuando levantó la vista y nos vio acercarnos, inmediatamente dejó caer la bolsa y se apresuró a nosotros.

—¡Sr. Stone! ¡Lo siento mucho, señor! No sabía que había entrado o de lo contrario habría... —comenzó.

—No te preocupes, Jeffrey. Termina lo que estabas haciendo —aseguró Alexander y le indicó que se fuera. Con ansiedad, Jeffrey comenzó a hurgar en sus bolsillos.

—¡Al menos déjeme llamar el ascensor para usted y su invitada! Tengo su tarjeta de acceso en alguna parte... —se alejó buscando frenéticamente. Alexander lo miró con paciencia durante un momento o dos, antes de mostrar su propia tarjeta para que Jeffrey la viera. El joven nervioso palideció—. Oh no. ¡Si mi jefe se entera de esto, me matará!

—Tu jefe está en mi nómina. Te lo aseguro, tu secreto está a salvo conmigo.

—Gracias, Sr. Stone —dijo Jeffrey, que parecía un poco dubitativo. Asintió con vacilación en señal de agradecimiento, luego volvió a su tarea de sacar la basura.

Alexander me condujo hasta un grupo de ascensores. Levanté las cejas con sorpresa cuando pasó su tarjeta de acceso a través de una ranura con la etiqueta 'PENTHOUSE'. Aunque, no debería haberme sorprendido en lo más mínimo.

Como si en realidad viviera en otro lugar que no fuera un penthouse...

—No se lo vas a decir a su jefe, ¿verdad? —pregunté, mirando hacia atrás al todavía muy angustiado Jeffrey. Por la forma en que había entrado en pánico, era bastante evidente que Alexander era una fuerza a tener en cuenta por aquí.

—Por supuesto que no. A veces Jeffrey es demasiado entusiasta, pero tiene buenas intenciones. —Alexander hizo una pausa entonces y me hizo un gesto para que entrara en el ascensor a su residencia privada—. Después de ti.

Cuando las puertas se cerraron silenciosamente detrás de nosotros, todos los pensamientos del ansioso Jeffrey me abandonaron, y de inmediato una vez más, me sentí abrumada por la tensión. Sin embargo, esta vez, era por una razón completamente diferente a la del viaje en automóvil. En el espacio cerrado con Alexander, casi podía ver pequeñas moléculas de tensión sexual chocando y rompiéndose en el aire entre nosotros.

Junté mis manos para evitar que se movieran nerviosamente, pero el esfuerzo sólo pareció aumentar mi conciencia. Mi respiración se volvió irregular saliendo en breves ráfagas. Imágenes vívidas de nuestro beso de anoche en el restaurante llenaban mi cabeza, haciendo que mi imaginación se disparara. Para mi mortificación, mis bragas comenzaron a sentirse húmedas, aferrándose a la piel sensible entre mis piernas, aumentando el estallido de excitación completamente inesperado.

¡Solo somos dos personas en un ascensor, por el amor de Dios!

Tenía tantas ganas de acercarme a él, de pasar mis manos por su torso, por sus hombros y por su cabello. Todo lo que tenía que hacer era dar un paso ligeramente a mi izquierda y estaría a mi alcance.

Simplemente hazlo.

El diablo en mi hombro se estaba burlando de mí, empujándome a tomar lo que quería sin consideración.

Miré a Alexander. Su mirada acalorada se clavó en mí, provocando que mi rostro se volviera diez tonos diferentes de magenta. Podría jurar que sabía lo que estaba pensando.

Se acercó y presionó un botón en el panel del ascensor. El ascensor se detuvo de repente.

—Alex, ¿qué estás...?

Fui abruptamente silenciada mientras me empujaba con rudeza contra la pared del fondo. Me inmovilizó allí con sus poderosos brazos, su cuerpo duro presionado contra el mío. Había una mirada feroz en sus ojos, casi peligrosa. Comencé a sentir pánico por la falta de movilidad. No podía moverme, aunque lo intentara.

Y estaba aterrorizada.

Alexander

APLASTÉ mi boca contra la de ella. Impulsado por la lujuria absoluta,

devoré a Krystina con la intención de besarla sin sentido. No sé qué me poseyó para hacerlo. Tal vez fueron sus mejillas las que se sonrojaron de color escarlata cuando la miré. Quizá fueron esas manos inquietas. O tal vez fue la forma en que puso los ojos en blanco cuando le di un sermón sobre los insensibles zapatos que pedían que la follara, zapatos que quería verla usarlos sin ninguna otra prenda.

Ella pensó que no me había dado cuenta cuando apartó su mano de la mía en el parque. Pero sabía lo que estaba haciendo y no iba a dejar que me alejara de nuevo. Empujé mi lengua pasando por sus labios, mi urgencia por saborearla se desató por completo. No permití una actuación lenta, como la noche anterior. En cambio, le negué cualquier tipo de delicadeza y tomé su boca por completo. Como un asalto. Duro. Poderoso. Necesitado.

Dejé que mis dientes rozaran sus labios, mordisqueando su labio inferior, antes de bajar por la línea de la mandíbula hasta el cuello. Aspiré su aroma.

Madre de Dios, huele divino...

Era una combinación sensual de ciruelas rojas y jazmín, lo que la hacía madura para la cosecha. Le tiré del lóbulo de la oreja y dejó escapar un pequeño grito ahogado. Gemí por su repentina inhalación, su respuesta fue como un rayo en mi ingle. Junté su masa de rizos en mi mano y la mantuve inmovilizada contra la pared y atacué su boca de nuevo. Presioné toda la fuerza de mi peso contra ella, sosteniéndola firmemente en su lugar, deshuesándola con mi agarre.

Sabía que probablemente podría tomarla allí mismo. Por la forma en que empujó sus caderas contra mí, me di cuenta de que su necesidad era ardiente. Era todo lo que podía hacer para no subir esa pequeña falda y enterrar mi miembro en su calor. Perderme en ella. En todo lo que era Krystina.

Pero no era el momento adecuado. Así no. Quería que primero se sintiera como yo, que soportara el mismo infierno que yo había experimentado día tras día desde nuestro primer encuentro. Me había llevado al punto de la locura, y quería que sufriera junto a mí.

Invocando toda la fuerza de voluntad que pude alcanzar, aparté mi boca de la de ella.

—Si el ascensor permanece inmóvil durante demasiado tiempo, se llamará a seguridad y no quiero problemas —me excusé. Incluso para mis propios oídos, mi voz sonaba ronca. Rasposa. Como si fuera un moribundo luchando por su último aliento.

¿Quién se suponía que iba a castigar a quién aquí?

Me alejé de ella y me acerqué al panel del ascensor. Presioné algunos botones y el ascensor reanudó su ascenso. Krystina, por otro lado, permaneció inusualmente silenciosa, con las mejillas enrojecidas y los ojos muy abiertos por la sorpresa. Tenía un ligero temblor y tuve que reprimir una sonrisa de satisfacción. Definitivamente estaba excitada.

Cuando se abrieron las puertas dobles, la conduje a través del espacioso vestíbulo principal del penthouse y hacia el comedor.

—Tienes un magnífico lugar —dijo finalmente. La miré mientras asimilaba los detalles de mi residencia. Sonreía y sus ojos estaban muy abiertos con fascinación.

Personalmente, había comenzado a cansarme del lugar, aunque no le dije eso. Era demasiado placentero verla absorbiendo con entusiasmo cada detalle como una esponja, y no quería arruinarlo. Como lo había hecho en el parque, podía ver cosas que yo había dejado de apreciar hace mucho tiempo.

—Toma asiento —le dije, y saqué una silla de la mesa del comedor para que se sentara.

Una vez que se puso cómoda, acerqué otra silla hacia ella. Inclinandome para levantar su pierna derecha, le quité uno de sus zapatos y coloqué su pie descalzo en la silla opuesta.

—Alex... —empezaba a protestar, pero la interrumpí.

—Necesitas elevar los pies o de lo contrario se hincharán y nunca volverás a ponerte los zapatos.

—¡Mis pies están bien! —dijo, pareciendo avergonzada. Ignoré su lengua rápida que nunca podía permanecer en silencio por mucho tiempo y levanté su otra pierna para repetir el proceso—. No, en serio. Insisto.

Se inclinó hacia adelante, intentando detener mi progreso con el pie izquierdo, pero le aparté las manos y continué.

—¿Tienes que discutir con todo lo que digo? Sólo mantén los pies en alto, Krystina —le ordené, colocando su pie sobre la silla—. Vuelvo enseguida.

La dejé sorprendida, con la boca abriéndose y cerrándose como un pez, y fui a la cocina.

Presioné mis labios en una línea apretada. Pensé que un pequeño paseo nocturno la ablandaría. Evidentemente, estaba equivocado. Rápidamente estaba aprendiendo cuánto despreciaba Krystina que le dijeran qué hacer.

Cada vez que pensaba en aproximarme a ella, me hacía preguntas. O discutía. O simplemente era Krystina. No importaba lo que hiciera, ella frustraba todos mis movimientos. Sabía que sería un problema desde el

primer día. Sabía que daría mucho trabajo. Pero su desobediencia era un obstáculo bastante grande que tendríamos que superar. Y pronto.

Agarré la manija del refrigerador y lo abrí de un tirón, la fuerza hizo que las botellas en la puerta chocaran entre sí peligrosamente.

Tranquilízate...

Estaba demasiado alterado. Era por esa boca atrevida de ella... tan malditamente sexy, pero nunca se callaba. Nunca sabía si quería amordazarla o besarla. Sabiendo eso, debería haberme contenido en el ascensor. Al besarla, solo logré frustrarme, y por eso todavía seguía duro como una jodida roca. Tenía que pensar con sensatez y mantener el control, que era algo con lo que me encontraba luchando cada vez que estaba con ella. Ella lo hacía demasiado difícil.

Saqué una fuente de queso y fruta de la nevera y la coloqué con cuidado sobre la encimera. No tenía sentido golpear las cosas en la cocina. Lo más probable era que terminara asustando a Krystina, si no estaba ya aterrorizada después de mi revelación de anoche.

Cándida.

El consejo de Matteo seguía siendo una advertencia en mi cabeza, un molesto recordatorio de que era inocente. Cuán inocente aún estaba por verse, ya que no era fácil de leer. Descubrir la respuesta a esa pregunta era imperativo antes de que las cosas fueran más lejos.

Después de desenvolver el celofán de la fuente, elegí una botella de blanco del enfriador de vinos. Examiné las selecciones, tratando de decidir qué iría mejor con los quesos.

¿Sauvignon blanc o chardonnay? Ambos irán bien, pero ¿cuál preferiría ella?

Miré a Krystina, con la intención de preguntarle si tenía una preferencia de vino en particular. Sin embargo, tenía una mirada que me hizo detenerme y no quise interrumpir el cuadro que pintaba ante mí.

Pasaba una mano delicada sobre la superficie de madera de la mesa de mi comedor. Tenía una suave sonrisa en sus labios, apreciando la artesanía del diseño. Se veía hermosa sentada allí, con los pies en la silla, parecía estar completamente a gusto. Y en ese momento, me di cuenta de que nunca antes se había visto así en mi presencia. Nunca había parecido tan completamente relajada.

Tan desprotegida.

Me quedé allí estudiando cada hermosa línea de su cautivador rostro. Al

verla de esa manera, era casi difícil creer que fuera capaz de tantos comentarios inteligentes y respuestas ingeniosas. Quizás su lengua afilada y su comportamiento contencioso eran un mecanismo de defensa, uno en el que confiaba cuando se sentía incómoda. Si ese fuera realmente el caso, entonces necesitaría tomar acciones correctivas para remediar ese problema. Tenía que calmarla, o de lo contrario nunca lograría superar las semanas que se avecinaban.

¿Semanas?

¿Desde cuándo pienso a largo plazo en estas cosas?

La idea era novedosa para mí y me sorprendió descubrir que me gustaba la idea de que ella estuviera aquí con más frecuencia. En mi espacio. Conmigo. Era una especie de sentimiento angustioso.

Todo esto puede irse a la mierda en cualquier momento. Da un paso a la vez.

Se necesitaba un cambio de táctica, tanto por el bien de Krystina como por el mío. Mis métodos normales de operación tendrían que ser arrojados por la ventana. Intentar tomar el control imponiendo la ley solo sería contraproducente, así que comencé a construir un nuevo plan, uno que haría que Krystina se sintiera más cómoda. Una vez que estuviera relajada, empezaría a trabajar en su confianza dándole lo que estaba pidiendo.

La revelación completa.

Después de esta noche, Krystina no tendría ninguna duda sobre lo que quería de ella. Sabría exactamente qué y quién era yo. Y bien huiría, o se quedaría. Si se quedaba, entonces entraría en juego la verdadera prueba; esta noche descubriría si Krystina podía alejarse lo suficiente de su mente independiente para aprobar su primera lección de sumisión.

Finalmente, sintiendo que tenía una solución para la naturaleza argumentativa de Krystina, volví mi atención a la selección de vinos. Sonreí para mí mismo y me decidí por una botella de *Joh. Jos. Prüm Riesling*.

Dulce. Como ella.

Tomé dos copas de cristal y volví al comedor, concentrado en la misión que tenía por delante. Solo podía esperar que Krystina se mantuviera abierta a lo que yo tenía en mente.

Krystina

MI CABEZA TODAVÍA ESTABA DANDO VUELTAS POR EL BESO EN EL ascensor. Alexander, sin embargo, actuaba como si no pasara nada y se ocupó de sus asuntos en la cocina. A pesar de que el beso solo duró unos momentos, fue lo suficientemente largo para provocar que una carga eléctrica se disparara directamente a mis pezones tensos. Porque cuando se alejó, me quedé jadeando y anhelando más. Incluso en ese momento, sufrí un temblor de deseo sexual y mis labios todavía se sentían hinchados por su asalto.

Ahora, finalmente con más de metro y medio de distancia entre nosotros, pude concentrarme en asentar mis hormonas salvajes. Era bastante obvio que dos años sin sexo estaban trabajando en mi contra. Respiré profundamente unas cuantas veces, cerré los ojos y conté hasta diez.

Cuando los abrí, me sentí considerablemente más tranquila y mucho menos como una adolescente cachonda en anticipación a la fiesta posterior al baile.

Teniendo la cabeza más despejada, me tomé un momento para ver mejor el departamento. El diseño del impresionante espacio era muy abierto y podía ver la mayoría de las áreas de estar desde mi asiento a la mesa. El diseño de la cocina era perfecto, como de catálogo, con sus encimeras de mármol negro y electrodomésticos por los que cualquier chef de primer nivel babearía. Podía ver a Alexander mientras se movía con gracia por la resplandeciente cocina, recogiendo artículos del refrigerador y rebuscando en los cajones de los elegantes gabinetes de arce.

Desde la cocina, la sala de estar fluía casi a la perfección, abriéndose a un vasto espacio equipado con muebles de cuero negro, elegantes alfombras de color crema, y obras de arte de bronce martillado en las paredes. Cada pieza parecía hecha a la medida para la habitación. Todo el lugar gritaba lujo con sus amplias ventanas de pared a pared, que revelaban extraordinarias vistas del río Hudson.

El comedor en el que estaba sentada estaba hecho de madera de tigre pulida con un pedestal de hierro forjado de intrincado diseño. Pasé mi mano sobre la mesa, apreciando su belleza.

Esta pieza por sí sola debía haber costado una pequeña fortuna.

Decir que el penthouse era magnífico sería quedarse corto. Pero a pesar de sus obvios lujos, parecía carecer de algo. Casi era frío, y un tanto demasiado perfecto.

Alexander volvió a la mesa con una gran bandeja en una mano y una botella de vino blanco en la otra.

—¿Qué es todo esto? Pensé que habías dicho sin lujos, Alex.

—Es vino y una tabla de quesos que recogí hoy temprano. Difícilmente llamaría a esto algo elegante —dijo Alexander secamente, colocando la bandeja sobre la mesa.

—¿La compraste tú? ¿No tienes una doncella o alguien que haga eso por ti? —Esperaba que la pregunta no resultara grosera o como una suposición, pero no pude evitarlo. Me sentí intimidada y pequeña en el imponente entorno.

—Sí, pero es su día libre. No soy muy buen cocinero, así que si quieres más que esto, tendremos que pedir comida para llevar. Solo somos tú y yo esta noche, cariño —dijo con un guiño.

Mi estómago se apretó al escuchar que estábamos total y absolutamente solos. Por absurdo que pudiera parecer, había asumido que alguien tan rico como Alexander habría tenido un personal de veinticuatro horas al alcance de su mano.

—¿Somos los únicos aquí? —pregunté, incapaz de ocultar el nerviosismo en mi voz.

—No tengas miedo, Krystina. No te morderé, al menos no esta noche —bromeó.

Lo miré con sorpresa. No estaba tan segura de si solo me estaba tomando el pelo.

Después de servirnos una copa a cada uno, Alexander me levantó los pies de la silla, se sentó y luego apoyó mis tobillos en sus muslos. Comenzó un lento masaje circular en la parte anterior de un pie. Prácticamente suspiré de placer.

—No tienes que hacer eso, sabes —le dije a medias. Realmente no quería que se detuviera.

—Quiero hacerlo —dijo casualmente y continuó frotando.

Ciertamente no iba a discutir con él y sus manos mágicas, así que me relajé en la silla, bebí un poco de vino y mordisqueé un poco de queso.

Ahh... una chica podría acostumbrarse a esto.

Observé a Alexander, tan cuidadoso y concentrado, sus dedos haciendo mini milagros sobre mis doloridos pies. Hasta ahora, la noche había transcurrido sin muchos problemas. Y aunque las cosas parecían ir bien, era algo extraño al mismo tiempo. Había dicho que lo de anoche no era una cita, pero anoche y esta noche eran exactamente eso, una cita, al menos en todos los sentidos de la palabra.

—He pensado un poco en la conversación que tuvimos anoche —dije—. He decidido que no quiero salir con nadie más que tú. No sé por qué estás montando esta farsa. Lo único que falta son algunas velas para ambientar.

Tuve cuidado de mantener mi tono ligero mientras señalaba la habitación que nos rodeaba.

—No hay nada de falso en esto, en absoluto. Quiero decir, podríamos follar ahora y terminar de una vez, pero no creo que eso funcione para ti. Puedo ver las preguntas dando vueltas constantemente en tu cabeza. Tienes curiosidad por mí. Por eso, te he dado espacio para pensar en lo que quieres, al menos por el momento. No deberías pensar tanto sobre esto, Krystina. Realmente quise decir lo que dije. No soy del tipo que tiene citas —reafirmó—. Clasificar anoche y esta noche como una cita solo resultaría en ciertas obligaciones que no puedo cumplir.

—Sin condiciones me suena bien —dije, algo vacilante en estas aguas desconocidas—. Aunque tendré que admitir que no soy muy buena en este tipo de cosas. Supongamos que estoy dispuesta a aceptar lo que quieres. ¿Cómo esperas que funcione?

—Sencillo. Trabajas para Turning Stone durante el día, y tus tardes y fines de semana están reservados para mí —afirmó pragmáticamente, como si estuviera proponiendo algo tan normal.

Bien podría haber dicho que quiere controlar mi vida entera.

Trevor y sus ridículos horarios estaban al frente y al centro de mi mente. Las similitudes entre mi pasado y la situación actual no se me escapaban ni por un minuto. El sexo era una cosa, pero permitirle controlar cada minuto de mi día era una bestia completamente diferente. Recuperar mi independencia fue una batalla ardua y cuesta arriba. Estaba orgullosa de lo que había superado. Aceptar lo que estaba sugiriendo sería dar un gran paso hacia atrás y arriesgar todo lo que me había esforzado en proteger.

—Tengo una vida, Alexander. No puedes esperar que la abandone para estar a tu entera disposición.

—Lo sé, y no seré irrazonable. Entiendo que tienes amigos y familiares que también necesitan tu atención. No me refería a *todas* las noches en el sentido literal. Pero confía en mí, cariño. Cuando te llame, haré que valga la pena tu tiempo —dijo tentadoramente. Me mostró otra de esas sonrisas para morirse mientras sus manos continuaban masajeando las articulaciones de mis pies.

Sus sensuales maniobras de James Dean me estaban haciendo girar la cabeza.

¡Mantente enfocada!

—Entonces, déjame ver si lo entiendo. Trabajo contigo durante el día, firmas mi cheque de pago y luego me convierto en tu concubina perversa por la noche.

Sonrió y ladeó la cabeza. Finalmente, esa sonrisa se convirtió en una risa fácil.

—Podrías simplificarlo así si quieres.

—Nunca pensé que ir a la cama con alguien me pudiera hacer parecer como una prostituta —me reí a cambio, forzándome a despedir al ángel que agitaba la letra escarlata frente a mi cara. Este no encontraba esta conversación ni remotamente divertida.

—No lo menosprecies de esa manera. Te pido que te sometas voluntariamente a mí —dijo con astucia, los ojos de zafiro brillaban con picardía—. Y lo aceptarás porque me complacerá.

—¿Supongo que ahora me dirás que las mujeres todo el tiempo están de acuerdo con este arreglo? —pregunté, todavía un poco cautelosa y algo escéptica.

—Normalmente no tengo problemas para arreglarlo. Aunque algunas mujeres lo ponen más difícil que otras.

—Ciertamente puedo ver por qué algunas podrían tener problemas en dedicar cada momento libre de su tiempo para ti —dije secamente.

—Oh, no. Nada de eso. Me refiero a que algunas mujeres prefieren asegurar primero los acuerdos de no divulgación, lo que considero completamente inútil, pero lo aceptaré cuando sea necesario —explicó.

—¿Acuerdos de no divulgación? Espera..., olvídalo. No quiero saberlo. De hecho, toda la idea de que trabajemos juntos, durmiendo juntos, es una locura. No veo cómo podemos mezclar los dos —le dije, sintiéndome

completamente desconcertada por la situación en la que me encontraba.

Tal vez sea hora de que preste atención a las advertencias del ángel.

—Si te preocupa que podamos trabajar juntos durante el día, te aseguro que nuestros caminos rara vez se cruzarán. Soy un hombre muy ocupado.

Mi cabeza se levantó de golpe para mirarlo a la cara.

—No te preocupes, Alexander. Toparme contigo en el trabajo es la menor de mis preocupaciones.

—Debería serlo —dijo, con los ojos ardiendo en mí con secretos tácitos—. Las cosas que te haré no son cosas de las que la gente civilizada hable a la luz del día.

¿Por qué no pude haber elegido intentarlo con un chico normal?

Había tenido muchas oportunidades en los últimos dos años, sin embargo, había elegido volver al juego con un hombre que era todo, menos ordinario.

Solo yo podría elegir al Sr. 'Riesgo delicioso'.

Pero, a pesar de las muchas incertidumbres que sentía, la sola idea de someterme a Alexander provocaba un oscuro borde de deseo que no sabía que poseía. Se agitaba en las profundidades de mi vientre, difundiendo un cálido cosquilleo por todo mi cuerpo cada vez que estaba cerca de él. No podía negar cuánto lo deseaba desesperadamente, y mi pequeño amigo diablo comenzaba a construir una carpa de rayas rojas y blancas alrededor del ángel desaprobador en preparación para un total circo.

Sin embargo, antes de convertirme en corista del circo *Barnum & Bailey*, necesitaba averiguar exactamente a qué quería que me sometiera.

¿Qué cosas quería hacerme? ¿Por qué la gente civilizada no podía hablar de ello?

Pero tenía miedo de expresar mis preguntas. En cambio, las evadí.

—Es solo sexo, Alexander. La gente habla de eso todo el tiempo —dije débilmente.

Bajó mis pies al suelo, acercó su silla a la mía y apoyó la mano en mi rodilla. Miró hacia abajo y negó con la cabeza, como si estuviera frustrado conmigo por alguna razón.

—Mira, lo siento. Esto es mucho para procesar —dije, sintiéndome a la defensiva—. Nunca he hecho nada como esto. El sexo casual no es algo que haga normalmente, por lo que me preocupa saber en qué me estoy metiendo. Mis experiencias son bastante limitadas.

—¿Exactamente qué tan limitadas, Krystina? —preguntó, levantando la cabeza para revelar unos ojos preocupados.

Traté de decidir cuánto contarle. Mi único compañero real había sido Trevor. El sexo fue bueno, pero nada pervertido. De hecho, ni siquiera estaba segura de haber experimentado un verdadero orgasmo con él. Por la forma en que escuchaba hablar a Allyson, un orgasmo era la cosa más alucinante de la historia. De repente me sentí como un bebé en el bosque.

—Bueno, estuvo Trevor. Salí con él durante un par de años. Pero luego me engañó, y bueno... digamos que terminó mal. Muy mal.

Alexander se inclinó hacia adelante en su silla, con los ojos oscuros y entrecerrados.

Bueno, eso es interesante... ¿le molesta?

—¿Es por eso que no confías en mí?

—No te conozco, Alex.

—Está bien, es bastante justo. Pero dime esto, ¿cómo fue el sexo entre tú y tu... ex? —preguntó, obviamente eligiendo no decir el nombre de Trevor. Sentí que el color subía a mis mejillas ante su atrevimiento.

—Estuvo bien —respondí tímidamente, con un pequeño encogimiento de hombros.

—Lo dices tan casual. ¿El sexo fue bueno o no? —presionó aún más.

—No sé cómo esperas que te responda eso. No lo sé, fue sexo. ¿Qué más puedo decir al respecto? —dije con resignación.

—Krystina, no seas ridícula. ¿Tuviste un orgasmo con él o no?

Una vez más, su brusquedad me tomó por sorpresa. Mis mejillas se sonrojaron de un carmesí más profundo, el calor se extendió hasta las puntas de mis orejas, y me avergonzó decir que no lo sabía.

—Estas son preguntas realmente personales y las respuestas no son asunto tuyo —respondí en voz baja.

—Anoche acordamos no tener juegos, ¿recuerdas? Te estoy dando una honestidad brutal y espero lo mismo a cambio. Como tú, también necesito saber en qué me estoy metiendo. Dímelo, Krystina —exigió.

—No lo sé, ¡está bien! ¡No lo sé! —exclamé, mi vergüenza alcanzó un nivel incomparable.

—Eso es típico —frunció el ceño y se reclinó en su silla, cruzando los brazos en una muestra de evidente disgusto—. La mayoría de los universitarios no saben qué hacer con una mujer. ¿Qué hay de tus otras experiencias?

—Había otro tipo, pero eso no fue nada —lo evité.

—¿Qué otro chico?

—Nadie, solo un tipo.

—Krystina... —advirtió.

—¡Caramba, eres agresivo! Fue una aventura de una noche, ¿de acuerdo? 'Pam-bam-gracias mujer'. No es algo de lo que me guste presumir. ¿Estás contento?

—¿Eso es todo? ¿Dos chicos? —preguntó asombrado.

—¿Hay algo malo en eso? —me encogí bajo su mirada confundida. Me estaba haciendo sentir como una especie de mojigata.

—Bueno, es solo que... sabía que probablemente no tenías experiencia, pero no me di cuenta de que te había juzgado tan mal. Ese día en la tienda... el chicle de canela.... —Su voz se fue apagando. Se pasó las manos por el pelo con evidente frustración.

Hmm... lo del chicle le dio un vuelco después de todo.

Me sentí un poco engreída, pero no lo suficiente para cubrir la vergüenza por mi falta de experiencia sexual. Salté automáticamente a la defensa.

—Bueno, ¡usted perdone Sr. 'Vamos-a-coger-y-terminar-con-esto'! Lamento no tener suficientes muescas en el poste de mi cama para usted, pero así soy yo. Tómelo o déjelo.

—¡Maldita sea, Krystina! ¿Qué se supone que debo pensar? De todos los sabores de goma de mascar en el estante, ¡menta, hierbabuena! Elegiste canela.

—¿Y qué? —pregunté, confundida por su arrebato.

—¡La canela es afrodisíaca! Pensé que estabas tratando de insinuar algo cuando lo arrojaste en mi carrito —dijo como justificación de su aparente desconcierto.

—¿Lo es? —pregunté sorprendida.

Ese es un pequeño dato interesante.

Casi me reí de la ironía de nuestra situación.

—¿Por qué más lo habrías hecho?

—Yo, um... —me detuve.

Porque la forma en que mascas chicle es más caliente que el infierno.

—Olvídalo. Supongo que eso es lo que obtengo por asumir y pensar con mi verga. Joder —maldijo, sacudiendo la cabeza.

Se puso de pie y comenzó a pasear por la habitación.

Me quedé allí sentada completamente desconcertada por su comportamiento. Normalmente estaba tan sereno, solo dándome un destello ocasional de lo que podría estar pensando. Nunca lo había visto tan en

conflicto.

¿Y todo por el sabor de un chicle?

—No es gran cosa, solo un malentendido, Alex —le aseguré. Dejó de caminar para mirarme.

—Realmente no tienes idea de lo que te estoy pidiendo, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. No soy tan ingenua.

Al menos no pensé que lo fuera.

—¿Qué sabes sobre BDSM?

Su pregunta me tomó por sorpresa. Levanté una ceja, devanándome el cerebro para intentar recordar cualquier conocimiento sobre el tema.

BDSM era esa mierda pervertida, ¿verdad? ¿Es cuando a un tipo le gusta vestir a una chica con un disfraz y darle una paliza? Pero, ¿qué tiene eso que ver con la goma de mascar?

Tomé nota mental de empezar a leer novelas románticas de mala calidad en lugar de crímenes y misterios.

—Sé lo suficiente —dije, levantando la barbilla con falsa confianza. Estaba tratando de ocultar lo poco aficionada que realmente era, mientras trataba de entender el hecho de que él quería que yo interpretara el papel principal de alguna fantasía sexual retorcida.

El mero hecho era que sabía algunas cosas, pero no muchas. Y cuanto más pensaba en el tema, más me daba cuenta de lo limitado que era mi conocimiento. De cualquier manera, si Alexander pensaba que iba a desfilas con el aspecto de la interpretación inglesa de una limpiadora francesa de casas, tenía otra cosa en mente.

Me miró de arriba abajo. Su mirada estaba ardiendo por el deseo, aunque también vi un destello de incertidumbre en las profundidades de sus ojos.

—¿Tú crees saber de lo que estoy hablando? —desafió—. Ya lo veremos.

[NOTA DE LA T.: *BDSM*, por sus siglas se traduce en 'Bondage' (práctica sexual de esclavitud); 'Discipline' (obediencia); 'SadoMasochism' (sadomasoquismo)].

Krystina

ALEXANDER SE ACERCÓ A UNA ESQUINA DE LA SALA DE ESTAR, HACIA UN elaborado centro de entretenimiento. Después de un momento la música llenó mis oídos. Era un ritmo de tambor constante mezclado con cuerdas de guitarra que eran ásperas en los extremos; las notas iniciales sonaban como si las estuviera tocando un estudiante de primer año de guitarra. Alexander se volvió para mirarme y sus ojos ardían.

—No espero que tomes una decisión en este momento. Sin embargo, me gustaría pasar esta noche contigo. Quiero darte una muestra de mi mundo —dijo con su voz hipnótica mientras caminaba hacia mí—. ¿Me dejarías, Krystina?

De repente se me secó la boca.

Esto es todo. Esto es lo que quiero, ¿verdad? Entonces, ¿por qué estoy inquieta?

Detuve mis manos inmediatamente antes de que pudiera ver lo nerviosa que estaba.

Cuando llegó a la mesa, reclamó un asiento al otro lado, frente a mí, en lugar de sentarse a mi lado como antes. Creo que sabía que necesitaba ese espacio entre nosotros para tomar una decisión. Los segundos pasaron mientras esperaba mi respuesta.

Escuchaba la música mientras sonaba; eran notas duras que se transformaban en algo más oscuro, la voz de los cantantes revelaba un borde ligeramente crudo que era potente para mi sistema. Si Alexander estaba tratando de persuadirme con la música, estaba funcionando. Mi pulso latía a un ritmo frenético, la sangre era un fuerte tamborileo en mis oídos. El ángel comenzaba a desenrollar una bandera blanca de rendición y el diablo había invitado a algunos amigos a la Gran Carpa. Estaba perdida.

—Sí —finalmente respondí en un susurro.

—Ven aquí, Krystina —dijo en voz baja. Era una orden, una que me sentí

obligada a obedecer, independientemente de lo nerviosa que estaba. Me levanté y caminé con cautela hasta su lado de la mesa.

—Siéntate —dijo, dándose palmaditas en los muslos con las manos.

—¿Cuál es esta canción? —pregunté, mientras vacilante bajaba hasta su regazo.

—¿No escuchaste la música que cargué en tu teléfono?

—No —suspiré. Alexander pasó su mano por mi brazo para tomar un lado de mi cuello y mi ritmo cardíaco se aceleró con su toque. Escuché la música, saboreando la sensación de sus manos mientras rodeaban mi cuello. La letra de la canción fluía a través de mí, eran las palabras apropiadas para mi actual situación.

—Eres una niña traviesa —dijo en tono de *reproche*—. Tendrás que aprender a seguir mejor las instrucciones si quieres estar conmigo.

—Nunca he sido muy buena para seguir instrucciones —murmuré bajo el calor de sus dedos mientras acariciaba mi clavícula y mis hombros. Sabía que estaba fuera de mi alcance. De hecho, prácticamente me estaba ahogando. Pero no pude deshacerme de mi feroz deseo. Quería saber más sobre su mundo misterioso. Me sentí atraída por lo desconocido. Lo anhelaba como si fuera una droga, como si fuera un drogadicto que necesitaba una dosis.

—Qué hermosa boca —dijo con voz ronca, pasando la yema de su pulgar por mi labio inferior.

—Es, um... solo una boca normal —apenas podía pronunciar las palabras, mi respiración salía en rápida sucesión, mientras su pulgar continuaba trazando el contorno de mis labios. Le estaba dificultando la concentración—. Siempre... pensé... que mis labios eran un poco demasiado delgados.

—Estás hablando demasiado, Krystina —gruñó de repente, agarrando mi cabeza entre sus manos y aplastando su boca contra la mía.

No hubo nada fácil en su beso. Su pasión era exigente, mientras empujaba su lengua más allá de mis labios tan dispuestos, tomando lo que necesitaba. Nuestras lenguas bailaron con la excitante música que sonaba, consumiéndome mientras sus manos se movían posesivamente arriba y abajo de mi espalda.

Su agarre progresó sobre mis costillas y mi cintura, rozando los lados de mis senos en el camino hacia abajo. Sentí que me estremecía ante el contacto, mi deseo se acumulaba y me provocaba un ferviente dolor entre las piernas.

Oh, Dios... ¿qué me está pasando?

Quería a este hombre como nunca había querido nada más en mi vida.

No podía pensar mientras sentía su mano correr por mi muslo, luego por debajo de mi falda. Su aliento estaba caliente en mi cuello, sus labios mordisqueaban la línea de mi mandíbula. Cuando sentí el fuerte tirón de sus dientes en el lóbulo de mi oreja, bien pude haberme convertido en masilla, maleable y complaciente en sus brazos.

Su mano masajeó mi muslo, pasando por mis caderas y alrededor de mi trasero. Ahuecándome, me mantuvo firme contra él. No podía moverme en su agarre dominante. Solo podía sentir el fuego ardiendo de necesidad en mi estómago.

Sus mágicos labios se abrieron camino hacia mi cuello y comenzó el despiadado ataque en mi boca una vez más. Sin previo aviso, separó mis piernas con brusquedad y deslizó un dedo debajo de mis bragas. Tuve un fugaz momento de pánico por lo rápido que había evolucionado la noche, pero fue reemplazado rápidamente por el deseo cuando sus dedos hicieron contacto con mi área más privada.

Oh, sí. Solo tócame, por favor.

Sintiéndome más que dispuesta, fácilmente aparté el pensamiento de que nos estábamos moviendo demasiado rápido y me permití sentir el placer de su toque. Las palpitaciones entre mis muslos abiertos se intensificaron y anhelaba sentirme satisfecha.

—Tan mojada... —murmuró, deslizando un dedo dentro de mí. Quería gritar de puro éxtasis, pero me sentí avergonzada por lo excitada que estaba y por lo que me retenía.

Sacó su dedo y lo metió por mi ranura húmeda, esparciendo la humedad alrededor. Su pulgar rodeó mi clítoris mientras su dedo se movía hacia atrás para empujar rítmicamente dentro y fuera de mí. Juntando mi cabello con su mano libre, forzó mi cabeza hacia atrás, permitiendo que su boca tuviera mejor acceso a mi cuello. Gemí de placer por el roce de sus labios y el tortuoso movimiento de entrada y salida de su mano.

—Te gusta esto —dijo, con voz áspera, mientras su mano tiraba más fuerte de mi cabello. El fuego me recorrió, el dolor se convirtió en algo cruel, y solo pude gemir de nuevo en respuesta—. Quieres venirte.

—¡Sí, por favor! —rogué descaradamente. Mi cuerpo trató de retorcerse bajo el poder de su pulgar circular, pero me mantuvo quieta, sin permitirme moverme.

—Quiero mostrarte cómo puedes venirte por mí. Dolor y placer, Krystina. ¿Estás segura de que quieres saberlo?

Mi cuerpo se tensó contra él. No me importaba lo que me hiciera, siempre y cuando siguiera haciéndolo con la mano.

—Sí, Alex. Quiero saber —suspiré. Retiró su mano, dejándome vacía y jadeando por más.

—Levántate e inclínate sobre la mesa.

—Um, ¿di... disculpa? —tartamudeé la pregunta. Mi cerebro estaba en una niebla y no creía haberlo escuchado correctamente.

—Quiero que te inclines sobre la mesa del comedor —repitió.

Me paré lentamente sobre unas piernas temblorosas, mi cuerpo temblaba por el ataque a mis sentidos. Dudé por un momento, mi lado racional asomaba su fea cabeza.

¿Por qué quiere que me incline sobre la mesa?

Alexander pudo leer la incertidumbre en mis ojos y sacudió la cabeza de un lado a otro en forma de regaño. Reprimí el remolino de preguntas y le permití girarme, así que estaba de cara a la mesa.

Presionó su mano en la parte baja de mi espalda y me empujó hacia abajo, por lo que estaba doblada por la cintura, el pecho sobre la mesa. Tiró de mis brazos para que estuvieran estirados por delante de mi cabeza, sujetándolos con una mano en un agarre parecido a una pinza. Su cuerpo presionaba mi espalda y pude sentir su dureza a través de sus jeans. Su otra mano se movió más allá de mi cintura para levantar mi falda por encima de mis caderas.

—He querido atar estas manos inquietas desde el primer minuto que te vi. —Su voz era ronca en mi oído—. Pero no tengo ganas de perder el tiempo para conseguir lo que necesito. Entonces, por ahora, colócalos por encima de tu cabeza y no te muevas. Quiero que te quedes quieta.

Oh, mierda. ¡Físicamente, quiere atarme!

Sentí su peso desplazarse mientras se movía para ponerse detrás de mí. Metió un dedo debajo de mis bragas y lentamente lo deslizó por mis piernas. Sentí un escalofrío correr por mi columna con anticipación, mientras se abría camino de regreso por mis piernas, dejando un rastro de besos a lo largo de la parte posterior de mis rodillas y muslos. Sus manos se movían lentamente sobre mi trasero, moldeando mis nalgas con sus palmas.

—Tan hermosa —susurró—. Ahora abre tus piernas para mí, Krystina.

Vacilé, sintiéndome expuesta y vulnerable en esta posición. Debió haber sentido mi reticencia, porque hizo que mis piernas se separaran e insertó su dedo entre los suaves pliegues de mi entrada. Comenzó ese tortuoso movimiento circular de nuevo, mientras su otra mano continuaba acariciando

mi trasero. El placer era insoportable y bajé las manos a los costados, buscando algo a que agarrarme.

Se detuvo de repente, haciéndome gritar de frustración.

—No, maldita sea, no te detengas —supliqué. Odiaba estar rogando, pero no pude evitarlo al intentarlo. Había llegado demasiado lejos.

—Vuelve a poner las manos por encima de la cabeza. Te dije que no las movieras.

Rápidamente lo hice, mi deseo era una fuerza violenta que no podía controlar. Se sentía tan bien que quería gritar por el deseo febril que ardía dentro de mí.

—Esa es una buena chica —murmuró. Con deliberada lentitud, comenzó a dar vueltas por todo mi cuerpo, una vez más—. ¿Alguna vez has oído hablar de las nalgadas eróticas?

Si me hubiera hecho esa pregunta hace dos días, me habría reído en su cara. El término simplemente sonaba ridículo. Pero hoy, solo podía tararear de placer ante la mera sugerencia.

Sentí un segundo dedo deslizarse dentro de mí, curvándose y acariciando los sensibles tejidos. Cerré los ojos, disfrutando de la electrizante sensación de sus dedos flexionados. En cuestión de segundos, estaba casi al límite, un rugido comenzó en mis oídos.

Sus dedos empujaron más profundamente dentro de mí y se detuvieron.

—Oh, no... por favor... —comencé. Pero mis palabras fueron interrumpidas abruptamente por la sensación de un fuerte golpe que aterrizó en mi trasero. Grité, pero no de dolor. Había sido por el constante ir y venir de su despiadada mano. Frotó la nalga que había golpeado y luego continuó una vez más con los dedos.

Una segunda nalgada. El pinchazo fue más evidente esta vez, pero sus dedos no se detuvieron, manteniendo su ritmo perpetuo.

Si era así como se divertía, no me importaba. Podría manejarlo. Esto estaba más allá de cualquier fantasía erótica que hubiera tenido. Haría cualquier cosa que me pidiera, siempre que no dejara de pasar su dedo por mi protuberancia hinchada.

—¿Quieres esto? —preguntó con su voz ronca y áspera. Sonaba tan emocionado como yo. Me sorprendió descubrir que *deseaba* que me golperara de nuevo. Parecía incorrecto, pero al mismo tiempo...se sentía tan bien...

—Ay, Dios, sí....

—Dilo, Krystina. Dime qué quieres.

¿Qué quiere que diga?

Estaba aterrorizada de equivocarme y arriesgarme a poner en riesgo la liberación que estaba buscando tan desesperadamente.

—¡Esto! ¡Quiero esto!

—No es suficiente." Una tercera nalgada—. Dime qué quieres. Ahora. ¡Dímelo ahora!" exigió.

Solo grité lo primero que me vino a la mente.

—¡Me quiero venir!

—Mi nombre, Krystina. Di siempre mi nombre.

—¡Alex! ¡Hazme venir! Por favor, Alexander... no te detengas —supliqué, el puro instinto animal se puso a toda marcha.

El movimiento de sus dedos se intensificó, bombeando más rápido dentro de mí, entrando y saliendo y sobre mi clítoris. Un cuarto golpe fuerte aterrizó en mi trasero. Luego otro, hasta que finalmente perdí la cuenta.

Las estrellas chocaron en una explosión que alcanzó una altura increíble, mientras sentía que sobrepasaba el límite. Mi cuerpo se tensó cuando mis entrañas se convulsionaron alrededor de sus despiadados dedos. Arqueé la espalda involuntariamente por el placer que me estremecía, vibrando hasta lo más profundo de mi ser.

Jadeé cuando Alexander lentamente retiró sus dedos de mí. Frotó su mano arriba y abajo de mi espalda, dándome un momento para quedarme ahí, boca abajo sobre la mesa, saboreando las secuelas de la experiencia sexual más intensa que jamás había tenido.

Ahora sabía, sin la menor duda, que nunca había tenido un orgasmo con Trevor. Y ahora que conocía cómo era esa sensación cálida, que me derretía, no había vuelta atrás. Estaba bajo el mando total de Alexander.

Alexander me guió hasta ponerme de pie y bajó la falda que aún me rodeaba las caderas. Cuando me di la vuelta para enfrentarlo, su boca se encontró con la mía con el más suave de los besos. Por dulces que fueran sus labios, no quería que fueran delicados. Me había mostrado el significado de la verdadera pasión, dura y feroz, y yo quería más. *Necesitaba* más. Intensifiqué el beso, empujando mi lengua más allá de sus labios, acercándolo más a mí. Gimió, cediendo a mi demanda, mientras sus manos enmarcaban mi rostro, presionándose con fuerza contra mí.

Cuando apartó los labios, me sentí sin aliento, mi deseo por él aumentó a un nivel completamente nuevo. Lo alcancé, mis manos se movieron sobre sus

hombros y su pecho, mientras le clavaba mis dientes a lo largo de su cuello. Tiré de su camisa, liberándola de la cintura de sus pantalones. Quería sentir su carne desnuda bajo mis manos.

Cuando mis dedos hicieron contacto con los duros músculos de su abdomen, lo sentí bajo mi toque. Pero no me detuve. Seguí moviendo mis manos hacia arriba, sobre su pecho contorneado, luego volví a bajar hasta la hebilla de su cinturón. Habría comenzado a desabrocharle los pantalones, pero me detuvo al capturar mis manos con las suyas.

—Te deseo, Krystina. Probablemente más de lo que crees. Dios sabe que he esperado lo suficiente para tenerte. Pero no esta noche..., primero debes decidir si realmente quieres esto.

—Oh, confía en mí. Quiero esto —dije, alcanzándolo de nuevo.

—No, detente. Hablo en serio —dijo, apartándose de mi alcance y metiendo la camisa dentro de los pantalones.

—¿No quieres? —pregunté, sintiéndome repentinamente confundida.

—Maldita sea, Krystina, te deseo tanto que me duele. Te lo puedo asegurar, no es eso —dijo, pasando una mano por su cabello. Su rostro parecía dolido, atormentado—. Estar conmigo no es una decisión que debas tomar precipitadamente. La sumisión es un regalo, uno que no se da fácilmente. Se necesita mucha confianza para poner tu cuerpo en manos de otra persona.

—No estaría aquí esta noche si no supiera lo que estoy haciendo, Alex —dije, cruzando los brazos en frustración.

—La forma en que tu cuerpo reaccionó esta noche... tan receptivo. Casi demasiado receptivo —dijo pensativo—. Necesitas disciplina. No estás capacitada y tendré que enseñarte mucho. No te resultará fácil. Exigiré cosas que quizás no puedas dar. No te mimaré. Conmigo no serán osos de peluche, ni rosas. Si eso es lo que esperabas, deberías irte ahora.

—No sabes nada de lo que quiero —dije obstinadamente—. Y en cuanto a las rosas, aprendí hace mucho tiempo a no esperar eso nunca. Nunca. No tienes que preocuparte por mí.

—Bien. Por una vez, podemos estar de acuerdo en algo —dijo con una pequeña risa—. Pero, en serio, tómate al menos veinticuatro horas para pensar en esto. Necesito que te asegures de que sabes *exactamente* lo que estás haciendo.

—Quiero hacerlo, Alex. Tomar un día para reflexionar sobre las cosas, no va a cambiarlo —insistí. Ahora que había decidido lo que quería, me estaba

poniendo a prueba.

—Tal vez, pero preferiría que no te arrepintieras. Si mañana por la mañana decides que aún quieres intentarlo, prometo que la espera valdrá la pena —dijo con una sonrisa diabólica.

Oh, no. El encanto de este chico malo no va a hacer que me derrita esta vez, amigo.

Pero mientras estudiaba su rostro, se instaló una realidad diferente.

No me quiere. Me está rechazando.

El rechazo me golpeó en el pecho como un maremoto, dejándome sin aliento con un sólido zumbido.

Si no me quiere, entonces está bien. No lo necesito. Demonios, apenas tomé la decisión de volver a tener relaciones sexuales; ciertamente no voy a rogar por ello. Esperar otros dos años no me quita la piel de la espalda.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Creo que es hora de que me vaya —pronuncié de repente. Caminé hacia donde estaban mis zapatos junto a la silla del comedor. Me senté y me apresuré a ponérmelos. Estaba tan enojada por su rechazo que me temblaban las manos, lo que me hizo torcer el cierre de la hebilla.

—Déjame ayudarte —dijo Alexander, arrodillándose en el suelo frente a mí y agarrándome el pie.

—No necesito tu ayuda —escupí. Pero me senté derecha y dejé que de todos modos me pusiera el zapato. Era eso, o seguiría siendo una tonta torpe con las estúpidas correas de los zapatos. En cuestión de segundos, tenía ambos zapatos bien sujetos a mis pies. Su eficiencia era exasperante.

—Kryстина, mírame —dijo suavemente, frotando su mano arriba y abajo de mi pantorrilla.

—No —siseé. En lugar de hacer lo que me pedía, miré deliberadamente para otro lado y me crucé de brazos. Sabía que probablemente parecía una niña de tres años haciendo pucheros, pero no me importaba. Anteriormente había lidiado con el rechazo, pero nunca había sido así. Prácticamente, unos minutos antes me había arrojado sobre él. No sabía cómo se suponía que ahora tenía que reaccionar.

—Mírame —repitió con un tono completamente diferente esta vez. Atrás quedaba el suave engatusamiento, reemplazado por un sonido grave y profundo. Esta era una demanda, una que sabía que me convendría obedecer. Lentamente giré la cabeza para mirarlo y su boca se inclinó hacia arriba en una sonrisa sarcástica—. Puede que todavía haya esperanza para ti.

—¿Que se supone que significa eso? —pregunté sorprendida por su expresión.

—Significa que hasta hace diez segundos, no pensaba que hubiera un hueso de sumisión en tu cuerpo. Aparentemente, estaba equivocado. La forma en que me miraste hace un momento... —se detuvo, como si buscara las palabras adecuadas. Cuando habló de nuevo, sus ojos estaban oscuros como la medianoche, su voz estaba llena de deseo—. Era más que un simple giro de tu cabeza. Tu lenguaje corporal cambió. Tienes más fuerza de la que originalmente te creí. Te subestimé.

Mi ira desapareció, reemplazada por ese familiar retorcimiento en mi estómago. Dios me ayude, pero quería tomarlo allí mismo.

—Um... ¿se supone que eso es un cumplido? —pregunté, mirando la alfombra debajo de sus rodillas. Me concentré en los sutiles remolinos en el bordado de la alfombra, incapaz de mirar su rostro, a esos ardientes ojos azules que me hacían difícil respirar, y mucho menos mantener algún tipo de autocontrol.

—Tómalo como quieras, pero al menos, la fuerza es un atributo importante —respondió, moviéndose a una posición de pie frente a mí—. Tendrás que ser fuerte si quieres aprender a someterte a mí correctamente. Creo que puedo enseñarte y estoy deseando hacerlo.

—Siento un 'pero' ahí —dije, tratando de ocultar mi decepción.

—Esta noche, no es el momento adecuado. Estás demasiado excitada. Te hice eso, sabiendo muy bien lo dócil que serías después de darte una muestra de lo que podría ser. Me está matando enviarte a casa, pero me lo agradecerás más tarde.

—Tal vez tengas razón —admití finalmente con el ceño fruncido. Tenía sentido, pero su practicidad era suficiente para volverme loca.

—Sé que tengo razón. Ahora, vamos —dijo, inclinándose para plantar un suave beso en mi frente. Sus labios se demoraron, era una señal tranquilizadora de que no estaba siendo rechazada—. Hale está abajo esperando para llevarte a casa.

Caminamos de la mano hacia las puertas del ascensor del ático. Ya no me sentía como si me estuvieran despidiendo, pero no podía quitarme el sentimiento de melancolía que se apoderó de mí. Sentí que finalmente estábamos comenzando a hacer algunos progresos y lamenté que la noche llegara a su fin.

Cuando se abrió la puerta del ascensor, Alexander se inclinó y presionó

suavemente sus labios contra los míos.

—Avísame tan pronto como tomes una decisión.

—Creo que ya lo he dejado bastante claro, Alex —bromeé.

—Sabes a lo que me refiero. Piénsalo un poco más y nos volveremos a reunir mañana por la noche, si eso es lo que quieres. En cuanto a mí, voy a tomar una ducha fría y trataré de sacarme de la cabeza las imágenes de ti atada y desnuda.

—Atada y desnuda —repetí, con los ojos muy abiertos.

Pero me hizo callar con otro beso. Levanté la mano para pasar mis manos por sus suaves ondas, acercándolo más para poder tomar más. *Exigí más*. Él gimió contra mis labios en respuesta, revelando una frustración que coincidía con la mía antes de alejarse gradualmente de mí.

El beso fue breve, pero por tercera vez ese día, me quedé sin palabras y sin aliento.

¿Cómo me hacía eso en cuestión de segundos?

Juraría que lo hacía a propósito solo para callarme, sabiendo que un beso me dejaría sin palabras. La expresión de su rostro me decía que estaba muerta.

Me sonrió con pesar, inclinando la cabeza hacia un lado.

Oh, sí. Sabe exactamente lo que me está haciendo.

Dio un paso atrás para ya no bloquear las puertas del ascensor, dejándome sola y con las rodillas débiles en el ascensor.

—Espero verla mañana, señorita Cole. Buenas noches —dijo y las puertas se cerraron silenciosamente.

Krystina

ESA NOCHE ME QUEDÉ DESPIERTA EN LA CAMA, TODOS LOS PENSAMIENTOS de sueño estaban lejos de mi mente mientras trataba de procesar todo lo que había sucedido. La semana pasada se había sentido tan surrealista, era casi abrumador. Lo que había comenzado como un torpe golpe en la cabeza en Wally's se había convertido en mucho más, y luché por entender el giro de los acontecimientos.

¿Cómo había cambiado tanto tan rápido?

Deseaba poder hablar con Allyson sobre esto, pero ella no estaba en casa. Un mensaje de texto suyo a primera hora de la tarde me informaba que ella y Jeremy habían hecho las paces y que iban a salir por la noche. Era más de medianoche y no esperaba que volviera pronto.

Dejé de intentar dormir, me levanté de la cama y fui a la cocina. Quizás si tomara una copa de vino, mis nervios se calmarían y podría dormir.

Cuando regresé a mi habitación, me acerqué al estéreo y lo encendí. Empecé a jugar con las selecciones de estaciones en busca de una canción que me gustara, cuando recordé la música que Alexander había cargado en mi teléfono. Realmente no estaba pensando con claridad cuando me preguntó si la había escuchado, mi mente estaba demasiado concentrada en sus manos trabajando sobre mi cuerpo. Ahora me preguntaba qué tipo de música tenía.

¿Por qué me preguntó si la había escuchado?

Cogí el teléfono y abrí la carpeta de música.

¡Guauu! Tiene que haber al menos mil canciones aquí.

Reconocí a varios artistas, pero no había oído hablar de la mayoría. Había separado la música en tres listas de reproducción diferentes. La primera se titulaba 'Persuasión', la segunda era 'Rendición' y la última se llamaba 'Control'.

Con curiosidad seleccioné la primera lista de reproducción y conecté el teléfono a la base de altavoz del estéreo. Una suave melodía de guitarra sonó

a través de los altavoces e inmediatamente reconocí que era el artista con el que Alexander se había topado en Venecia.

Mientras dejaba que las suaves notas fluyeran a través de mí, me invadió una avalancha de recuerdos de los dos últimos días. Alexander era peligroso para mí; lo supe casi desde el principio. Mi experiencia, o la falta de ella, definitivamente iba a ser un problema. Aprendí rápido, pero el método de aprender sobre la marcha no iba a funcionar en esta situación. Si iba a hacer esto, primero necesitaba establecer algunas reglas básicas.

Bebí un sorbo de vino y me pregunté sobre los acuerdos de confidencialidad que algunas de sus otras mujeres le pidieron que firmara. Tenía curiosidad sobre lo que realmente implicaban esos acuerdos.

Tal vez debería redactar una especie de contrato no oficial, solo para asegurarme de que estamos en la misma página.

Establecer algunas de mis propias estipulaciones podría ayudar a protegerme, así como a obtener una comprensión clara de a qué exactamente quería que me sometiera. No tenía que ser nada extravagante, sino solo pautas informales en las que ambos podíamos estar de acuerdo. Eché un vistazo al reloj despertador digital de mi mesita de noche.

—Bueno, no hay mejor momento que el presente. —Me dije en voz alta, optando por hacer una lista mientras mis pensamientos aún estaban frescos, a pesar de la hora tardía.

Fruncí el ceño cuando miré mi copa de vino casi vacía y me dirigí a la cocina para volver a llenarla.

Va a ser una larga noche..., debería tomar la botella.

Regresé al dormitorio, botella y copa en mano, y cambié la música a la siguiente lista de reproducción de Alexander. Reconocí los ásperos acordes de guitarra de inmediato.

Oh, mierda. No esta canción.

La piel de gallina me recorrió la espalda, la canción me traía recuerdos de los hábiles dedos de Alexander entre mis muslos. Inmediatamente sentí una pequeña agitación profunda en mi vientre.

Dejé que la canción sonara, saqué mi computadora portátil, abrí un documento en blanco y pensé distraídamente qué música podría haber en la lista de reproducción "Control" de Alexander. Probablemente no quería saberlo. Al menos no en este momento. Si las dos primeras me habían hecho sentir acalorada y molesta, solo podía imaginar lo que me haría la última.

Traté de desconectar la música y consideré dónde debería comenzar a

escribir. Una lista de puntos debería ser suficiente. No tenía que ser nada elegante, y el trabajo en Turning Stone parecía el lugar más lógico para comenzar. Eso era sencillo.

Mis dedos empezaron a moverse sobre las teclas, apresurándose a sacar primero la parte fácil del trabajo.

Requisitos del trabajo

- Trabajaré para Turning Stone Advertising y respetaré la limitada descripción de trabajo que se entregó en la cafetería. Se pueden discutir y acordar más expectativas laborales en una fecha posterior.

- Las opciones de jubilación y los beneficios son un requisito previo para aceptar el empleo.

- El salario está por determinarse, pero debe exceder el salario actual en Wally's en un mínimo del cincuenta por ciento.

- En caso de que mi empleo termine debido a nuestros tratos personales, se deberá determinar un paquete de indemnización.

Hice una pausa sobre los dos últimos puntos, no queriendo sonar demasiado presuntuosa. Tenía muchas ganas de trabajar en el campo que había elegido, pero también tenía facturas que liquidar. Después de solo un momento de vacilación, decidí dejarlo como estaba. Si iba a ser un problema, entonces Alexander y yo podríamos negociarlo cuando llegara el momento.

Pasé a la siguiente parte de nuestro acuerdo.

¿Cómo debería titularlo?

Esta parte de la lista definitivamente sería más complicada. Decidiendo lo primero que me vino a la mente, comencé a escribir de nuevo.

Actividades extracurriculares

- Exclusividad: no estaremos atados como si estuviéramos saliendo. Sin embargo, insisto en que no te acuestes con otras personas mientras estés conmigo.

- Puedo ir y venir cuando me plazca; no se te permite controlar mi vida. Eres mi jefe solo en el lugar de trabajo. Esto es simplemente un acuerdo comercial. El sexo es una ventaja adicional.

Fruncí el ceño ante el último punto.

Cuando se aprecia así, realmente sueno como una prostituta.

Decidí no detenerme en ese pensamiento demasiado tiempo, o me arriesgaría a descartar la idea de acostarme con Alexander. El hecho de que

incluso estuviera poniendo todo esto en un papel era ridículo, pero de todos modos seguí escribiendo.

- No estoy tomando ningún tipo de método anticonceptivo, pero acepto encargarme de ello lo antes posible.

- La prueba de ETS es obligatoria. Proporcionaré un informe médico que demuestre que estoy limpia. Espero que haga lo mismo.

- Condones: hasta que tome la píldora y recibamos un certificado de buena salud para los dos, debemos usar condones.

- La aclaración de mi papel como 'sumisa', puede describirse a continuación.

Dejé un montón de líneas en blanco bajo el título "Expectativas de Alexander —luego me senté y releí lo que había escrito. Toqué mi barbilla con un dedo y traté de pensar en cualquier otra cosa que debería poner en la lista. Pensé que lo que se me había ocurrido estaba bastante claro. Era responsable por decir lo menos y debería ser un buen comienzo. Él solo necesitaba describir sus requisitos específicos.

Con suerte, no me pedirá que corra por ahí con un disfraz de sirvienta. Eso sería raro.

Riéndome para mis adentros, hice clic en el botón de guardar y cerré la computadora portátil.

Dejándome caer en la cama, miré hacia el techo. La música había cambiado y empezó a sonar otra de las sexy melodías de Alexander.

Oh, Dios, ¿qué ES esta música?

Me estaba poniendo nerviosa. Inquieta. Y apenas podía esperar para repasar mi lista con Alexander; la anticipación me estaba matando.

¿Por qué debería esperar hasta mañana?

Tal vez fue el vino el que decidió por mí. O tal vez fue su música. De cualquier manera, no importaba. Sabía que lo quería.

Ahora.

Fui y tomé mi teléfono de la base del altavoz, silenciando la música para poder enviarle un mensaje de texto.

Hoy

1:28 AM, Yo: *He tomado una decisión. Solo debes aceptar mis términos.*

Mi teléfono sonó casi de inmediato con su respuesta. Miré el reloj. Era la una y media de la mañana. Me sorprendió que respondiera de inmediato, pero feliz de que todavía estuviera despierto.

No podría haber planeado esto más perfecto si lo hubiera intentado.

1:31 AM, Alexander: *¿Cuáles son tus condiciones?*

1:32 AM, Yo: *Quiero que nos encontremos.*

1:34 AM, Alexander: *Mañana a las 7.*

1:35 AM, Yo: *No quiero esperar. Ven a mi apartamento ahora.*

1:36 AM, Alexander: *No. Es tarde.*

Bueno, eso apestaba... Quiero un pedazo del 'Sr. Riesgo Delicioso' ahora.

Me dediqué a escribir mi respuesta y descubrí que estaba luchando por deletrear correctamente. Incluso la corrección automática de ortografía no reconocía mis errores. Eché un vistazo a la botella de vino vacía en mi mesita de noche.

Caray, estoy muy borracha.

Debería haberlo sabido. Sabía que era un peso ligero y dos copas de vino solían ser mi límite.

¿Quién diablos se emborracha solo?

Volví mi atención al teléfono, ahora deseando haber esperado hasta la mañana para enviarle un mensaje de texto. Él tenía razón. Sería mejor reunirnos mañana. Era tarde y necesitaba llevar mi culo borracho a la cama. Tiré el primer plan por la ventana y me concentré en el plan B.

1:43 AM, Yo: *Bien. Entonces mañana. ¿Dónde deberíamos encontrarnos?*

1:45 AM, Alexander: *Haré que Hale vaya por ti. Puedes volver a mi casa.*

1:46 AM, Yo: *Ok, nos vemos entonces.*

1:48 AM, Alexander: *No me decepciones.*

1:50 AM, Yo: *No se preocupe, Sr. 'Riesgo Delicioso'. No lo haré.*

1:50 AM, Alexander: *¿¿¿???*

Oh, lo hiciste, borracha estúpida.

Deseaba que hubiera una forma de deshacer la estúpida palabra inventada. Estaba tratando de pensar en cómo responder, cuando el teléfono comenzó a vibrar en mi mano. El nombre de Alexander Stone apareció en el identificador de llamadas.

¡Mierda! Está llamando... ¿y ahora qué?

El pánico se apoderó de mí mientras miraba el teléfono que sonaba, tratando de decidir si debía contestarlo o no. Hablar con Alexander no sería muy inteligente, especialmente teniendo en cuenta mi estado mental actual. Tenía demasiado vino en mi sistema.

El teléfono siguió sonando mientras intentaba tomar una decisión. No pensé que pudiera manejarlo en ese momento en particular. Pero luego lo

reconsideré. Quizás podría.

De acuerdo, Stone. Es hora de divertirse un poco contigo.

Una sonrisa maliciosa se formó en mis labios mientras deslizaba mi dedo por la pantalla táctil del teléfono.

—Hola, sexy —ronroneé.

—¿Krystina? —preguntó vacilante.

—Sí.

—¿Dónde estás?

—Estoy en casa, sola con mi pequeña yo solitaria —le dije, tratando de evitar que mis palabras se arrastraran.

—¿Estás... eh, bien?

—Oh, podría estar mejor. Pero alguien me rechazó esta noche —dije con mi mejor voz enfurruñada.

—¿Has estado bebiendo?

—¡Oh, vamos! ¿Quién bebe solo, chico tonto?

—Hmm. Suenas... apagada.

¡Maldición!

Pensé que estaba haciendo un buen trabajo.

—No es mi culpa. Me vuelves loca, Alexander Stone.

—Sí, ¿eh? —preguntó.

—Oh sí. Eres tan místico... mis-te-rio-so. —Luché por hacer correr la voz.

Nota para uso personal...utiliza palabras cortas ahora mismo.

Se quedó en silencio al otro lado de la línea. Podía escuchar el tráfico de fondo y distraídamente me preguntaba dónde estaría a esa hora de la noche.

—¿Sigues ahí? —le pregunté.

—Estoy aquí, Krystina —respondió pacientemente. Me hablaba como si fuera una niña y era molesto.

—¿Por qué me vuelves tan loca?

—Créame, señorita Cole. La locura ni siquiera comienza a describir las cosas que tú me haces.

—Me gusta cuando me llamas 'Señorita Cole'. Es tan apropiado, pero tan caliente al mismo tiempo.

—No estoy seguro de cómo responderte en este momento. Por lo general, estás mucho más inhibida.

—Me haces así —le dije. Pensé en mis amigos angelitos y demonios. El diablo tenía la misma sonrisa traviesa que tenía Alexander—. Tú... eres peligroso para mí. Como el diablo, constantemente tentándome.

—Oh, ¿en serio? ¿Y tú eres un ángel?

—En realidad... um, sí. Soy un ángel —dije con confianza, expresando mi repentina revelación—. Pero usted, señor, es ese diablillo molesto en mi hombro que ahoga las advertencias de mi ángel.

—¿De qué demonios estás hablando, Krystina?

—Ya sabes, un sub... un subconsciente. El bien contra el mal. Como en los dibujos animados.

Hubo un silencio por un momento antes de que la línea de repente se cortara.

Ay, qué aguafiestas. Estaba empezando a divertirme un poco, también. Oh, bueno.

Sabía que probablemente me odiaría a mí misma por la mañana, pero no me importaba particularmente. En ese momento, estaba imaginando a Alexander como mi propio diablillo y mi piel comenzó a hormiguear por los recuerdos de su mano azotando mi trasero.

Debería haberlo presionado más esta noche. Sé que me habría follado si hubiera tenido alguna pista de lo que estaba haciendo. Pero no, tenía que ser la niña buena que era y marcharme cuando él me despidió.

Debería hacer que Allyson me diera algunos consejos sobre cómo ser más agresiva con los hombres.

Regresé a mi habitación y volví a conectar el teléfono al puerto. Me reí a carcajadas cuando empezó a sonar 'Sweater Weather' [**Nota de la T.: La autora se refiere a una canción donde un amante pide tener una aventura a una persona**].

—¡Amo esta canción! —grité al dormitorio vacío.

Y también era una canción sexy. Bailé por mi habitación, sin importarme, probablemente me veía como una idiota. Se sentía bien. Me hizo preguntarme cómo sería sentir a Alexander por primera vez dentro de mí. Un escalofrío de anticipación me recorrió al pensarlo.

Perdida en mis propias pequeñas fantasías sexuales, un fuerte golpe en la puerta de mi apartamento me hizo saltar fuera de mi piel, interrumpiendo la rutina de baile en solitario que había estado haciendo.

"¡Krystina! Abre", llegó la voz de Alexander a través de la puerta.

Oh. Dios mío. Está aquí. En mi apartamento.

Rápidamente fui hacia la puerta, tan rápido como lo permitía mi estado de ebriedad, chocando con la mitad de los muebles en el camino. Abrí la puerta y ahí estaba. Bebí con avidez cada centímetro glorioso y sexy de él.

"Llevo cinco minutos llamando a la puerta. ¿Por qué no respondiste antes? —demandó.

—Bueno, hola a ti también —le dije, mirándolo de arriba abajo. Me apoyé contra el marco de la puerta, solo para fallar por completo y casi caerme. Alexander me agarró del brazo para estabilizarme. Me dio una rápida mirada, frunciendo el ceño en su hermoso rostro.

—Estás borracha —dijo con evidente molestia.

—Tal vez un poco. De cualquier forma, ¿cómo llegaste aquí tan rápido?"

—Si hubieras prestado atención antes, sabrías que no vivo lejos de aquí.

—Bueno, ¿no es eso útil? ¿Quieres que nos echemos un rapidín? —pregunté sugestivamente.

—No —dijo con firmeza, pasando junto a mí para entrar en mi apartamento. Caminó por el lugar, abrió puertas y miró dentro de las habitaciones—. ¿Por qué diablos estás borracha, Krystina? —espetó por encima del hombro.

—¿Acabas de venir aquí para gritarme, Stone?

—Vine para asegurarme de que estuvieras bien y para llevarte a la cama —dijo.

Su tono era tan severo, y fue una excitación total. Quería abalanzarme sobre él y hacer lo que quisiera con su cuerpo, tal como lo hizo él conmigo en el penthouse.

Se había cambiado la ropa de antes y ya no usaba jeans ni se veía tan acartonado. Ahora llevaba pantalones de correr y una camiseta. Miré la cintura elástica alrededor de sus caderas y pensé en lo fácil que sería deslizar los pantalones por debajo de sus rodillas.

—Oh, puedes acostarme, bien. Pero solo si me acompañas —ofrecí seductoramente cuando regresó a donde yo estaba parada.

—¿Dónde está tu compañera de piso? —preguntó, ignorando mi insinuación.

—Ella no está en casa. Probablemente esté fuera teniendo algo de sexo caliente y vaporoso con su novio. —Llevé mis manos a sus caderas y traté de deslizarlas dentro del material elástico alrededor de su cintura.

—¿En serio? —Suavemente quitó mis manos y me giró hacia el pasillo que conducía a los dormitorios.

Solo quiero tocarlo. ¿Por qué está siendo tan difícil?

—Sipi. Pero aparentemente, ella es la única —dijo con frustración—. Mi vagina solo acumula telarañas. Excepto por lo de esta noche más temprano.

Te las arreglaste para eliminar algunas de ellas. ¿Quieres eliminar algunas más? —le pregunté, tratando de destellar mi mejor mirada seductora que podía brindarle mientras me conducía a mi habitación.

—Escuché que estabas oyendo la música que cargué en tu teléfono. Probablemente no haya sido una muy buena idea esta noche —dijo, moviéndose hacia el estéreo para apagarlo.

—¿Por qué no?

—Aparentemente, mi lista de 'Persuasión' funcionó. Junto con una botella de vino —agregó, señalando la botella vacía en mi mesita de noche. Su expresión era divertida cuando bajó las mantas de mi cama.

—¿Sabes?.. creo que tienes razón. Es un truco sucio el que me hiciste, Stone. Usando música para persuadirme....

—Métete en la cama, ángel. Necesitas dormir.

—No me respondiste antes. ¿Vienes a la cama conmigo?

—No, Krystina. No voy a ir a la cama contigo.

—¿Por qué no? ¿No te gusta el sexo borracho? —Hice un puchero. La habitación estaba empezando a inclinarse un poco.

Quizás sería mejor que me acostara.

Me metí en la cama, sin mucha gracia, y esperé a que levantara las mantas.

—No quiero estar contigo así. De todos modos, no hoy. —Se inclinó y rozó el más suave de los besos en mi frente—. No te preocupes. Te tomaré mañana por la noche. Lo prometo.

Metió las mantas a mi alrededor y se alejó para apagar la luz del dormitorio. No quería que se fuera. Prometió que me *tomaría* mañana, pero oh, cómo lo deseaba en ese momento. Cerré los ojos, deseando que se metiera en la cama junto a mí.

Quizás cuando los vuelva a abrir, estará aquí conmigo.

Ese fue mi último pensamiento cuando la oscuridad me arrastró a un dormir sin sueños.

Alexander

EN SEGUNDOS KRYSTINA QUEDÓ INCONSCIENTE. ME QUEDÉ ALLÍ UN RATO, mirándola dormir. Su respiración ya era suave y regular, los exuberantes montículos de sus pechos subían y bajaban bajo la fina camiseta de algodón que vestía. La luz de la luna se filtraba a través de las persianas de la ventana proyectando un sutil halo alrededor de su cabeza, dándole una vista angelical.

Su pintoresca apariencia causó que una especie de sentimiento inquieto se asentara en mis entrañas. Era desconocido y no deseado.

¿Qué diablos me pasa últimamente?

Exhalé bruscamente y sacudí la cabeza con enfado. Decir que toda la noche había estado preocupado, sería quedarse corto. La limitada experiencia de Krystina con el sexo era preocupante, pero su ingenuidad era un tema que se resolvería fácilmente con el tiempo. Era más que eso. Estaba más molesto por el hecho de que estaba en su apartamento, inseguro en primer lugar de lo que me había ocurrido para venir aquí.

Cuando la llamé inmediatamente supe que algo andaba mal. Era no saber qué me hizo sentir impotente, obligándome a acudir a ella. Me había consumido la preocupación por su bienestar y simplemente reaccioné.

El mensaje de ella estando ebria. Eso era todo. ¿Cómo se suponía que iba a saber que vaciaría una botella de vino por su cuenta?

Pero mi esfuerzo por deshacerme del malestar fue en vano. La aprensión que se apoderaba de mi piel no se debía solo a que había dejado las comodidades de mi cama por preocuparme de una mujer ebria. Estaba preocupado porque cada respuesta que Krystina emitía de mí era extraña. Siempre tengo el control de la situación, sin importar las circunstancias. Mis deseos y necesidades son siempre el final del juego. Sin embargo, en el transcurso de la noche, me encontré reconsiderando profundamente esas necesidades.

Cuando finalmente me di la vuelta para retirarme, una extensa colección

de CD debajo de la ventana del dormitorio me llamó la atención. Sabía que Krystina se dejaba influenciar fácilmente por la música, despertó mi interés y me acerqué a las largas filas de estanterías para verlas más de cerca. Me agaché para poder ver mejor la selección a través del rayo de luz que entraba por la puerta del dormitorio.

Cuando comencé a revisar los CD, me di cuenta rápidamente de que los artistas estaban en orden alfabético. Su organización fue inesperada y me reí en voz baja. Al crecer, Justine solía decir que era neurótico hacer cosas similares. Hice una nota mental para decirle que yo no pertenecía a una minoría.

Miré por encima del hombro el resto de la habitación, buscando si Krystina tenía algo más en orden como los CD. Había algunos libros en el antiguo escritorio de madera blanca en la esquina, pero aparte de esos, no había nada que necesitara ser catalogado con tanta precisión. Sin embargo, todo lo relacionado con la habitación estaba perfectamente organizado.

Los muebles eran de estilo antiguo, lo que le daba a la habitación un aspecto clásico decorado con buen gusto. No había ropa esparcida, lo que demostraba que Krystina apreciaba el orden. Citas escritas en caligrafía negra estaban enmarcadas y colgadas ingeniosamente por la habitación.

Me puse de pie y me acerqué a la pared para leer lo que decían algunas de las citas. Krystina parecía tener predilección por Maya Angelou. Cada cuadro contenía palabras de la poeta, la mayoría de ellas sobre fuerza, perseverancia y determinación.

Esa es una información interesante que tendré que recordar para más tarde.

Silenciosamente cerré la puerta detrás de mí, salí del dormitorio y me dirigí a la cocina. Sabía que Krystina se sentiría como basura cuando se despertara, así que comencé a buscar en los gabinetes de su cocina con la esperanza de encontrar algunos ingredientes para aliviar su malestar matutino.

Me complació encontrar la cocina completamente equipada, mostrándome que al menos a una de las mujeres del apartamento le gustaba cocinar. Los gabinetes estaban bien organizados, con todas las etiquetas de los alimentos hacia el frente. Sonreí para mis adentros cuando lo vi y sentí curiosidad por saber cuál de ellas era tan meticulosa. Pero luego recordé la colección de CD de Krystina, e inmediatamente supe que cualquiera que pasara por la ardua tarea de alfabetizar cientos de CD seguramente se esforzaría por una cocina

eficiente.

Después de reunir todo lo que necesitaba, llené la tetera y la puse en la estufa. Mientras esperaba a que hirviera el agua, deambulé por el apartamento. Necesitaba aprender más sobre las muchas capas que componían a Krystina, y el espacio de una persona cuenta su historia. Su dormitorio solo había sido el prólogo.

El apartamento era grande en comparación con los estándares de Nueva York. Y al igual que su habitación, estaba decorado con un estilo ecléctico. Muebles mullidos llenaban la sala, del tipo en el que una persona podría hundirse y quedarse dormida. No había un comedor formal, sino un espacioso rincón para desayunar en la cocina y una gran isla con cuatro taburetes a un lado. Las ventanas de todo el apartamento no tenían cortinas, pero no era necesario. Las persianas romanas de bambú daban toda la privacidad necesaria cuando estaban completamente cerradas.

En general, las dos mujeres mantenían un espacio ordenado, con toques femeninos en todas partes que le daban al apartamento un aspecto alegre y acogedor. Las únicas cosas que había por ahí eran algunas revistas y un libro ordenadamente apilados sobre la mesa de café. Curioso, me acerqué a la mesa para revisar el libro.

Hmm... James Patterson.

El crimen y el misterio estaban muy lejos de los poemas inspiradores, y me pregunté si el libro pertenecía a Krystina o a su compañera de piso. Eché un vistazo a las revistas debajo de la novela. La de arriba parecía un periodicucho de chismes de mujeres, la portada anunciaba a las celebridades masculinas de moda del año y un artículo sobre cómo lograr que tu hombre se comprometiera. Me di un golpecito en la frente con disgusto.

Si fuera un hombre al que le gustara jugar, apostaría que las revistas *no* pertenecían a Krystina.

Dejé el libro justo cuando la tetera comenzó a silbar. Me apresuré a regresar a la cocina antes de que el ruido pudiera despertar a la bella durmiente. En poco tiempo terminé de preparar el remedio para la resaca, recogí las cosas restantes que necesitaría y regresé a su habitación para dejarlo donde lo vería por la mañana. La bebida estaría fría para cuando ella lo tomara, pero aún así funcionaría.

Después de colocar la taza humeante en la mesita de noche, miré a Krystina. Todavía dormía profundamente bajo el edredón blanco como un lirio. Di un paso más y me agaché para quitarle un fino mechón de cabello

que le había caído sobre la cara. Balbuceó ante mi toque y sus pestañas oscuras se agitaron, pero no se movió por completo. Lentamente retiré mi mano, no queriendo despertarla, y di un paso atrás.

—Buenas noches, Krystina. Mi ángel —susurré.

HABÍA CONDUCIDO el Tesla hasta la casa de Krystina, pero decidí dejarlo en la calle y recuperarlo por la mañana. Necesitaba caminar, y solo podía rezar para que el aire fresco de la noche me ayudara a aclarar mi mente.

El semáforo en la esquina de Thompson y Bleecker Street cambió, lo que indicaba que no era seguro cruzar. Había poco tráfico en el camino y crucé a pesar de la mano roja intermitente. Seguir las reglas de los peatones parecía discutible a esta hora de la noche. Sin mencionar que estaba demasiado cansado para importarme un carajo.

Cuando crucé hacia la calle que me llevaría a Manhattan, pensé en la semana pasada. Analicé cada minuto que había pasado con Krystina, revisando todo cuidadosamente como si estuviera descifrando un libro de jugadas. Había demasiada incertidumbre y tuve que ponerlo todo en orden. Donde correspondía.

Krystina me había estado lanzando bolas curvas desde el primer día. Y aunque pude haberme equivocado con algunas, fui capaz de comprender mis errores y cambiar de táctica en consecuencia.

Al menos hasta esta noche.

Ya no era Krystina quien me tomaba por sorpresa, sino yo mismo. Las reglas de mi propio juego se habían vuelto borrosas.

No parecía posible que solo unas horas antes, tuviera en mi mano el trasero de Krystina en el aire, hermoso y rosado. Ella había estado arqueándose y jadeando, lista para perder la cabeza al menor toque. Pero no la tomé. Normalmente, mi razonamiento hubiera sido que cada sumisa tenía que iniciar en cierto momento. Había estado antes con nuevas sumisas. Algunas de ellas funcionaban bien, pero a otras solo les gustaba la idea de ser dominadas y fracasaban estrepitosamente al ponerlas a prueba.

Esta noche, Krystina había estado dispuesta. Lo vi en sus ojos. Definitivamente sumisa, a pesar de la forma en que se mantuvo en guardia y luchó con uñas y dientes por cada cosa pequeña. Había necesitado cada gramo de fuerza de voluntad que poseía para alejarla. Mi oportunidad de enseñarle había estado ahí, pero parecía incorrecta. En algún momento, me di

cuenta de que no quería que Krystina solo probara las aguas. La quería por completo. Sin ningún arrepentimiento. Y no solo para una aventura de una o dos noches, quería que fuera algo frecuente.

Sin embargo, después de ver la meticulosa organización de su apartamento esta noche, mis reservas sobre si podríamos ser una pareja factible crecieron aún más. Parecía que a Krystina le gustaba el orden y el control casi tanto como a mí. Pudiera ser que lograra el éxito en descubrir su lado sumiso, pero no estaba seguro de que pudiera entregar el control total. Esta era una gran preocupación, y me preguntaba si ella podía confiar en mí lo suficiente como para dejarlo ir.

Ella tenía qué hacerlo.

No podría haber debate al respecto. Cuanto más la conocía, más me encontraba comprometiendo mis ideales para acomodarla, y me quedaba muy poco para dar. Era capaz de llegar a un compromiso ocasionalmente, pero no podía renunciar al control total. Hacerlo podría ser desastroso.

Mantener la contención era una necesidad absoluta, ya que no podía permitirme ese tipo de vulnerabilidad. La sangre que corría por mis venas no me dejaba otra opción.

Porque, incluso en su ebrio estupor, Krystina no sabía cuánta razón tenía.

Realmente ella era un ángel y yo un demonio.

Krystina

SENTÍA UN DOLOR PUNZANTE QUE ME ATRAVESABA EL OJO DERECHO. TRATÉ de parpadear para deshacerme de él, solo para encontrarme cegada por la brillante luz del sol que entraba por las persianas de la ventana de mi habitación. Me llevé las manos a la cabeza y apreté las sienes. Me moví para sentarme y sentí que se me revolvía el estómago. Me sentía como si me hubiera atropellado un autobús. Abrí lentamente mis ojos y les permití adaptarse a la luz.

Cuando mi visión finalmente se enfocó, recordé la cantidad de vino que había consumido la noche anterior.

Soy tan idiota, ¿por qué bebí tanto?

Miré el reloj de mi mesita de noche para ver la hora y vi una botella de aspirina y una nota apoyada en una taza. Gemí en voz alta cuando el resto de los recuerdos de la noche anterior regresaron.

Por favor, que sean solo un sueño.

Probablemente una pesadilla sería más preciso. Pero sabía que no era ni uno, ni otro, cuando me acerqué a la nota en la mesita de noche.

Toma dos aspirinas y bebe esto.

Hay más en tu refrigerador, si lo necesitas.

El pan tostado también te ayudará. Nada de café, te hará sentir peor y quiero que estés mejor para más tarde. Deseo verte esta noche.

Afectuosamente,

El diablo en tu hombro

—¡Oh no!" Me dije y me tiré de nuevo sobre las almohadas. La acción no

ayudó precisamente a que no se me revolviera el estómago, pero nada podría ser más terrible que la mortificación que sentí en ese momento. Solo podía imaginar lo que él estaría pensando sobre mí.

¿Tenía que decírselo? ¿El ángel y el diablo? ¿El estúpido e infantil subconsciente que me había estado gobernando últimamente?

No podía pensar en un momento en el que me haya sentido más tonta en mi vida.

Miré la taza en la mesita de noche y su contenido. Era un líquido de color ámbar con un limón flotando en él. Cogí la taza y olí el brebaje. Olía a té de hierbas. Lentamente tomé un sorbo vacilante y tuve que contener una mordaza ante el sabor dulce y enfermizo.

¿Qué diablos es esto?

Ciertamente no era nada de lo que guardaba en la casa.

Sin embargo, después de un momento, mis papilas gustativas reseca reconocieron que en realidad era algo de mi cocina. Preparó té de manzanilla con una cantidad ridícula de miel. El limón probablemente fue para ayudar a desintoxicarme. Habiéndome dado cuenta finalmente de lo que estaba bebiendo, vomité con avidez toda la taza, mi boca y mi cuerpo gritaban desesperadamente por hidratarme.

Sorprendentemente, mi estómago se asentó después de solo unos momentos, lo que me permitió tener fuerzas para salir de la cama. Agarré el frasco de aspirinas y fui a la cocina a buscar más del elixir milagroso de Alexander.

Cuando entré a la cocina, encontré una barra de pan esperándome en la encimera.

Pan tostado.

Alexander debe haberme dejado el pan. Y, como prometió, había más té esperándome en el refrigerador. Sonreí ante su consideración, pero sus acciones me hicieron sentir aún más ridícula.

Pensé en cómo manejar los eventos de anoche, mientras ponía dos piezas de pan en la tostadora. Mi cerebro se sentía confuso y poner mis pensamientos en orden fue una lucha.

Seguro que le debo una disculpa, pero definitivamente no quiero llamarlo ahora.

No había forma de que pudiera tener una conversación real con Alexander después de mi irresponsable comportamiento ebrio. Después de la forma en que había actuado anoche, estaba segura de que querría cancelar nuestros

planes para esta noche, por muy tentativos que pudieran haber sido. Tuve que encontrar una manera de darle una salida, ya que probablemente solo estaba tratando de ser amable con su nota.

Necesitaba ser realista.

¿Por qué el sofisticado Alexander Stone querría tener algo que ver con una idiota borracha como yo?

Solo quería enviarle un mensaje de texto, pero por alguna razón, eso parecía demasiado impersonal. Entonces recordé que había programado su dirección de correo electrónico en mi teléfono.

Quizás un correo electrónico sea mejor.

En un correo electrónico, podría decir un poco más, y tal vez incluso hacer una broma sobre mi vergonzosa revelación de ángel y demonio. Entonces podría darle la oportunidad de retirarse con gracia.

El pan saltó de la tostadora y el olor provocó un gruñido hambriento en mi estómago. Dejé de lado la mantequilla, como me había sugerido Alexander, coloqué la tostada en un plato y volví a mi habitación. Una vez allí, me senté en mi escritorio y encendí la computadora portátil. En la pantalla estaba el acuerdo que había escrito la noche anterior.

Probablemente ya no sea necesario ahora.

Pero guardé el documento por si acaso. Una vez guardado, archivé el documento en una carpeta y salí de esa pantalla para abrir mi bandeja de entrada.

PARA: Alexander Stone

DE: Krystina Cole

ASUNTO: Mis disculpas

Al diablo en mi hombro:

Gracias por cuidarme anoche, pero debo disculparme por ser tan profusa. No tengo la costumbre de perder el autocontrol, como lo hice, y espero que no utilices lo de anoche como un reflejo de mi verdadero carácter. Pero, de cualquier manera, después de mi comportamiento, entendería completamente si quisieras cancelar nuestros planes para esta noche.

Sinceramente,

Krystina

Pensé que mis palabras eran de disculpa y tacto al mismo tiempo. Le di la oportunidad de retirar su invitación, sin sonar demasiado patética.

Perfecto.

Satisfecha con mi correo electrónico, presioné el botón de enviar.

Sin embargo, después de hacer clic en la tecla para enviar mi disculpa por el mundo de las comunicaciones cibernéticas, una ola de tristeza se apoderó de mí. Sentí que me estaba despidiendo de una manera extraña. Alexander había abierto una puerta que había logrado mantener cerrada durante tanto tiempo, y me dolía pensar que tendría que volver a cerrarla.

¿Y si decide aceptar mi oferta y cancelar nuestros planes para esta noche?

Por primera vez en años, me había dejado vulnerable y tenía miedo del rechazo.

Quizás no debería haberle dado una salida tan fácil.

Después de que pasaron unos diez minutos, mi computadora hizo ping, indicando la llegada de un nuevo correo electrónico. Era de Alexander. Abrí con entusiasmo el mensaje entrante.

PARA: Krystina Cole

DE: Alexander Stone

ASUNTO: No se necesitan disculpas

A mi ángel:

No te preocupes. Nos pasa a los mejores. En cuanto a tu comportamiento, debo admitir que disfruté bastante tu lengua suelta. Me diste una pequeña idea de lo que realmente estás pensando, algo con lo que me encuentro luchando con frecuencia.

Espero con ansias nuestra velada juntos. No consideres cancelar. Estaré esperando con anticipación hasta que pueda volver a verte.

Hasta más tarde,

Tu diablo ansioso

Sonreí para mis adentros después de leer su respuesta. Parecía que iba a tener un día muy ocupado.

SABÍA que esta noche no podría ir a casa de Alexander sin un poco de conocimiento sobre lo que era el BDSM. Insistía en que sabía en lo que me estaba metiendo. Y si era honesta conmigo misma, prácticamente no sabía nada. La investigación era clave para una mejor comprensión. Me había sentido muy ingenua anoche, más de lo que quería admitir. Necesitaba

ampliar mis conocimientos, expandir mi conciencia, aunque sólo fuera para protegerme. Este era un mundo desconocido para mí, pero quería explorarlo. Entrar en él a ciegas sería extremadamente tonto.

Me puse cómoda con una sudadera y una camiseta, luego me tumbé en la cama con mi computadora portátil. Era hora de educarme.

Los resultados de mi búsqueda inicial sobre BDSM arrojaron definiciones de enciclopedia en línea descriptivas y varias páginas de compras.

Aburrido.

No estaba buscando comprar vibradores y trajes de cuero, y ciertamente no estaba interesada en las definiciones clínicas.

Límites duros, límites suaves, palabras seguras, bla, bla, bla.

Ni siquiera estaba segura de lo que todo eso significaba.

Entonces, ¿qué es lo que estoy buscando?

Me mordí el labio inferior, tratando de decidir qué era exactamente lo que quería averiguar. Pensé que tal vez algo con imágenes me daría más qué pensar. Hice clic en la pestaña de imágenes.

¡Santo cielo!

Las imágenes extremas que llenaron la pantalla no se parecían en nada a lo que había sucedido anoche en el penthouse de Alexander. Incluso sus locas insinuaciones nunca me habrían llevado a imaginar las cosas que estaba viendo. Nada podría haberme preparado para lo que vi en la pantalla.

Las imágenes eran casi aterradoras, y algunas resultaban repugnantes. Mujeres brutalmente atadas y enjauladas, con extraños artilugios conectados a sus partes femeninas. Parecía doloroso y en gran parte peligroso.

¿Es esto lo que quiere Alexander?

Había pensado que entendía levemente lo que quería, pero ahora no estaba tan segura. Mis ojos se agrandaron y sentí que mi corazón comenzaba a latir con fuerza dentro de mi pecho mientras trataba de descifrar lo que mostraban las imágenes.

Una canción de 'Nine Inch Nails' comenzó a sonar en mi cabeza, y cerré la computadora portátil de golpe. No podía imaginarme cómo una persona cuerda se libraría de ser golpeada, quemada o pinchada con agujas. Para mí, las imágenes sádicas que acababa de ver no tenían nada de sexual. Íban más allá de los límites, por razones obvias. No podía creer que eso era lo que Alexander quería.

Momento... ¿qué era lo que estaba leyendo sobre límites duros?

Vacilante abrí la tapa de la computadora portátil y volví al enlace que

inicialmente había considerado aburrido.

Al menos esa página no me dará pesadillas por el resto de mi vida.

Leí las áridas y larguísimas explicaciones sobre la historia y la cultura del dominante y el sumiso.

¡Tiene que haber algo mejor que esto!

Era imposible creer que no hubiera solo una explicación básica disponible. Después de leer durante más de una hora, todavía sentía que no sabía nada.

Finalmente encontré una página de recursos de sadomasoquismo y comencé a desplazarme por los artículos. Cuanto más leía, más encontraba que el juego pervertido era en realidad algo muy normal. Pero lo más importante es que aprendí sobre los diferentes niveles de BDSM.

La mayoría de la gente se perturbaba bastante, tan solo practicando mis ideas iniciales de BDSM. Algunas nalgadas y unos juegos de roles. Sin embargo, había otras personas que eran más extremas, como las imágenes de miedo que acababa de ver. Simplemente no podía imaginarme si había un término medio en todo esto.

Esta mierda es demasiado complicada.

Podría investigar todo el día y la noche y aún seguir sin entenderlo realmente. Solo había una cosa de la que estaba segura, Alexander tenía que dar algunas explicaciones serias.

Alexander

APRETÉ EL BOTÓN DEL INTERCOMUNICADOR EN MI ESCRITORIO PARA finalizar la llamada con George Canterwell. Inclinéme hacia atrás en mi silla, froté una mano por la parte de atrás de mi cuello. Se perfilaba como una semana larga y apenas había comenzado.

Stone Enterprise había estado comprando propiedades de Canterwell durante un par de años. Nuestras transacciones habían sido fáciles al principio, ya que él estaba ganando terreno, retirándose y viajando por el mundo. Quería terminar con todo y había sido sencillo recuperar sus propiedades por un precio bajo. Pero la vejez y su nueva y joven esposa lo habían convertido en un bastardo codicioso. Y aunque pude apreciar su crueldad, no estaba dispuesto a pagar más que el valor de mercado por lo que tenía para ofrecer. Era hora de cortar los lazos con el anciano y seguir adelante.

El intercomunicador zumbó y gemí.

Será mejor que Laura no me diga que es Canterwell llamando de nuevo...

—Sí —corté en el altavoz.

—Sr. Stone, Kimberly Melbourne está aquí para verlo —me informó Laura.

Bien.

Mi cita llegaba veinte minutos antes, pero sería un cambio de ritmo bienvenido después de una mañana estresante.

—Dile que saldré enseguida. Además, voy a enviar información sobre una propiedad en Westchester. Necesito que fijes una hora de reunión con el agente inmobiliario. Me gustaría negociar un precio de venta.

—Sí, señor. Tendré la fecha y la hora cargadas en su calendario dentro de una hora.

—Gracias, Laura. —Le envié rápidamente el enlace que contenía la información sobre el anuncio. Todavía no estaba seguro de qué iba a hacer

con la tierra, pero me había gustado lo que había visto. Sería una gran inversión si podía conseguirla por el precio adecuado.

Una vez que la computadora emitió el *silbido* que indicaba que se había enviado el correo electrónico, me levanté de mi asiento detrás del escritorio, me puse una chaqueta deportiva azul marino y salí de la oficina.

Encontré a Kimberly Melbourne sentada en el sofá de la sala de espera, quitando pelusas invisibles de su costoso traje de negocios. Su cabello estaba apretado en un giro severo que combinaba con su personalidad perfeccionista.

—Kimberly —saludé cuando me acerqué a ella. La ingeniera de diseño miró hacia arriba al escuchar mi voz y se puso de pie extendiendo su mano para saludarme.

—Sr. Stone —ella asintió. Tomé su mano extendida. Su agarre era firme. Sin tonterías. Por eso la apreciaba tanto. Era segura de sí misma, eficiente. Y trabajaba rápido.

—Gracias por aceptar este proyecto en tan poco tiempo. Sé lo ocupada que está, pero mi nueva directora de mercadotecnia comenzará a trabajar antes de lo que había previsto. Me gustaría que su espacio estuviera completo antes de que empiece.

—Oh, ni siquiera lo piense dos veces —se sacudió con un movimiento de su mano manicurada—. Ha pasado un tiempo sin solicitar mi experiencia. Cuando llamó, estaba más que feliz de complacerle.

Y estoy seguro de que la suma que te ofrecí hizo que dejaras a tus otros clientes para estar aquí.

Sin embargo, se las arregló para hacer malabares con su horario, cosa que no me preocupaba mucho. Lo que importaba era que ella estuviera aquí y que la oficina de Krystina estuviera terminada antes del lunes.

—Y lo aprecio. Ahora, si me sigue por aquí, tengo un gran espacio al que quiero que le eche un vistazo. El piso treinta y siete quedó vacío hace unos seis meses, y los antiguos inquilinos dejaron un poco de desorden. En lugar de limpiarlo, hice que destriparan por completo el piso hasta que pudiera decidir qué hacer con él. Dicho esto, tendrá una pizarra bastante limpia con la que trabajar.

Juntos, nos dirigimos al ascensor y comenzamos el descenso hasta el piso que pronto albergaría la división de mercadotecnia de Stone Enterprise.

Cuando se abrieron las puertas, se reveló un sitio de construcción polvoriento. Láminas de plástico colgaban del techo, bloqueando ciertas áreas

donde ya se estaba trabajando. Las fuertes vibraciones de las lijadoras mecánicas se podían escuchar desde varios puntos del piso.

—No sabía que ya había comenzado a trabajar, Sr. Stone —dijo Kimberly, pareciendo algo sorprendida por el desastre que teníamos ante nosotros.

—Sólo las paredes, Kimberly. No estaba bromeando cuando dije que había destripado el piso. Hice que mi ingeniero de construcción comenzara con el trabajo básico de los paneles de yeso, ya que eso lleva algo de tiempo. Todavía hay que dividir las salas, seleccionar el piso, pintar, los servicios.

—Y ahí es donde entro yo —terminó con una sonrisa—. Me ha dado un lienzo en blanco, Sr. Stone. Estoy ansiosa por hacer el diseño.

—Antes de que se marche hoy, la pondré en contacto con todas las partes necesarias para el trabajo. Se traerá muy poco de las oficinas existentes. Ya le he dado instrucciones a Gavin, mi técnico informático, para que compre las estaciones de trabajo necesarias. Y en cuanto al lienzo en blanco, también tendrá un cheque en blanco. Mi contador se asegurará de que tenga todo lo que necesite en este proyecto.

Ni siquiera se inmutó ante eso, ya que había trabajado para mí en el pasado.

—Perfecto. ¿Alguna idea sobre lo que le gustaría a su Director de Mercadotecnia?

—Su nombre es Krystina Cole. Y, sinceramente, no sé mucho sobre sus preferencias de decoración —dije con el ceño fruncido—. Ama la música. Creo que es seguro asumir que la usará con frecuencia en sus estrategias publicitarias de radio o televisión. Decida lo que decida, su oficina debe incorporar un sistema de sonido de alta gama como mínimo.

—Eso será bastante fácil. ¿Y sobre las otras áreas del piso? ¿Cree que la señorita Cole querría que el espacio se dividiera en espacios de oficina separados? ¿O quizás cubículos?

—Sin cubículos. Los detesto —le dije.

—No lo pensaba, pero creí mejor preguntar por si acaso. Dado que este piso será para mercadotecnia, lo más probable es que las oficinas separadas funcionen mejor. Permitirá que las personas piensen de forma creativa, sin ninguna interrupción de la persona en el escritorio de al lado.

—Pienso exactamente lo mismo —estuve de acuerdo. Kimberly se puso un dedo en la barbilla y miró a su alrededor con aire contemplativo.

—¿Alguna preferencia sobre el tamaño de las oficinas?

—La oficina de la señorita Cole debe ser espaciosa. No puede verlo desde

aquí debido al plástico que cuelga, pero hay grandes ventanas en el otro extremo del piso. Incorpore los de su espacio personal. Necesitará una especie de sala de conferencias considerable, un lugar para reuniones y planificación del diseño. En cuanto a las otras áreas, creo que de ocho a diez oficinas deberían ser suficientes. Tendrá que ponerse de acuerdo con Josh Swanson en el diseño del espacio. Él está aquí por alguna parte... —me alejé, escaneando el piso en busca del paradero del ingeniero de construcción.

Como si fuera una señal, Josh salió de detrás de una lámina de plástico colgante, con su cabello oscuro, hombros y brazos completamente cubiertos de polvo de yeso. Se quitó un par de gafas de seguridad de la cara, dándole una apariencia de mapache. Pareció sorprendido de vernos allí parados.

—Sr. Stone, no me di cuenta de que estaba aquí. Tendrá que perdonar mi apariencia —bromeó casualmente, tratando de quitarse algo del polvo que lo cubría—. ¿Que puedo hacer por usted señor?

—Josh, me gustaría que conocieras a Kimberly Melborne. Ella será la diseñadora del proyecto. Kimberly, este es Josh Swanson, mi ingeniero de construcción.

—Es un placer conocerla, señora —le dijo Josh asintiendo—. Le estrecharía la mano, pero como puede ver, estoy lleno de polvo y barro.

—¡Está bien! Puede guardarse el barro para usted —dijo Kimberly con una risa tranquila.

—Acabamos de empezar a trabajar. Hasta ahora, logramos levantar y sellar el panel de yeso. Hoy terminaremos con el lijado.

—Lo has hecho genial, Josh. Estoy feliz con el progreso —aprecié—. A partir de este momento, puedes seguir la dirección de Kimberly. Confío en su juicio. Lo que ella quiera, constrúyelo.

—Tengo un marco de tiempo ajustado para trabajar. Prometo no proponer nada demasiado extravagante —le aseguró Kimberly.

—¿Quieren echar un vistazo? ¿Puedo mostrarles lo que hemos hecho hasta ahora? —Josh nos preguntó.

—Absolutamente. Quiero ver bien el espacio en el que tengo que trabajar, así como tomar algunas medidas —dijo Kimberly. Metió la mano en su enorme bolso de hombro y sacó una cinta métrica y un bloc de papel.

—Ustedes dos pueden seguir adelante. Los alcanzaré en un momento —les dije.

Una vez que se alejaron, saqué mi celular para llamar a Krystina y preguntarle sobre las especificaciones que pudiera tener para la oficina.

Marqué su número, pero me detuve antes de presionar el botón de enviar.

Si la llamaba, ella sabría lo que estaba haciendo. En este momento, no tenía idea de que le estaba dando un piso entero en mi edificio. No sabía que tendría su propio dominio, su propio mundo dentro del mío y acceso completo a todas las comodidades que Cornerstone Tower tenía para ofrecer. Quería que ella se sorprendiera.

Decidí mantenerla al margen por un tiempo más, y guardé el teléfono en el bolsillo en lugar de llamarla. Miré hacia donde estaban Kimberly y Josh. Kimberly estaba señalando algo en el techo.

¿Qué querría Krystina en un espacio de trabajo?

Pensé en el apartamento de Krystina mientras me dirigía hacia los ingenieros. Su casa no era llamativa, los colores eran más apagados. Su dormitorio era muy similar, solo un poco más ecléctico, con sus citas de Maya Angelou y el edredón de cama con estampado de lirios. Su espacio era suave. Femenino.

—Josh y yo estábamos hablando y pensamos en abrir el techo. Exponer los conductos le dará al piso un aspecto más industrial y moderno —comenzó Kimberly cuando llegué a ellos.

—No, nada demasiado moderno —interrumpí.

—Oh, um... está bien —dijo Kimberly, mirando a Josh.

Pero ninguno de los dos conocía a Krystina como yo, incluso si mi conocimiento era limitado. Tenía una forma convencional sobre ella. Querría que su oficina fuera cálida y acogedora, que no pareciera un almacén industrializado abierto roto. Sería demasiado frío para su gusto.

—Mantengan lo tradicional. Los tonos tierra serán los mejores —aconsejé.

—Puedo trabajar con eso. Una vez que tengamos el plano de la planta, recogeré algunas virutas de pintura, luego Josh y yo las revisaremos juntos para decidir qué color va dónde.

—Y lirios —agregué como una ocurrencia tardía—. A la señorita Cole le gustan los lirios.

Ambos adoptaron una mirada curiosa, pero ninguno de ellos preguntó cómo sabía esa información. Sabían que era mejor no cuestionarme.

—Música, tonos tierra y lirios. Estoy segura de que puedo encontrar una manera de unirlo todo —dijo Kimberly con confianza.

Josh parecía escéptico, pero no le presté atención. Kimberly era la mejor en su campo. Ella tenía veinte años de experiencia y cinco de ellos los había pasado trabajando para mí. Sabía que encontraría una manera de incorporar

mis deseos en un diseño que fluyera sin problemas.

—No me importa cómo lo hagas, siempre y cuando se haga bien.

DEJÉ a Kimberly y Josh para abordar su nuevo proyecto y regresé a mi oficina. Una vez que estuve allí, revisé las últimas actividades que quedaban en mi agenda. Envié un correo electrónico a mi contable con una actualización sobre la construcción y respondí algunos otros que necesitaban mi atención.

Me di cuenta de que Laura había programado una cita con el agente de ventas en Westchester y me complació ver las notas que había incluido en el calendario. Laura era la mejor asistente personal que había empleado hasta la fecha. No solo era eficiente, sino que también tenía la habilidad de obtener información útil. Al parecer, el vendedor estaba ansioso por mudarse de la propiedad.

Impuestos atrasados.

Eso facilitaría mucho las negociaciones. Tomé nota mental de darle un aumento a Laura.

Una llamada a Justine era la última orden del día. Casi lo temía, porque sabía que probablemente estaba esperando una actualización sobre la situación de Charlie. Sin embargo, por mucho que deseara que lo dejara pasar y me dejara manejar las cosas, una llamada para ella era una necesidad hoy. Necesitábamos discutir sobre la cena benéfica que tendría lugar en unas semanas.

Justine era la fuerza impulsora detrás de los esfuerzos de recaudación de fondos para la Fundación Stoneworks, y quería verificar el progreso de la recaudación anual más grande que había organizado la fundación. El éxito de esta cena aseguraría que el Refugio de Mujeres de Stone abriera a tiempo.

Marqué su número de celular y esperé a que contestara.

—Hola, Justine. Soy yo —dije una vez que contestó.

—Estoy tan contenta de que hayas llamado. No sé lo que hiciste, Alex, pero Charlie no me ha llamado ni enviado mensajes de texto en las últimas veinticuatro horas —dijo de inmediato, tal como sabía que lo haría.

—Te dije que me ocuparía de eso, y lo hice.

—¿Puedo preguntar? ¿Qué hiciste?

—Conseguimos que firmara una orden de mordaza, o de lo contrario enfrentaría un cargo de extorsión. Fue pan comido. No te preocupes por eso.

El contrato es hermético y el secreto está a salvo.

—Sé que estás haciendo esto por mi culpa. Lo siento mucho —dijo con pesar—. No quería tener que involucrarte. No sabes cuánto significa para mí.

Me recliné en mi silla y suspiré.

—Sí, bueno... si no fuera por mí, no tendrías que preocuparte por los medios informativos. Además, no quiero un fiasco mediático más que tú. ¿Has hablado con Suzanne?

—Sí. Ella conoce el meollo de lo que está pasando. Esperaba que pudiéramos vernos para almorzar hoy, pero estaba ocupada en el trabajo. Planeamos un día de spa para más adelante en la semana. Entonces la pondré al corriente de más cosas.

—Me alegra oírlo. ¿Cómo va la planificación de la recaudación de fondos de Stone's Hope?

—¡Oh, eso es otra cosa que me ha preocupado! Charlie sabe la cantidad de trabajo que implica este evento. Sería propio de él arruinarlo —dijo, con la voz llena de desprecio—. Se divierte causando una escena. Podría verle hablando sin parar ese día.

—Entonces, ¿cuál es la condición de la cena? —Le pregunté de nuevo, deteniendo su perorata.

—Oh, lo siento. Sí. En realidad, las cosas van bien. Las entradas están casi todas vendidas. Tenemos algunos donantes grandes que participan con artículos de gran valor para la subasta silenciosa. El florista está arreglado y el menú ya está decidido. Solo necesito reunirme con la banda y discutir su tarifa.

—Si crees que son buenos, págales lo que quieran. Esa será mi donación por parte de Stone Enterprise.

—Ya veremos. Todavía tengo que escucharlos tocar. Si no me gusta cómo suenan, iré con la banda que se utilizó en el baile de la Cámara de Comercio del año pasado. De todos modos, ya lo tengo planeado, pero pensé en buscar a alguien diferente a lo habitual. Una vez que decida con quién voy, podemos discutir quién paga.

Me alegró saber que tenía todo bajo control. Hice bien en nombrarla Jefa de Relaciones y Recaudación de Fondos de la Fundación Stoneworks. Justine era mejor cuando tenía un enfoque, una causa en la que podía lanzarse. Stone's Hope encajaba perfectamente con ella.

—Parece que tienes bien organizadas las cosas. Tengo que irme ahora, Justine. Pero, de cualquier manera, déjame saber sobre la banda.

—Lo haré. Y Alex... gracias de nuevo por lo de Charlie.

—Te cuidaré. Siempre —dije con seriedad. Justine era como un pájaro frágil con un ala rota. Era mi deber ser fuerte para ella, ayudarla a superar cualquier mierda que le arrojaran. Tenía que romper el ciclo interminable que era su vida, que era nuestra vida—. Hablaré contigo más tarde, Justine.

Terminé la llamada y miré el reloj. Fue un buen día, uno productivo, pero el tiempo se me había escapado y todavía tenía que hacer algunas paradas antes de ver a Krystina esta noche.

Satisfecho de dejar todo en orden hasta mañana, llamé a Hale.

—¿Ha terminado su día, jefe? —preguntó al responder.

—Así es. Trae el auto. Krystina vendrá esta noche y tengo algunas cosas que hacer antes de enviarte a buscarla.

El silencio en el otro extremo de la línea ante la mención de Krystina me molestó. Colgué, en lugar de esperar a escuchar lo que podría haber dicho Hale.

Podría admitir que una mujer en mi casa dos noches seguidas era una rareza para mí. Pero Hale no sabía lo aburrido que me había vuelto últimamente. Estaba cansado de la mujer predecible. Eran mundanas. Fáciles de entender y de influenciar. Krystina lo era todo menos esas cosas.

Cerré los cajones del escritorio y luego apagué la computadora. Antes de presionar la tecla de apagado, releí los correos electrónicos entre Krystina y yo de más temprano ese día.

Mi ángel.

Krystina, comprensiblemente, se había sentido avergonzada, pero no había necesidad de que intentara alejarme.

De nuevo.

No permitiría que sucediera más. Era hora de romper sus mecanismos de defensa y domar el petardo que era. Sin embargo, el camino por delante se iba a poner difícil, porque sabía que Krystina no caería sin luchar.

Krystina

FIEL A SU PALABRA, ALEXANDER ENVIÓ A HALE A RECOGERME puntualmente a las siete. Me decepcionó un poco que Alexander no estuviera en el coche, pero el trayecto hasta el penthouse terminó siendo corto. Alexander vivía más cerca de lo que yo pensaba.

Cuando llegamos, Hale me acompañó por el vestíbulo del edificio hasta el ascensor del penthouse e insertó su tarjeta de acceso. Mientras esperábamos que llegara el ascensor, miré hacia el mostrador de seguridad y vi a Jeffrey, el joven que había estado tan ansioso por complacer a Alexander. Él asintió con la cabeza cortésmente cuando capté su atención y le di un pequeño saludo a cambio.

—Por favor, entre señorita Cole. El Sr. Stone la está esperando. Disfrute su velada —me dijo Hale.

Lo miré con sorpresa. Esa era la primera vez que Hale me hablaba directamente. Aún más impactante fue el fantasma de una sonrisa jugando en sus labios. Normalmente era muy severo y serio, y me pilló con la guardia baja.

Lo miré, quiero decir, *realmente* lo miré, por primera vez. Era mucho mayor que yo, probablemente alrededor de los cincuenta si tuviera que adivinar, y no tan amenazador como había pensado originalmente. Tenía ojos amables, el tipo de ojos que se iluminarían de risa si tuviera la oportunidad. Supongo que Alexander no le daba mucho tiempo para reír.

El hecho de que Hale hubiera encontrado de repente su voz me había provocado una sacudida. Un silencio incómodo se instaló entre nosotros. Nunca había pensado mucho en conversar con Hale, ya que siempre había estado tan concentrada en Alexander.

¿Sabe Hale sobre el estilo de vida alternativo de su jefe? Y si lo sabe, ¿lo aprueba? ¿Qué pensará sobre mí?

A medida que la nueva comprensión se arraigaba, me resultó difícil mirar

a Hale a los ojos. La confianza que había sentido al entrar al edificio desapareció de repente, reemplazada por inseguridades avergonzadas. Las palabras salieron de mi boca con torpeza.

—Yo, um... gracias, Hale —respondí tímidamente y rápidamente me metí en el ascensor que esperaba.

Las puertas se cerraron y esperé mientras subía el ascensor. Sola, en el espacio reducido del ascensor, mi aprensión creció. Sabía que estaba siendo ridícula, pero no podía controlar mi vacilante convicción. Y no era solo por la incomodidad que acababa de experimentar con Hale. Después de la investigación que había hecho hoy, no podía evitar la sensación de estar caminando a ciegas hacia la guarida de un león.

Tragué un nudo que comenzaba a formarse en mi garganta, mientras el ascensor continuaba subiendo. La fuerza descendente de subir tan rápido no ayudaba en nada, y el bulto rápidamente se convirtió en un nudo en la boca de mi estómago.

¿Qué estoy haciendo? Debo estar loca.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Alejandro me estaba esperando. Estaba apoyado contra una pared, con una expresión diabólica en su hermoso rostro.

—Buenas noches, Krystina —dijo arrastrando las palabras.

Solo una mirada a él y palidecí instantáneamente. Luché por controlar el temblor de los nervios que amenazaban con tomar el control.

No entraba en la guarida de un león, era más como si hubiera entrado casualmente en la guarida del diablo.

Pasaron por mi mente imágenes de Internet, combinadas con pesadillas infantiles de monstruos y vampiros. No tuve problemas para imaginarme a Alexander empuñando un látigo, conmigo encadenada a la pared de un calabozo sucio mientras un extraño hombre enmascarado chupaba mi sangre.

—Krystina, ¿qué pasa? Parece como si hubieras visto un fantasma. —Alexander corrió a mi lado alarmado, sus largas piernas cerraron la distancia entre nosotros en cuestión de segundos.

—No es nada. Yo solo... no es nada —dije, sacudiendo la cabeza para librar mi imaginación hiperactiva de las imágenes oscuras.

Esta es la vida real, no una película de Stephen King.

—Espero que no sigas preocupada por haberte emborrachado anoche, porque puedo asegurarte de que no hay problema. Nos pasa a los mejores —afirmó con indiferencia.

Sí, claro.

Me costaba creer que el sofisticado Alexander Stone se permitiera emborrachar alguna vez. Ni siquiera una sola vez.

—No, no, no es eso —le aseguré, todavía sintiéndome incómoda—. Solo tenemos que hablar de algunas cosas, eso es todo.

Pasa a la sala. Ya tengo las bebidas servidas y el fuego encendido —dijo, tomando suavemente mi codo y guiándome hacia uno de los sofás de cuero.

El calor del fuego se sentía bien, calentando mis manos repentinamente frías y húmedas. Una vez que estuvimos cómodamente sentados, Alexander me entregó un vaso con una especie de líquido marrón amarillento. Brandy, oporto, whisky, no importaba lo que fuera. Tomé un gran trago, experimentando el picante sabor a almíbar mientras bajaba. Me permití un minuto para ordenar mis pensamientos, dejando que el calor del alcohol me inundara.

Las cejas de Alexander se arquearon con asombro.

—Lo siento —me disculpé tímidamente, y rápidamente puse la bebida en la mesa de café.

—Krystina, solo dime qué tienes en mente —me exigió, pero su preocupación era inconfundible. La forma en que vacié la mitad de mi vaso, comprensiblemente lo tomó por sorpresa. Incluso a mí me tomó por sorpresa.

Borracha anoche, dándole duro de nuevo esta noche; a este ritmo estaré en AA antes de que termine la semana.

—No estoy segura de por dónde empezar... —me detuve.

—Tómate tu tiempo. —Me miró, esperando pacientemente a que continuara.

Está bien. Él necesita saberlo y tú necesitas que te responda tus preguntas.

Respiré profundamente.

—Mira, no he estado con nadie en dos años... al menos no sexualmente. Y para ser honesta, no he querido. Estar sola me ha sentado muy bien. No tenía ningún interés en las relaciones o las citas, e incluso en el sexo. Hasta que te conocí.

—Krystina, si quieres una relación....

—Por favor, Alex. Solo escucha. Tengo que sacar esto —le dije, levantando una mano para que dejara de hablar—. No busco un compromiso de por vida, estoy bien solo con el sexo. Pero debes entender que aceptar estar contigo es un gran paso para mí. Es muy importante que lo

mantengamos simple, sin condiciones. No estoy preparada para ningún apego emocional. Confío en que lo mantendrás así.

—Pensé que eso era lo que ya habíamos acordado —expresó con cautela—. No estoy del todo segura a dónde vas con esto.

—Anoche las cosas se complicaron un poco. Al menos para mí lo hicieron. Tenías razón, soy extremadamente inculta, especialmente en todo el asunto del BDSM. Hasta esta tarde, pensaba que solo querías azotarme y, bueno... ya sabes. Jugar al médico, o algo así —confesé.

Mi corazón comenzó a latir rápidamente, acelerado por la angustia nerviosa. Mi ignorancia sobre el tema era más que vergonzosa, y luché contra el rubor que amenazaba con superarme.

—El juego de roles puede ser parte del BDSM. Dependería de tus preferencias. —Todavía estaba algo cauteloso, y esperó tenazmente para ver a dónde iba con mi confesión.

—Sí, bueno... sobre esas preferencias. Hoy hice un poco de investigación en línea.

El calor subió por mi cuello. Por mucho que lo intenté, no pude detenerlo. Y cuando vi sus ojos abrirse con una curiosa especulación, solo aumentó mi humillación aún más, profundizando el carmesí que cubría lentamente mis mejillas.

—¿Y *qué* encontraste exactamente, Krystina?

—Muchas locuras de mierda. Juguetes, artilugios extraños... lo que sea, lo vi. Después de ver todo, ahora estoy un poco confundida. Sé que hay niveles de BDSM, de sadomasoquismo, como quieras llamarlo —divagué—. Solo necesito saber exactamente en qué nivel estás *tú* antes de involucrarme más profundamente. Porque, tengo que decirlo, algunas de las cosas que vi eran bastante extrañas.

—Oh, no... —dijo, su hermoso rostro revelaba verdadera alarma. Se pasó las manos por el cabello y se puso de pie para pasear de un lado a otro frente a la mesa de café—. Mira, solo puedo imaginar lo que viste y lo que probablemente estás pensando. No soy un extremista, así que seamos claros al menos en eso.

Solté un suspiro de alivio y mi pulso de tambor rápido pareció disminuir un poco. No creía realmente que fuera un ninfómano retorcido y demoníaco que quisiera causarme daño físico, pero escucharlo decirlo en voz alta me dio al menos un poco de consuelo.

—Entonces, ¿en qué nivel estás? —pregunté. Traté de mantener la

preocupación fuera de mi voz, pero era una hazaña difícil de manejar, ya que no estaba completamente segura de con qué nivel me sentiría realmente cómoda.

—No estoy realmente seguro de clasificarme en un nivel en particular. Este tipo de cosas no son tan frías. Se trata de lo que acordemos hacer juntos y de lo que la sumisa quiera, más que nada. A pesar de lo que pudiste haber encontrado en línea, el BDSM no es un abuso. Al final del día, eres tú quien tiene el control, Krystina. No yo.

—Ahora me estás confundiendo. ¿Cómo puedo tener el control? Pensé que era yo quien se estaba sometiendo a *ti*.

—Lo eres. Como dominante, es mi trabajo cuidar de ti. Debo estar en sintonía con tus necesidades para poder satisfacer todos tus deseos y lo que quieres. Si no lo hiciera y lo hago todo sobre mí, entonces sería abuso. —La expresión de desconcierto en mi rostro era clara. Dejé de caminar, se acercó a mí y apoyó las manos en mis hombros para tranquilizarme—. Olvídate de las tonterías que viste en línea y piénsalo seriamente por un minuto. Sí, disfruto la euforia que siento cuando tengo el control y sé que tengo el poder para llevarte a tu punto de ruptura. Pero en cualquier momento, puede detener todo. Puede que sea yo quien empuñe el látigo, pero tú controlas los límites con solo usar una palabra de seguridad.

Mi estómago dio un vuelco al pensar en él usando un látigo, y me encontré haciendo un gesto de dolor.

Al menos sé lo que es una palabra segura... gracias a Dios por la investigación en línea.

—¿No puedo simplemente decir 'no'? —pregunté, tratando de mantener el miedo que sentía fuera de mi voz.

—La palabra 'no' puede malinterpretarse, especialmente en un escenario de juego de roles. Elegir una palabra segura es mejor.

—Pero, ¿qué pasa si estoy atada e indefensa? Dijiste que podrías empujarme a hacer cosas que no quiero hacer. ¿Cómo puedo confiar en que te detendrás incluso si utilizo una palabra segura?

—Esa es la razón por la que te dije que la sumisión es difícil. No se trata de obligarte a hacer cosas que no quieres. Se trata de explorar juntos. Puedo mostrarte el camino, pero tendrás que confiar en mí —dijo suavemente, inclinándose hacia adelante para quitarme un mechón de cabello rizado de la frente—. Te doy mi palabra. Nunca te presionaría más de lo que estés dispuesta a hacer, Krystina.

Lo miré a la cara y traté de encontrar algo, cualquier cosa que me diera una idea de lo que estaba pensando. No había nada siniestro y malvado en sus ojos de zafiro, solo paciencia y comprensión.

—Te creo —le dije. Y esa era la verdad, por mucho que me asombrara. Me sorprendió mi capacidad para confiar en él tan fácilmente, un hombre al que apenas conocía. Pero, aun así, todavía no habíamos terminado—. Aún hay más de lo que tenemos que hablar, Alex.

—¿Qué otras preguntas tienes?

—No tengo más preguntas, por decir. Solo algunas cosas que debemos resolver. Anoche me diste una idea cuando hablaste sobre las mujeres que requieren acuerdos de confidencialidad. —Me incliné para tomar mi bolso en el suelo junto a mis pies para recuperar un bolígrafo y la lista que había preparado.

—¿Eso es lo que quieres?

Parecía sorprendido.

—Oh no. No es nada de eso. Es como un conjunto de reglas a seguir si vamos a ..., um, a hacer esto. —De repente estaba dudando de mi estúpida idea. Le pasé la copia impresa de la computadora antes de que pudiera cambiar de opinión—. Toma, hice una lista. Solo léela.

Tomó la lista de mi mano extendida y reclamó su asiento junto a mí en el sofá. En silencio leyó el catálogo de estipulaciones. Cuando terminó, me miró con un leve humor chispeando en sus ojos.

—¿Eso es todo? —preguntó colocando el papel en la mesa de café.

Intentaba suprimir una sonrisa, pero lo ignoré y continué.

—Creo que cubrí los conceptos básicos. Solo necesitas anotar cualquier requisito que puedas tener. Mira, te dejé un espacio en blanco aquí mismo —terminé como si fuera un negocio, señalando con mi bolígrafo las líneas en blanco en el papel.

—No incluiste nada sobre tus limitaciones, Krystina. Eso es algo importante —dijo secamente—. Mis intereses en el dormitorio no son exactamente la corriente principal. ¿Puedes pensar en algo a lo que podrías oponerte?

Sangre. Dolor.

Lo miré a los ojos, tratando de encontrar las palabras adecuadas para explicar lo que estaba sintiendo sin exponer mis miedos subyacentes.

Basta, dijo que no te haría daño. Confía en él.

—Um... no lo sé. ¿Como qué? —pregunté, tratando de tener una mente

abierta.

—Tú hiciste la investigación. ¿Qué hay de las restricciones?

—No, ¡no lo digas! —exploté. De repente me invadió un pánico abrumador ante la idea de discutir esto en voz alta—. Anótalo, por favor. Será más fácil para mí.

Al instante pareció divertido, aunque en realidad no se rió. No tenía por qué hacerlo, solo la expresión de su rostro decía mucho y me decía que estaba siendo ridícula. Me sentí como una adolescente tratando de evitar la charla sobre sexo con uno de sus padres. Era absurdo. Mi única defensa racional era que, si *leía* sus preferencias no tan normales, podría mantener la compostura si algo me sorprendía.

—Está bien, jugaré a tu manera si eso significa que puedo quitarte esa ropa —dijo sugestivamente con un guiño. Sin embargo, sus ojos azules se iluminaron de risa, la verdad en ellos cortaba su rudimentario comentario, mientras tomaba la lista de nuevo.

Debí haberme molestado porque encontraba divertida la situación, pero no lo estaba. Incluso su comentario lascivo no se registró en mi radar. Solo podía concentrarme en una cosa, la bola de nervios rebotando en la boca de mi estómago mientras esperaba que él escribiera.

Pero no escribió. En cambio, se quedó allí sentado mirándome. Era enloquecedor.

¿Por qué no escribe?

—¿Qué estás esperando? —prácticamente espeté. Mis nervios se dispararon.

—¿Puedo tener el bolígrafo, por favor?

—¡Oh! —exclamé, sintiéndome tonta—. Sí, toma. Lo siento.

Le pasé el bolígrafo que había estado agarrando con fuerza en mi mano. En lugar de arrebatármelo como lo haría cualquier persona común, usó dos manos para quitarlo lentamente de mis dedos, dejando que su toque vacilara muy sutilmente sobre mis nudillos. Mi corazón palpitó por la intensidad de esa pequeña acción.

¿Quién iba a saber que entregarle un bolígrafo a alguien podría ser tan jodidamente erótico? Puede que nunca vuelva a mirar un bolígrafo de la misma manera.

—Te estás sonrojando —dijo con voz ronca, con una sonrisa astuta en el rostro. Mis manos fueron inmediatamente a mi cara. Extendió la mano para apartarlas y pasó un dedo por mi mandíbula. Un escalofrío recorrió mi

columna vertebral.

Después de un momento, dejó caer su mano. La mirada con deseo que había brillado en sus ojos ahora se había ido, y su rostro se puso serio. Miró el papel que tenía delante.

—El BDSM tiene que ver con los límites, Krystina —dijo, volviendo al asunto—. Hay límites duros y límites suaves. Es importante que nos entendamos. Por ejemplo, no haré nada con fuego o estimulación eléctrica.

—Estás bromeando, ¿verdad? —pregunté con incredulidad, sus palabras inmediatamente me trajeron de vuelta a la tierra.

Fuego o estimulación eléctrica, ¿qué diablos?

Pensé que mis ojos podrían salirse de sus órbitas. Esto era serio.

—No, Krystina. No lo estoy. —Me estudió por un minuto, antes de parecer tomar una decisión—. ¿Qué tal si escribo las cosas que *haría* y podemos partir de ahí? ¿Quieres que escriba todo?

—También podrías ponerlo todo ahí, ¿verdad? —le sonreí dócilmente.

Límites suaves, límites duros, ¿qué importa? No entiendo nada.

Alexander se puso a trabajar en la lista, mientras yo me quedé sentada con expectación, preguntándome sobre las palabras que leería. Mientras lo veía escribir, estudié su rostro en busca de alguna inclinación a lo que pudiera estar pensando. De vez en cuando, su frente se fruncía por la concentración, como si estuviera tratando de recordar algo, pero su expresión suave no revelaba nada.

Pasaron los minutos, cada uno de ellos parecía una hora. Traté de no mirar lo que estaba escribiendo, pero después de un tiempo, mi energía nerviosa fue reemplazada por impaciencia.

¿Cuántos escenarios perversos puede haber?

Estaba a punto de decir algo, cuando abruptamente dejó el bolígrafo y arrojó la lista sobre mi regazo.

—Feliz lectura —dijo, con expresión cautelosa.

Cogí el papel con cautela, aterrorizada por las palabras que había escrito.

Le dijiste que lo escribiera, ¡ahora léelo gallina!

Miré la lista y comencé a leer. Eran letras perfectamente escritas.

Juego de impacto:

- Azotes, nalgadas, latigazos, varazos

Bondage:

- Cuerdas, correas, esposas, mascadas

- Restricción parcial del cuerpo (manos delante o detrás, pies atados, barras de separación, etc.)

- Sujeción total de cuerpo (de pie con las muñecas atadas a los tobillos, pies y manos atados juntos, atadura a muebles, etc.)

- Colgantes

- Mordazas (bolas de mordaza, etc., pero nada que afecte la capacidad de respirar; no participaré en ningún tipo de asfixia o juego extremo)

- dominar a través de collar

—¡Santo cielo! ¡Ni siquiera sé qué son algunas de estas cosas!

—¿Terminaste de leer?

—Todavía no, ¡aún estoy tratando de asimilar el hecho de que quieres darme una paliza!

—Krystina, nunca, jamás te causaría daño físico. Ya te lo dije, si en algún momento no te gusta lo que te esté haciendo, solo necesitas usar una palabra de seguridad y me detendré. Ahora, por favor termina de leer —dijo con impaciencia.

Productos para mejorar el sexo:

- Juguetes: vibradores, pinzas para pezones, pinzas genitales, bolas y tapones anales, bolas Ben Wa, etc.

- Hielo, lubricantes de estimulación: calientes, fríos, adormecedores

- Cera (la he usado antes, pero preferiría no hacerlo, podemos comentarlo)

¡Podemos comentarlo! ¡Discutiremos más que solo la cera!

Otros:

- Masturbación

- Sexo oral

- Sexo anal

- Tríos

- Desnudez

- Juegos de roles

Levanté la cabeza para mirarlo, con los ojos llenos de incredulidad. Nunca podría hacer estas cosas.

Está loco. Al tope, loco como un sombrerero, loco.

Tomé otro trago largo de mi bebida, el contenido me picaba la garganta.

—¿Qué es esto? —pregunté, haciendo girar las últimas gotas restantes del potente líquido en mi vaso.

—Es un oporto ámbar.

—Es asqueroso —dije.

—Puedo conseguirte algo más si quieres.

—Oh, no, esto está funcionando bien —le dije, luego me tomé el resto del líquido para darme valor.

—Háblame, Krystina. Quiero saber lo que estás pensando.

—Que estás condenadamente loco.

Alexander

LOS OJOS DE KRYSTINA ESTABAN INCREÍBLEMENTE ABIERTOS EN SU hermoso rostro, y podía sentir la tensión de sus nervios. Sabía que se estaba acercando a su punto de ruptura antes de que tuviera realmente la oportunidad de presionarla más. Estaba tan cerca, pero su falta de conocimiento seguía interfiriendo.

Cree que soy un lunático.

La estaba asustando, y ahora se presentaba una encrucijada. Tenía que aliviar sus miedos, o me arriesgaba a que se alejara de mí para siempre.

Toda la situación no solo era nueva para ella, sino también para mí. Nunca antes había tenido una sumisa habitual. Todas mis hazañas habían sido de solo una o dos noches de aventura, sin haber querido nada más que eso. Pero aquí estaba Krystina, sentada con los ojos muy abiertos y confundida, su perfecta piel rogándome que me tomara todo el tiempo del mundo para besarla y explorar cada centímetro de ella.

La mera idea de que ella se fuera, me provocó que me invadiera un sentimiento de temor, aunque no estaba seguro de por qué. Solo sabía que quería que se quedara.

—¿Quieres irte? —le pregunté.

—No, claro que no. Solo estoy tratando de captar... todo esto —dijo vacilante.

Traté de enmascarar la sensación de alivio que me inundó.

Bien. Se quiere quedar. Mantén abierto el diálogo.

—Sabes que puedes preguntarme lo que quieras —le ofrecí—. Creo que ya estamos más allá de mantener las barreras. Te lo diré directamente.

Bajó la mirada y empezó a jugar con el dobladillo de su acogedora blusa de algodón. Sabía que tenía una pregunta en la punta de la lengua y esperé pacientemente a que me dijera qué tenía en mente. Solo podía rezar para que siguiera preguntando sobre el tema en cuestión y evitara indagar en

mi pasado.

—¿Has hecho esto con muchas mujeres?

Mierda.

La pregunta fue inesperada y potencialmente peligrosa. Aunque era justa, tenía curiosidad de saber por qué le preocupaba. Tenía que tener cuidado con la respuesta, porque una pregunta siempre podía llevar a otra.

—Ha habido algunas —evadí.

—Eso no es decírmelo directamente, Alex —dijo con sarcasmo. Normalmente me ofendería, pero encontré refrescante su habilidad para repetir lo que había dicho antes y se lo dije.

—Cortar por lo sano para descubrir la verdad. Realmente eres un soplo de aire fresco. No estoy acostumbrado a que la gente sea así conmigo.

—¿Y? ¿Lo has hecho? —me presionó.

—Sí, Krystina. Lo he hecho.

—¿Cuánto tiempo has... bueno, has estado en este tipo de cosas?

Con cuidado...

—Haces que parezca que tengo una enfermedad, Krystina —me reí, un poco incómodo con la posibilidad de adónde podría llevar esta conversación—. Con toda honestidad, he tenido estos intereses durante años. Así es como soy.

Termínalo ahí. Ella no necesita saber el por qué.

—¿Es fácil encontrar mujeres a las que les guste hacer estas cosas?

—No es demasiado difícil. Las escenas en los clubes lo hacen bastante fácil, de hecho —admití.

—¿Clubes?

—Sí. Hay clubes por toda la ciudad, discretamente escondidos, por supuesto.

—¿Qué quieres decir? ¿Como una sociedad secreta de algún tipo? —preguntó, pellizcando su nariz con confusión. Me hizo reír, su inocencia alivió la tensión que se había asentado en mis hombros.

—Krystina, esta es la vida real. No es el Código DaVinci. Me refiero a clubes comunes. Simplemente no están abiertos al público en general, lo que me facilita mantener el anonimato. Se requiere una membresía y no se anuncian. Generalmente, el paradero de este tipo de clubes se transmite estrictamente de boca en boca.

—Oh, ya veo —fue todo lo que dijo. Su frente se arrugó, como si estuviera tratando de armar las piezas de un rompecabezas.

Puede que haya evitado seguir investigando mi pasado, pero Krystina no era tan ingenua. Estaba siendo todo lo honesto que podía ser, pero ella sabía que no le estaba dando todo. Solo podía esperar que lo que le había revelado fuera suficiente y que ella lo aceptara. Porque desde mi punto de vista, no avanzábamos. Todavía tenía que dar su consentimiento para dar el siguiente paso.

Miró la lista y comenzó a leerla de nuevo, separándola línea por línea. Los minutos se prolongaron, el silencio era enloquecedor.

Seguirá haciendo preguntas. No debí haber escrito todo.

Mi paciencia se estaba agotando. Estaba fracasando. Pensé que podía enseñarle, pero estaba demostrando ser un inepto. O avanzábamos en esto juntos, o no lo haríamos en absoluto. Ya había esperado lo suficiente.

—Debí haberlo sabido mejor —espeté, irritado conmigo mismo por permitir que esto continuara por tanto tiempo—. Lo escribí todo porque me lo pediste, porque estás insegura. Pero, obviamente, esto no está funcionando. De ahora en adelante, lo haremos a mi manera. Ven conmigo.

Me levanté, agarré su mano y la levanté del sofá.

—¿A dónde vamos? —preguntó, obviamente sorprendida por mi brusquedad.

—A mi habitación. Quiero mostrarte algo. Y no te preocupes. Prometo no tocarte, aún.

La conduje por el pasillo hacia la puerta cerrada de mi dormitorio. Con cada paso que dábamos, podía sentir cada vez más rápido el pulso en su muñeca. Su palma mantenía un sudor frío. Parecía realmente aterrorizada.

Su miedo me causó un dolor en el pecho. No quería que Krystina me tuviera miedo, y lo único que podía hacer para borrar sus miedos era mostrárselo.

Dominando mi impaciencia, me recordé que debía ser amable con ella. Internet había plantado demasiadas nociones falsas en su cabeza y era mi trabajo demostrar que había otras formas de llegar a mi mundo.

Tómalo con calma. Espera a que ella lo acepte.

Cuando llegamos a la puerta, me detuve antes de abrirla. Me volví hacia ella, le solté la mano y levanté las palmas de las manos para que descansaran a cada lado de su cara. Inicialmente había planeado ofrecerle palabras de seguridad, pero tan pronto como liberé sus manos, comenzaron a retorcerse cerca de su cintura. Al instante, mi miembro se endureció y tuve que luchar contra la necesidad instintiva de arrastrarla a mi cama y atarla a los rieles.

¿Qué tienen esas malditas manos inquietas que me dan ganas de follarla sin sentido?

Ignoré el palpitante de mi ingle y me concentré en la tarea que tenía por delante. No podía permitirme arruinar esto solo porque mi pene tenía mente propia.

Paciencia. Contención. Delicadeza.

—Necesito que mantengas la mente abierta, Krystina. ¿Puedes hacer eso por mí?

Vi un bulto bajar por su garganta, como si intentara tragarse los nervios. Sus ojos se miraban indecisos, y tuve un fugaz pensamiento de que podría escapar. Por impulso, la acerqué. Doblé mis brazos alrededor de ella, la mantuve al ras contra mi cuerpo y presioné mis labios contra los de ella.

Cuando me alejé. Sabía que mis ojos estaban suplicantes.

No corras. No después de haber trabajado tan duro para traerte aquí.

Y en ese momento, ya sea por mi beso o por la mirada suplicante que le lancé, vi que su indecisión se transformaba en otra cosa. De repente pareció decidida.

—No puedo prometerte nada, Alex. Pero lo intentaré.

—Eso es todo lo que estoy pidiendo, ángel.

Krystina

ESTABA ABRUMADA por la ansiedad ante la sola idea de ver el dormitorio de Alexander. No sabía qué esperar detrás de la puerta cerrada.

¿Quizás una mazmorra? ¿Quizás una celda llena de grilletes y cadenas?

Pero cuando abrió la puerta de su dormitorio, no se parecía en nada a la guarida de placer de un dominador. En realidad, la habitación tenía un aspecto muy normal, con decoraciones modernas colocadas con buen gusto. La iluminación empotrada estratégicamente, ofrecía un toque sutil al espacio, dándole un cálido resplandor, a pesar de que las paredes estaban pintadas de un tono gris piedra oscuro. Empecé a respirar un poco mejor.

Como el resto del penthouse, todos los muebles eran elegantes y de estilo contemporáneo. Sin embargo, mi mirada se dirigió a la cama, ya que se destacaba del resto de la habitación. Era una pieza de exhibición y nada que se pareciera a lo que había visto antes. Estaba cubierta con una colcha de satén negro y era parecida a una cama con cuatro postes, excepto que no

estaba hecha de madera. El marco era de metal negro moldeado en un intrincado diseño tubular. Cortinas negras transparentes colgaban de los anillos de metal, dando a la cama un aspecto un poco siniestro, pero se lograba un atractivo seductor. Un espejo tomaba el lugar de una cabecera. Todo el efecto me recordaba a un lujoso escenario de concierto sin las luces intermitentes.

Alexander me miraba atentamente, evaluando cada una de mis reacciones. Casi podía verlo tratando de cortar las capas para entrar en mi cabeza.

—¿Qué pasa, Krystina?

—Bueno... tu habitación, la cama, es muy moderna.

—¿Sabes qué es esta cama?

—No. ¿Debería? Quiero decir, el espejo es un poco perverso, pero supongo que uno se acostumbra después de un tiempo.

—Esta es una cama de bondage. Déjame mostrarte.

Caminó hacia la cama y llegó a la derecha de la barandilla superior. Desenganchó una especie de pestillo y bajó una barra hasta la esquina opuesta. Se movió hacia el lado izquierdo y repitió lo mismo. Las barras formaban una gran "X" al pie de la cama.

—Esta es una *crux decussata*, también conocida como la cruz de San Andrés. Probablemente sea uno de los equipos más utilizados del bondage.

Tragué nerviosamente. Cuando hubo movido las barras para formar la cruz, se revelaron pequeños bucles de metal. No los vi cuando la barra estaba sujeta en posición vertical, ya que los intrincados rollos del armazón de la cama estaban camuflados. Ocupaban toda la longitud de ambas secciones transversales. Mi imaginación se desbocó.

—¿Para qué son los pequeños bucles?

En lugar de responder, me llevó hacia la cruz recién formada. Moviéndose detrás de mí, suavemente levantó mis brazos sobre mi cabeza, apoyando mis muñecas contra la parte superior de la cruz. Sus manos se deslizaron lentamente por mis brazos y hasta mi cintura, provocando un temblor que me atravesó. Se inclinó más cerca y pude sentir su aliento caliente en mi cuello.

—Un día te tendré atada a mi cruz, Krystina —susurró en mi oído—. Y las presillas de metal son las que usaré para asegurar tus esposas.

Mi respiración se atascó en mi garganta y mi corazón comenzó a latir al doble, mientras esperaba ver si hacía lo que sugería. Pero en cambio, se alejó de mí y se trasladó a la esquina más retirada de la habitación. Bajé los brazos y me alejé de la cruz, agradecida y decepcionada al mismo tiempo. Si bien la

idea de estar atada a una cruz me había sorprendido, no estaba segura de estar lista para eso.

Alexander se paró cerca de un sofá, con una expresión inescrutable.

—¿Hay más presillas de metal escondidas en esa silla? —medio bromeé.

—Este es un caballo de azotes, o una variación de uno, también hecho a medida para combinar con los muebles del dormitorio. —Alejó el sofá de la pared y lo giró para que pudiera ver la parte trasera. Esta revelaba una tabla en ángulo con un banco acolchado estrecho en la parte inferior. Me recordó un poco a un banco de iglesia—. Una vez que te sientas más cómoda con la sumisión, haré que te arrodilles en el banco y te inclines hacia atrás sobre la espalda. Puedo elegir dejar tus brazos libres o sujetarlos a las patas de los muebles.

Señaló hacia las patas de la silla.

Más bucles clandestinos.

No esperó mi respuesta, sino que se dirigió a una puerta en la esquina opuesta de la habitación. Pensé que podría ser un armario o un baño principal, pero luego sacó una llave del bolsillo de su pantalón.

—Espera aquí —me dijo, antes de abrir la puerta y desaparecer en el interior. Traté de echar un vistazo dentro, pero estaba demasiado oscuro y no podía ver del todo. Cuando regresó, sostenía una variedad de objetos. Uno de ellos, lo supe por razones obvias, era un látigo.

—No estoy segura de si estaré demasiado interesada en el látigo, Alex —dije con una risa nerviosa.

—No es un látigo, es un flagelo. Y no te apresures a juzgar —dijo al ver mi expresión facial—. Siéntelo. Esto solo podría causarte dolor si yo lo permito.

Tomé el flagelo que me ofrecía. Estaba en lo correcto. Las hebras trenzadas se sentían como seda contra mis dedos mientras las pasaba por mi mano. Un estremecimiento de emoción me recorrió al pensar en Alexander pasando esto suavemente por mi cuerpo.

Bien, tal vez esto no sea tan malo.

—¿Qué es eso? —le pregunté, sintiéndome un poco más audaz mientras le devolvía el flagelo y señalaba la larga barra de metal que sostenía en su otra mano.

—Esta es una barra separadora.

Miré las esposas en cada extremo de la barra.

Lo suficientemente grandes como para envolverme los tobillos.

Una tensión se formó en mi vientre cuando me imaginé acostada en la cama de bondage de Alexander, con las esposas alrededor de mis tobillos, abierta para él.

—Krystina, por favor, evita que tus manos se muevan o terminaré incumpliendo mi promesa de no tocarte.

Me golpeé los costados con las manos, aunque una parte de mí quería seguir moviéndose para que él *pudiera* tocarme.

Pero no me puso ni un dedo encima. En cambio, se quedó allí, continuando con su revisión siempre tan atento, como si supiera de mi lucha interna. Una parte de mí quería salir corriendo de la habitación gritando, pero otra parte de mí estaba esperando ansiosamente ser atada.

—Quería que vieras esto por ti misma, aunque solo fuera para aliviar mi propia conciencia, ya sabes en lo que te estás metiendo —dijo Alexander. Se dio la vuelta y regresó a la habitación que contenía su escondite secreto de juguetes. Cuando salió, agradecí verlo con las manos vacías. No estaba seguro de si hoy podría soportar otra lección sobre la parafernalia del bondage. Después de cerrar la puerta nuevamente, volvió a donde yo estaba parada.

—¿Por qué mantienes esa puerta cerrada? —pregunté con curiosidad.

—No me gustaría que Vivian entrara a mi armario y se enojara —explicó, dándome una sonrisa torcida.

Una oleada de celos me invadió instantáneamente. Habíamos acordado no tener condiciones, pero no podía negar que necesitaba algún tipo de explicación de esta persona Vivian. No era del tipo que comparte.

¿Qué pasa si él ya tiene un acuerdo con alguien y solo quiere agregarme al ménage à trois? [Nota de la T.: trío en una relación sexual]

El pensamiento me recordó que todavía había mucho de qué hablar. Había escrito tríos, pero yo lo había descartado como una típica fantasía masculina. Pero con Alexander, estaba aprendiendo rápidamente lo incorrecto que era asumir gran parte de cualquier cosa.

—¿Quién es Vivian? —le pregunté con sospecha, con un poco de filo en mi voz.

Era demasiado evidente que lo había pillado con la guardia baja. Alzó las cejas en una expresión de sorpresa fingida.

—No te preocupes, Krystina. Ella es solo mi ama de llaves de cincuenta y cinco años", aclaró, como si me hubiera leído la mente—. Prefiero limitar con quién comparto esto.

—Oh, está bien —dije, sintiéndome instantáneamente aliviada.

Bueno. Viejas amas de casa, podía manejarlo.

Me lanzó una mirada extraña, pero no hizo más comentarios sobre el ama de llaves.

—Regresemos a la sala de estar. Podemos hablar más, y puede que sea menos intimidante allá que aquí —sugirió, señalando la habitación que nos rodeaba.

—No... estoy bien aquí. Solo estoy... —comencé.

¿Cómo puedo explicarle cómo me siento? Todo esto es tan retorcido y extraño, y sin embargo tan increíblemente erótico.

—¿Tú estás qué?

—Esta habitación, ese cuarto secreto de juguetes y cualquier otra cosa que tengas escondida ahí... es extraño. No sé qué pensar —dije, sintiendo la lengua pesada en mi boca mientras trataba de superar mi incomodidad—. Es una locura porque siento que esto está mal de muchas maneras, ¡pero al mismo tiempo me intriga!

—¿Y qué consideras más intrigante? —preguntó, su voz notablemente bajando a un sonido profundo y gutural.

—¡Todo ello! —solté, sonrojándome profusamente—. Y, um... me gustó mucho que me pegaras anoche. ¿Eso es raro?

—La subestimé, señorita Cole —dijo, con una sonrisa astuta que le rizaba los bordes de su boca. Sus ojos azules se entrecerraron en rendijas oscuras mientras me estudiaba, la lujuria en ellos se intensificaba con cada momento que pasaba.

—Quiero conocer más sobre tu mundo, Alex. No sé por qué... —me detuve de nuevo, de repente muy en conflicto por los pensamientos que giraban en mi cabeza—. No sabía que este tipo de cosas... bueno, me interesaría.

—Esto tiene que ser más que una simple curiosidad pasajera para ti, Krystina. No hay un camino intermedio. Te quiero en todo, o en nada. Deberías saber que sólo los individuos más fuertes son capaces de dar a alguien su regalo de sumisión. Creo que puedes poseer esa fuerza, pero tienes mucho que aprender.

—Aprendo rápido —le informé con confianza, pero mi boca se había vuelto extremadamente seca.

Se acercó a su tocador y encendió el estéreo. Después de unos momentos, un sonido de guitarra distorsionado llenó la tranquila habitación del

departamento, seguido por la familiar voz de Brian Aubert de '*Silversun Pickups*'. Escuché la letra de la canción que ya conocía tan bien.

'Catch and Release'. (Atrapar y Soltar)

Alexander estaba de espaldas a mí.

Me concentré en la canción.

Él esperó.

En solo unos pocos segundos, el aire de la habitación pareció chisporrotear, como la mecha de una bomba de tiempo esperando explotar. La capacidad de Alexander para persuadirme con la música, una vez más, fue un verdadero talento. Él era el maestro en su oficio, un artista, siempre parecía conocer el sonido correcto para encenderme en un instante.

Cuando se volvió hacia mí, había un brillo perverso en sus ojos.

—¿Estás lista para tu primera lección oficial, Krystina?

Observé cómo su mirada recorría mi cuerpo de arriba hacia abajo, avivando el fuego que se acumulaba en la boca de mi estómago. Me encantaba la forma en que me miraba a veces, como si me estuviera imaginando desnuda debajo de él, tocando y explorando cada centímetro de mí.

Mi diablillo había adornado con una boa de plumas rojas el cuello de un ángel que hacía pucheritos y comenzaba a moverse al ritmo de un animado charleston a su alrededor. Y yo estaba más que lista para bailar. Asentí confirmando mi consentimiento.

—Necesito más que un asentimiento, Krystina. Quiero que lo digas en voz alta. Porque una vez que aceptes someterte a mí, no hay vuelta atrás —advirtió.

—Estoy lista —le dije, reprimiendo el nudo en mi garganta.

—Si estás realmente lista, entonces necesitas elegir una palabra de seguridad —me dijo, sus ojos azul profundo ardían en los míos.

—Zafiro —espeté sin pensar realmente.

Inclinó la cabeza hacia un lado, con una expresión curiosa en su rostro.

—Interesante elección de palabra. ¿Puedo preguntar por qué la elegiste?

—Es una piedra. Y,... combina con el color de tus ojos.

—Es perfecto —dijo con su voz ronca mientras se movía para ponerse detrás de mí—. Ahora, levanta los brazos.

Dudé en levantarlos, tratando de predecir lo que iba a hacer, y me lanzó un tronido con su boca para calmarme.

—¿Qué? —pregunté preocupada pensando que ya había hecho algo mal.

—Lección número uno. Obediencia incondicional. Cuando estemos juntos, debes hacer exactamente lo que te diga. Sin vacilaciones.

Obedecí de inmediato y traté de alejar mi instinto natural de cuestionar todo. Cuando simplemente me sacó la blusa por la cabeza, ahogué un suspiro de alivio cuando mis brazos se acomodaron de nuevo a mis lados. Quería esto, pero todavía tenía mucho miedo.

—¿Ahora que? —pregunté, sintiéndome extremadamente tonta porque no sabía cómo actuar. No era una virgen sin experiencia, pero en el mundo perverso de Alexander, bien podría haberlo sido.

—Relájate, ángel. Puedo sentir lo tensa que estás —dijo, masajeando ligeramente mis hombros—. Cierra tus ojos. Escucha la música y siente mi toque. Sométete a mí y te prometo darte más placer del que puedas imaginar.

Su voz sonaba ronca en mi oído. La piel de gallina por la anticipación me picaba de la cabeza a los pies mientras hacía lo que me pedía. Puso sus manos sobre mis hombros y deslizó sus dedos bajo los tirantes de mi sujetador de encaje negro. Deslizándolos tortuosamente paralizando mis brazos, soltó el broche de la espalda y arrojó sin ceremonias la lencería al suelo.

Mi reacción inmediata fue cubrirme, pero apartó mis manos cohibidas.

—Nunca te cubras. Quiero verte —dijo en voz baja, pero había una aguda autoridad detrás de sus palabras, como imaginé que un dominante le hablaría a una sumisa.

Cuando pasó sus manos alrededor mío para rodar mis pezones entre sus dedos, gemí bajo su toque y mis vacilaciones se disolvieron inmediatamente.

—¿Cómo se siente esto? —preguntó, pellizcando cada pico con más fuerza. Una sacudida de placer me recorrió el cuerpo.

—Es bueno... me encanta —suspiré, mientras continuaba apretando firmemente mis puntos de presión entre sus dedos y el pulgar. Tiró por un momento más, antes de moverse hacia el frente de mí para capturar un pezón en su boca. Saboreé la sensación de su lengua, mientras su boca succionaba y sus dientes mordían.

—Quédate aquí —me dijo.

Lo vi dirigirse a su armario especial, y las llamas en mi vientre comenzaron a viajar hacia el sur, convirtiéndose en un ardiente dolor palpitante entre mis piernas. Solo podía quedarme allí en un estado de agonía inquieta, esperando que regresara.

Cuando regresó unos momentos después, llevaba un rollo de cuerda negra.

¿Quiere atarme ya?

Mi nerviosismo volvió con una venganza. Tenía miedo de no estar lista y casi se lo dije, pero busqué el coraje para confiar en él y no expresé mis miedos. En cambio, lo miré mientras comenzaba a enrollar el suave nailon alrededor de mi muñeca. La ató lenta y deliberadamente, como si sintiera mi malestar. Sus movimientos eran medidos y suaves, sus acciones eran una representación de cómo me introduciría en su mundo.

Ató cada muñeca frente a mí con fuerza, pero no demasiada. Encontré que la cuerda era sorprendentemente cómoda y no la sensación áspera que hubiera esperado.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. Estoy bien —dije con sinceridad. De alguna manera, sabía que Alexander no me llevaría demasiado lejos. Palabra de seguridad o no, no creí que me presionaría tanto para usarla.

Sus manos se deslizaron por mi vientre, abriendo rápidamente el botón y la cremallera de mis jeans. Bajó por mis piernas, y lo hice a un lado para ayudarlo a quitármelo por completo. Me quedé en nada más que una tanga de encaje y me sentí vulnerable en el puro trozo de tela, mi trasero voluptuoso expuesto.

Deslizó una mano por la parte delantera de mis bragas, a través del parche de rizos para encontrarme húmeda. El latido entre mis piernas se intensificó.

—Me encanta que ya estés mojada para mí —gruñó, rodeando con la almohadilla de su dedo índice el palpitante bulto de nervios.

Metió el dedo dentro de mí y luego se lo llevó a la boca para probar mis jugos. Sus ojos ardían en los míos mientras rodaba su dedo por su lengua.

Mierda santa, ¡esto es excitante!

Pequeñas chispas de fuego se dispararon hacia mis partes femeninas y pensé que podría tener un orgasmo solo con mirarlo.

Una sonrisa maliciosa apareció en las comisuras de su boca mientras movía sus manos hacia mis bragas. Enroscó los dedos alrededor de los lados de las correas y tiró con fuerza. Con un movimiento rápido, logró romper efectivamente el delgado material en dos, dejándome completamente desnuda ante él.

Di un pequeño grito ahogado por la sorpresa.

Ay Dios mío, ¿cómo hizo eso?

Cambiando de posición para estar de pie nuevamente, se inclinó hacia mí, su aliento era un suave susurro de plumas en mi cuello. Me estremecí por la

piel de gallina que recorría mi cuerpo.

—Puedes usar estas pequeñas cosas de encaje todo el tiempo, Krystina. Me gusta poder arrancártelas tan fácilmente —murmuró en mi oído—. Pero, de nuevo, creo que preferiría que no usaras nada.

Extendió la mano alrededor de mis caderas, acariciando mi vientre para separar mis labios resbaladizos y expectantes. Deslizó dos dedos dentro de mí y gemí, completamente cautivada por una sensación de pura felicidad. Entre la idea de obedecer las órdenes de Alexander y la sensación de sus dedos expertos hurgando dentro y fuera de mí, estaba casi lista para correrme.

Sus dedos empujaron más profundo, más fuerte, mientras su otra mano se extendía para pellizcar y tirar del rígido pico de uno de mis senos. En cuestión de minutos, estaba al límite y me encontré bombeando mis caderas contra su mano, incapaz de controlar el dolor ardiente que se acumulaba en mi pelvis.

Pero no dejó que me viniera. Tortuosamente lento, quitó los dedos y comenzó un movimiento circular constante sobre mi botón de placer. Palpitaba bajo su tacto, ya hinchada y sensible, buscando esa liberación desesperada. De ida y vuelta, dentro y fuera, su ritmo perpetuo me volvía loca de necesidad carnal.

Oh, por favor... ¡llévame allí!

Me apretó fuerte contra él, y pude sentir su virilidad tensándose a través de sus jeans contra mi trasero. Sus movimientos se intensificaron en velocidad y no pude soportarlo más. No había forma de contenerme. Mi respiración se aceleró y mis entrañas comenzaron a temblar y convulsionar, golpeando un punto de ruptura final, mientras un caleidoscopio de colores destellaba ante mis ojos.

Krystina

ME TOMÓ UNOS MINUTOS RECUPERARME Y MI VISIÓN VOLVIÓ LENTAMENTE a la normalidad. Sentí que podía caerme por el bombardeo de temblores que recorrían mi cuerpo. Alexander se colocó delante de mí, sin soltarme nunca, pero manteniéndome segura y erguida antes de jalarme hacia su pecho.

Inclinó la cabeza hacia atrás y me miró fijamente. Incluso a través de mis párpados pesados, pude ver que sus ojos estaban ardiendo. Revelaban una oscura necesidad básica, provocando un nuevo tipo de fuego dentro de mí.

—Eso fue para ti. Ahora, esto es para mí. Arrodíllate, ángel —dijo, moviendo sus manos a mis hombros y empujándome suavemente hacia abajo. Me arrodillé ante él con las piernas temblorosas, todavía jadeando ligeramente por mi orgasmo—. ¿Estás familiarizada con la posición sumisa?

—Yo... —vacilé, el calor subía por mi cuello y resbalaba por mis mejillas. Infortunadamente, esta vez no era por excitación.

—Sé honesta. No necesitas avergonzarte si no la conoces.

—Recuerdo haber leído el término, pero... no. No sé qué es —admití.

—Entonces aquí está la lección número dos. Arrodíllate hasta el fondo para sentarte en tus pies. Separa las rodillas dejando abiertos los muslos. Quiero que todas las partes de ti estén accesibles para mí.

Hice lo que me ordenó, ardiendo una vez más por la anticipación sexual mientras cambiaba de posición. Sentarme de esta manera me hacía estar dolorosamente consciente, con cada terminación nerviosa en posición de atención.

—¿Es esto correcto? —pregunté, el deseo me hacía sentir ansiosa por complacerlo.

—Casi. Normalmente, querría que tus brazos descansaran sobre tus muslos, con las palmas abiertas hacia el techo. Sin embargo, con la forma en que tengo tus manos atadas, no puedes hacer eso hoy. Solo recuerda eso en el futuro. Por ahora, simplemente levanta los brazos alrededor de tu cuello y

descánsalos allí.

—¿Así? —pregunté, sin estar muy segura de cuánto tiempo podría quedarme así antes de que la sangre drenara de mis brazos.

—Así. Te ves hermosa así —apreció. Sus manos se movieron sobre mi cara, sus dedos rozaron suavemente mis labios—. Ahora voy a follarte la boca.

No esperó mi consentimiento, pero yo tampoco tenía ganas de protestar. Simplemente permanecí en la posición que me indicó y observé cómo comenzaba a desabrocharse la hebilla de los pantalones. Sus ojos nunca dejaron los míos mientras metía la mano en sus pantalones para liberar la erección que se tensaba a través de sus jeans. Mis ojos se abrieron enormes cuando miré su tamaño.

¿Quiere follarme la boca con ESO?

Tragué y me lamí los labios.

—Tienes la boca más sexy —gruñó.

Con una mano agarró la base de su pene, y la otra mano se movió para tomar la parte de atrás de mi cuello. Acarició su grueso miembro y me jaló hacia adelante para colocarlo frente a mis labios que esperaban.

Pasé mi lengua alrededor de la suave corona, la punta ya estaba mojada con el líquido preeyaculatorio. Él gimió, dándome el ánimo de asimilar un poco más de él. Envolví mis labios alrededor de su cabeza, haciendo círculos con mi lengua alrededor de la pequeña abertura en la punta. Abrí más la boca y tomé más de él hacia mi interior. Era grueso y suave en mi lengua mientras chupaba, sus crestas se deslizaban hacia adelante y hacia atrás sobre mis labios.

—Oh, sí. Chúpalo, ángel —dijo con voz ronca.

Extendió las manos y entrecruzó sus dedos en mi cabello, empujándose más profundo y forzando un ritmo constante. Abrí mi garganta para aceptarlo, chupando y torciendo mi lengua alrededor de su grueso eje mientras comenzaba a bombear más rápido.

Quería agarrarlo, pero me lo impidió la forma en que mis muñecas estaban atadas. Me sentí desesperada, como si no pudiera tener suficiente de él. Tragué y abrí mi garganta aún más para tomar cada centímetro que podía. Empujé mi cabeza hacia adelante, tomándolo profundamente y lo mantuve allí. Me aparté y lo hice de nuevo, esta vez, ajustando mi garganta y llevándolo más profundo que la vez anterior.

—¡Oh, joder! ¡Detente, Krystina! ¡Detente! —siseó, retrocediendo de

repente. Su respiración era irregular, saliendo en breves sucesiones—. Nunca duraré si sigues haciendo eso.

—Tal vez serás *tú* quien no pueda *conmigo* —le dije, sintiéndome más que un poco engreída por mi logro. Le sonreí y me lamí mis labios.

—Arrogante, ¿no? Tal vez necesites ser castigada —amenazó.

—Sí, por favor Amo —dije burlonamente, todavía sintiéndome superior por el hecho de que casi lo hago perder el control tan pronto.

—Esto no es un juego. Eres mi sumisa. Te conviene recordar la obediencia incondicional que me prometiste. Ahora, ve a la cama. Acuéstate de espaldas con la cabeza junto al espejo —ordenó. Su tono era severo y me puse de pie para hacer lo que me ordenaba.

¡Sí, señor!

Evidentemente, la lección número uno debía tomarse muy en serio.

Debo haberme colocado demasiado alto, porque me tiró bruscamente de los tobillos, acercándome a los pies de la cama. Subió por mi cuerpo, sentándose a horcajadas sobre mí con sus piernas todavía cubiertas con sus jeans, y levantó mis brazos sobre mi cabeza. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo, tenía mis brazos atados con fuerza a los rieles de la cabecera de espejo.

Traté de darles un pequeño tirón, solo para ver cuánto margen de maniobra tenía. Apenas podía moverme un centímetro sin levantar todo mi cuerpo.

—Estate quieta. No te resistas, de lo contrario tendré que darte unos azotes.

¡Um, sí por favor!

Dejé de moverme de inmediato, esperando ansiosamente lo que haría a continuación. Todavía estaba flotando sobre mí, solo mirándome, su peso presionando mi abdomen. Su mirada se movía hambrienta arriba y abajo de mi cuerpo.

—Quiero probar tu dulce coño —me dijo, provocando que me estremeciera de placer.

Bajó por mi cuerpo y se colocó entre mis piernas. Levantó una pierna, luego la otra y las apoyó sobre sus hombros. Sus manos se deslizaron lentamente sobre mis piernas, abriendo más mis muslos, antes de descansar a solo unos centímetros de mi palpitante clítoris. Separó mis pliegues con dos dedos, exponiendo eficazmente mi deseo. Estaba empapada y arqueé mi espalda con anhelo.

—Te dije que te quedaras quieta —me regañó, empujando mis caderas hacia la cama.

Apreté los dientes cuando su lengua barrió mi entrada y mi clítoris. Comenzó a la ligera, casi burlándose de mí, mientras mordía y chupaba mi tierna carne. Mis manos formaron puños, cada músculo de mi cuerpo se cerró. Sabía que se suponía que debía quedarme quieta, pero no pude detener el ligero movimiento de mis caderas bajo su despiadada boca.

Sus manos se movieron hacia arriba para pellizcar mis pezones, mientras su lengua giraba una cantidad despiadada de presión sobre mi clítoris. Mis manos se apretaron en las cuerdas mientras la tensión continuaba aumentando en mi estómago. Comenzó a succionar más fuerte, mientras sus dedos pellizcaban y tiraban de mis pezones erectos. Me retorcí bajo su lengua despiadada y se perdió toda esperanza de mantener el control. Me retorcí debajo de él, mis caderas empujando hacia arriba mientras mis piernas se ponían rígidas. En una luz cegadora, me empujó por el borde de nuevo, dejándome destrozada y sin aliento.

Me quedé allí jadeando mientras él se abría camino de regreso, dejando un rastro de besos a lo largo de mi vientre y mis pechos.

—Fui demasiado fácil contigo —murmuró en mi oído. Pero todavía no he terminado con usted, señorita Cole. No debí haber dejado que te vinieras tan pronto.

—Hmm... —murmuré, todavía en un estado de euforia.

Me llamó señorita Cole.

No tenía idea de por qué eso era tan excitante. Después de tener dos alucinantes orgasmos, debía haber estado vacía. Sin embargo, esas dos pequeñas palabras me hicieron anhelar más.

—Gírate —ordenó.

Mis brazos y piernas eran como pesos muertos. Ni siquiera podía imaginar moviéndome en ese momento. Debió saber cómo me sentía, porque en lugar de esperarme, me ayudó a girar. La forma en que me tenía atada, sin esfuerzo me volteó, a pesar de mi estado gelatinoso.

Lo escuché moverse por el dormitorio. Los sonidos de la ropa que se quitaba y los cajones abriéndose y cerrándose eran débiles en mis oídos. No estaba segura de qué estaba haciendo exactamente, pero no me importó particularmente en ese momento. Estaba demasiado ocupada disfrutando de las secuelas del éxtasis puro. No tenía idea de que el sexo pudiera ser tan bueno, y ni siquiera habíamos llegado al acto en sí.

La rotura de un empaque hizo que mis oídos se animaran, sacándome efectivamente de la nube.

Condomes... me alegro de que uno de nosotros lo recordara.

Estaba tan atrapada en el momento, que ni siquiera había pensado en la protección. Me recordé a mí misma de no ser tan descuidada la próxima vez.

Cuando Alexander finalmente subió de nuevo a la cama, su peso desnudo presionó mi espalda y su erección descansó pesadamente entre mis muslos. Instantáneamente me di cuenta una vez más, anhelando ser llenada por él.

—¿Estás lista para mí? —preguntó, con su voz siendo un susurro ronco en mi oído.

—Oh, sí —suspiré.

Una de sus manos se movió hacia abajo entre mis piernas, deslizándose por mi apertura, pasando por mi arrugado agujero trasero, antes de deslizar su dedo dentro de mis tiernos pliegues. Separó mis piernas con sus rodillas, se colocó justo afuera de mi entrada.

—Voy a tomarte ahora. Duro.

Y con esa rápida advertencia, se estrelló contra mí. Rápido y profundo. No había nada suave en la forma en que bombeaba dentro de mí. Esto era una verdadera cogida. Sin duda. Nunca me habían tomado de esta manera, tan brutalmente duro, pero era como si hubiera esperado este momento toda mi vida.

En unos momentos, todo comenzó de nuevo. Su ritmo implacable golpeaba repetidamente el punto de placer dentro de mis paredes, acercándome a ese glorioso y electrizante borde por tercera vez.

Pero justo antes de que pudiera llegar al límite, se quedó quieto.

—Alex, no te....

—No te vengas todavía —me ordenó, luego comenzó a moverse dentro de mí una vez más. Pero esta vez, no fue duro y rápido, fue en golpes largos y agonizantes, enterrando su verga hasta la empuñadura, solo para sacarla lentamente de nuevo.

¿Cómo se supone que voy a evitar correrme cuando sigues moviéndote así?

Literalmente, acababa de aprender que *podía* tener un orgasmo. ¿Cómo esperaba que supiera cómo evitarlo? Presioné mi cara contra la almohada, luchando contra mi cuerpo, esforzándome por hacer lo que me pedía. Mordí mi labio inferior con tanta fuerza que pude saborear la sangre.

Después de lo que pareció una eternidad, no pude soportar más su tortura.

No pude contenerme más.

—¡Alex, tengo que venirme! ¡Por favor, no puedo soportarlo más! —grité.

—Lo hiciste bien, ángel. Puedes dejarlo ir ahora. Déjame sentirte apretar alrededor de mi verga.

Agarró mis caderas, los dedos se clavaron en mi piel y me agarraron con fuerza, mientras comenzaba a bombear más rápido dentro de mí. Eso era lo que quería. Era lo que necesitaba.

—¡Oh, sí! Alex, ¡no pares!

Los latidos de mi corazón comenzaron a rugir en mis oídos cuando un nudo ardiente en mi vientre se tensó y tembló. En un instante, mi visión se volvió borrosa cuando una explosión de increíble magnitud me martilló de placer. Sentí que mis paredes se espasmaban y se contraían alrededor de su dura longitud de acero, empujándolo por el acantilado hacia su propia euforia.

Escuché a Alexander jadeando por respirar, luego otro, antes de que sus movimientos finalmente se detuvieran. Me quedé allí temblando y resoplando, con las manos entumecidas. No estaba segura de si estaban así por estar atadas o por los orgasmos múltiples que me habían atravesado durante la última hora. Estaba segura de que era de esto último.

Oh, sí. Podría acostumbrarme al mundo de Alexander muy rápido.

Alexander gimió y se apartó de mí para acostarse a mi lado. Pasó su brazo pesadamente por mi espalda, agotado. Después de permitirse unos minutos para recuperar el aliento, levantó una mano para desatarme. Una vez que mis manos estuvieron libres, comenzó a masajear mis muñecas.

—¿Estás bien? —me preguntó, con la voz aturdida por el esfuerzo.

—Mmm... estoy genial. Simplemente genial —murmuré, y me giré a mi lado para acurrucarme junto a él.

Alexander deslizó su brazo debajo de mi cabeza, permitiendo acomodarme en el hueco de su brazo. Nos quedamos allí en silencio mientras él trazaba suavemente pequeños círculos en mi hombro con sus dedos. Sonreí para mis adentros, sintiéndome como el gato que se traga al canario. Si iba a volver al ritmo de las cosas, no podría pensar en un mejor hombre con quien hacerlo. Alexander me hizo sentir viva.

Quería creer que podía sentirme así con cualquier hombre si hubiera elegido hacerlo, pero una parte de mí sabía lo contrario. Nuestra química era como un relámpago, chisporroteando y chispeando con cada mirada, con cada toque. No podía negar la corriente de atracción que se gestaba entre

nosotros.

Había una razón por la que había esperado tanto tiempo para volver a estar con alguien. No podía estar con *cualquier* hombre. Necesitaba un hombre como Alexander, y la idea me asustó muchísimo. Pero lo que era aún más aterrador: las cosas que quería hacer conmigo.

Pensé en la lista pulcramente escrita que Alexander había hecho. Cosas y términos locos, muchos de los cuales nunca había oído hablar, y mucho menos había contemplado hacerlos. A pesar de que el poder de persuasión de Alexander había tenido éxito hasta ahora, todavía teníamos que hablar sobre sus problemas. No estaba convencida de que pudiera hacer la mayoría de las cosas que él quería, y no había duda de que se había portado bien conmigo esta noche.

¿Qué pasaría cuando subiera el nivel de las cosas?

Después de un tiempo, el brazo de Alexander se aflojó y su respiración se volvió suave y regular. Me arriesgué a mirar su rostro y vi que estaba durmiendo. Si me quedaba acurrucada junto a su cálido cuerpo mucho más tiempo, sabía que haría lo mismo.

Sin embargo, las pijamadas estaban fuera de discusión, especialmente si quería mantener las cosas simples entre nosotros.

Sin ataduras.

Silenciosamente me levanté de la cama, teniendo mucho cuidado de no tropezar en la penumbra. Tan silenciosamente como pude, recogí mi ropa desparramada y me vestí, sin la ropa interior que había sido desgarrada.

Una vez vestida, me permití mirar una vez más el glorioso cuerpo desnudo de Alexander, el espécimen perfecto del macho alfa. Mi mirada viajó por sus musculosos muslos, hasta el poder ondulado de sus abdominales duros como una roca, y la amplia anchura de su pecho bronceado. Su rostro, normalmente tan controlado y agudamente alerta a su entorno, estaba tranquilo y relajado mientras dormía. Ya no se parecía al intimidante tiburón inmobiliario multimillonario que poseía la mitad de Nueva York. Se veía joven. Inocente.

Era realmente hermoso.

Por capricho, busqué en mi bolso un trozo de papel y un bolígrafo. El único papel que pude encontrar fue un recibo antiguo de La Biga. Eso tendría que ser suficiente. Silenciosamente me acerqué a la cómoda y garabateé una nota rápida en el reverso del papel.

Gracias por la maravillosa velada.

Tu ángel

Caminé de puntillas hacia la cama para no despertarlo, dejé con cuidado la nota en la almohada junto a su cabeza. Al llegar a la pared, cambié el interruptor de intensidad de las luces a la posición de apagado. Ahora, la única luz en la habitación provenía de la media luna que brillaba a través de las ventanas. Un relámpago brilló en la distancia, señalando una tormenta próxima. Sabía que era mejor que me pusiera en marcha o me arriesgaría a quedar atrapada en ella.

Dejé a un lado la culpa que me carcomía por irme sin decir una palabra, luego salí silenciosamente del dormitorio y del penthouse.

Alexander

LOS MÚSCULOS DE MIS PIERNAS QUEMABAN POR CORRER TANTO Y TAN LEJOS. Pero ella estaba justo ahí. Casi podía alcanzarla... solo tenía que estirarme un poco más, y podía envolver mis manos alrededor de ese largo cabello negro. Impulsándome hacia adelante me aferré a su cabello, finalmente agarrando lo que había estado buscando durante tanto tiempo.

La giré para que me mirara... había pasado una eternidad desde que había visto su cara.

Pero cuando se giró, no era quien yo pensaba.

El cabello negro ébano que había estado persiguiendo ahora era de un castaño rojizo rizado. Y los ojos... esos ojos que deberían haber sido de un azul cristalino profundo eran en cambio de un fuerte color marrón chocolate.

Esto no estaba bien. ¿Cómo podía ser?

La rabia fluyó rápidamente por mis venas, más caliente que una noche en Georgia, y reaccioné. La arrojé al suelo y grité de indignación.

—¡Esto está mal!

Esos grandes ojos marrones me miraban inocentemente.

—Alexander, no sé a qué te refieres.

La sacudí por los hombros violentamente, su cabeza golpeaba repetidamente el pavimento debajo de ella.

—¡No eres lo que quiero! ¡No se suponía que fueras tú!

—No sé a qué te refieres —dijo de nuevo. Seguí sacudiéndola, pero ella parecía imperturbable. La sangre ahora se acumulaba debajo de su cabeza, pero continuó repitiendo lo mismo una y otra vez—. No sé a qué te refieres.

Era como un cántico, cada palabra bombeaba más lava por mis venas, amenazando con una erupción. Ella no se detendría. Ella tenía que parar.

Ahora.

La agarré por el cuello y la jalé hacia arriba. Su rostro estaba a centímetros del mío, con sus ojos muy abiertos e inocentes cuando apreté. La

sangre fluía desde la línea del cabello, goteando en los ojos de repente llenándose de lágrimas.

Miré las manos que rodeaban su delgado cuello. Eran duras y callosas, con las uñas sin cortar llenas de mugre negra.

No eran mis manos.

Consternado, la dejé caer, sorprendido por la visión que tenía ante mí.

No eran mis manos.

¿Cómo dejé que esto sucediera?

Miré a la hermosa mujer en el suelo, pero era demasiado tarde. Su cuerpo se había quedado flácido. Todo lo que me quedaba era una mirada fría y vacía.

Sacudí mis puños al cielo y grité, la angustia desgarró mi alma.

ME INCORPORÉ de un salto por un fuerte sonido retumbante, un sudor frío me empapaba el cuerpo. Las sábanas de la cama se retorcían a mi alrededor. Restringiéndome. Casi asfixiándome.

Un destello brillante y otro fuerte estruendo.

Se acercaba una tormenta eléctrica. La lluvia golpeaba con fuerza contra las ventanas, al mismo tiempo que los golpes en mi pecho. Me froté la cara con las manos, arriba y abajo, sobre los rastros de la sombra de las cinco.

Qué maldita pesadilla...

Me desenredé de las sábanas y me levanté de la cama. Moviéndome hacia las ventanas, miré la tormenta sin verla realmente. Estaba demasiado agitado para apreciar la belleza del temperamento de la naturaleza.

Sabía que era solo un sueño, pero de todos modos me inquietó. Los recuerdos que habían estado enterrados durante mucho tiempo habían cobrado vida momentáneamente mientras dormía.

Debe ser toda la mierda con Justine y Charlie.

Pero sabía que esa no era la razón más probable. La transición de mi sueño lo había dicho.

Era Krystina.

Estaba aterrorizado de que me presionara por una verdad que no podía darle. Y cuando no pudiera dársela, se iría. O peor aún, huiría si se la diera.

Los recuerdos reprimidos amenazaban con resurgir.

Los deseché.

No vayas por ahí...

Pero era difícil no hacerlo. El sueño fue como un puñetazo inoportuno en

la cara, un recordatorio de muchas golpizas de la infancia. Y de cómo la manzana no había caído lejos del árbol...

Contemplé mi reflejo en la ventana. Había heredado los ojos de mi madre y sus ondas oscuras. Pero mi rostro reflejaba el de mi padre, un recordatorio constante de lo mucho que me parecía a él. La bilis subió a mi garganta.

No soy mi padre.

O eso me había estado diciendo a mí mismo durante años. Había leído toda la charlatanería psicológica en línea que decía que no había nada de cierto en la afirmación de que el BDSM se derivaba del abuso infantil. Pero era difícil no cuestionar la teoría cuando sabía quién era yo.

Y sabía de dónde venía.

Mi padre era un imbécil abusivo sin ninguna preferencia particular en cuanto a quién era su objetivo. Mi madre era la tonta complaciente que le dejaba usarnos a todos como sacos de boxeo, no importaba si era Justine, ella o yo.

Yo no era muy diferente a él, solo podía justificar mis acciones porque obtenía el consentimiento antes de hacerlo. Pero la persistente voz de mi conciencia me recordaba que solo un bastardo sádico se libraba de golpear a las mujeres, y no importaba de qué manera se contaba la historia. Aunque nunca me emocionaría ennegrecer el ojo de una mujer, me resultaba agradable marcarla con un flagelo.

Solo comparto su rostro. No soy él.

Comenzó una lucha interna, tan familiar, aunque no la había experimentado en años. La realidad de lo que era y de cómo llegué a ser se derrumbó a mi alrededor, la verdad se remonta a la primera vez que tuve relaciones sexuales: joven, ingenuo, buscando seguir adelante con Nikki Tyson, la chica más sexy de la escuela. Esa primera experiencia fue un torbellino de miembros adolescentes torpes, pero no fue muy difícil, con la excepción de mi abrumadora necesidad de golpear el trasero de Nikki dejándole un bonito tono rosado. La simple idea de hacer exactamente eso me asustó muchísimo. Avergonzado de mí mismo, nunca volví a hablar con Nikki después de esa noche.

A los dieciséis años ya me consideraba inseguro.

Me convencí de lo inevitable y opté por seguir un camino solitario, eligiendo alejarme de las chicas por completo. Tenía demasiado miedo de que algún día pudiera causarle daño físico a alguna de ellas, lo que me hizo decidirme a mantener el rumbo. Hasta que conocí a Sasha dos años después,

la misteriosa chica con piercings y tatuajes que vivía a una cuadra de mí casa.

Era una perra despiadada.

Me quedé mirando el cielo tormentoso, mirando los relámpagos en la distancia, recordando un momento con una chica en la que no había pensado en años. Una sonrisa agri dulce se formó en mis labios.

Sasha me había perseguido, a pesar de mi resistencia. Pero mi verga de dieciocho años no podía mantenerla a raya por mucho tiempo. Una vez que cedí, apenas podía creer mi suerte, había conocido a una chica que quería que le rompieran el culo. Y más.

Mucho más.

Sasha me había enseñado sobre el mundo que finalmente había adaptado como propio. Por eso, siempre la apreciaré. Sin saberlo, había creado una salida que necesitaba desesperadamente, durante una época en la que la vida parecía estar fuera de control. Me mostró cómo usar el dolor y el placer, en lugar de permitir que me usaran a mí. Ella era la de abajo, la que me enseñó a subir.

Mi tiempo con ella fue retorcido y duró poco, pero me hizo sentir normal y me devolvió el control de mi vida y mis emociones.

Por eso es que NO soy mi padre. Yo tengo el control.

Presioné el botón en la pared que bajaba la pantalla oscura. Mientras esperaba que la sombra se moviera del techo al piso, consideré a Krystina y hacia dónde se dirigían las cosas con ella. Sasha siempre había mantenido las cosas entre nosotros casuales, y reconocí la importancia de eso después de que ella se fue. Había una razón por la que siempre mantenía a las mujeres a distancia. Mantener los vínculos emocionales fuera de la ecuación hacía que las cosas fueran más seguras. Más fáciles. Era una de mis reglas, una que siempre me ha servido bien.

Soy más que evitarlas para Krystina.

Quería tomarla como una sumisa regular. La quería para mí. Estaba contemplando el largo plazo, involucrarme más con una mujer, asumir el papel de un verdadero dominante en formas que iban más allá del dormitorio, para satisfacer este impulso irresistible de cuidar a Krystina en todas las cosas.

Toda la idea era un concepto extraño para mí, y me estremecí al pensar en todas las cosas que podrían salir mal. Ella carecía de la experiencia que yo normalmente requería de una sumisa, y continuamente ponía a prueba mis limitaciones emocionales, desafiando todos mis intentos de dominación. Era

una fiera que solo estaba familiarizada con lo convencional, y yo la estaba conduciendo por un camino muy oscuro.

¿Soy capaz de mantenerme bajo control?

No sabía la respuesta a eso y nunca confiaba en lo desconocido. Solo sabía que la violencia provenía de la emoción. Y en el poco tiempo que llevaba conociendo a Krystina, había logrado despertar varias emociones en mí que no sabía que era capaz de sentir. Tenía miedo de que el legado de mi padre se hiciera realidad, demostrando que no era diferente a él. La mera idea de que eso sucediera hizo que un escalofrío recorriera mi espalda, a pesar de la agradable temperatura de la habitación.

La parte inferior de la pantalla que oscurecía la habitación, tocó el suelo con un golpe silencioso, bloqueando con eficacia toda evidencia de los relámpagos. Me di la vuelta y me dirigí a través de la oscuridad para regresar a la cama. Me recosté sobre mi espalda y rodé sobre mi lado derecho.

Al diablo con las reglas, al menos por esta noche.

Puede que nunca le cuente a Krystina todo el alcance de lo que sucedió hace tantos años, pero en este momento, la necesitaba como nunca había necesitado a otro ser humano. Mi sueño me había dejado con una sensación de frío, como si agua helada bombeara por mis venas. Necesitaba la presión del cuerpo desnudo de Krystina contra el mío para sentirme caliente de nuevo.

A través de la oscuridad de la habitación, la busqué. Mi agarre solo alcanzó un puñado de sábanas.

Krystina se había ido.

Krystina

ERA OTRO GLORIOSO DÍA DE OTOÑO EN NUEVA YORK, Y DISFRUTÉ LA sensación de la luz del sol en mi rostro cuando salí de la terminal del metro. La tormenta de la noche anterior había limpiado Nueva York del aire húmedo y pegajoso, dejando una frescura limpia a su paso. Shakira estaba sonando a través de mis auriculares. Y sí, mis caderas seguían moviéndose cuando entré a Wally's para cubrir mi turno.

Era un cliché, pero no me importaba. Me sentí confiada. Sexy. Y más ligera de mis pies de lo que había sido en años. Nada podría arruinar mi estado de ánimo hoy, ni siquiera el estrés que sentía por dejar mi trabajo de hacía mucho tiempo.

—¡Hola, Melanie! —saludé a mi compañera que trabajaba en la caja registradora.

—¡Hola, Krys! —ella respondió mientras escaneaba las compras de un cliente—. El Sr. Roberts te estaba buscando hace unos minutos.

—¿Sabes dónde está ahora?

—Creo que está de vuelta en su oficina.

—¡Gracias! —dije alegremente con una sonrisa radiante.

Mientras me dirigía a la oficina del Sr. Roberts, sentí que mi teléfono vibraba en mi bolsillo. Lo saqué y leí el texto entrante. Sonreí cuando vi que era de Alexander.

Hoy

7:51 AM, Alexander: *Mi oficina. 3 pm.*

¿Ya me estás ladrando tus órdenes?

Obediencia incondicional o no, esa no era la forma de iniciar una conversación, especialmente después de la noche que habíamos compartido.

7:54 AM, Yo: *Buenos días a ti también.*

7:56 AM, Alexander: *Tienes que completar algunos trámites para que pueda inscribirte en la nómina.*

Placer de noche. Negocios de día. ¡Anotado!

Sabía que este arreglo con Alexander iba a ser una pendiente resbaladiza, una en la que tendría que andar con cuidado. Simplemente no me di cuenta de lo frío que sería.

8:00 AM, Yo: *Claro. Pero trabajo hasta las 5.*

8:02 AM, Alexander: *Sal temprano.*

¡Sí, amo! Caray... es tan exigente.

Pero en lugar de arremeter y dejar que su temperamento brusco arruinara mi buen humor, continué apaciguándolo lo mejor que pude.

8:04 AM, Yo: *Hablaré con el Sr. Roberts al respecto. Te enviaré un mensaje de texto si no puedo salir temprano.*

Esperé una respuesta. Cuando no recibí una de inmediato, guardé el teléfono en el bolsillo y continué hacia la oficina del Sr. Roberts. Si esta era la forma de Alexander de separar nuestra vida profesional y personal, no podía estar segura. Pero si pensaba que me iba a dar órdenes bruscamente como si yo fuera una especie de lacayo tonto, tenía otra cosa en mente. Ojalá no fuera lo último. De cualquier manera, me ocuparía de él más tarde. Tenía asuntos más importantes que resolver primero.

Me acerqué a la puerta abierta de la oficina del Sr. Roberts y di un ligero toque para avisar mi llegada.

—Hola, Sr. Roberts.

—¡Krys! Me alegra verte. Esperaba que vinieras a la oficina porque tengo que hablarte de algunas cosas.

—Yo también necesitaba hablar con usted —le dije con ansiedad.

—Tú primero. ¿Qué puedo hacer por ti hoy? —preguntó. Se reclinó en su silla y me ofreció una cálida sonrisa, lo que hizo que las arrugas en las esquinas de sus ojos se hicieran más profundas.

Parecía estar de excelente humor. Fue un cambio agradable, ya que las sonrisas del señor Roberts habían sido escasas y espaciadas, y temía la idea de arruinar su buen humor. Sin embargo, sabía que no iba a ser una forma fácil de evitarlo. En lugar de andar por las ramas con una pequeña charla, le dije mi razón para venir a su oficina.

—Creo que ya sabe que recibí una oferta de trabajo de Turning Stone Advertising. He decidido aceptarla. Este viernes será mi último día aquí.

—Sí, lo sé. Esa es una de las cosas de las que quería hablarte. Esta mañana hablé con el Sr. Stone sobre ti, con gran detalle —me informó tomando mi anuncio con calma.

Me molestó saber que Alexander se había encargado de hablar con mi jefe sobre mi fecha de finalización, pero una parte de mí no estaba sorprendida en lo más mínimo de que se me hubiera adelantado.

—Lamento mucho la poca antelación, Sr. Roberts. Es solo que Ale...e., el Sr. Stone insistió en que iniciara de inmediato —le dije, contenta de haber detectado mi desliz a tiempo. Si tenía esperanzas de ganarme el respeto de mis futuros compañeros de trabajo, tenía que tener mucho cuidado de no usar el nombre de pila de Alexander.

—No te preocupes por eso, no es gran cosa. Haz lo que tengas que hacer —dijo fácilmente con un movimiento de la mano. Pero su actitud relajada parecía falsa. Conocía bastante bien a mi jefe y, a pesar de la sonrisa relajada en su rostro, podía sentir su cautela. Y su decepción.

—Puedo quedarme un poco más si lo necesita, tal vez pueda trabajar por la noche cuando termine mi día en Turning Stone —ofrecí, sintiéndome terriblemente culpable. Había estado bajo tanta presión, y yo me acababa de convertir en una adición a sus crecientes problemas.

Se levantó de su silla y rodeó el escritorio hasta donde yo estaba.

—No seas ridícula. Estoy feliz por ti. De verdad, lo estoy —me aseguró.

Lo miré con dudas.

—¿Está seguro? Quiero decir, podría ayudarle a entrenar a mi reemplazo.

El Sr. Roberts respiró hondo y negó con la cabeza.

—Mira, no quiero sonar como que no me importa. Pensé que si actuaba como si tu partida no fuera gran cosa, facilitaría la despedida. No eres de las que toman decisiones apresuradas, y sé que tu decisión de dejar Wally's no fue algo que hayas considerado a la ligera. Cualquiera con medio cerebro puede ver lo increíble que es esta oportunidad, Krys. Pero lo admito, va a ser difícil perderte. Eres como de la familia.

Inmediatamente me quedé sin palabras cuando los recuerdos de mi tiempo en Wally's pasaron ante mis ojos. El Sr. Seymour, el dulce anciano al que le entregaba víveres. Los días de campo de la empresa. Las divertidas payasadas y bromas constantes del Sr. Roberts. Incluso cuando Jim McNamara me molestaba. Eran mi familia de trabajo, una de mis pocas constantes en una ciudad llena de caos, y echaría de menos a cada uno de ellos.

Había pasado los últimos seis meses preocupándome por los cobros y por conseguir un trabajo mejor remunerado, ni siquiera había pensado en lo que dejaba atrás. Luché contra el escozor de las lágrimas amenazadoras, sabiendo que al final, estaba tomando la decisión correcta.

Al menos eso espero.

—Es hora de que siga adelante, pero extrañaré mucho a todos en Wally's —le dije con sinceridad—. Volveré a visitarlo, ¡puede contar con ello!

—Más te vale... y que también sea a menudo. Mi esposa y yo extrañaremos ver tu cara por aquí. Aún no le he hablado de esto, pero sé que compartirá mis sentimientos.

Otro dolor de pesar me golpeó cuando pensé en la Sra. Roberts. Tanto ella como el Sr. Roberts habían sido muy amables conmigo a lo largo de los años y debería habérselo dicho a ambos al mismo tiempo.

—Por favor, dígle a la Sra. Roberts que me disculpo por no decírselo a las dos al mismo tiempo. Simplemente no pude posponer esto. El Sr. Stone realmente quería que comenzara antes, pero tuve que decirle que no. No quería afectar a nadie aquí en el último minuto.

—Lo aprecio y gracias por ser tan considerada. Aunque, estoy algo inclinado a empujarte por la puerta ahora mismo. Tu talento se desperdicia en almacenar estantes. Siempre lo supe —dijo, dándome un apretón tranquilizador en mi hombro.

—Estoy nerviosa por este nuevo trabajo. Gracias por su voto de confianza.

—No deberías estar nerviosa. Vas a hacer grandes cosas, chica. Estoy orgulloso de ti —sonrió—. Pero por ahora, mientras todavía te tengo aquí, llegaron muchas entregas durante el fin de semana y el departamento de recepción es un desastre. ¿Podrías ir allí y ayudar a ordenar todo?

—¡Me ocupo!

Le mostré mi pulgar hacia arriba y me dirigí hacia la puerta de la oficina para comenzar mi turno. Pero entonces, de repente, recordé la petición de Alexander, si se puede llamar así.

—Tengo un pequeño favor que pedir antes de ir a trabajar, Sr. Roberts —le dije, volviéndome hacia él.

—Cualquier cosa.

—Voy a tener que salir un poco temprano hoy. El Sr. Stone me pidió que me reuniera con él en Cornerstone Tower a las tres en punto para poder completar un montón de papeleo de la nueva contratación.

—No hay problema en absoluto. De hecho, tengo una entrega de comestibles programada a las dos para el Sr. Seymour. Es solo una pequeña. Puedes llevársela y terminar el día. Avísame si necesitas algo más esta semana.

Walter Roberts solía ser bastante tranquilo. Sin embargo, con el personal

limitado de Wally's, permitirme salir unas horas antes era mucho para dar, incluso para él.

—¿Por qué está siendo tan amable? —lo miré con sospecha, deteniéndome junto a la puerta.

—Krys, ¿te das cuenta de lo que hizo el señor Stone por esta empresa? ¿Por mi familia?

—Um, no realmente. Quiero decir... sé que Wally's estaba en una situación económica difícil, pero no conozco los detalles.

—El año pasado realmente pasó factura tanto a mí como a mi querida esposa. ¿No has notado el poco cabello que tengo ahora en comparación con hace un año? —bromeó. Pero su rostro rápidamente se volvió serio una vez más, su fácil sonrisa se convirtió en una línea sombría. Se veía cansado y parecía envejecer visiblemente ante mis ojos—. Estábamos en peligro de ejecutar una hipoteca sobre la mayoría de nuestras propiedades. Las ventas han bajado y los costos operativos han aumentado. El costo de mantener los estantes abastecidos, la nómina y el pago de los servicios llegó a ser demasiado para los pagos del préstamo. Las leyes de seguridad, productos y trabajo debían ser la prioridad. Las hipotecas pasaron a segundo término. Infortunadamente, eso no era algo que el banco estuviera dispuesto a entender. Entonces, para abreviar la historia, el Sr. Stone intervino, compró todos nuestros edificios y asumió las hipotecas. Él alivió una gran parte de nuestros gastos generales al hacer esto.

—No lo entiendo. ¿Cómo pudo beneficiarlo asumir la deuda de Wally's?

—Desconozco todos los detalles de su objetivo, pero sí sé que pudo renegociar algunas cosas con el banco, y ahora Wally's pagará el alquiler a Stone Enterprise. No es un hombre estúpido, ni mucho menos; estoy seguro de que está ganando dinero con el trato. Pero primero miró el panorama general, cuando muchos volvieron la cabeza hacia el otro lado. Considera que Wally's es un elemento básico en esta ciudad y salvó cientos de empleos. Y por eso, siempre estaré agradecido. Si Alexander Stone no hubiera aparecido, muchas personas, incluyéndome a mí, estarían buscando un nuevo medio de vida.

—Es un buen hombre —murmuré. Sonreí para mis adentros, recordando todos los artículos que había leído sobre sus participaciones benéficas. Wally's no era una organización benéfica, pero Alexander era su benefactor de manera indirecta.

El Sr. Roberts me miró con aprensión y parecía estar contemplando su

próxima elección de palabras.

—Sí, es un muy buen hombre. Pero yo tendría cuidado con él. Puede ser algo autoritario, Krys. No estoy seguro de que sea el hombre adecuado para ti —advirtió.

Lo miré impactada.

¿Realmente soy tan transparente?

—No se preocupe por mí, Sr. Roberts. Estoy segura de que podré manejar al Sr. Stone —dije, aunque con poco entusiasmo—. Ahora, ya es hora de que haga un poco de trabajo por aquí.

Le hice un pequeño movimiento con mi mano y rápidamente me dirigí a la puerta antes de que pudiera hacerme más observaciones perspicaces. Esta no era una discusión que iba a tener con mi jefe, ya que él no tenía idea de lo cargadas que estaban siendo sus palabras.

Krystina

DURANTE TODO EL DÍA, MIENTRAS LIMPIABA Y ORGANIZABA LA plataforma de recepción en Wally's, había estado pensando sobre la advertencia del Sr. Roberts. Y cuando llegué a Cornerstone Tower, poco después de las tres, tampoco estaba del todo convencida de que Alexander fuera el hombre adecuado para mí. De hecho, él se *equivocaba* sobre mí, en muchos niveles diferentes.

Niveles.

Pulsé el botón del ascensor en el edificio de Alexander y repetí la palabra una y otra vez en mi cabeza. Era un recordatorio de los asuntos pendientes entre Alexander y yo: la lista. Nunca podría darle todas las cosas que quería. Podía estar abierta a algunas, pero definitivamente no a todo. Tenía que ser sincera con él antes de que las cosas fueran más lejos.

Cuando llegué al último piso, encontré a Laura Kaufman sentada detrás de su escritorio. Lanzó una mirada gélida en mi dirección cuando me vio, y me sentí un poco avergonzada. La última vez que estuve en este edificio, me había marchado a toda prisa y la había ignorado groseramente. Sonreí educadamente cuando me acerqué a ella, intentando compensar mi abrupta partida.

—Hola Laura. He venido para reunirme con el Sr. Stone —dije, extendiendo la mano para estrechar su mano.

—Sí, te está esperando. Al final del pasillo, primera puerta a la izquierda —dijo con desdén, ignorando por completo mi mano extendida.

De acuerdo, tal vez me lo merecía.

—Eh... sí. Gracias.

Obviamente, no teniendo ninguna posibilidad de mantener una conversación cortés, me di la vuelta y me dirigí a la oficina de Alexander. Fue bastante fácil de localizar, ya que la placa de oro grabada en la puerta de vidrio esmerilado era un faro brillante para todos los que pasaban.

ALEXANDER STONE

Director General

Di tres golpes cortos en la puerta, antes de empujar hacia abajo la manija para entrar. Alexander, que parecía un hombre de negocios refinado, estaba sentado detrás de un escritorio de caoba negra rodeado de enormes ventanas que revelaban asombrosas vistas de la ciudad. Estaba inclinado a un lado de su silla de respaldo alto, con la barbilla apoyada en el puño. En realidad, parecía más adecuado para las páginas de un catálogo de Giorgio Armani, en lugar de director general de una corporación multimillonaria.

—Hola, guapo. Lo siento, llegué unos minutos tarde.

Alexander miró en mi dirección y me hizo un solo gesto de asentimiento.

—Te traeré la documentación en un minuto —dijo, antes de volver a su computadora. Parecía estar en medio de algo. En lugar de molestarlo, me acomodé en la silla frente a él. Esperé a que terminara en lo que estaba trabajando y aproveché la oportunidad para mirar el espacio circundante.

Al igual que su sala de conferencias, la oficina tenía un estilo sofisticado, con un elegante diseño interior con todas las comodidades modernas que uno podría desear en un espacio de trabajo. Me sentí impaciente por ver las oficinas de Turning Stone Advertising.

—Tienes una oficina realmente agradable —lo reconocí.

Su única respuesta a mi cumplido fue un leve gruñido. Le fruncí el ceño con curiosidad, preguntándome qué pasaba.

El teléfono del escritorio sonó y Alexander rápidamente cogió el auricular.

—Será mejor que me llames para darme una fecha y una hora, Steve —dijo con irritación al teléfono. Después de un momento, su rostro se volvió amargo. Lo que fuera que la persona del otro lado estaba diciendo, no podía ser bueno—. No me importa cuál sea la excusa. Encuentra otra aseguradora para hacerlo. Y si no lo haces tú, lo haré yo. Quiero que este trato se cierre antes del fin de semana.

Con fuerza, volvió a colocar el receptor en su base, se volvió hacia su computadora y comenzó a teclear furiosamente en el teclado. Después de un minuto, se detuvo y pareció estar estudiando lo que estaba en la pantalla. Su mandíbula estaba apretada, mientras su pulgar golpeaba a un ritmo constante en el escritorio. Nunca lo había visto tan agitado.

—¿Está todo bien? —pregunté con cautela.

Alexander levantó la vista de su computadora con sorpresa, casi como si hubiera olvidado que yo estaba allí.

—Todo está bien. Odio los retrasos. —Y con eso, volvió a descolgar el auricular y marcó un número—. Laura, contacta a Joshua Swanson. Dile que revise su correo electrónico. Quiero una actualización del progreso al final del día.

Está en pie de guerra por algo...

—¿Que ocurrió?

Me miró con extrañeza, pero no respondió a mi pregunta. En cambio, se levantó de su escritorio y se acercó a un archivador.

—Aquí está la información sobre salarios y beneficios para que la revise. También incluye un acuerdo de indemnización —dijo con frialdad, arrojando sin ceremonias una carpeta manila sobre el escritorio—. Después de leerlo, deberás firmar algunas cosas en la parte de atrás.

Se sentó de nuevo y volvió a la tarea en la que había estado tan absorto. Me quedé bastante sorprendida, su fría recepción me dejó perpleja. Me retorcí incómoda en mi asiento. Entre Alexander y Laura, estaba empezando a pensar que había algo muy mal en el ambiente en Cornerstone Tower.

—Creo que la última vez que estuve aquí ofendí a Laura —dije casualmente, tratando de hacer algo, cualquier cosa, para romper la tensión en la habitación.

—No te preocupes por ella. Puede ser inconstante a veces, pero es extremadamente eficiente, por eso la mantengo cerca —dijo distraídamente, sin apartar la mirada de su monitor de pantalla plana.

Algo no estaba bien, y no era solo su frustración por un retraso. Estaba actuando diferente conmigo. Frío.

¿Es así como planeaba separar nuestra vida personal del trabajo?

Lo miré por un momento más antes de tomar la carpeta, el clic del mouse era el único sonido que se escuchaba en la oficina. La abrí y fingí examinar el contenido, pero en realidad no lo veía. Hojeé las páginas, lanzando miradas furtivas hacia él, en un intento de descifrar la verdadera razón detrás de su estado de ánimo.

—Alex, ¿qué pasa? —finalmente pregunté.

—No pasa nada —negó, de nuevo sin molestarse en mirar hacia arriba. Más silencio. Otro clic-clic.

Quizás anoche había conseguido lo que quería y ahora había terminado conmigo.

Luché contra la familiar batalla interna entre mis inseguridades y el sentido común básico. Era una verdadera lucha para no imaginarme lo peor.

No soy mi madre... es mejor preguntar que asumir.

—Mira, entiendo nuestro arreglo, pero ¿realmente necesitas actuar tan rígido conmigo? Quiero decir, ya no somos exactamente extraños. —No recibí respuesta, solo unos pocos clics más. Después de varios minutos de escuchar nada más que sus golpecitos con el mouse, mi paciencia disminuyó lentamente y los instintos de desconfianza comenzaron a anular todos los pensamientos racionales. Al final, ganó la suposición—. Lo siento, pero ¿estoy interrumpiendo algo de vital importancia aquí? ¿O es porque anoche tuviste una cogida rápida y esta es tu forma de decir *sayonara*?

Levantó la vista bruscamente, sus ojos me atravesaban como cuchillos.

—En primer lugar, no fue una cogida rápida. No quiero oírte decir algo así de nuevo. Nunca —vociferó—. En segundo lugar, anoche te fuiste.

Ohhhh, así que eso es lo que tiene tu ropa interior en un lío...

—¿Y qué si me fui? Hoy tenía que trabajar y no llevaba ropa conmigo. Tenía que irme.

Y esa era la verdad. Parcialmente.

—Te vas cuando yo digo que puedes irte.

—Oh, ¿es así? Bueno, déjame decirte... —comencé antes de que me interrumpiera abruptamente.

—Había cosas importantes que debían discutirse anoche. Solo me quedé dormido unos minutos. Eso no te daba derecho a hacer ninguna salida precipitada —exclamó. Sentí que me estremecía. Alexander no era el tipo de persona que gritaba, ya que su tranquila autoridad era suficiente para transmitir algún punto. Debió haberse dado cuenta de lo alto que estaba hablando, porque cuando comenzó de nuevo, su voz había bajado notablemente varios decibeles—. ¿Hablaste con tu compañera de departamento anoche cuando llegaste a casa?

—Mmm..., no. Estaba dormida cuando entré. ¿Por qué? —pregunté, completamente desconcertada por su pregunta.

—Esa es una de las cosas de las que deseaba hablar contigo anoche. Imagina mi sorpresa cuando me despierto y descubro que te habías ido —agregó con el ceño fruncido.

—¿Querías hablar sobre Allyson?

—No Allyson. Sobre mi privacidad. ¿Recuerdas lo que dije sobre mantener mis asuntos en secreto? No puedes contarle a tu compañera de

departamento sobre nosotros.

—Va a ser algo difícil de ocultar, Alex. Después de todo, vivo con ella.

—No me refiero a que los dos estemos juntos. Obviamente puedes decirle eso, al menos. Me refiero a lo que hacemos a puerta cerrada.

Le levanté una ceja con sorpresa.

Si le dijera a Allyson la verdad sobre ti, me arrastraría con un psiquiatra tan rápido que mi cabeza daría vueltas. Pensaría que habría perdido la maldita cabeza.

Amaba a mi amiga, pero sabía que nunca lo entendería. Allyson no podía enterarse de las travesuras de Alexander en el dormitorio.

—Oh, no te preocupes. No le diré a Ally —le aseguré rápidamente. Pero después de pronunciar la promesa, inmediatamente sentí un pequeño dolor de culpa por no haber sido sincera con mi mejor amiga.

—Nadie más puede saberlo tampoco. Hablo muy en serio sobre esto. A menudo estoy en el ojo público. Lo que hago, lo que me gusta... la mayoría de la gente puede verlo como ropa sucia. Preferiría que no se divulgara.

—Oh, y yo que pensé que podría llamar al columnista de chismes de.... — Me detuve en seco cuando vi su rostro pálido—. Alex, solo estoy bromeando. No soy del tipo de besar y contar. Incluso con Ally. Mi vida sexual no es asunto de nadie. Puedes relajarte.

—No bromees sobre esto, Krystina.

Levanté las manos en fingida rendición.

—No más bromas. Lo prometo.

Se inclinó hacia adelante en el escritorio y presionó su frente contra sus palmas. Sacudió la cabeza como para aclararse, finalmente volvió a mirarme. Parecía más tranquilo, pero había cierto nivel de tormento en sus ojos.

—No soy de los que pierden la cabeza así, Krystina.

—Está bien, Alex. Parece que has tenido un día difícil. Deja de pensar en esto —dije.

—No, no. Es solo que... a veces tiendo a olvidarme de mí mismo contigo. Honestamente, no creo que vayas a hablar sobre nosotros. Estoy molesto porque te fuiste anoche. Quería que te quedaras. Lamento haber levantado la voz como lo hice —se disculpó, tomándome por sorpresa por haberlo aceptado.

—Supongo que también te debo una disculpa. Lamento haberme escapado. Y ya que estamos siendo honestos el uno con el otro, no es que no tuviera una muda de ropa, aunque esa fue una pequeña parte de la razón. Solo

intento que esto entre nosotros sea lo más simple posible. Pensé que quedarme en tu casa solo complicaría las cosas.

—Solo si lo permites, Krystina. —Me sonrió con ironía—. Si vas a ser mi sumisa, pasarás algunas noches conmigo.

Si iba a pasar la noche o no, estaba sujeto a debate, uno en el que no quería entrar en ese momento en particular. Acababa de conseguir que se calmara y no quería irritarlo de nuevo. Además, era mi sumisión, o más bien sus extravagantes ideas sobre lo que esperaba que hiciera, lo que realmente necesitaba ser tratado.

—Sí, sobre eso. Trataré de mantener la mente abierta sobre las noches —comencé—. Pero primero, necesitamos repasar la lista que escribiste. Sin embargo, no estoy segura de que este sea el lugar más apropiado para hablar de ello.

—Por el amor de Dios, Krystina. ¡Olvídate de la estúpida lista! Eso es negociable y ni siquiera empieza a explicar lo que espero de ti. —Se levantó de su silla y se acercó a donde yo estaba sentada. Me puso de pie y puso sus manos firmemente en mis caderas. Sus ojos calientes se centraron en los míos—. La lista son solo palabras en papel. Estar en una relación dominante y sumisa significa más que los términos de un libro de texto. Es un estilo de vida, uno que quiero enseñarte. Por tu bien, me lo tomaré con calma. En cuanto a las pernoctaciones, tendrás que quedarte en mi casa si quieres aprender. Y hablo en serio cuando digo que tendrás que quedarte a dormir a menudo.

—No veo por qué tengo que pasar la noche contigo para aprender algo, Alex.

—Es mi trabajo como tu dominante velar por todos tus deseos y necesidades. No puedo hacer eso muy bien cuando no estás conmigo. Tuvimos un comienzo más convencional de lo que estoy acostumbrado. Pero eso termina ahora. Te quedarás el fin de semana conmigo.

—Hubiera sido amable de tu parte preguntar, en lugar de ordenar....

Puso un dedo sobre mis labios para silenciarme.

—¿Recuerdas la lección número uno? Obediencia incondicional. Quieres aprender, ¿no? —preguntó, pero en realidad no era una pregunta. Más bien me estaba retando.

Podía sentir el calor saliendo de él, su cuerpo tan cerca del mío, pero sin llegar a tocarlo. Sus ojos ardían en mí, llenos de deseo. Lentamente dejé escapar el aire de mis pulmones que no me había dado cuenta de que había

estado reteniendo.

—Sí —finalmente respondí vacilante.

—Bien. Entonces, aquí tienes otra lección. Cuando estés en mi casa, estarás desnuda. Siempre. A menos que yo te ordene lo contrario. Como estás tan concentrada en mi lista, recordarás que allí estaba escrito lo de la desnudez. Te quiero fácilmente accesible para mí en todo momento.

Mis ojos se abrieron enormes y no podía responderle, aunque lo intentara. Todas las palabras se me habían escapado. Quería discutir y decir que no *siempre* podría estar desnuda, pero una parte de mí disfrutaba con la idea. Era tan fácil dejarse envolver por sus palabras. Sus fantasías. Era tan simple perderse en la bruma, mis pensamientos constantemente se confundían en las profundidades de esos ojos color zafiro.

Sacudí la cabeza para despejar la niebla, mi lado práctico ganando una vez más.

—Mira, sé que dijiste que lo olvidara, pero realmente necesitamos discutir esa lista. Anoche fue más que increíble, pero sé que fuiste gentil conmigo. Tengo miedo de lo que vendrá después. Si voy a hacer esto, es importante que hablemos de ello.

—Sabía que así te sentirías —dijo, sacudiendo la cabeza con resignación. Se alejó de mí, dejando un espacio frío y vacío que solo unos segundos antes había estado muy caliente. Se inclinó sobre su escritorio y sacó una hoja de papel enterrada debajo de una pila de carpetas—. Es por eso que traje la maldita cosa conmigo hoy. Pensé que no sería capaz de convencerte de que la olvidaras.

—¿Trajiste la lista *aquí*?

—¿Estás sorprendida?

—Bueno, sí. Quiero decir, ¿y si alguien la ve? —exclamé, mortificada al pensar en Laura tropezando con una lista de aventuras sexuales tabú.

—No te preocupes, Krystina. Nadie entra a esta oficina sin que yo lo sepa —dijo, riéndose de mi conmoción exterior.

—Simplemente asumí que, considerando tu preocupación sobre la privacidad, mantendríamos nuestras cosas personales un poco más discretas.

—Y lo haremos, en su mayor parte. Vamos. Sentémonos y terminemos con esto. —Me hizo señas para que lo siguiera hasta el cómodo sofá de dos plazas de cuero en el otro extremo de la habitación. Una vez que nos sentamos cómodamente, extendió la lista en la mesa baja de vidrio frente a nosotros—. Repasaremos esto juntos, una cosa a la vez. Puedes tachar

cualquier cosa que esté prohibida, luego podremos discutir lo que consideres necesario.

—¿Quieres revisar esto aquí? ¿Ahora mismo?

—Sí. Y cuando hayamos terminado, lo dejamos de lado para siempre y serás toda mía. ¿De acuerdo?

—¿Por qué estás haciendo esto? Claramente tienes ciertas expectativas. ¿Por qué considerarías modificarlas por mí? ¿Qué pasa si digo que no puedo hacer *cualquiera* de estas cosas?

Levantó la vista bruscamente, apartando los ojos del papel y observándome con su mirada de acero. Por un momento pude ver a través de él, toda su agitación e indecisión transparentes. No estaba acostumbrado a cambiar sus costumbres. Sin embargo, también había una cierta cantidad de salvajismo en su expresión, y creí que era la fuerza impulsora detrás de la solución de sus incertidumbres.

—Hay algo sobre ti, Krystina. Realmente no sé qué es, solo sé que desde el primer momento en que te vi, todo lo que he pensado es en enterrar mi miembro dentro de ti. Si tengo que hacer algunos ajustes, confía en mí cuando digo que estoy dispuesto a hacerlo. Sin embargo, solo tienes este día. Después de que pasemos por esto, no te mimaré más.

Su tenacidad era inspiradora y de repente me invadió un sentimiento de determinación. Tenía que hacer esto. No quería ser una chica tímida y asustada, temerosa de las sombras que acechan en la noche. Quería explorar los bordes oscuros del deseo con él. Y quería complacerlo.

—¿Tienes marcadores aquí? —pregunté.

—Ah, debería.

La expresión de perplejidad en su rostro era casi cómica, lo que me obligó a aclarar mi obsesiva necesidad de organización.

—Mi TOC está surtiendo efecto [***Nota de la T.: TOC, trastorno obsesivo compulsivo***]. Quiero decir, no soy realmente TOC. Solo necesito codificar con colores estas cosas, ¿de acuerdo?

Su confusión fue reemplazada lentamente por diversión, haciéndome plenamente consciente de lo tonto que era todo esto, a pesar de mi loca necesidad de tener algún tipo de marco delineado para esta relación.

—Déjame ver qué puedo encontrar —contestó con una leve risa.

Alexander regresó a su escritorio y empezó a rebuscar en un cajón. Me tomé un minuto para volver a examinar la lista. Pensé en la noche anterior y en la forma en que había hecho magia en mi cuerpo. Ciertamente disfruté

anoche, las cuerdas y todo. Estaba segura de que era solo una muestra de lo que podía hacerme sentir.

Necesito mantener la mente abierta, tanto con el dolor como con el placer.

Alexander

MIENTRAS REBUSCABA EN UNO DE LOS CAJONES DE MI ESCRITORIO EN busca de marcadores, me quedé estupefacto por la rapidez con la que Krystina había sido capaz de calmar mi mal humor. Cuando llegó a mi oficina, tenía toda la intención de centrarme únicamente en los negocios y dejar de lado la otra mitad del trato. Después de todo, la noche anterior me había abandonado.

Cuando necesité de ella.

Pero luego entró en mi oficina. El solo hecho de verla me detuvo en seco. Por mucho que intentara, no podía concentrarme en el asunto que tenía delante. Lejos quedó la idea de poner fin a la parte personal de nuestro acuerdo. Solo podía concentrarme en su rostro seductor y el recuerdo de su cabeza echada hacia atrás con pasión. Y aunque ahora estaba vestida con jeans ajustados y una camiseta de Wally's, no pude evitar imaginar la vista de sus pechos perfectos moldeados en mis manos, que respondían a cada toque.

Caminé de regreso a donde estaba sentada Krystina y extendí mi mano para mostrarle los hallazgos: un marcador rojo y un resaltador amarillo y verde.

—Pensé que podrías usar el marcador rojo para tachar cualquier 'no' definitivo, el marcador amarillo para un 'tal vez' y el verde para un 'sí'. ¿Es suficiente ese TOC para ti?

—No te burles de mí, Alex. Pero sí, esto funcionará bien —dijo, arrebatando de mi mano los marcadores.

La vi pasar su dedo por la lista, tomando inmediatamente el marcador rojo para tachar los azotes.

—Recuerda lo que dije, Krystina. No te haré daño —dije, interrumpiendo la revisión.

—Sé que no lo harías —dijo, y tenía curiosidad por saber por qué de repente estaba tan segura de eso. Quizás finalmente estaba empezando a

ganarme su confianza.

—Me alegra que estés empezando a tener un poco de fe en mí. Teniendo eso en cuenta, no deberías tachar las cosas tan rápido.

—Esto en particular, no se trata de confianza o de fe, Alex. Suena tan medieval. Toda la idea me desanima.

Simplemente asentí y le permití volver a la lista.

Destacó las nalgadas en verde, habiendo experimentado ya la sensación de mi mano en su trasero, pero vaciló sobre flagelar y azotar. Casi los codificó con colores rojos, pero en su lugar tomó el marcador amarillo. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, detuve su mano.

—Recuerda la suave sensación del flagelo en tus manos. Confía en mí, Krystina.

Vi la duda en sus ojos, profunda e inquisitiva. Pero después de un breve momento de indecisión, codificó ambos en verde.

—Bueno. Puedo entender la mayor parte del bondage de la lista, pero tendrás que explicarme lo de estar suspendida —dijo, necesitando más aclaraciones.

—Es tal como suena. Te cuelgo de las barandillas de mi cama, dejando tu cuerpo libre para que yo haga lo que quiera.

Su cabeza se levantó de golpe para mirarme. Esos grandes ojos marrones se agrandaron más, como si se estuviera imaginando suspendida en el aire. Mi miembro tembló y me moví levemente en mi asiento, la imagen llenaba mi propia cabeza.

Krystina, extendida y mostrándose. Nunca avanzaremos con la lista si sigo imaginándome todas estas cosas.

Esperaba que no siguiera cuestionando cada pequeña cosa. Las descripciones detalladas de lo que quería hacer con ella me estaban matando. Como estaba, no quería nada más que desnudarla y sumergirme en su calor satinado. Aquí y ahora. En el sofá de mi oficina.

Paciencia. Primero que revise la lista. Gánate su aceptación.

Al final, resaltó en verde lo de estar suspendida y solté un pequeño suspiro de alivio cuando pasó a lo siguiente.

—¿Atada como cerdo? —reflexionó la pregunta en voz alta, pero afortunadamente no tuve que darle una explicación que torturaría aún más mi ingle. Sus mejillas escarlatas me dijeron que captó la respuesta casi tan pronto como expresó la pregunta.

—Voy a pedirte que no revises y resaltes la lista de mejoras. Con el

tiempo llegaré a conocer tu cuerpo mejor que tú y sabré hasta dónde se te puede presionar. ¿Me dejarás usar mi juicio sobre eso? —le pregunte a ella.

—No veo por qué no. No hay nada demasiado loco aquí —observó, escudriñando el resto de la lista.

—¿Ves? Esto no es tan malo como pensabas originalmente, ¿verdad?

Casi lo aceptó, pero luego sus ojos se posaron en algo que hizo que su cabeza se moviera de un lado a otro.

—Espera un momento. No sé nada acerca del sexo an....

—¿Confías en mí? —pregunté de nuevo, interrumpiéndola.

Confianza.

Ahí estaba esa palabra de nuevo, una que había descartado innumerables veces. Me di cuenta de que estaba pensando lo mismo que yo ya que sus ojos miraban inquisitivamente los míos. Quería que confiara en mí, pero entendí su vacilación. Mi mundo le era desconocido y estaba destinada a cometer innumerables errores en el camino desconocido. Necesitaba confiar en mí para que ser guiada.

—Confío en ti —dijo finalmente.

—Bien. Entonces terminamos con esto —dije con un aire de darlo por finalizado. Me incliné hacia adelante y tomé su barbilla en mi mano—. Todo esto de hablar sobre el bondage, me ha endurecido mi miembro, y tenemos que decidir cómo vamos a rectificar esa situación.

Krystina

SENTÍ un hormigueo en la piel por su avance cuando movió su mano para colocar un rizo detrás de mi oreja. Moví mis ojos hacia el gran escritorio de caoba de Alexander antes de mirarlo para encontrarme con esos ojos azul zafiro. Estaban llenos de calor y necesidad desesperada. Podría decir que me deseaba. Mis pezones se endurecieron instantáneamente, anhelando ser tocados.

¿En la oficina? ¿En serio?, contrólate, Cole. Eso es tan poco profesional. Nunca podríamos hacerlo aquí.

—Por supuesto que ¿no te refieres a hacerlo ahora mismo? —pregunté a la vez horrorizada y emocionada con la idea.

No me respondió, pero se acercó más. Empecé a jaderar suavemente

mientras la yema de su pulgar trazaba el contorno de mis labios.

—Me encanta la forma de corazón de tu labio superior y la forma en que tu labio inferior está más lleno que el superior. Es como un puchero, siempre burlándose de mí, provocándome para besarte. Besaré estos labios con bastante frecuencia, Krystina.

Cerré los ojos y aspiré su esencia. Olía tan bien, un afrodisíaco natural que provocaba un salvaje deseo por él. Exhalé lentamente y lamí mis labios secos.

—¿Es eso una promesa, Stone? —respiré.

Él gimió, tomó la parte de atrás de mi cabeza y selló sus labios sobre los míos. Su beso era firme y exigente, pero perfecto como siempre, con la cantidad justa de presión. Incluyó la cabeza de un lado a otro, profundizando el beso con la lengua. Su fuerza de determinación provocó un hambre cada vez mayor en mi corazón.

Alcé las manos para pasarlas con avidez a través de sus ondas sedosas, acercando su poderosa figura más cerca de mí, haciendo que mi pasión se convirtiera en una necesidad frenética de más. Lejanamente me di cuenta de que ya no estábamos sentados, sino que habíamos logrado ponernos en posición horizontal en el sofá de dos plazas, con el cuerpo de Alexander presionado contra el mío. El instinto me hizo pasar una pierna alrededor de su cadera. Arquee mis caderas contra él, apreciando la sensación de su virilidad a través de nuestra ropa. Le devolví el beso con una urgencia feroz, deseándolo desesperadamente sin tener en cuenta lo que nos rodeaba.

Pero entonces recordé que Laura estaba al final del pasillo, su severo ceño fruncido aparecía sin invitación en mi cerebro.

—¡Alex, espera! No podemos —comencé, presionando contra su pecho—. ¿Y si entra Laura?

—Hmmm... ella no lo hará. Ella bien lo sabe —dijo, moviendo su boca hacia abajo para pellizcarme el cuello.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Haces este tipo de cosas a menudo? —pregunté acusadoramente, moviéndome para salir de debajo de él y acomodándome en una posición de pie.

Me miró con ojos vidriosos, el pelo levantado por todas partes y la ropa desarreglada. Su corbata se había aflojado en el cuello y su camisa estaba libre de la cintura de sus pantalones. No podía estar segura de si había sido él o yo quien había perdido el control sobre su ropa.

Maldición, si no se viera tan sexy...

—No, Krystina. Significa que estoy muy ocupado y no me gustan las interrupciones —dijo, sonando exasperado—. Ella sabe que debe avisarme por mi teléfono o tocar primero.

Inmediatamente me reprendí por andar siempre sospechando.

—Lo siento, a veces la paranoia puede sacar lo mejor de mí. Me pone nerviosa que alguien nos atrape. Eso es todo —admití, haciendo a un lado el pensamiento de que podría no haber sido la primera mujer en ser besada en ese sofá.

Se puso de pie y comenzó a meterse la camisa en los pantalones. Después de que se enderezó la corbata, me alcanzó y me atrajo hacia él.

—Yo soy el que debería disculparse, pero no puedo decir que lo siento tanto —murmuró en mi cabello.

—¿Qué quieres decir?

—No debí haber hecho eso. En el trabajo. En la oficina. Créelo o no, soy responsable de un cierto nivel de profesionalismo. Debí haberme frenado, pero yo... —vaciló—. Fue toda esa charla. Y tus malditos marcadores. Tenía que tener una pequeña probada de ti.

—Está bien. Como que me gustó —dije, apoyando la cabeza en su hombro. Se apartó y me estudió.

—Sí, a mí también —estuvo de acuerdo pensativamente. Parecía algo sorprendido por ese hecho.

—¿Qué te pasa, Stone? ¿Rompiste otra de tus reglas? —pregunté, dándole una palmada en el brazo en broma.

—Así es, lo hice —admitió con el ceño fruncido—. Y si seguimos así, no conseguiremos hacer ningún trabajo. Todavía tengo mucho que repasar contigo hoy.

De mala gana, quité mis brazos de su cintura y di un paso atrás.

—Tienes razón. Entonces, ¿cuál es la siguiente orden del día? —pregunté, centrándome en por qué estaba ahí en primer lugar.

—Para empezar, aún debes firmar la información sobre salarios y beneficios.

Se acercó a su escritorio y recuperó la carpeta que había dejado allí.

Le quité el papeleo, me senté frente a su escritorio y me puse a trabajar en la lectura de la información necesaria. Cuando pasé a la segunda página, dejé escapar un suspiro de asombro.

—Alex, este salario alimentaría a un pequeño país durante un año. ¡Esto es demasiado!

—Vaya, esto es nuevo. No suelo tener gente que me diga que les pago demasiado —dijo riendo, sentándose detrás de su escritorio—. No te preocupes, Krystina. Puedo permitírmelo.

—Si tú lo dices —murmuré, examinando el resto de los documentos. Todo parecía estar en orden, incluido el seguro médico y los beneficios 401k cuidadosamente descritos en detalle. Solo el salario era exagerado. Cogí un bolígrafo del escritorio y comencé a garabatear mi firma sobre los documentos requeridos.

Cuando terminé, me entregó otra carpeta.

—Tu primera tarea —me dijo. Eché un vistazo al contenido, ansiosa por ver por dónde empezaría.

—¿Wally's? —pregunté con sorpresa.

—Sí. El tendero necesita ayuda para impulsar sus ventas. Esta campaña será gratuita, al menos por ahora. Asumí un gran riesgo con ellos, que es algo que normalmente no hago, pero creo que será extremadamente rentable a largo plazo. Asegúrate de hacerle justicia.

—¡Por su puesto que lo haré! —exclamé, mirando ansiosamente la información que tenía frente a mí. La oportunidad de ayudar a Wally's era emocionante, y podría ayudarme a superar los sentimientos de melancolía que tenía al dejarlo.

—Wally's es personal para ti. Ya eso será beneficioso. Estoy seguro de que te irá bien con ello.

Miré hacia arriba, sonriendo a Alexander por la oportunidad, y lo vi sosteniendo otra carpeta para que la tomara.

—¿Qué es eso?

—Última carpeta, lo prometo —dijo, colocándola frente a mí—. Este es mi certificado de buena salud, como lo solicitaste en *tu* lista. ¿Supongo que todavía no has programado una cita con el médico?

Mierda. Sabía que me estaba olvidando de hacer algo.

Estaba revisando mentalmente mi agenda de la semana, tratando de averiguar cuándo podría apretujar una cita, cuando escuché el zumbido de mi teléfono en mi bolso.

—No, lo siento. No programé una. Quise hacerlo, pero se me olvidó. —Me disculpé distraídamente mientras buscaba en mi bolso mi celular.

—Eso es lo que pensé, considerando que esto entre nosotros sucedió de repente. Saqué la información de contacto de tu médico en tu teléfono y me tomé la libertad de programarte una cita. Irás el jueves a las diez de la

mañana.

Me había ocupado en leer el texto siguiente y me tomó un minuto procesar lo que había dicho. Una vez que lo registré, no estaba segura de haberlo escuchado correctamente.

—Espera. ¿Me programaste una cita con el ginecólogo?, pregunté, completamente horrorizada. No estaba segura de si debía estar enojada o avergonzada.

—No te enojes, Krystina. Tú estableciste las estipulaciones y no podría estar más de acuerdo. Además, estoy ansioso por deshacerme de los condones. Te quiero sana y que te pongas algún tipo de anticonceptivo para poder sentir ese sedoso coño tuyo sin ninguna barrera —dijo con voz ronca y descarada excitación en sus ojos.

Oh no, amigo.

Sus seductores ojos y sus artimañas sugerentes no iban a funcionar. Acababa de cruzar más líneas de las que podía contar, impidiendo *mí* privacidad.

Se suponía que el ginecólogo de una mujer era *personal*.

—Sobrepasaste tus límites, Stone. Mis médicos son privados. No tenías derecho a hacer eso —le dije con los dientes apretados.

—Krystina, ¿de verdad quieres dar una vuelta sobre eso? Porque yo no. De todos modos, habrías concertado la cita. Entonces, ¿qué si lo hice por ti? Piénsalo de esta manera, no tendremos preocupaciones el fin de semana.

—En primer lugar, dependiendo del método anticonceptivo que yo elija, es posible que no estemos a tiempo para el fin de semana. En segundo lugar, estás asumiendo que pasaré el fin de semana contigo.

—No estoy asumiendo nada. Sé que lo harás. Solo tú y yo, ángel. Carne sobre carne. Y tu obediencia incondicional —finalizó desvergonzadamente.

Como si realmente necesitara otro recordatorio de la lección número uno.

Le fruncí el ceño.

Sí, teníamos un acuerdo, uno que estaba decidida a cumplir. Le había dicho que le daría mi sumisión, o al menos lo intentaría, y no era el tipo de persona que se toma el fracaso a la ligera. Ciertamente no iba a empezar ahora. Infortunadamente, el orgullo que sentía por mantener mi independencia seguía interfiriendo. Si esto iba a funcionar, necesitaba aflojar un poco las riendas. Sin embargo, hice una nota para hacer una lista completamente nueva, una que describiera la definición de mi supuesta obediencia.

Solo da un paso atrás y dale algo de control. Al menos por ahora. Eso es todo lo que realmente quiere.

—Bien. Tú ganas esta vez. Me quedaré el fin de semana —dije de mala gana—. Pero en el futuro, te agradecería que me permitieras programar mis propias citas.

—Me parece justo, siempre y cuando recuerdes que es mi trabajo como tu dominante cuidar de ti, en todos los asuntos. Puedo ver que eso va a ser una lucha para ti.

—¿Tú crees?" respondí sarcásticamente.

Se levantó de su asiento detrás del escritorio y se colocó detrás de mí. Puso sus manos sobre mis hombros, comenzó a masajearme, amasando pequeños círculos con sus pulgares sobre mi cuello.

—Con el tiempo, aprenderás a entender cómo funciona esto, Krystina. De hecho, una vez que aprendas tu papel, lo agradecerás.

—No sé si estaré dispuesta, pero lo intentaré —dije, suavizándome bajo sus milagrosas manos. Podría ser capaz de soportar su astuta forma de hablar durante un tiempo, pero me hacía papilla bajo su toque.

—Quiero un fin de semana completo contigo atada y desnuda —dijo, inclinándose para mordisquear mi oreja.

—Mmm... en realidad, ya que estamos hablando del fin de semana, ¿tienes algún plan en particular para el viernes por la noche? —le pregunté, inclinando mi cabeza hacia un lado para que pudiera probar su camino por mi cuello.

—Tengo varios planes, muchos de los cuales te incluyen atada a mi cama.

—Basta —le regañé alegremente—. ¡Realmente eres el diablo! Hablo en serio ahora.

—Yo también. Quiero empezar a marcar todas las cosas que resaltaste en verde en tu pequeña lista —agregó sugestivamente, moviendo las manos hacia abajo para ahuecar mis pechos.

—¡Alex! —le quité las manos de encima—. No estoy bromeando. Melanie, una chica con la que trabajo, acaba de enviarme un mensaje de texto. Algunas personas en el trabajo están planeando una reunión para el viernes en el bar de Murphy's. Es una especie de fiesta de despedida para mí.

Lo miré, solo para ver que sus ojos se habían oscurecido.

—¿Murphy's? No lo creo, Krystina. Pero deberías asistir. Hale puede llevarte allí y luego recogerte, si lo deseas.

—¿Por qué no quieres venir? Será divertido —traté de persuadirlo. Tenía

curiosidad por la extraña expresión de su rostro—. ¿No te gusta Murphy's?

—Simplemente no encajo bien en las fiestas.

—Por favor —hice un puchero. Me frunció el ceño.

—Ya veremos. Por ahora, me muero de hambre. Vayamos a cenar —dijo, moviéndose alrededor del escritorio para agarrar su chaqueta.

—Um..., seguro. ¿A donde quieres ir? —Estaba bastante claro que intentaba cambiar de tema y yo estaba interesada en saber por qué.

—¿Te gusta la comida tailandesa?

Como si fuera una señal, mi estómago gruñó ante la mención de una de mis comidas favoritas, recordándome que me había saltado el almuerzo.

Está bien, esta vez obtienes un pase. Mi barriga hambrienta me reclama.

—Eso suena muy bien en este momento y no he comido tailandés en años.

—Entonces será tailandesa. Conseguiremos comida para llevar y la llevaremos a mi casa. Entonces podemos empezar con tu lista —agregó, mostrándome una sexy sonrisa torcida.

—Quieres empezar a marcar las cosas de inmediato, ¿verdad?

—Podríamos saltar directamente a las cosas resaltadas en amarillo —sugirió.

—Eres tremendo —le dije, negando con la cabeza. Mi estómago rugió de nuevo—. Primero la comida, luego veremos a dónde nos lleva la noche.

—Oh, no se preocupe, señorita Cole. Planeo llevarla a muchos lugares esta noche.

Solo podía esperar estar preparada para el desafío.

Krystina

ALEXANDER DEJÓ SOBRE LA MESA DEL COMEDOR LAS BOLSAS DE COMIDA para llevar.

—Ponte cómoda. Voy por unos cubiertos y platos —me dijo, dirigiéndose hacia la cocina.

Me quité los zapatos y me puse a vaciar el contenido de los envases de comida tailandesa. Cuando abrí el recipiente de pollo al curry rojo, salió vapor de la apertura, haciendo que se me hiciera agua la boca. Metí el dedo en la salsa para probar.

—Todavía estás vestida —dijo Alexander detrás de mí, lo que me hizo saltar fuera de mi piel. Con sentimiento de culpa, chupé la salsa restante de mi dedo.

—¿Por qué no lo estaría? —pregunté confundida al principio, pero luego entendí su significado. Cuando me dijo que me pusiera cómoda, fue realmente una excusa para querer verme desnuda—. En realidad no esperarías que estuviera desnuda mientras comemos, ¿verdad?

—Dije *siempre*, Krystina.

—Lo siento, Stone. Una chica tiene que comer. Necesito sustancia antes de poder empezar con tus travesuras.

—Estuviste de acuerdo en intentarlo —señaló.

Parecía frustrado conmigo por no cooperar. No estaba segura de poder cenar sin ropa, desnuda bajo su mirada escrutadora.

Oh, al diablo con eso.

No era como si no hubiera visto ya cada parte de mí.

—Bien —solté, agravada porque estaba hambrienta—. ¿Dónde puedo *prepararme* para estar a tu gusto?

Me frunció el ceño, su impaciencia era muy clara.

—No se supone que funcione así, Krystina. —Se pasó una mano por el cabello con frustración—. Olvídalo. Solo siéntate y come.

Se apresuró a sentarse en una silla y comenzó a rasgar el contenido restante de la bolsa de comida. Si no supiera nada más, pensaría que esta era la versión de una rabieta de Alexander. Lo ignoré, estaba demasiado hambrienta para preocuparme, y me concentré en mi comida. El silencio se prolongó durante unos buenos diez minutos antes de que finalmente hablara.

—Eres un dolor en el trasero. ¿Lo sabes?

—Así es, eso me han dicho antes. Pero en mi defensa, te advertí que sería demasiado trabajo para ti. Todo esto es nuevo para mí. No sabía que literalmente te referías a estar *siempre* desnuda. Simplemente, eso no es realista. De cualquier manera, si lo hubiera sabido, me habría preparado mental y físicamente para ello. Me gustaría un minuto para refrescarme antes de que saltes sobre mí.

—¿Saltar sobre ti? ¿Es eso lo que hago? —Alexander preguntó divertido con un brillo en sus ojos.

Yo simplemente le devolví la sonrisa antes de tomar otro bocado de curry.

—Bueno, este día estuve pensando en algunas cosas —comencé.

—Uh, oh —temió burlonamente.

—Ya basta —le dije. Hice una bola con mi servilleta y se la arrojé—. Estaba pensando en que no sé casi nada sobre ti. Quiero decir, mi pensamiento original era mantener los detalles personales fuera de esto, pero hace que sea difícil tener una conversación significativa, al menos una que no se base en el sexo.

Me sonrió.

—No tengo ningún problema con nuestros temas de discusión. ¿Tú sí?

—En absoluto, pero sabes todo tipo de cosas sobre mí. Creo que es justo que me des algo a cambio.

—¿Que quieres saber? —preguntó, aunque con cautela.

—Bueno, te conté dónde crecí. ¿Y qué hay de ti?

—Ya te dije que viví en Nueva York toda mi vida —me dijo, evadiendo detalles y volviendo la mirada a su plato.

—Detalles por favor, Alex. A veces es como si te sacara los dientes —murmuré.

Masticó su comida en silencio, con los ojos cansados. Casi podía ver la lucha dentro de él. Al parecer, había tomado una decisión, dejó el tenedor y se reclinó en su silla.

—Sabes que tengo una hermana llamada Justine. Pasamos nuestra infancia en una casa en ruinas en el Bronx. Definitivamente no es un buen vecindario

para niños, eso es seguro. Pero sobrevivimos. Vivimos allí hasta los quince años, luego nos mudamos con mis abuelos.

Mi tenedor se congeló a medio camino de mi boca, sorprendida de que voluntariamente hubiera divulgado tanto en unas pocas frases, aunque apenas había dicho nada. Para mí, fue como si hubiera abierto la caja de Pandora, causando que un millón de pensamientos giraran en mi mente. Tuve problemas para decidir qué pregunta hacer a continuación.

—¿Por qué se mudaron con sus abuelos?

—Esa, mi dulce ángel, es la pregunta del millón de dólares, una que no voy a responder. Mis padres están fuera de los límites, ¿recuerdas?

—Está bien —accedí. No quería arriesgarme a presionarlo demasiado. Quería que siguiera hablando—. ¿Tus abuelos son un tema seguro?

Su rostro se suavizó notablemente entonces, revelando una pequeña sonrisa.

—Puedo contarte sobre ellos. Eran buenas personas. Mi abuela era una mujer muy amable. No tenía ni un solo hueso desagradable en su cuerpo. Mi abuelo era un inglés testarudo, pero tenía un corazón tierno y amaba a mi abuela intensamente. Nunca he visto tanta devoción en ninguna otra pareja.

—Eso es tan dulce —me asombré, sonriendo ante su breve sinopsis. Mi amargo corazón se ablandó un poco. Era agradable saber que algunas personas podían vivir rodeadas por la codiciada muralla blanca. Pero, de nuevo, sus abuelos eran de una generación diferente, de una época en que el compromiso realmente significaba algo. Era una pena saber que el mundo había cambiado tanto.

—Cuando mi abuelo falleció, mi abuela nunca volvió a ser la misma. Murió mientras dormía unos meses después de que él falleciera. Mi hermana dice que murió por un corazón roto.

—¿Cuánto tiempo hace que murieron?

—Hace poco más de diez años. Yo estaba en la universidad. No tendría lo que tengo ahora si no fuera por ellos.

—¿Eran personas acomodadas? —pregunté, asumiendo que se refería a su riqueza a una edad tan joven.

—No tanto, pero mi abuelo era un inversionista inteligente. Eso, combinado con una sustancial póliza de seguro de vida, hizo que mi hermana y yo heredamos una buena cantidad de dinero. El exmarido de mi hermana apostó en juegos la parte que le correspondía a ella —me dijo, su rostro se transformó momentáneamente en un ceño fruncido—. En cuanto a mí,

compré mi primer edificio de apartamentos cuando tenía veintiún años. Después de seis meses, se amortizó por sí solo y descubrí que tenía la habilidad de buscar bienes raíces rentables. Compré un segundo edificio más tarde ese año. El resto, como dicen, es historia.

—Eres extremadamente afortunado o brillante —comenté después de que terminó su relato. Me asombró la facilidad con la que pudo obtener su fortuna.

—Me gustaría pensar en ambos —supuso con ojos inteligentes, su boca se inclinó hacia arriba en una sexy sonrisa torcida—. Los bienes raíces son como un juego de ajedrez. Necesitas ser capaz de leer a tu oponente y saber cómo lograr el jaque mate. Soy bueno para ganar, Krystina. Y siempre obtengo lo que quiero.

—Aparentemente, lo haces —estuve de acuerdo, eligiendo ignorar su doble sentido. No quería reconocer lo rápido que me rendía ante este complejo juego de estrategia.

—¿Has terminado de cenar?

—Sí —estuve de acuerdo, mirándolo con curiosidad.

—A riesgo de parecer un cliché, estoy listo para el postre. Puedes usar el baño de mi habitación para refrescarte antes de que salte encima de ti, como tan acertadamente lo dijiste antes. Pero, cuando hayas terminado, espero que salgas del baño desnuda.

Mi estómago se contrajo nerviosamente. Debería haberlo visto venir. Su lenguaje corporal había cambiado unos momentos antes, y su declaración sobre ganar había sido una sutil pista de hacia dónde se dirigía su mente. Había estado tan atrapada en la historia de sus abuelos, que me había olvidado de cómo esperaba verme lucir mi 'traje de nacimiento'.

Un brillo travieso brilló en sus ojos, antes de evolucionar hacia algo más profundo. Más oscuro. Lo supe en un instante, Alexander no se detendría esta noche.

Iba a poner a prueba mis límites.

—Está bien... —dije, mi voz sonaba temblorosa—. ¿Quieres que vuelva aquí? ¿Al comedor?

Desnuda.

—No, puedes quedarte en el dormitorio. ¿Te acuerdas de la posición sumisa de la que te hablé?

—Sí.

—Así es como quiero encontrarte, Krystina. De rodillas.

Haciendo acopio de valor, me tragué el nudo en la garganta y me levanté de la mesa.

—Iré a prepararme. Dame unos minutos, ¿de acuerdo?

—Tómate todo el tiempo que necesites, ángel.

Me dirigí al dormitorio y al baño. La caminata me pareció tortuosamente larga, ya que mis pies se sentían como si tuvieran pesas de plomo adheridas a ellos.

Cuando entré al oscuro baño principal, lo único que pude ver al principio fue la encimera de mármol que brillaba bajo la luz de la luna que entraba a raudales por los tragaluces.

Encendí el interruptor de la luz. No fue ninguna sorpresa ver lo impecable que era el espacio. No había nada fuera de lugar. No había manchas de pasta de dientes en el fregadero, ni una mota de polvo en el espejo. Con su enorme cabina para la regadera y su bañera de hidromasaje, lo suficientemente grande como para albergar a un pequeño ejército, era como si hubiera entrado en un baño romano moderno. Casi esperaba que un criado viniera corriendo de algún rincón escondido y me ofreciera uvas y una bata.

Si tan solo en este momento pudiera permitirme el lujo de una bata...

Desabroché el botón de mis pantalones y comencé a desnudarme. Doblé mi ropa a un ritmo minuciosamente lento, tratando de ganar más tiempo. Una vez doblada, dejé la pila con cuidado sobre la encimera y luego me volví hacia el gran espejo ovalado de tocador.

Observé mi reflejo. Como hacen todas las chicas, comencé a criticar las imperfecciones de mi cuerpo. Cuando mi mirada finalmente viajó hasta mi cara, me quedé paralizada. Parecía aterrorizada.

Desnuda y arrodillada. Así es como me quiere.

Luché por borrar el miedo en mis ojos, mientras alisaba mi rebelde cabello en una cola de caballo. Tenía miedo por muchas razones. No era el sexo lo que me asustaba; después de todo, no es como si fuera nuestra primera vez juntos. Ya había superado ese desafío. Estaba petrificada de ponerme en exhibición ante Alexander.

¿Y si lo hacía mal? ¿Y si me llevaba demasiado lejos?

Me preocupaba tener que usar mi palabra de seguridad. El miedo a decepcionarlo me consumía.

Buscando en uno de los cajones del tocador, encontré un tubo de pasta de dientes. Con mi dedo, me lavé los dientes lo mejor que pude. Tuve especial cuidado de limpiar el fregadero, dejándolo tan impecable como lo había

encontrado.

Luego volví a mirarme al espejo. No me veía tan aterrorizada como unos momentos antes. No podía demorarme más.

Comprometida a quitarme la primera ola de incomodidad, salí del baño. No había ni rastro de Alexander. Sin embargo, debió haber estado en el dormitorio mientras me desnudaba. La iluminación se había ajustado para proyectar un resplandor apagado por la habitación. La música llenaba el espacio, había una vibración oscura llena de emoción cruda que era inquietantemente hermosa. También había colocado una variedad de objetos en el borde de la cama. A uno de ellos lo reconocí como el flagelo. Mi respiración se aceleró al poner los ojos en este, y mi corazón intentó hacer un agujero en mi pecho.

El ángel que había estado notoriamente ausente apareció en mi mente una vez más, recordándome que no era demasiado tarde para echarme atrás. Descarté sus advertencias con sorprendente facilidad y me di una charla de ánimo.

¡Puedo hacer esto! ¡No seas tan asustadiza!

Inhalé una bocanada de aire para estabilizar mi pulso acelerado. Caminé hacia el centro de la habitación, me arrodillé en la posición indicada. Los muslos abiertos, las palmas hacia el techo.

Me quedé así durante lo que parecieron siglos, pero en realidad habían sido solo unos minutos, antes de que Alexander finalmente entrara en la habitación. Mi piel se sonrojó al instante, amenazando con sudar frío en cualquier momento.

Se detuvo en la puerta, con los ojos llenos de aprecio cuando me vio. Su aprobación me hizo relajarme un poco y gradualmente exhalé el aire que había estado reteniendo.

Se acercó a mí, haciendo un lento círculo alrededor de donde estaba arrodillada, evaluándose.

—Te ves hermosa así. Eres como un ángel. Mi ángel —dijo, deteniéndose frente a donde yo estaba arrodillada. Con su pie empujó mis muslos para separarlos más—. Dime tu palabra segura.

—Zafiro —espeté automáticamente.

Como si fuera a olvidarlo.

Esa palabra era mi única protección en esta pequeña aventura perversa.

—Recuerda usarla si sientes que estás siendo llevada demasiado lejos. Pero debes confiar en que conoceré tus limitaciones. Si usas tu palabra de

seguridad demasiado pronto, el estado de ánimo se romperá y todo se detendrá. ¿Entiendes?

—Entiendo.

Se inclinó para rozar suavemente con sus dedos mi mandíbula. Todo mi cuerpo cobró vida con placer ante su toque.

Continuaron su camino, esos mismos dedos se aferraron a uno de mis pezones. Mi respiración se atascó en mi garganta y mi cabeza se inclinó hacia un lado, mientras disfrutaba de la sensación de él girando y apretando la dura protuberancia.

Se agachó aún más, hasta que estuvimos casi al nivel de los ojos, y su otra mano se movió lentamente por mi vientre hasta que alcanzó mi punto débil. Su dedo recorrió mis pliegues, rozando ligeramente mi clítoris. La electricidad fluyó a través de mí, provocando que cada terminación nerviosa de mi cuerpo se mantuviera tensa. Se burló de mí durante un minuto más o menos, antes de empujar dos dedos parcialmente dentro de mí.

—Oh, ángel. Ya puedo sentir lo mojada que estás —dijo, con la voz teñida de excitación—. Pero no puedes venirte hasta que yo lo diga. ¿Entiendes?

Asentí con la cabeza como respuesta, tratando de decidir si debería sentirme orgullosa o avergonzada por la rapidez con la que me excitaba. Ni siquiera habíamos hecho nada todavía y estaba goteando.

Empujó sus dedos más profundamente dentro de mí, haciendo un movimiento circular alrededor de mis paredes, mientras su otra mano continuaba pellizcando y tirando de uno de mis pezones. Al poner su mano en mi pecho, capturó un punto duro entre sus dientes.

Gemí, luchando contra el instinto de gritar, mientras él me acercaba implacablemente al punto de ruptura. No quería perder el control todavía, no tan pronto. Independientemente de si quería verme o no, quería saborear esta sensación el mayor tiempo posible. Pero en todos los lugares que tocaba dejaba un rastro de fuego que me hacía imposible controlar mi propio cuerpo.

"Alex, tienes que parar. Yo...yo voy...". Vacilé con mis palabras, mi respiración se entrecortó mientras aumentaba el movimiento pulsante de sus dedos—. Estoy tan cerca. No sé si podré contenerme.

Pero continuó su ritmo, las manos y la boca me torturaban manteniéndome al borde. Su habilidad para saber cómo mantenerme allí, fue alucinante. Quería gritar y distraídamente me encontré deseando que Alexander me hubiera amordazado.

Finalmente, redujo su ritmo y retiró las manos y la boca de mi cuerpo. Mis

hombros cayeron, hundidos por la frustración reprimida.

—Estás lista para mí. Podía sentir tu coño apretarse alrededor de mis dedos", murmuró en mi oído.

"Te deseo, Alex. Desesperadamente", suspiré, inclinando la cabeza hacia atrás para invitar a su boca a probar mi cuello.

"Todo a su debido tiempo, ángel. Primero tengo otros planes para ti", me dijo, poniéndose de pie—. Levántate. Te quiero en la cama, asumiendo la misma posición.

Extendió la mano y me levantó del suelo. Alexander me guió y me condujo hasta la cama cubierta de satén negro. Me arrastré sobre el cobertor frío y me coloqué de la manera que me había indicado.

Subió a la cama a mi lado, Alexander se inclinó para tomar uno de mis pezones entre sus dientes. Se echó hacia atrás y sopló, haciendo que el pico ya erguido se frunciera en un punto duro. Respiré profundamente. Lo apreté firmemente entre sus dedos, metió la mano en su bolsillo y sacó lo que parecía ser una abrazadera de metal pequeña y redonda de algún tipo.

—Alex, ¿qué...?

—Shhh —me silenció—. Sé paciente. Esto te gustará.

Se movió meticulosamente, colocando la abrazadera circular alrededor de mi areola y apretó su broche para que permaneciera firmemente en su lugar. Estaba fría al tacto y solo servía para aumentar la rigidez de mi pezón. Repitió el proceso con mi otro pecho, cada movimiento intensificaba el pulso volátil entre mis piernas. Nunca me había excitado tanto en toda mi vida.

Después de que ambas abrazaderas estuvieron firmemente aseguradas, se levantó de la cama y comenzó a desvestirse. Una vez que estuvo completamente sin ropa, me encontré mirándolo con asombro. Lo había visto desnudo antes, pero nunca sin una vista despejada.

Ahora aquí estaba ante mí, en todo su esplendor, el espécimen perfecto de todo lo que una chica podría fantasear. Desde sus ondas oscuras y sedosas, sus ojos brillantes y mandíbula perfectamente cincelada, hasta los contornos de sus músculos afilados de los hombros y los abdominales, como una tabla de lavar, resaltados por las sombras en la habitación, llegando a una V justo encima de su pelvis. Era el hombre perfecto por el que cualquier escultor renacentista habría muerto. Verlo desnudo me hizo agua la boca.

—Te quiero sobre tus manos y rodillas, Krystina —dijo con voz ronca, y de mala gana aparté mis ojos de su impecable figura—. Quiero ver ese hermoso culo tuyo en el aire.

Rodé sobre mis manos y rodillas, sintiéndome extremadamente cohibida en la posición vulnerable.

Unos segundos más tarde, sus manos estaban sobre mí una vez más, moldeando y amasando mi trasero. Se movía a un ritmo pausado, sus manos y boca se abrieron camino hasta mi columna, provocando que un escalofrío de piel de gallina bailara sobre mi carne. Podía sentir su dura erección presionando mis muslos.

—Podría frotar mis manos y labios sobre ti toda la noche. Amo tu cuerpo, la forma en que se siente bajo mis manos, la forma en que responde a mis caricias... me vuelves loco, Krystina.

Se abrió camino hacia abajo, con los dientes pellizcando ligeramente mi piel hasta mi trasero. Me dolía desesperadamente por él, por la liberación que había estado anhelando, y mi cuerpo zumbaba por la forma en que me adoraba con tanta reverencia. Ya no me sentía viva, ya que la expresión parecía demasiado indiferente para cómo me sentía en realidad. Era fenomenal, sobrenatural, como si pudiera ser cualquier cosa que él quisiera que fuera; hacer cualquier cosa que él quisiera.

—Alex, no quiero esperar más... ¡solo tómame! —A mi súplica, se apartó. Me arqueé, abriéndome a él, esperando ser llenada.

—Tienes que decirme si no estás lista para esto, ángel. No quería apresurarte en esto tan rápido, pero no puedo seguir conteniéndome. ¿Estás segura de que puedes aceptarlo?

—¡Por favor, haré cualquier cosa! —grité. Me entregué por completo, sin importarme nada más que satisfacer mi ardiente necesidad. Tan perdida estaba en mi propia emoción, que ni siquiera me había dado cuenta de que tenía el flagelo en la mano.

Krystina

¡ZAS!

El chasquido del flagelo golpeó mi trasero, era un golpe violento a mi sistema, y grité. Dolió como el infierno y fue inesperado. Mis instintos naturales me obligaban a gritar mi palabra de seguridad. La terquedad pura terminó siendo la única fuerza impulsora que me impidió hacer precisamente eso. No había forma de que perdiera tan rápido. Sin embargo, por mucho que me doliera el golpe, el dolor fue fugaz. Ahora solo sentía un ligero cosquilleo en mi trasero.

Pasó los extremos del látigo por mi espalda, provocando que un escalofrío de piel de gallina se extendiera por todo mi cuerpo. Solté un suspiro de alivio, agradecida de que no hubiera más.

Yo puedo con esto.

Apenas tuve tiempo de procesar el pensamiento, cuando otro golpe del flagelo me atravesó el trasero. Esta vez fue más duro, pero en un lugar diferente. El fuego se extendió por mi trasero. Ese había dolido más. Mucho más.

—Siente el ardor, ángel. Abrázalo mientras enfocas tu atención en el peso de las pinzas en los pezones.

Hice lo que me dijo, y esta vez, cuando la correa me golpeó, sentí una sensación completamente nueva. Mis pezones se endurecieron, forzándose a través de las abrazaderas. Me dolía, pero en el buen sentido. Un gemido escapó de mis labios, en lugar del grito de sorpresa, como las dos veces anteriores que había sentido el mordisco del cuero.

Un cuarto chasquido del látigo. Esta vez ni siquiera sentí el escozor, mi mente estaba demasiado concentrada en mis pechos que anhelaban atención.

Otro latigazo, luego otro, nunca en el mismo lugar dos veces. Finalmente, un latido insoportable había comenzado entre mis piernas. Lo deseaba ahora, de la peor manera. Ansiaba que me diera algún tipo de alivio. Me retorcí un

poco, esperando que la fricción aliviara este anhelo de ser tocada.

Como si sintiera mi necesidad, extendió su mano debajo de mí, frotando suavemente sus dedos a través de mis pliegues. Hizo pequeños círculos alrededor de mi clítoris, ejerciendo la cantidad justa de presión para aliviar mi dolor, pero no la suficiente para una liberación completa.

—Oh, cariño... estás empapada —dijo, con voz baja y ronca. Dejó besos ligeros como una pluma sobre mi trasero enrojecido, antes de comenzar a trabajar de nuevo, un latigazo tras otro—. Te gusta esto, ¿no?

La adrenalina bombeaba por mis venas, hasta que floté en un estado de ensoñación, completamente separada de la realidad. Procesé lentamente sus palabras.

—No..., sí, me gusta —exhalé, confundida por la desesperación—. Alex... solo... haz que me corra. ¡Por favor! —Salió como un sollozo roto, dando voz a cuánto estaba sufriendo realmente.

Lo necesitaba. Lo necesitaba a él.

Por favor. Ahora.

—Te llevaré allí. Ten paciencia —aseguró. Frotó el látigo suavemente sobre mi espalda, su toque era como una pluma que me recordaba que la herramienta no solo se usaba para el dolor, sino para el placer. Después de un momento, sentí que la cama se movía cuando se colocó debajo de mí, con la cabeza entre mis piernas separadas—. Abre más las piernas. Quiero saborearte. Quiero que te corras por toda mi lengua.

Si sus palabras no fueron suficientes para enviarme al límite, el primer movimiento suave de su lengua lo fue. El orgasmo me golpeó como una ola gigante, sorprendiéndome con su intensidad. Su lengua se volvió más agresiva, la succión de su boca más exigente. Me mantuvo en mi apogeo como si se estuviera muriendo de sed, buscando beber hasta la última gota.

Los músculos de mis piernas se habían tensado por la euforia, temblando involuntariamente y fuera de control. No pude quedarme de rodillas por mucho más tiempo, y casi me sentí agradecida cuando se apartó de mí, dándome un momento para dejarme caer sobre las frías sábanas. Completamente agotada, escuchaba el sonido de mi pulso latiendo en mis oídos. Sin embargo, el sonido revelador del papel de aluminio rasgándose para el condón, me recordó que Alexander aún no había terminado conmigo.

—Date la vuelta. Quiero verte cuando te tome —dijo con voz ronca.

Mi fuerza me había abandonado, y fue una lucha hacer lo que me pidió.

Cuando finalmente logré ponerme boca arriba, levantó mis piernas y las

abrió ampliamente, exponiendo efectivamente mi clítoris hinchado y resbaladizo con su saliva. Bebió con avidez la vista, su deseo palpable hizo que mi pulso se acelerara una vez más. Colocando su polla cerca de mi entrada, se abrió paso lenta y deliberadamente.

Jadeé cuando comenzó a moverse, sin haber bajado nunca completamente de mi orgasmo. Y justo cuando pensé que no podía subir más, me llevó a una altura completamente nueva. Golpeaba rápido y fuerte, puso un pulgar en mi clítoris, masajeando el ahora más sensible haz de nervios. Envolví mis piernas alrededor de él, dándole un mejor acceso para llegar aún más profundo. Fue demasiado, el placer era insoportable.

—¡Yo... yo no puedo! —Mis palabras se precipitaron en un grito vacilante.

—Tu puedes y lo harás. Siéntelo, Krystina. Siénteme, todo yo.

Dejó de rodear mi clítoris y, en cambio, solo aplicó una pequeña cantidad de presión, intensificando el latido del flujo sanguíneo mientras su miembro continuaba empujando profundamente. Con su otra mano, comenzó a golpear uno de mis pezones, todavía rígido y tirando a través de la abrazadera. La combinación me volvió loca.

Estaba loca por él.

—¡Oh, sí! ¡Estoy ahí, estoy ahí! —grité.

Ola tras ola de placer se estrellaba sobre mí, llena de éxtasis puro y sin adulterar, mientras Alexander me llevaba al límite una vez más.

—Estás tan apretada, ángel. Podría pasar el resto de la noche enterrado en tu calor —dijo en un tono gutural—. Quiero que te vuelvas a venir por mí, pero espérame esta vez. Quiero venirme contigo.

Todavía seguía gozando, casi delirando por el último orgasmo que había sentido, jadeando y sin aliento.

¿Uno más?

No estaba segura de poder hacerlo de nuevo.

Alexander cambió su posición hacia arriba. Sus dedos se curvaron alrededor de mis caderas y golpeó hacia adelante rápido y profundo, empujándome con una brutalidad que me dejó sin aliento. Poseyéndome más y más fuerte de lo que creía posible, golpeando repetidamente el punto de placer dentro de mí.

—Oh, Alex. Te sientes tan bien —gemí.

Mis palabras parecieron volverlo loco, y llegó con una fuerza animal. En cuestión de minutos, sentí ese dolor familiar, la acumulación de un rugido

constante en mis oídos, hasta que finalmente me liberé en un momento de asombroso éxtasis. Un grito apagado escapó de mis labios cuando algo dentro de mí se rompió. La habitación a mi alrededor se convirtió en una neblina borrosa. Mi cuerpo se movió involuntariamente hacia arriba, mientras comencé a llevar el ritmo y a apretarme a su alrededor de nuevo. Casi al mismo tiempo, lo sentí estremecerse.

—Ah, joder Krystina —gruñó, bombeando más rápido, ordeñando su propia liberación con cada embestida.

Se desplomó encima de mí, cubriéndome con su calor. Ambos estábamos pegajosos por el esfuerzo, pero no me importaba. Quería saborear su ocasional contracción dentro de mí, el eco final de su liberación, prolongando esos últimos aleteos de mi propio impactante clímax.

Cuando parecía que los dos habíamos recuperado el aliento, se retiró de mala gana y con cuidado, dejándome prácticamente ronroneando como un gatito.

—Quédate aquí —dijo.

Miré a mi derecha y lo vi entrando en su baño principal. Escuché algunos gabinetes abriéndose y cerrándose, luego el agua corriendo durante unos minutos. Mientras él estuvo fuera, tuve una vaga conciencia de que la música seguía sonando. Las canciones ya no hablaban de pasión y deseo salvaje y eran más relajantes y se ajustaban a mi estado actual.

Cuando Alexander regresó, comenzó a limpiar con un paño tibio entre mis piernas, quitando los restos de nuestras relaciones sexuales. La ternura y la intimidad de sus acciones era sorprendente. Y por segunda vez desde que conocí a Alexander, sentí una pequeña grieta en mis murallas cuidadosamente construidas.

Cuidado ahora... es solo el efecto siguiente al sexo.

Tenía que vigilar mis pasos antes de quedarme sin nada más que un montón de escombros.

Sin embargo, quería disfrutar de este momento, al menos por un minuto más. Y mientras se metía en la cama, aparté la inquietante preocupación de que tal vez me gustaba demasiado todo esto y permití acercarme más a él.

Acomodé mi cabeza contra su pecho.

Solo por un minuto, Cole.

Porque un minuto era todo lo que podía permitirme dar.

Alexander

APRETÉ A KRYSTINA CONTRA MÍ, con la cabeza apoyada debajo de mi barbilla. Con mi dedo índice, tracé la línea de su columna y la forma de sus omóplatos. Ella canturreaba bajo mi toque, saciada por los tiros de la pasión.

Rocé con mis labios la parte superior de su cabeza, inhalando el aroma de su cabello. Su olor embriagador hacía que el deseo surgiera con un calor abrasador por mis venas.

Maldita sea, pero la deseo de nuevo.

Cerré los ojos y tomé unas cuantas respiraciones medidas, luchando contra el impulso de tomarla una vez más. No podía, al menos no por el momento. Si íbamos a aventurarnos en una verdadera relación BDSM, había ciertas cosas que tenía que atender primero. En el pasado, siempre había sentido que era responsabilidad de la sumisa atender sus necesidades personales después de jugar. Sin embargo, Krystina era diferente. Si ignoraba ciertos aspectos de mi mundo, sería un gran error que ambos lamentáramos.

—Siéntate, ángel. Necesito que bebas un vaso de agua —le dije, colocándonos a ambos en una posición sentada. Llegué a la mesa de noche para coger el vaso que había llenado mientras estaba en el baño.

—Gracias. Estoy sedienta —dijo aturdida, pero tomó el vaso con entusiasmo para calmar su boca seca.

—Tranquila, no demasiado rápido. Necesitas hidratarte, no enfermarte.

—Tengo sed, Alex. No te preocupes. No creo que el agua me enferme —se rió, pero sus palabras seguían siendo lentas. No me gustaba el color de su piel. A través de la tenue iluminación pude ver que sus mejillas estaban enrojecidas, pero el resto de ella estaba pálido como un fantasma. Cerré mis ojos brevemente. La culpa inflamaba mi estómago.

Fui demasiado duro con ella. ¡Maldita sea!

Sabía mejor que eso. Ir demasiado duro por primera vez podría tener resultados devastadores.

—Hablo en serio, Krystina —insistí. Me moví para colocarme detrás de ella y comencé a masajear sus hombros ligeramente—. Es importante que cuides tu cuerpo después de una escena como la que acabamos de tener.

—¿Qué quieres decir?

—No me limité mucho con el flagelo. En algún momento de esta noche, ¿te diste cuenta de que perdiste la concentración en absoluto? ¿Casi como si estuvieras en trance?

Ella giró la cabeza y me miró con el ceño fruncido cuestionando.

—En realidad, lo hice. ¿Por qué?

—Es un hecho natural para una sumisa, y en parte es la razón por la que quiero que te quedes a pasar la noche conmigo —le expliqué, sin dejar de masajear y presionar mis pulgares en los músculos de sus hombros—. Es importante que se te cuide adecuadamente después de sentirte así. Lo que experimentaste es algo llamado subespacio, y no es algo que deba considerarse a la ligera.

Su nariz se apretó con confusión.

—¿Subespacio? ¿No es algo de *Star Trek*?

La pureza de su pregunta fue tan inesperada y completamente desarmante. Una risita baja emergió de mí. Me sorprendió la facilidad con la que podía reírme con ella. Ser simplemente yo mismo.

—Posiblemente, supongo. No estoy seguro. Nunca he visto *Star Trek* —admití.

—¡Estás bromeando! Todo el mundo ha sido un *Trekkie* [***Nota de la T.: fan de Star Trek***], en algún momento de su vida, es como un rito de iniciación. Debes haber tenido una infancia muy aburrida —se burló. Sus palabras comenzaban a sonar un poco más energizadas y el color de su piel estaba volviendo a la normalidad.

Bien. Se está estabilizando.

—Bueno, tal vez sea una película de ciencia ficción, pero te aseguro que a lo que me refiero es cualquier cosa menos ficción. Es algo muy real.

—¿Cómo sabes tanto sobre estas cosas?

—El tiempo. La práctica. Aprendí mucho de los clubes. Lo que no aprendí allí, lo leí. Además, es lo que me gusta. ¿Por qué no me dedicaría a aprender más sobre eso?

Entonces se quedó callada con su expresión pensativa como si estuviera reflexionando sobre mis palabras. Después de un minuto, bajó la mirada y empezó a jugar con las sábanas enredadas a nuestro alrededor.

—Agua, masajes en la espalda, quedarse a dormir contigo... ¿cuidas a todas tus mujeres sumisas de esta manera? —preguntó tímidamente. Era casi como si tuviera miedo a la respuesta.

—No. Eres la primera —admití abiertamente.

Lentamente miró hacia arriba, con los ojos abiertos e incrédulos.

—¿De verdad?

Su inseguridad me golpeó de lleno en el pecho.

Ángel, ¿no lo sabes? No eres solo una chica más en mi cama.

Ver tanta fragilidad bajo su núcleo de hierro, me desconcertó y luché por encontrar el equilibrio. Extendí la mano para apartar con ternura un rizo suelto de su cara, metiéndolo detrás de la oreja.

—Sí, ángel. De verdad. Con la excepción de mi primera etapa con el BDSM, mi experiencia se ha limitado a una o dos aventuras nocturnas. Hasta que te conocí, nunca me había arriesgado con un arreglo a más largo plazo.

Se dio la vuelta y se acomodó contra mi pecho una vez más.

—¿Quién fue tu primera? Quiero decir... —hizo una pausa, entregándose a un bostezo—. Me dijiste que llevas años involucrado en esto, pero supongo que lo que realmente quiero saber es si todas tus relaciones han sido así.

Ya sea por su cautivadora curiosidad o por la forma dócil en la que estaba en mis brazos, no pude evitar que las palabras fluyeran si lo intentaba.

—Tenía dieciocho años. Estaba viendo a esta chica de mi barrio. Solo estuvimos juntos un par de meses, pero a ella le gustó. Cuando miro hacia atrás, lo que hicimos fue como jugar en las ligas menores, pero despertó más que una simple curiosidad para mí. A medida que fui creciendo, aprendí que el dinero tenía una forma de hablar. Comencé a participar en diferentes círculos sociales, particularmente en círculos que incluían a algunos millonarios con gustos diversos. Finalmente, me propusieron unirme a un club. Después de eso, todo se alineó.

—Entonces, ¿es tan fácil? ¿Simplemente vas a un club y eliges a una chica al azar? —Ella planteó su pregunta con indiferencia, pero pude escuchar cierto disgusto escondido debajo de su tono.

Ella no lo entiende.

Tenía que controlarla antes de que la conversación se fuera a pique.

—No es tan simple como lo estás haciendo parecer, Krystina. Hay un proceso involucrado; no es difícil, pero se toman medidas para garantizar que todas las partes estén seguras y sean discretas. Es por eso que normalmente prefiero la escena de clubes. Las mujeres allí conocen las reglas, tienen la experiencia y pueden mantener los lazos emocionales fuera de un arreglo.

—Hmm... creo que me gustaría ir a tu club algún día —reflexionó.

Oh diablos, no.

Conociendo la mente inquisitiva de Krystina, debería haber predicho que querría ir al club una vez que lo supiera. Me maldije por no considerar la posibilidad. La idea de que ella estuviera dentro del Club O me hacía sentir mal, pero no podía decírselo sin una explicación.

Ella no sabía lo que sucedía allí, a pesar de los controles que tenía. Ella sería vulnerable a cualquier cantidad de comportamientos controvertidos, dependiendo de quién estuviera presente. Tal como estaba, ya se había sentido perturbada por lo que había encontrado en Internet. Verlo en persona sería una experiencia completamente diferente, una que no pensaba que ella pudiera manejar. Y me condenaría si fuera yo quien la expusiera a la profundidad del libertinaje que podría suceder.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no?

—No es el tipo de lugar que te gustaría —traté de descartar.

—De cualquier manera... —hizo una pausa, entregándose a otro bostezo—. Me gustaría ir algún día a verlo por mí misma.

Me di cuenta de que estaba luchando contra el sueño, así que rápidamente aproveché su cansancio para disipar cualquier pensamiento que pudiera tener acerca de presionar más sobre el tema.

—Necesitas dormir, ángel. Ya hemos hablado bastante esta noche y tienes que descansar. Sólo cierra los ojos.

Como era de esperar, no fue necesario convencerla mucho. En cuestión de minutos, la respiración de Krystina se volvió suave y uniforme. Era todo lo que podía pedir para no dar un suspiro de alivio. Si hubiera tenido todo su ingenio despejado, no me habría liberado tan fácilmente. Mi relación con ella avanzaba a un ritmo rápido y, a menudo, sin darme cuenta, me encontraba dando demasiada información. Tenía que recordar lo verde que estaba Krystina respecto a mi escenario y revelarle información a un ritmo más medido. Si continuaba dándole demasiado de una vez, me arriesgaría a alejarla.

Cambié su cuerpo para acomodarla y acostarla a mi lado. Apenas se movió cuando deslice las mantas sobre su cuerpo. Coloqué una almohada debajo de mi codo y apoyé mi cabeza en mi mano y la miré por un largo rato. Sus labios se separaban ligeramente con cada respiración que daba, su rostro era seductor suave y tranquilo. Era hermosa cuando dormía.

No pude evitar pensar en lo perfecta que se veía aquí, en mi cama, como si estuviera destinada a estar allí. Me sorprendió la facilidad con la que me había adaptado a la idea de tenerla aquí de forma regular. Los sentimientos que despertaba eran desconocidos, pero no podía decir que no fueran bienvenidos. Estar con Krystina me hizo darme cuenta de lo vacía que había sido mi vida. Sin saberlo, estaba llenando un vacío que antes no sabía que

existía.

Sin embargo, no podía ignorar el firme impulso de mi estómago, el constante recordatorio de que no debería acercarme demasiado. Sabía que, si quería mantener a Krystina cerca, necesitaba encontrar una manera de equilibrar el pasado con el presente antes de profundizar más.

Cediendo a un bostezo, luché contra mis párpados que de repente se habían vuelto pesados. Eran apenas las diez de la noche, pero me sentía exhausto.

No puedo dormirme... todavía no.

No pensé que Krystina se fuera a ir a ninguna parte pronto, pero no había forma de que me arriesgara a que se me escapara de nuevo. Por un poco más, tenía que mantener alejado a Juan Pestañas.

Me levanté de la cama y me dirigí al otro lado de la habitación para presionar el regulador de intensidad de las luces del dormitorio. La luz de la luna brillaba a través de la pared de cristal, proyectando sombras oscuras sobre las paredes. Estaba considerando servirme una copa cuando escuché a Krystina murmurar incoherentemente.

—Lo siento. ¿Qué dijiste? —le pregunté, acercándome a ella.

—Alexander —murmuró.

—Sí, ángel.

Sin respuesta.

Debe estar hablando en sueños.

Sonreí ante eso, encontrando que el sonido de mi nombre en sus labios era entrañable, incluso mientras dormía. Renuncié a la bebida, me subí a la cama y me acomodé junto a ella.

—Yo... no, no debería. Tengo que irme —murmuraba las palabras apenas audibles. A través del brillo de la luz de la luna, vi que su ceño se arqueaba, como si estuviera atormentada por algún pensamiento u otro.

—Shh, Krystina. No tienes que ir a ningún lado —le susurré, pero no respondió.

La apreté contra mí y acaricié la parte superior de su cabello.

Te vas a quedar aquí, ángel. Donde perteneces.

Alexander

COMO DICTABA MI RELOJ BIOLÓGICO, ME DESPERTÉ ANTES DEL AMANECER Y sentí a Krystina todavía en mis brazos. Estaba presionada contra mí, con su cuerpo desnudo cálido y acogedor. Casi demasiado atractivo. Lentamente rodé sobre mi espalda antes de que cierta parte de mi anatomía decretara que Krystina también se despertara.

Alcancé la mesita de noche para tomar mi teléfono inteligente y comenzar la rutina de revisar los correos electrónicos y la agenda del día. Antes de abrir mi bandeja de entrada, vi que tenía una gran cantidad de mensajes de texto que Matteo había enviado la noche anterior.

Ayer

8:30 PM, Matteo Donati: *¿Qué estás haciendo? ¿Quieres ir a tomar algo?*

8:41 PM, Matteo Donati: *Le envié un mensaje de texto a Bryan. Aceptó venir. Reunión en el Salón Social en una hora.*

Me burlé después de leer eso.

Por supuesto, Bryan había aceptado.

Mi contador siempre estaba listo para celebrar, especialmente si era un lugar de moda.

10:02 PM, Matteo Donati: *¿Dónde estás?*

10:15 PM, Matteo Donati: *Siempre estás pegado a tu teléfono. Espero que no respondas porque estés follando. Por cierto ¿qué tal está la chica?*

Tuve que reprimir la risa después de leer su último texto, o me arriesgaría a despertar a Krystina. Matteo era todo menos sutil.

Listillo.

Después de pensar en cómo debería responder, comencé a escribir una respuesta para mi amigo.

Hoy

5:37 AM, Yo: *Acabo de ver tu mensaje. La chica está bien. Si me acuesto con alguien, no es asunto tuyo. Espero que se hayan divertido. Lo siento, me*

lo perdí.

Mandé a Matteo la rápida respuesta y abrí mi bandeja de entrada.

Había un correo electrónico de Kimberly Melbourne, informándome sobre el estado de la remodelación de la oficina de Turning Stone. Según sus proyecciones, la remodelación se terminaría según lo programado.

Bien.

Había un correo electrónico de Bryan indicando que la ceremonia de inauguración para la Stone Arena, finalmente había sido programada.

Ya era hora.

La obtención de todos los permisos de construcción necesarios había sido un gran obstáculo. El retraso le había costado a Stone Enterprise un buen centavo, lo que había disparado la presión arterial de mi contador. No estaba contento con mi esfuerzo con el complejo de fútbol o con el precio de los derechos de nombre. Pero a pesar de sus reservas, Bryan prácticamente había movido montañas para reducir la burocracia. Se lo debía a él y a algunos otros miembros clave del personal; debía dar un agradecimiento como mínimo.

PARA: Bryan Davenport

CC: Stephen Kinsley, Laura Kaufman, Hale Fulton

DE: Alexander Stone

ASUNTO: Re: Stone Arena

Como saben, este proyecto es algo personal y agradezco todos sus esfuerzos en él. Stephen resolverá las legalidades restantes con los miembros de la junta de la arena. Sin embargo, voy a romper el molde con esto y no contrataré a la empresa de planificación habitual para la inauguración. Hale estará a cargo de la seguridad y quiero que Laura sea la coordinadora principal de los detalles del evento y las relaciones públicas. Todo miembro de la junta de la arena deberá estar presente cuando iniciemos la construcción; esto no es negociable. Hemos recibido muchos rechazos en este trato y estoy seguro de que la prensa nos abrumará. Quiero un frente unido.

Manténgame informado sobre el proceso de planificación.

Alexander Stone

Director ejecutivo de Stone Enterprise

Envié el correo electrónico y pasé al siguiente.

Me sorprendió ver un mensaje de un viejo amigo de la universidad. No

había hablado con él en unos meses, pero el título del correo electrónico me hizo arquear las cejas con curiosidad.

PARA: Alexander Stone

DE: Burke Dalton

ASUNTO: Desesperado

Alex:

Estoy a cargo de una convención de Boston Lifestyle and Investments. Nuestro orador principal me canceló en el último minuto y estoy en un aprieto. Serías un complemento perfecto. Es un evento de dos días esta semana, jueves y viernes. Sé que esto es de último minuto, pero te deberé mucho si puedes hacerlo realidad. Mira lo que puedes hacer. Tu ayuda es muy apreciada.

Saludos,

Burke

Lo último que quería hacer era ir a Boston esta semana, y no estaba seguro de poder hacerlo. Rápidamente le reenvié el correo electrónico a Laura para ver si podía lograr que funcionara. La mujer tenía la capacidad de hacer que ocurrieran milagros, pero yo no quería confirmar nada con Burke hasta revisarlo con ella.

Una vez enviado, pasé a leer la correspondencia diaria de Laura, la que resumía mi agenda del día. Sonreí cuando vi que tenía una agenda planeada bastante ligera. En general, el día ya se perfilaba como un éxito, incluso si se me presentara algún contratiempo para más adelante en la semana.

Miré a Krystina, que todavía estaba profundamente dormida a mi lado.

¿Cuándo había sido la última vez que me había tomado una mañana libre?

La agenda de hoy me permitiría ir a la oficina un poco más tarde de lo normal, y la idea de pasar la mañana con Krystina era atractiva. Por impulso envié a Laura un mensaje muy poco característico.

PARA: Laura Kaufman

DE: Alexander Stone

ASUNTO: Re: Agenda de hoy

Laura:

Hoy llegaré a la oficina más tarde de lo normal. Puedes esperarme a las 11

a.m. Sin embargo, necesitaré una respuesta inmediata con respecto a lo de Boston. Avísame tan pronto como lo hayas resuelto.

Además, necesito que te pongas en contacto con Vivian lo antes posible. Tendrá que recoger los preparados para el desayuno antes de llegar aquí (ella sabrá qué comprar).

Alexander Stone

Director ejecutivo de Stone Enterprise

Apreté el botón de enviar y me levanté de la cama. Después de permitirme un buen estiramiento, me puse un pantalón de jogging y una camiseta. La siguiente orden del día era una nota para Vivian. Cogí un bloc de notas y un bolígrafo de mi estudio y me dirigí a la cocina. Escribí una nota rápida en la que describía mis peticiones para el día y la coloqué en el mostrador para que ella la viera cuando llegara.

Realmente deseaba que esa mujer dejara de ser tan resistente a la tecnología y consiguiera un teléfono celular.

Sin embargo, fácilmente descarté el pensamiento pasajero ya que ella era muy buena en su trabajo. Podía confiar en Vivian para casi cualquier cosa y hacía ya mucho tiempo que había hecho el compromiso de concederle esto al ama de llaves. No habría ningún cambio ahora.

No puedo enseñar nuevos trucos a perros viejos.

Regresé a la habitación para tomar mis zapatos y ver cómo estaba Krystina. Todavía dormía como un bebé, con los brazos enroscados alrededor de una almohada y su masa de rizos extendidos detrás de la cabeza. El sol comenzaba a iluminar el cielo nocturno, proyectando un resplandor luminoso sobre su piel.

Me moví para bajar la pantalla oscura en la habitación y que la luz pendiente del amanecer no la despertara. Satisfecho de que se quedaría dormida un rato más, la dejé sola para poder hacer un entrenamiento rápido en mi gimnasio personal.

Krystina

UN CRUJIDO HIZO que mis ojos se abrieran de golpe. Al principio, estaba desorientada, mi entorno era desconocido. Tardé unos buenos treinta segundos en darme cuenta de que estaba en el penthouse. En la cama de Alexander. La luz del sol que se asomaba detrás de la persiana me decía que

había estado aquí toda la noche.

¡Mierda!

No había planeado quedarme toda la noche.

—Buenos días, Krystina. ¿Dormiste bien?

Me di la vuelta sobre mi espalda para ver a Alexander de pie a la orilla de la cama, completamente desnudo y desvergonzado. Obviamente, acababa de ducharse y se estaba secando el cabello mojado con una toalla. Gotas de agua caían de su cabeza y brillaban sobre sus hombros y pecho. Era una vista magnífica y suspiré en mi interior.

¿Tiene que verse tan guapísimo todo el tiempo?

Lo miré por un momento antes de reprenderme por comérmelo con los ojos.

Concéntrate, ¡necesitas llegar a casa!

—Muy bien, en realidad. ¿Qué hora es? —pregunté, mirando alrededor de la habitación en busca de un reloj. Allyson probablemente estaría muy preocupada. Nunca me quedaba fuera toda la noche.

—Son poco más de las siete.

—Tengo que irme.

—Oh, no, no tienes qué hacerlo. No antes de que comas algo. Por lo general, no soy bueno en la cocina, pero puedo hacer un magnífico omelet.

—No, en verdad debo irme. Probablemente en este momento Ally esté loca de preocupación. No tengo el hábito de no volver a casa.

—Siempre tienes tanta prisa por dejarme. Tienes que dejar de hacer eso. Además, eres una mujer adulta, Krystina. Estoy seguro de que Allyson lo entenderá —dijo, poniéndose un par de jeans—. Solo envíale un mensaje de texto y dile dónde estás si eso te hace sentir mejor.

—Bien. Entonces, un desayuno rápido —concedí. Sostenía la sábana para cubrir mi pecho y me senté. Alexander podía estar cómodo con desfilarse desnudo, pero yo todavía no estaba del todo a gusto con el concepto—. ¿Te importaría sacar mi ropa del baño? La dejé allí anoche.

—No está ahí. Envié tu ropa con Vivian para que la lavaran. Esta mañana estuvo aquí para dejar las compras. Tu ropa debería estar de vuelta en aproximadamente una hora. Hasta entonces, puedes ponerte una de mis camisetas. A menos que estés lista para darle otra oportunidad a la cuestión de estar desnuda... —calló, lanzándome una sonrisa sugerente.

Le fruncí el ceño.

—Me quedaré con la camiseta si te parece bien.

Alexander negó con la cabeza y se acercó a su tocador.

—Como quieras —dijo, lanzándome una camiseta que había sacado del cajón superior—. Pero la próxima vez que vengas, trae algo de ropa que puedas dejar aquí.

Y con eso, me dejó sola en la habitación para considerar su sugerencia. Lo planteó de manera muy casual, pero la idea sonaba demasiado permanente para mi gusto.

Decidí no pensar demasiado en ello, me metí su camiseta por la cabeza. Aspiré su aroma mientras se deslizaba sobre mis hombros. Era una mezcla de detergente para ropa y hombre, la camiseta era toda Alexander y era potente para mis sentidos.

Salí de la cama e hice una rápida parada en el baño para refrescarme y ocuparme de mis asuntos. Cuando finalmente me dirigí hacia la cocina, encontré a Alexander trabajando en nuestro desayuno. El tocino chisporroteaba en una sartén, mientras él partía con destreza dos huevos sobre un tazón.

—¿Quieres ayuda? —me ofrecí. Me sentí inútil con solo verlo mientras cortaba jamón y pimientos para hacer el omelet.

—No, yo me ocupo. Toma asiento. Hay café por allí que lleva tu nombre —dijo. Interrumpió la preparación del omelet para señalar la pequeña mesa de desayuno en el otro extremo de la cocina. Me esperaba una taza de café humeante.

Atraída por el aroma de un tostado oscuro, me acerqué a la mesa y me senté. Me moví incómoda en la silla, dándome cuenta por primera vez de lo dolorido que estaba mi trasero debido a la noche anterior. No me había dado cuenta de que me había trabajado tan duro.

Ignoré la preocupante problemática de ese hecho y tomé un sorbo de café.

—Preparas un café increíble. ¿No vas a tomar un poco? —pregunté después de ver que solo había servido una taza.

Alexander me miró por encima del hombro y arrugó la nariz con disgusto.

—Yo no bebo esa cosa.

—Eso es un crimen en mis libros. Es como la cordura en una taza —dije y tomé otro trago, saboreando el sabor agrisado en mi lengua—. No puedo vivir sin él.

—Mi hermana es la adicta al café. A mí nunca me gustó —me dijo. Se aproximó hacia la mesa y colocó dos platos muy calientes de huevos y tocino para cada uno de nosotros.

De repente, sintiéndome hambrienta, pinché un trozo del omelet con el tenedor y lo soplé durante un minuto para enfriarlo antes de darle un mordisco.

—Guau, no bromeabas. Realmente haces un omelet exquisito —aprecié.

Él, simplemente asintió con la cabeza, aparentemente confiado en sus excelentes habilidades para preparar el desayuno, y comenzó a comer su propia comida. Nos sentamos allí y comimos en silencio durante un rato, ambos contentos de disfrutar de nuestra comida de comienzo del día. Después de un rato, Alexander comenzó a leer detenidamente la primera página de un periódico. Toda la escena era bastante doméstica y me hizo sentir incómoda. En lugar de mencionarlo, continué comiendo mi comida en silencio, repentinamente ansiosa por terminarla.

—¿Sabes que hablas en sueños? —preguntó Alexander, levantando la vista de su lectura y rompiendo el silencio de la cocina.

Sentí que mi cara se sonrojaba de vergüenza. Había estado soñando con Alexander mientras dormía.

—Sí, mi madre y Frank me lo han dicho. Solía volver loco a Frank porque tiene el sueño ligero. Con suerte, espero no haber dicho nada demasiado loco.

—No. Dijiste que no deberías hacer una cosa o algo. No estaba claro. Estabas murmurando.

—Hmm... no estoy segura de qué se trataba. Rara vez recuerdo mis sueños una vez que me despierto —mentí.

La verdad era que recordaba el sueño con mucha claridad. Había soñado con las imágenes salvajes que encontré en Internet, y Alexander me hacía muchas de esas cosas. En mi sueño, me había amordazado, extendido y atado con una cuerda negra mientras me daba azotes con un flagelo. Incluso mientras dormía, sabía que no debería aceptarlo, pero lo hacía. Trataba de irme, pero no podía. Quería que me presionara para ver cuánto podía soportar. Tenía un vago recuerdo de despertarme en algún momento durante la noche, deseando que Alexander me hiciera esas cosas despierta.

El hecho de que pudiera haberme revelado mientras dormía, era absolutamente mortificante.

—Hablas mucho de tu madre y tu padrastro, pero ¿qué hay de tu padre real? —preguntó Alexander.

Reprimí un suspiro de alivio ante la oportunidad de cambiar de tema, ya que el autodescubrimiento de mi monstruo interior de anoche me resultaba muy perturbador.

—No lo conozco. El donante de esperma dejó a mi madre cuando yo era solo una bebé —dije con ligereza, usando el término que había adaptado cada vez que hacía referencia a mi padre biológico.

—Eso debió haber sido duro para ella y para ti.

—Honestamente, realmente no tengo una opinión sobre él de una forma u otra, excepto cuando pienso en mi mamá. Ahí es cuando me enoja un poco. Luchaba bastante tratando de llegar a fin de mes. Hubo muchas noches en las que me despertaba y la escuchaba llorar en la cocina. Entraba, veía el montón de cobros... pero era joven y no lo entendía realmente.

Sentí un pequeño nudo comenzar a formarse en mi garganta mientras pensaba en todas esas noches; mi mamá meciéndome para dormirme, diciéndome que todo estaría bien. Decía que su trabajo era preocuparse de los problemas de los adultos, y que mi trabajo era ser niña.

—Entonces, ¿cuándo entró en escena tu padrastro? —preguntó Alexander, alejándose de los recuerdos de mi juventud.

—Conoció a Frank cuando yo tenía ocho o nueve años. Se casaron poco después de mi décimo cumpleaños. Después de eso, mi mamá ya no tuvo que preocuparse por el dinero. Frank se encargaba de todo —terminé encogiéndome de hombros con indiferencia. No di más detalles, ya que mis propios sentimientos sobre el tema estaban mezclados. Frank era un buen hombre, pero a menudo me preguntaba si mi madre se había casado con él por necesidad o por amor.

—Hmm —reflexionó con el ceño fruncido—. Eso es interesante. Por todo lo que habías dicho del pasado, te parecías mucho a ella. Pero ahora, creo que es todo lo contrario. Eres demasiado independiente.

—Bueno, lo intento —dije sarcásticamente. Me retorcí en mi silla, y no por el dolor de mi trasero. Simplemente no quería entrar en una discusión sobre las diferencias y similitudes que tenía con mi madre—. ¿Te importa si tomo una ducha?

—Adelante —dijo, aceptando con calma mi retiro—. Las toallas están en el armario de blancos.

—Gracias.

Después de recoger mi plato, me levanté de la mesa y me dirigí al baño, ansiosa por escapar de nuestro inusual desayuno compartido.

Esta conversación es demasiado profunda para este momento de la mañana.

Entre el recuerdo de mi sueño y la charla sobre mi madre, estaba lista para

volver a meterme en la cama y esperar una repetición más.

Krystina

HABÍA ESTADO ANTES EN EL BAÑO DE ALEXANDER, PERO NUNCA ME HABÍA dado cuenta de los detalles en la gran ducha. Los azulejos de piso a techo se alineaban en las paredes, con un intrincado mosaico superpuesto en el medio de una de las paredes. También había un banco empotrado que cubría dos paredes, con varios chorros inteligentemente ubicados alrededor del área. Di vuelta a la llave para que saliera el agua y me sorprendió gratamente ver el chorro en cascada cayendo desde el techo.

Una vez que el agua estuvo a temperatura, di un paso atrás para quitarme la camiseta de Alexander, esperando disfrutar de su lujosa ducha. Justo cuando estaba a punto de entrar, Alexander se deslizó detrás de mí. Salté, habiendo sido tomada por sorpresa.

—¡Oh, me asustaste! ¡No te escuché entrar!

—Mmm... —murmuró en mi oído—. Vi cuando te alejaste con mi camiseta... y no pude resistirme. Tienes unas piernas increíbles. ¿Lo sabes?

Pasó sus manos por mis hombros, por mis brazos, luego volvió a subirlas para ahuecar mis pechos. Agarró un puñado de mis rizos, me apartó el cabello y empezó a mordisquear mi cuello.

—Nunca me voy a duchar si sigues así —le reprendí a medias. Un escalofrío recorrió mi espalda y se me escapó un pequeño gemido.

—Podría darme la vuelta y volver a la cocina. ¿Es eso lo que quieres? —bromeó. Deslizó sus manos por mi vientre, pero deliberadamente se detuvo en seco en mi hueso pélvico.

—No —suspiré, frustrada porque no seguía viajando hacia el sur.

—Bueno, señorita Cole. ¿Le importa si me uno? —propuso.

—Pero, ¿cómo?, en absoluto, *Señor* —jugué a cambio. Estaba a punto de hacer una broma acerca de llamarlo señor, pero me silenció abruptamente cuando me hizo girar. Con un movimiento rápido, me levantó por debajo de los brazos y tenía mis piernas abiertas alrededor de su cintura. Antes de

darme cuenta, estaba en la ducha, con la espalda pegada a la pared y su boca presionada contra la mía.

—Madre de Dios, eres perfecta. Las cosas que quiero hacerte... —se detuvo moviendo sus labios por mi cuello. Presioné mi espalda contra la pared, empujando mis caderas con fuerza contra él, solo para descubrir la sensación áspera de la mezclilla.

—¡Alex! ¡Todavía tienes los jeans puestos! —exclamé conmovida.

—Supongo que sí —dijo con picardía. Giramos para poder acomodarme en el banco de la ducha.

Después de desabrocharse la bragueta, empujó el material mojado por sus piernas. Me reí cuando lo vi luchar. Sus movimientos eran normalmente tan elegantes. Verlo luchar con los jeans empapados fue bastante cómico.

—Deberías haber pensado las cosas un poco mejor antes de asaltarme —me reí. Me ignoró, tan concentrado que estaba en la tarea de quitarse los pantalones de alrededor de los tobillos. Una vez que estuvieron completamente abajo, los arrojó fuera de la ducha, formando un montón húmedo en el piso del baño. Me miró y sus ojos estaban oscuros.

—Te voy a castigar por burlarte de mí —prometió—. Voy a volverte loca de necesidad, tanto que ni siquiera podrás pensar con claridad. Pero no tienes permitido venirte. ¿Lo entiendes?

—Sí —susurré. Se formó una tensión en mi vientre, encendida por la idea de estar al borde.

—Extiende tus piernas. Quiero ver tu sexo bien abierto para mí. Y no importa lo que haga, no se te permite moverte a menos que yo lo diga.

Mi respiración se aceleró con anticipación mientras hacía lo que me pedía.

Alexander bajó un cabezal de ducha desmontable de la pared y lo pasó lentamente por mi cuerpo. Comenzando por mi cabeza, luego llevó el flujo de agua por cada brazo, sobre cada pecho, hasta que el pulso del rocío se detuvo sobre mi montículo. Apoyó el cabezal de la ducha en el banco, manteniendo el flujo de agua disparado contra mi ahora palpitante clítoris. Sin embargo, el chorro era lo suficientemente provocador, sin la presión suficiente como para que sintiera un orgasmo.

Fue una auténtica tortura.

Alexander se puso de pie y cogió una botella de gel de baño. Echó un poco de jabón en su mano, hizo un trabajo rápido para formar una espuma jabonosa. Comenzó a masajear mis hombros, los dedos se deslizaron hacia arriba y alrededor de mis pezones y, finalmente, bajó hasta mis pies. Cuando

de nuevo volvió a subir, sus manos disminuyeron la velocidad para amasar la parte superior de mis muslos, abriéndose camino tortuosamente sobre mi clítoris palpitante, todavía doliendo por liberarse de la sutil presión de la ducha.

—Voy a afeitar este glorioso coño tuyo. Quiero ver tus jugos brillando en tus labios.

¡¿¡Qué!?!

Supuse que no era tan fuera de lo común. Muchas mujeres se afeitan o depilan. Pero una cosa era ocuparse del asunto uno mismo y otra, dejar que otra persona lo haga por uno. No pude evitar los pensamientos premonitorios de permitir que otra persona me pusiera una navaja en la parte más sensible de mi cuerpo.

—Um —dudé.

—¿Confías en mí? —preguntó, ejerciendo un poco más de presión sobre mi clítoris. Incliné la cabeza hacia atrás y gemí, saboreando la forma en que acariciaba, pellizcaba y golpeaba la protuberancia hinchada.

—Sí —suspiré.

—Entonces, cierra los ojos. Solo quiero que sientas.

Cuando la crema de afeitar llegó a mi montículo, me encontré abriendo mis piernas aún más para darle un mejor acceso para esparcir la crema sobre los tiernos pliegues. Cuando sentí el movimiento inicial de la navaja sobre mi piel, jadeé de placer ante la sensación única.

Alexander fue cuidadoso, movía la hoja con calculada precisión, concentrado en la tarea que tenía entre manos. Mi ansiedad inicial fue reemplazada por puro deseo, una excitación muy erótica que era inexplicable e indescriptiblemente íntima.

—Estás tan mojada —dijo, deslizando sus dedos por mi hendidura—. Deslízate un poco hacia abajo en el banco.

Una vez que cambié mi posición, tomó mis dos piernas y las colocó sobre sus hombros. Abriéndome de par en par, pasó la navaja por las áreas recién expuestas, estirándome para no perderse nada.

Cuando terminó, masajeó suavemente los labios recién afeitados mientras enjuagaba la crema restante. Sin previo aviso, su dedo empujó contra mi arrugado agujero trasero, la presión repentina me tomó por sorpresa.

—Un día voy a reclamar este culo, Krystina. —Mi pulso se aceleró ante la mención del acto tabú, mi respiración se agitó irregularmente—. Relaja tu cuerpo. Déjame mostrarte algo nuevo.

Cuando su dedo trató de empujar en mi estrecha entrada, me tensé en respuesta a la ajena intrusión. Traté de relajarme, pero mi cuerpo luchó contra ello. De nuevo movió el chorro sobre mí, dejando que latiera en mi clítoris. Me entregué al placer y sentí que me derretía bajo la fuerza del agua.

Aprovechando mi distracción, persistió y logró empujar su dedo hacia adentro hasta el primer nudillo. Sentí que mi estrecha abertura se apretaba con avidez a su alrededor mientras él comenzó a girarlo y acariciarlo. Cedí al placer y me permití sentir el toque desconocido. Empujó un poco más profundo y continuó picando y acariciando. Al poco tiempo, me retorcí por la necesidad.

Cuando hizo una pausa en sus caricias y sacó su dedo, jadeé consternada. Fue casi impactante. De hecho, estaba deseando que lo devolviera, que era todo lo contrario de lo que quería cinco minutos antes.

—Oh, por favor.... —Me incliné hacia él, sintiéndome lasciva por anhelar su dedo una vez más.

—A mi ángel le gusta esto —observó y empujó dentro de mí una vez más. Pero esta vez, estaba lista y lo suficientemente relajada para recibir más de él —. Esa es una buena chica. Siente mi dedo mientras te pruebo.

Su lengua se deslizó contra mis labios hinchados. Una vez. Dos veces. Y a la tercera vez, grité.

—¡Voy a venirme!

—Oh, no. Aún no. Este es tu castigo, ¿recuerdas?

De repente, detuvo todo. Había quitado su dedo y también la lengua. Todo el aire en mis pulmones se fue con un *zumbido* sólido, mi frustración alcanzó su punto máximo. Estaba desesperada y mi cuerpo rogaba por ser liberado.

—¡Por favor, Alex! Solo... solo tómame. Soy tuya —jadeé, apenas siendo capaz de pronunciar las palabras.

En ese momento, me puso de pie y me hizo girar, así que estaba frente al banco.

—Inclínate. Coloca tus manos en el asiento.

Hice lo que me indicó sin demora, y en medio segundo, sentí su polla hundirse profundamente, estirando los tejidos aún hinchados de la noche anterior. Extendió sus palmas sobre mi trasero, pasando sus dedos por la costura de mi trasero. Usando su pulgar, presionó contra mi agujero trasero sin insertarlo del todo.

—Sí, por favor... —rogué, sin dar los detalles de lo que quería desesperadamente.

—¿Quieres algo? —preguntó.

—Sí, lo quiero —dije, sorprendida de lo audaz que fui de repente. La idea de que ambos agujeros se llenaran al mismo tiempo era una especie de emoción pecaminosa, que provocó que un oscuro escalofrío de deseo recorriera mis venas. Mi diablillo me aplaudió por ser tan atrevida.

—Dime específicamente, Krystina. Quiero escucharte decirlo.

—¡Tu pulgar!

—¿Aquí? —se burló, rodeando el borde de mi estrecha entrada. Se quedó completamente quieto e inmóvil, solo permitiéndome sentir la rotación de su pulgar burlón y su polla palpitante aún enterrada profundamente.

—¡Alex! Por favor —gimoteé, estirando mis caderas y empujando contra él.

—No creo que te lo hayas ganado todavía. No puedes quedarte quieta. Te dije que no te movieras, ¿recuerdas? —Inmediatamente dejé de moverme, aunque era algo difícil de hacer. Mi cuerpo tenía mente propia en ese momento, retorciéndose y moviéndose por su propia cuenta—. Eso está mejor. Ahora dime lo que quieres.

—¡Ya...ya te lo dije! —Tartamudeé, completamente abrumada y medio enloquecida por la necesidad.

Me dio un ligero golpe en el trasero.

—¡Deja de ser tímida, maldita sea! Quiero escuchar las palabras, Krystina. ¿Dónde lo quieres? —demandó.

Espeté, la pura desesperación alejaba toda inhibición.

—¡En mi culo, Alex! ¡Ahora!

Sin demora, metió el pulgar en mi culo que esperaba ansiosamente, satisfaciendo mi libidinosa necesidad. Después de un momento, comenzó a moverse, recompensándome con la sensación de estar completamente llena. Me golpeó repetidamente, su poderoso impulso coincidía con el ritmo de su pulgar. Me encontré con él, empujón tras empujón, persiguiendo la sensación de mi orgasmo, sin importarme que se suponía que debía quedarme quieta.

—Dámelo, ángel. Vente por mí.

—¡Estoy casi allí! ¡No te detengas!

Estaba asombrosamente excitada. La doble sensación hizo que mi visión se nublara, como un subidón que nunca antes había experimentado. Un fuego se extendió por cada fibra de mi ser y comencé a temblar incontrolablemente. Mis rodillas amenazaron con doblarse cuando el orgasmo se estrelló a mi alrededor en una explosión masiva eterna. Grité, el sonido hizo eco en las

paredes de la ducha, completamente perdido en la agonía de mi clímax.

Alexander se quedó quieto, dándome un momento para recuperar el aliento. Una vez que bajé, pude sentir su erección palpitando con una necesidad insatisfecha. Comencé a moverme lentamente hacia adelante y hacia atrás, ordeñando su polla hinchada con las paredes temblorosas de mi vagina.

—No, joder, ¡Krystina! —Alexander jadeó y dio un paso hacia atrás, su pulgar y su miembro me abandonaron inesperadamente, haciéndome sentir sorprendentemente vacía. Me di la vuelta, medio esperando ser reprendida por moverme demasiado, solo para encontrarlo medio desplomado contra la pared de la ducha, con la cara contraída por el tormento.

—¿Qué sucede?

—Sin condón —explicó.

Una vez más, lo había olvidado por descuido.

—Oh —dije, sintiéndome desanimada.

—Llevemos esta fiesta al dormitorio —dijo. Su voz sonaba tensa cuando se estiró para tomar mi mano.

Le sonreí tímidamente, una solución diferente al problema que se presentaba.

—Tengo una mejor idea.

Alexander

VI A KRYSTINA VENIR HACIA MÍ, con sus ojos oscuros y ardientes de promesas. Se arrodilló, tomó todo mi peso en sus manos y envolvió sus perfectos labios alrededor de mi verga. En un instante, cualquier pensamiento que tuviera sobre llevarla al dormitorio y atarla a mi cruz desapareció. Me sorprendió la facilidad con la que le permití tomar el control de la escena, pero ciertamente no iba a discutir con ella.

—Oh, ángel... lo haces tan bien —susurré. Agarré la parte de atrás de su cabeza y empujé más profundamente en su garganta.

Miré hacia abajo y me encontré completamente cautivado por la vista que tenía delante. Su masa normal de rizos estaba mojada, goteando por su trasero y sobre la curva de su trasero. Ella estaba usando una mano para reforzar su posición sosteniéndose firmemente en mi cadera. La otra mano estaba asegurada alrededor de la base de mi polla, mientras ella usaba su boca

para realizar milagros de proporciones épicas. La visión que presentaba era más caliente que todas las llamas del infierno.

Me miró y sus ojos ardían con un secreto del que solo ella tenía la clave, y no quería nada más que desentrañar los misterios de esta mujer. Se echó hacia atrás y pasó una lengua tortuosa a lo largo de mi erección, sin romper ni una sola vez el contacto visual conmigo. Luego lo hizo una y otra vez, moviendo su lengua sobre la punta sensible después de cada golpe.

Debería castigarla por eso.

Se burlaba de mí deliberadamente, mostrándome que ahora era ella la que tenía el control. Era un audaz juego de poder de su parte, pero me hizo quererla aún más. Yo había perdido. Estaba sin defensa alguna. Entregaba todo el control a Krystina, apoyé la cabeza contra la pared de la ducha y gemí. Podía sentir su sonrisa formarse sobre mi polla. Triunfante en su victoria, apretó su succión a mi alrededor una vez más.

Su pasión era inquebrantable, llevándome hasta el fondo de su garganta una y otra vez. Me estaba desmoronando, sabiendo que no sería capaz de contenerme por mucho más tiempo. Palmeé su frente para estabilizarla, obligándola a mirarme.

—Me voy a venir —le advertí, mis palabras sonaban roncadas—. Depende de ti si lo quieres o no en tu boca.

Pareció pensar en ello por un breve momento, luego, sin decir una palabra, se apartó y comenzó a bombearme con la mano.

Sus movimientos eran precisos, los dedos se deslizaban hábilmente a lo largo de mi eje. Una sensación de mayor conciencia comenzó a extenderse a través de mí, intensificando la conexión con la mujer ardiente de rodillas ante mí. Entonces, de repente, todo estalló en un momento de perfecta claridad. En cuestión de segundos, mi semilla brotó por todo su pecho, cubriendo sus pezones antes de ser arrastrada por el flujo de agua de los chorros de la ducha. Fue un espectáculo glorioso para la vista.

Con la energía gastada, bajé para sentarme en el suelo junto a ella. Juntos nos desplomamos contra la pared, ambos completamente saciados.

—Eso fue bastante asombroso —dijo finalmente después de recuperar el aliento. Levanté la mano para apartar un mechón de cabello húmedo de su rostro y la besé suavemente en la frente.

—Eres increíble, Krystina. Justo cuando creía que podría estar superando tus límites, pides más.

Sus mejillas ya sonrojadas se volvieron de un tono carmesí más profundo,

extendiéndose hasta la punta de sus orejas. Me di cuenta de que estaba recordando cómo prácticamente me había rogado que le metiera el pulgar en el culo. Tuve que reprimir una sonrisa. Nunca pensé que estaría abierta a ningún tipo de anal, al menos no de inmediato. Dada la experiencia limitada de Krystina, pensé que sería algo en lo que tendría que trabajar eventualmente. Pero ahora que la puerta se abría, me preguntaba si había subestimado sus límites. Quizás podría presionarla más de lo que había pensado inicialmente.

—¿Nunca te quedas sin agua caliente? —me preguntó.

—Calentador de agua sin tanque. Tengo un suministro interminable.

—Brillante —musitó—. Lo tendré en cuenta la próxima vez que decida ducharme aquí. Pero ahora, por mucho que me duela pensar en levantarme de este piso, realmente debería irme a casa. No le envié ningún mensaje de texto a Ally. La batería de mi teléfono estaba agotada.

—Bueno, si nos quedamos aquí mucho más, terminaremos arrugados como ciruelas pasas. Venga. Levántate —dije, poniéndome de pie y colocándola a mi lado. Me incliné para besarla suavemente, mis labios moldeándose sin problemas a los de ella—. Gracias por una mañana perfecta, Krystina.

—Mmm... —murmuró, envolviendo sus brazos alrededor de mi cuello—. Fue algo perfecto, ¿no?

Su cuerpo desnudo presionaba contra mí, tan cálido y resbaladizo por el agua de la ducha aún corriendo. Mi verga se movió, preparándose para la segunda ronda.

—Realmente tenemos que salir de esta ducha, o no podré ir al trabajo este día —le dije. Después de permitirnos otro momento en medio del vapor, me aparté de mala gana y cerré la llave de la ducha. Al salir de la regadera, tomé una toalla de una barra cercana y comencé a secarla de la cabeza a los pies. No discutió sobre mi generosidad, por una vez aceptaba mis arduos esfuerzos por cuidar de ella.

—Acabo de recordarlo. ¿Y mi ropa? ¿Crees que Vivian ya ha vuelto con ella?, preguntó.

—Ha pasado más de una hora, así que estoy seguro de que la encontrarás en mi habitación.

—¡Oh no! —exclamó, los ojos repentinamente llenos de terror—. No crees que ella nos escuchó, ¿verdad?

Me reí por eso.

—Te preocupas demasiado, Krystina.

La verdad era que muy probablemente Vivian nos hubiera escuchado, pero no iba a dejar que Krystina se estresara por eso. Vivian sabía que no debía hacer preguntas, por lo que no había ningún daño real. Pero también solía decir eso del resto de mi personal, aunque últimamente todos habían estado llenos de dudas y miradas escrutadoras.

Una vez que ambos nos vestimos, tomé mi teléfono de la cómoda y vi que tenía una respuesta de Laura sobre la conferencia de Boston.

—Parece que en unos días tengo que hacer un viaje inesperado a Boston.

—¿Oh? ¿Para qué? —preguntó Krystina despreocupadamente. Levanté la vista del correo electrónico y la vi parada frente al espejo de cuerpo entero en la esquina de la habitación. Había sacado un cepillo de su bolso y estaba peinando su larga melena de rizos.

—Un amigo mío necesita un favor. Hablaré en una conferencia, que estoy seguro que será terriblemente aburrida —hice una pausa cuando se me ocurrió una idea—. ¿Por qué no vienes conmigo?

—Alex, no puedo ir a Boston —dijo—. Tengo que trabajar.

—Estoy seguro de que podría llamar a Walter y resolverlo.

Dejó de cepillarse el pelo y me miró fijamente a través del espejo.

—No. ¡No te atrevas a hacer tal cosa!

—Está bien —concedí a regañadientes, con las manos levantadas en señal de rendición—. Como quieras. Pero si no estás dispuesta a venir conmigo, quiero que te quedes esta noche de nuevo.

—¿De nuevo?

—Obediencia incondicional —le recordé.

Ella frunció el ceño.

—Necesitamos llegar a algún tipo de acuerdo sobre eso. Soy partidaria de seguir órdenes en el dormitorio, como lo descubrí recientemente. Sin embargo, nunca funcionará cuando se trata del resto de mi vida. No puedes seguir arrojándome a la cara la supuesta obediencia incondicional.

Negué con la cabeza, frustrado porque todavía estaba fallando miserablemente en el manejo común de una relación dominante y sumisa. Si tan solo Krystina entendiera lo que le proporcionaría su obediencia. Yo era un hombre de medios y el mundo estaba a su alcance.

¿Por qué no puede simplemente aceptar lo que tengo para ofrecer?

Sabía que no llegaría a ninguna parte dándole órdenes y cambié de táctica. Caminé hasta donde estaba parada, le quité el cepillo de las manos y continué

haciéndolo por ella. Peiné su cabello, alisando los enredos, apreciando la suave sensación de los rizos húmedos contra las yemas de mis dedos. Descubrí que el simple hecho de cepillar el cabello de Krystina era sorprendentemente relajante. Solo podía esperar que tuviera el mismo efecto en ella.

—No quiero pelear. Quédate conmigo —dije finalmente después de unos minutos—. Voy a estar fuera unos días y quiero verte de nuevo antes de irme. Es así de simple.

Ella pareció suavizarse con eso.

—Ya veremos. No estoy haciendo ninguna promesa. Necesito llegar a casa y ponerme en contacto con la vida real durante un minuto antes de poder comprometerme a quedarme aquí de nuevo.

—Bien. Me sentaré aquí y jugaré con mis pulgares en anticipación a tu respuesta —bromeé.

—¡Oh, deja eso! —ella rió. El sonido fue emocionante para mis oídos—. Bien, me quedaré. Y, si te hace feliz, incluso prepararé una bolsa para pasar la noche.

Sonreí con malicia, satisfecho de haberme salido con la mía tan fácilmente.

—Oh, pero señorita Cole, ahora que ha aceptado quedarse, debo advertirle. No necesitará ropa para lo que tengo en mente.

—Bien. Esperaba que dijeras eso.

Krystina

CUANDO LLEGUÉ A CASA, ENCONTRÉ A ALLYSON EN LA COCINA CON LAS manos en las caderas y los ojos llenos de acusación.

Mierda.

Tenía la esperanza de que estuviera en el trabajo, dándome tiempo por la tarde, al menos, para eludir lo inevitable. Estaba enojada y con razón.

—¿Tu teléfono está descompuesto? ¡Te he estado enviando mensajes de texto desde anoche! —se quejó.

—Lo siento. Mi teléfono estaba muerto y no llevaba un cargador.

Débil excusa, Cole. Muy débil.

—Eso suena como algo que yo diría, no tú. Además, ¿recuerdas nuestro trato? ¿No pasar fuera toda la noche? ¡Estaba realmente preocupada, Krys!

Hice una mueca ante su recordatorio y una punzada culpable de dolor me apuñaló el estómago. La última vez que una de nosotras se quedó fuera toda la noche sin previo aviso, ocurrió un desastre. Estaba viviendo mi hora más oscura y necesitaba a Allyson desesperadamente, pero no sabía dónde encontrarla. Después de esa noche, hicimos un trato. Ninguna de las dos se quedaría fuera toda la noche sin que la otra supiera dónde estaba.

—Lo sé, lo sé, y lo siento mucho. Debí haber encontrado otra forma de comunicarme contigo. He tenido muchas cosas en los últimos días. No quise preocuparte.

—Sí, claro —gruñó.

—¡Me disculpé! No sé qué más decir, Ally. No tenía la intención de quedarme fuera toda la noche.

—Para empezar, ¿dónde diablos has estado?

—Con Alexander —dije con un aire de indiferencia.

Las manos que todavía estaban firmemente plantadas en sus caderas cayeron a sus costados. Su mandíbula se abrió y comenzó a articular palabras que no salían. Por una vez, la dejé sin palabras y su mirada incrédula me hizo

reír.

—Oh no, no te rías —dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Nunca terminamos nuestra charla de la otra noche. Quiero decir, no quiero seguir siendo como una madre gallina, pero no creo que Alexander Stone sea el tipo de chico con el que quieres lidiar.

—Está bien Ally, puedo manejarlo —le dije con confianza. Deja que me cambie y ponerme ropa cómoda, luego te contaré todo. ¿De acuerdo?

—Ahora que sé que no estás muerta en una zanja en alguna parte, algunos detalles estarían bien.

Ignoré su comentario sarcástico y me retiré a mi habitación para ponerme más cómoda. La ropa de Wally's de dos días seguidos apestaba, incluso si Alexander había hecho que la lavaran. Rápidamente me puse una sudadera y regresé a la cocina. Allyson había hecho café y sacó panecillos de canela para que comiéramos.

—Oh no. Tomaré el café, pero no puedo comer eso. Todavía estoy llena de lo de esta mañana —le dije. Me miró con sospecha, obligándome a explicar más—. Alexander hizo el desayuno.

—¿Cómo? —preguntó, levantando una ceja perfectamente delineada—. Entonces, ¿cocina?

—No, en realidad no. Solo el desayuno. Pero espera, déjame retroceder al principio.

Me serví una taza de café y le conté la interesante historia de Alexander Stone. Era una historia difícil de contar, ya que tuve que omitir cierta cantidad de información sensible. Cuando terminé, Allyson tenía una mirada que decía que no estaba satisfecha con lo que yo había dicho.

—¿Es todo? —dijo. Era como si pudiera ver a través de mí, recordándome su astuta habilidad para leer entre líneas. Intenté ser más convincente.

—Realmente no hay mucho más.

¡Mentirosa!

Mi ángel incómodo había vuelto, y fruncía el ceño con desaprobación.

—¿Qué hay con todo el asunto del dominante? —preguntó Allyson.

—¡Oh eso! —fingí inocencia—. Solo quiso decir que tenía una personalidad dominante.

Me miró con ojos preocupados, obligándome a apartar la mirada. Comencé a remover mi café innecesariamente con una cuchara.

—¿Estás segura de que es inteligente entablar una relación con alguien así? —preguntó en voz baja después de unos momentos.

—Sé lo que estás pensando, pero te aseguro que está bien. Me gusta. — Me detuve, de repente me di cuenta exactamente cuánto me gustaba estar con Alexander. La inquietud se apoderó de mi pecho y miré con recelo a Allyson —. Me gusta mucho en realidad. Pero no me permitiré involucrarme demasiado. Además, él sabe cuál es mi posición en esto. Le dije rotundamente que no tenía permitido controlar mi vida y que quería que las cosas entre nosotros fueran casuales. Estoy orgullosa de lo que soy ahora y no me expondré. No tienes de qué preocuparte.

—No puedo evitarlo. Te vi pasar por el infierno y regresar, Krys. Quiero decir, los recuerdos que tuve esta mañana cuando te vi que no volvías a casa... —se detuvo por un minuto, los ojos mirando a lo lejos—. Fue una locura. Te imaginaba en esa maldita cama de hospital con las costillas vendadas. No quiero ver una repetición de eso. Jamás.

El tormento por los terribles recuerdos hizo que su voz se quebrara y casi me hace llorar. Tiró de mi corazón y trajo mis propios recuerdos dolorosos. Sin embargo, no podía permitirme quedarme en el pasado.

Ya no.

—¿Recuerdas nuestra última charla? Dijiste que nos relajáramos y nos divirtiéramos un poco, ¿lo recuerdas? —se lo repetí—. Bueno, me di cuenta de que es hora de seguir tu consejo. No puedo detenerme en el pasado, ni preocuparme por lo que pueda o no suceder en el futuro. De hecho, cuando me veo en el futuro, ¿sabes lo que veo? A mi madre. La quiero, pero no quiero *ser* ella. Mis cicatrices me han amargado durante demasiado tiempo. Necesito concentrarme en el presente, vivir para el hoy y aceptarlo como llegue.

Su rostro se suavizó notablemente con mis palabras. Y aunque solo había dicho la verdad a medias sobre Alexander, estaba convencida de corazón, con cada palabra que había mencionado sobre dejar atrás el pasado.

—Eso es probablemente lo mejor que te he escuchado decir en mucho tiempo —dijo Allyson. Sus ojos brillaron con lágrimas mientras se levantaba para abrazarme—. Supongo que, si eres feliz, entonces yo soy feliz. Es bueno que estés lista para seguir adelante. No quiero sonar como si estuviera tratando de detenerte. Aunque me preocupo, lo sabes. Solo trata de tener cuidado, ¿lo prometes?

Parpadeé para contener mis propias lágrimas amenazantes. Sin embargo, no eran causadas por la tristeza, sino por la alegría. Estaba tan feliz de tenerla como mi amiga, sabiendo que podía contar con ella sin importar nada.

—Lo prometo —le dije, abrazándola a cambio. Alejándome antes de que las cosas se descontrolaran demasiado, le hice la pregunta que había estado en mi mente desde que había llegado a casa—. Entonces, ¿cómo es que no fuiste a trabajar hoy?

—La sesión de fotos en París surgió inesperadamente —dijo, volviendo a sentarse—. Hoy se considera un día de viaje, por lo que no tengo que ir a la oficina. Mi vuelo sale a las cinco de esta tarde.

—¡París! —grité—. ¡Eso es tan emocionante! ¿Cuándo vuelves?

—El jueves por la noche... en algún momento alrededor de la medianoche, creo. Pero lo bueno es que tengo libre el viernes y podré disfrutar de un fin de semana largo.

—Yo también tengo libre el viernes. Lo único que tengo es una fiesta de despedida por la noche en Murphy's. De hecho, deberías venir. Conoces a casi todos los de Wally's. Además, Alex podría estar allí y podrías conocerlo.

—Cuenta conmigo. Estoy ansiosa por conocer a este misterioso hombre tuyo —dijo con un guiño—. Pero también planeemos algo para la tarde.

—Podríamos tener un día de spa —sugerí.

—¡Es una gran idea! ¡No lo hemos hecho en años!

—¡Porque antes ninguna de nosotras podía permitírselo! —me reí—. Pero ahora que ambas tenemos sueldos más grandes, creo que podemos derrochar un poco.

—¡Sin lugar a duda! Deberíamos ir a uno de esos lugares de lujo. ¿Ya sabes?, con los que antes solo podíamos soñar.

—¡Oh! El Mandarin. Llamaré y sacaré cita —ofrecí, repentinamente emocionada por el día libre de chicas. Había estado tan absorta en Alexander que se sentiría bien tener un día a solas con Allyson.

—Bien, llama mientras me voy a dar una ducha. También tengo que empacar para mi viaje.

—Suenas grandioso —dije, incapaz de contener mi sonrisa—. Ah, y una cosa más. No eres una madre gallina. Sé por qué te preocupas y lo aprecio más de lo que crees. Gracias por estar ahí, Ally. No sé qué haría sin ti.

—Estoy aquí para ti, nena. Siempre.

Alexander

NO PODÍA DEJAR de pensar en la mirada que Krystina me lanzó cuando mencioné que debería dejar algo de su ropa en mi casa. Su expresión me estaba molestando, tanto que no podía concentrarme en las negociaciones comerciales durante todo el día. Traté de dejar el trabajo de escritorio atrás y bajé a revisar la construcción de Turning Stone Advertising, pero ni siquiera eso fue suficiente para distraerme.

Sabía que en el corto plazo Krystina nunca colgaría voluntariamente un solo pedazo de tela en mi armario, pero no sabía por qué me preocupaba tanto. La única solución que tenía era tomarme la libertad de hacerlo yo mismo.

Cuando le anuncié a Laura que saldría de la oficina por unas horas para ir de compras improvisadamente, la expresión de su rostro era casi cómica.

Sí, Laura. Lo creas o no, sé cómo comprar.

Descarté sus protestas sobre llamar a Gabriella, mi representante de ventas preferida en Duncan Quinn, para pedir las cosas que necesitaba. Gabriella era una experta en moda masculina y también tenía contactos en varias boutiques femeninas de alta gama. Sin embargo, hacer una simple llamada telefónica para pedir ropa para Krystina parecía demasiado impersonal. Este debía ser un día de compras que requería mi atención personalizada.

Llamé al móvil de Hale para decirle que trajera el Porsche Cayenne al frente de mi edificio.

—Lo tendré allí en cinco minutos —aseguró Hale—. ¿A dónde vamos?

—Quinta Avenida. Vamos de compras.

—Sí, señor —dijo.

Y si no estaba equivocado, creía haber escuchado un toque de diversión en su voz.

Alexander

SORPRESIVAMENTE, LA COMPRA DE KRYSTINA HABÍA SIDO BASTANTE divertida. Desde suéteres y faldas hasta jeans y botas, las posibilidades con la ropa de mujer parecían infinitas. Mirar varios estilos e imaginar ciertos artículos en Krystina había sido una experiencia como ninguna otra. Tuve cuidado con mis selecciones, manteniendo sus gustos por encima de los míos. Quería que ella estuviera satisfecha con mis decisiones y supiera que estaba teniendo en cuenta sus intereses. Y lo más importante, quería mostrarle cuánto quería cuidar de ella, pero aún así permitirle que mantuviera su individualidad.

Sabía que estaba corriendo un riesgo. Krystina podría ponerse furiosa una vez que viera todo lo que había comprado. Pero también sabía que ella estaría más dispuesta a aceptar mis regalos si supiera que yo personalmente había seleccionado cada artículo.

Cuando llegué a casa poco después de las seis, me complació ver que los paquetes de la diversión del día habían sido entregados y Vivian ya había organizado mi espacioso vestidor para acomodar las compras. Era extraño ver la colorida variedad de algodones, sedas y cachemira colgando junto a la línea de trajes de colores utilitarios. Sin embargo, también sentí cierta satisfacción al verlo, como si hubiera tenido algún tipo de gran logro.

Cuando cerré las puertas del armario, sonó el intercomunicador del penthouse. Supuse que era Jeffrey haciéndome saber que Krystina había llegado y me molestó que anunciara su llegada. Le había dado instrucciones explícitas para que simplemente la dejara entrar a mi casa.

—¡Sí! —contesté el intercomunicador.

—Sr. Stone. Ah... yo, eh, la señorita... —empezó Jeffrey.

Justo lo que pensaba.

—Deja que la señorita Cole entre al ascensor, Jeffrey. Ahora, por favor.

—Sí, señor. Lo siento, señor. Ella está en camino.

Me alejé del altavoz del intercomunicador, sin molestarme en agradecerle. La paciencia que tenía para el torpe portero estaba empezando a agotarse.

Esperé en la entrada a que llegara el ascensor. Cuando se abrieron las puertas, me quedé sin aliento. No importaba cuántas veces había visto a Krystina, su belleza me dejaba sin aliento. Su cabello estaba agarrado en una cola de caballo suelta en la nuca, permitiendo que unos pocos rizos sueltos enmarcaran su delicado rostro. Sus jeans ajustados y su suéter de cuello redondo acentuaban cada curva impecable de su cuerpo.

Era perfecta, como una diosa del cielo. Poco sabía que esta mujer cambiaría mi mundo cuando se resbaló y se cayó ese día en Wally's. La deseaba entonces y la deseo aún más ahora, más de lo que nunca quise a ninguna otra mujer en mi vida. Era un ángel.

Mi ángel.

Cerré la distancia entre nosotros en menos de un segundo y la levanté por las piernas para acunarla en mis brazos.

—¡Alex! ¡Bájame! —me dijo en medio regaño y sonriendo al mismo tiempo, golpeando mi brazo. La ignoré y aspiré el dulce olor de su cabello.

—Mmm... ni hablar. Te extrañé —murmuré en su oído.

—¿Ya? —se rió.

—Mucho —admití antes de besarla suavemente—. Has estado en mi mente todo el día, ángel.

—Oh, ¿en serio? Solo puedo imaginar todas las cosas malas que estabas pensando en este día.

—Srita. Cole, no tiene idea.

Pasé mi nariz a lo largo de su mejilla para acariciar el punto dulce debajo de su oreja. Ella tarareaba y cerraba los ojos, inclinando la cabeza hacia un lado. Me moví hacia arriba, saboreando la suavidad de su piel, pellizcando a lo largo de la línea de su mandíbula. Mis dientes rozaron sus labios entreabiertos y la besé de nuevo, pero esta vez fue largo y posesivo. Ella se rindió y cedió a mi lengua, lo que me permitió deleitarme con su sabor.

—Podría acostumbrarme a saludos como este —murmuró una vez que le di la oportunidad de tomar aire.

—A mi chica le gusta que la carguen, tomo nota —bromeé.

La sentí ponerse rígida en mis brazos.

—Supongo que sí —dijo con una pequeña sonrisa. Sin embargo, su sonrisa no llegaba a sus ojos y supe que estaba pensando metafóricamente sobre lo que yo había dicho.

—Solo estaba jugando, Krystina. Después de todo, literalmente te cargué.

—Lo sé —dijo, plantando un beso tranquilizador en mi mejilla. La bajé y, si no me equivocaba, pensé que se veía aliviada. Su repentino cambio de comportamiento fue desconcertante.

—¿Estás bien?

—Lo siento —dijo tímidamente—. Creo que estoy cansada, eso es todo. Alguien me agotó anoche.

—No escuché ninguna queja —dije con un guiño.

—Oh, para nada. Pero tengo que admitir que el día finalmente me está alcanzando. Me encantaría descansar un rato en el sofá. ¿Quizás ver una película? ¿Qué dices?

¿Una película?

Tumbarme en el sofá y ver una película con una mujer me resultaba extraño, pero me provocó algunas ideas muy interesantes. La idea de poner a Krystina en posición horizontal me hizo aceptar de inmediato.

—Estoy de acuerdo. Pero primero, tengo algo para ti. Ven conmigo.

Tomé su mano y la llevé al dormitorio. Cuando llegamos a las puertas del armario, me detuve antes de abrirlas. Estaba emocionado por la oportunidad de darle a Krystina su sorpresa, pero también estaba nervioso.

¿Y si esto es un error?

Pensé en cómo se veía su ropa nueva colgada junto a la mía. Para mí, era simplemente un regalo, uno que estaba ansioso por darle. Sin embargo, Krystina tenía una tendencia a mirar demasiado las cosas, y tenía miedo de cómo podría percibir la apariencia de mi armario.

Tal vez no debería mostrarle esto. Aún no.

—¿Qué es? —preguntó.

Su pregunta me alejó de mis indecisas divagaciones.

Sacudí la cabeza para aclararla, sintiéndome incómodo últimamente con la forma en que parecía estar cuestionando cada uno de mis movimientos. Siempre he tenido confianza en mis elecciones, sin embargo, parecía tropezar con las decisiones más pequeñas en torno a Krystina y estaba empezando a desgastarme. No me gustaba. Ni un poco.

¡Contrólate y solo dale la maldita ropa!

—Está aquí. En mi armario —le dije.

Abrí las puertas y le hice un gesto para que entrara. Se detuvo cuando alcanzó el umbral, sin tener que aventurarse más para ver lo que estaba claramente frente a ella. La vi palidecer visiblemente, en lo que solo podía

suponer que era conmoción, antes de que se volviera lentamente hacia mí. Nuestros ojos se cruzaron y los de ella destellaron acusadores.

Debí haber esperado.

—Alex, dijiste que tenías *algo* para mí. Estas son *cosas*. Como en plural. Muy plural.

Tenía la voz tensa y me di cuenta de que estaba tratando de controlar su temperamento.

—Solo quería que tuvieras una opción, eso es todo —traté de encogerme de hombros.

Se quedó callada, de forma demasiado inusual. Por la forma en que cambió su peso de un pie al otro, parecía agitada. Trató de acomodar un rizo detrás de la oreja, pero este volvió a soltarse. Extendí la mano para hacerlo por ella, pero apartó la cabeza para que yo no lo hiciera. Dejé caer mi mano a mi costado, sabiendo que estaba tan enojada como temía que lo estuviera.

Bajó los ojos, pareciendo mirar fijamente una mancha invisible en la alfombra. De vez en cuando, sus ojos regresaban rápidamente a su nuevo guardarropa, pero luego volvían a bajar como si no pudiera soportar verlo. Su silencio era irritante, pero contuve mi lengua, esperando que ella hablara primero.

—Desearía que no hicieras esto —finalmente susurró.

—Yo quise —dije simplemente.

Ella miró, sacando una barbilla obstinada.

—¿Qué pasa si no quiero aceptarlo?

Fruncí los labios con molestia, tratando de no sentirme insultado por su rechazo. Respiré profundamente, recordándome que Krystina respondía mejor a una honestidad brutal.

—No lo estás entendiendo, Krystina. Quiero comprarte cosas. Quiero cuidarte. Es una necesidad que no puedo explicar —le dije, tratando de sonar lo más serio posible—. Me hace feliz hacerlo, como lo descubrí hoy. Esto es algo a lo que tendrás que acostumbrarte.

—Mira, te lo agradezco, pero eres tú quien no lo está entendiendo. Hace una semana ambos decíamos que no habría ataduras. Todo esto es un montón de cadenas —dijo, señalando la ropa con la mano.

Me reí entre dientes por su juego de palabras, tratando de mantener el ambiente ligero. Solo agradecía que estuviera hablando de nuevo.

—Ángel, es solo ropa.

—Es más que ropa para mí. Es lo que simboliza.

—Entiendo tu inquietud. Y para ser perfectamente honesto, no sé qué me llevó a hacerlo. Personalmente, nunca antes había ido de compras para una mujer, ni siquiera para mi hermana. Fue solo.... —Luché tratando de encontrar las palabras adecuadas para explicar mi impulso—. Era simplemente algo que quería hacer. Si la aceptas, me harías muy feliz.

Su rostro parecía que sufría, como si estuviera enfrentando una especie de batalla interna. Me miró, con los ojos llenos de incertidumbre, antes de entrar al armario y pasar la mano arriba y abajo de las mangas de las blusas que colgaban.

—¿Compraste todo esto tú solo?

—Más o menos. Hale pudo haber tenido un par de cosas que decir sobre algunas de las cosas que compré.

Su cabeza giró tan rápido que amenazó con un latigazo. Sus ojos estaban redondos con aparente incredulidad, pero luego dejó escapar una risa fuerte y genuina. El sonido era contagioso y música para mis oídos.

—¡Ustedes dos deben haber sido todo un espectáculo!

Me crucé de brazos y le sonreí.

—¿Se está riendo de mí, señorita Cole?

—Nunca me atrevería —replicó ella.

Sus ojos brillaron, una señal segura de que estaba en camino de asegurar la victoria.

—¿Significa esto que aceptarás mi regalo?

—Supongo que podría —meditó su consentimiento.

Dudé antes de lanzarle la siguiente bomba.

—Eso espero, porque esto no es todo.

Sus hombros se desplomaron y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No más regalos, Alex —imploró.

—Dijiste que aceptarías. Lo que sigue es solo parte del paquete.

—Por favor. No —trató de negar, pero ignoré sus ruegos.

Me acerqué a la cómoda y recogí la pequeña caja envuelta para regalo que había dejado allí. Cuando me volví para mirarla, no había forma de describir la expresión de horror que se extendía por su rostro. No podía apartar los ojos del paquete que tenía en la mano.

Miré de ella a la caja, luego volví a mirarla. Entonces me di cuenta.

—Relájate, nena. Si fuera a proponerte matrimonio, lo haría mejor que esto —dije secamente—. Solo ábrelo.

Puse la caja en forma de cubo en su mano, molesto porque esto iba muy

mal.

Un rubor se apoderó de las mejillas de Krystina. Estaba bastante seguro de que la vergüenza de haberse precipitado era lo único que mantenía su boca cerrada mientras se dedicaba a abrir el paquete.

Cuidadosamente, tiró del lazo de satén y deslizó su uña a través de la cinta para desenvolverlo. Dentro de la caja, acomodado en una almohada azul real, estaba el collar que le había encargado a un joyero local que lo hiciera a la medida para ella.

—Alex, es hermoso —dijo asombrada. Pasó los dedos por el emblema de la espiral entrelazada de platino y por los tres zafiros lisos colocados en cada uno de los círculos de alrededor. Me miró y sonrió.

¡Ding, ding, ding! ¡Tenemos un ganador!

Segura de que no iba a discutir conmigo sobre el collar, solté un suspiro de alivio.

—Es un triskelion, o al menos una variación de uno —le dije—. Algunas personas lo llaman triskele.

—¿Qué es un triskele?

—Es un símbolo de la comunidad BDSM.

—Oh. Bueno, um... —dudó, y su sonrisa vaciló—. ¿Voy a... usar esto? Quiero decir, no me malinterpretes, es realmente un hermoso collar. Simplemente no estoy muy interesada en anunciar mis nuevos intereses.

—No te preocupes —me reí ligeramente—. El símbolo del triskelion tiene muchos significados en realidad, dependiendo de a quién le preguntes. La mayoría de las personas con las que te encuentres pensarán que significa algo completamente diferente. Personalmente creo que puede ser la razón por la que la comunidad BDSM lo adoptó. Búscalos algún día, Krystina. Puede que te intrigue su historia.

—¿Por qué?

—Puede que el BDSM sea un tema del que nunca se habla, pero muchos aspectos del mismo suelen estar a la vista. A ver, deja que te lo ponga.

Alargué la mano para tomar la caja de sus manos. Todavía podía ver la aprensión en su rostro, pero ella no discutió cuando aseguré el broche alrededor de su cuello. El emblema descansaba perfectamente sobre su suave piel, acentuando la impecable forma de sus pechos.

—Bueno, sea cual sea el símbolo, tienes un gusto impecable. Me encanta, Alex. Gracias.

—Me alegra que te guste. Eso hará que sea más fácil darte la última

sorpresa.

—Alex —dijo en tono de advertencia—. Dije gracias por el collar, no por la ropa. Todavía no estoy segura de qué pensar sobre eso, y mucho menos sobre una tercera sorpresa.

—No es nada, de verdad. Esta es más una broma que cualquier otra cosa. Abre el cajón superior de mi tocador.

Me miró con sospecha, pero hizo lo que le pedí.

—¿Qué es esto? —preguntó después de mirar el contenido.

—Reemplazo de la ropa interior que te arranqué. ¿Recuerdas?

Le dediqué una sonrisa diabólica, recordando la noche en que le arranqué el encaje negro de las caderas. La imagen de hacerlo de nuevo provocó un revuelo en mi ingle.

—¡Oh, claro que puedo recordarlo! Pero esto es más que un reemplazo, ¡debe haber al menos diez pares aquí!

—Una docena para ser exactos —me acerqué a ella y rodeé con mis brazos su delgada cintura. Me incliné para susurrarle al oído—. Así que eso significa que puedo arrancártelos doce veces más.

La sentí temblar en mis brazos y supe que realmente había ganado. Me acerqué a ella por detrás para apretar su trasero contra mí.

—Doce veces más, ¿eh?

Sus palabras ya sonaban entrecortadas y me endurecí en respuesta.

—Sí —confirmé, mordiendo su oreja. Seguí una línea por su cuello, sintiendo el latido de su pulso debajo de su piel. Mis manos encontraron el dobladillo de su suéter y lo deslicé por su espalda para desatar el broche de su sostén.

—Bueno, entonces... —comenzó, pero luego se detuvo para gemir cuando encontré uno de sus pezones—. Deberíamos, ah... deberíamos ponernos a trabajar en eso.

—Pensé que querías ver una película.

Rodé sus tensos picos entre mis pulgares e índices, moviéndolos suavemente mientras lo hacía.

—La película puede esperar —suspiró.

—Sí puede —estuve de acuerdo, disfrutando cada respuesta que tenía a cada una de mis caricias. Me aparté y metí la mano en el cajón para recuperar una de las tangas de encaje. La enrollé alrededor de mi dedo y la sostuve para que la tomara—. Creo que tienes que ponerte un par de estas para que podamos probar su durabilidad.

—Vuelvo enseguida —prometió, quitándome las bragas.

Después de que Krystina desapareciera en el baño, fui al estéreo para seleccionar una lista de reproducción que me inspirara.

Algo más oscuro, creo.

Quería mostrarle a Krystina algo nuevo esta noche, llevarla a un lugar donde no había estado. Al seleccionar la música que pensé que era apropiada para lo que tenía en mente, volví a la cama. Extendiendo la mano, comencé a desbloquear los pestillos que sujetaban las barras transversales de la cruz de San Andrés.

Una vez que quedé satisfecho de que todo estaba seguro, saqué las llaves de mi bolsillo y me dirigí a mi armario privado para recuperar las esposas de cuero que necesitaría. Sin embargo, me detuve a mitad de camino cuando escuché a Krystina gritar desde el baño.

—¡Oh, no!

Salió del baño pareciendo como si fuera a llorar.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunté, completamente alarmado por su estallido.

—Tengo mi periodo.

Krystina

ALEXANDER SE ECHÓ A REÍR COMO SI FUERA LA COSA MÁS DIVERTIDA QUE jamás había escuchado. Yo, por otro lado, estaba completamente molesta.

—¡Esto no es gracioso, Alex!

—Bueno, estropea mis planes contigo, pero es tu reacción la que me hace reír.

Se rió más fuerte cuando le fruncí el ceño. Cogí una de las almohadas de satén de la cama y se la arrojé.

—Eres un tonto —le dije, aunque mis palabras no llevaban ningún veneno. Yo también estaba luchando contra no reír.

—¿Supongo que te sorprendió tu amigo del mes?

—Más o menos. Esta tarde empecé a tener dolor de cabeza. Suele ser una advertencia de que ya viene. —Fruncí el ceño, sintiéndome algo disgustada por mi negligencia en el asunto—. Realmente debería hacer un mejor seguimiento, pero como no tenía relaciones sexuales hasta hace poco, creo que no vi la necesidad. Lo siento.

—No te disculpes por la naturaleza, Krystina. No es tu culpa.

—Supongo, pero eso no cambia el hecho de que nuestra noche está arruinada. No tiene sentido que me quede aquí ahora.

—¡No seas ridícula! —exclamó, como si fuera lo más absurdo que había oído en su vida—. Hay otras cosas que podemos hacer además de tener sexo.

—¿Como qué? ¡Eso es lo único que hacemos!

Traté de decirlo riendo, pero sonó forzado. Estaba acelerada sin ningún lugar a donde ir. No quería nada más que sentarme en un rincón y hacer pucheros por el resto de la noche.

Esto apesta.

Alexander se acercó donde yo estaba parada, con una expresión impasible cuando me tomó en sus brazos.

—Realmente deberías darnos un poco más de crédito, Krystina. ¿Sigues

con el dolor de cabeza? —preguntó.

—Sí, un poco.

—Bueno, veamos qué podemos hacer al respecto. ¿De acuerdo?

Soltó sus brazos de mi cintura y tomó mi mano. Llevándome al baño, abrió el armario de blancos y comenzó a buscar algo. Esperaba que sacara una aspirina, pero en su lugar sacó una botella de baño de burbujas y aceite perfumado.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté con curiosidad.

—Mi abuela solía decir que la mejor cura para el dolor de cabeza era un baño caliente. Entonces, mi ángel, eso es lo que vas a tener.

Se acercó al enorme baño de mármol hundido y comenzó a dejar correr el agua. Desenroscando la tapa de las burbujas, comenzó a verter lentamente el jabón espeso en el agua, mezclándolo con el aceite perfumado. En poco tiempo, un suave olor a lavanda y vainilla llenó la habitación.

—¿Sabes?, si estás tratando de calentarme con la idea de que me cuidas, está funcionando.

Me mostró una de esas sonrisas sexys que tanto amaba.

—Debo decir que ciertamente me haces trabajar para eso —dijo a la ligera. Se inclinó para plantar un tierno beso en mi frente—. Te daré un minuto de privacidad para que puedas meterte en el baño. Regresaré en unos minutos.

Una vez que estuve sola, tuve un minuto para digerir lo inesperado. El baño improvisado que Alexander me había preparado era dulce, ...notablemente. Era exactamente el tipo de cosas de las que Alexander había dicho que no era capaz de hacer, y lo mismo que yo le dije que no estaba buscando.

Ositos de peluche y rosas.

Si el baño de burbujas perfumado no era la definición de ositos de peluche y rosas, entonces no sabía qué era.

Una sensación incómoda comenzó a formarse en mi estómago y traté de ignorarla mientras me desnudaba. Después de quitarme la ropa, me envolví en una toalla y me paré frente al espejo de tocador. Mis mejillas se veían enrojecidas por el vapor que inundaba el baño y mi cabello tomaba más volumen cada minuto. Rápidamente lo levanté en un moño desordenado en la parte superior de mi cabeza y lo aseguré con una banda elástica que tenía alrededor de mi muñeca.

Satisfecha de que mi cabello se quedara quieto, me dirigí hacia la bañera.

Al ver que estaba casi llena, me agaché para cerrar el grifo.

Una vez que se silenció el ruido del agua corriente, noté que la música venía de alguna parte. Miré a mi alrededor y vi pequeños altavoces estratégicamente integrados en las paredes del baño. El sonido era relajante, adecuado al ambiente sereno que Alexander había creado para mí.

Sin embargo, a pesar del lujo que me rodeaba, todavía me sentía ansiosa y no estaba segura de por qué.

Es porque está rompiendo tus defensas.

De inmediato deseché la molesta voz en mi cabeza, decidida a disfrutar el momento.

Es como había dicho a Ally: vive el día de hoy. Tómallo como llegue.

Entré en la bañera digna de un dios y me hundí en su dulce espuma. Echándome hacia atrás valoré los minutos de relajación ininterrumpida.

Cuando Alexander regresó, llevaba dos copas de vino y no llevaba nada más que una toalla alrededor de la cintura. Las líneas de sus abdominales se ondularon cuando se inclinó para dejar los vasos en el borde de la bañera. Quería extender la mano y pasar mis manos por sus contornos musculosos, pero me detuve cuando recordé por qué no podía.

—Alex, lo siento. Pero si tienes planes de unirme a mí, no puedo cuando tengo mi... —comencé.

—Relájate, Krystina. No tengo expectativas. Esta noche, todo es sobre ti. Ahora deslízate en la bañera —ordenó.

Dudé por un momento, pero luego hice lo que me dijo.

Alexander atenuó las luces para que solo hubiera un suave resplandor en la habitación, lo que se sumó a la tranquilidad. Cuando descaradamente dejó caer su toalla, me encontré sonrojándome por alguna razón desconocida. Bajé los ojos, sin querer mirar descaradamente mientras él se metía detrás de mí.

Una vez que se acomodó, consiguió fósforos de algún lugar y encendió las velas y las colocó en los rincones del espacio de mármol. Tirando de mí contra él, no tuve más remedio que acomodarme.

Después de un momento o dos, comenzó a masajear los músculos de mis hombros. Se me escapó un suspiro de agradecimiento mientras bebía un vino blanco deliciosamente dulce y absorbía la música. Literalmente me sentí como una reina mimada.

—Esta canción que está sonando... es realmente buena. ¿Quién es? —pregunté, curiosa por las letras sensuales de las artistas femeninas y el sonido contemporáneo texturizado.

—Se llama 'Breathe' de *Of Verona*. Está en una de las listas de reproducción que hice para ti.

—Oh, no me di cuenta. Pero, de nuevo, todavía no he tenido la oportunidad de escuchar todas las canciones.

—Es una pena, pero podría explicar por qué todavía tengo que esforzarme tanto para coaccionarte —se rió.

—¿Qué quieres decir?

—Esta canción en particular está en la lista de reproducción 'Rendición'.

—Ya veo —reflexioné, de repente muy intrigada por lo que Alexander esperaba lograr con sus listas de reproducción—. Me esforzaré por escuchar todas pronto.

—En realidad, está bien si no lo haces. Me gusta ver tus reacciones cuando escuchas una canción que te gusta. Respondes muy bien a la música.

—Lo sé. Es difícil de explicar. Es como si pudiera vibrar la música, si eso tiene algún sentido —le dije.

Alexander cambió su posición ligeramente, haciendo que su virilidad rozara mi trasero. La seductora música por sí sola estaba haciendo un buen trabajo al provocar mi ya elevada incomodidad sexual; lo último que necesitaba era sentir *eso*. Un escalofrío de deseo recorrió mi espalda.

—¿El agua está demasiado fría? —Alexander preguntó, aparentemente ajeno al motivo de mis temblores. Me di un sermón en un intento de ignorar el anhelo que sentía.

Concéntrate en el masaje. Desconéctate de la música. Simplemente ignora la cercanía de su cuerpo.

Está húmedo y cálido.

Y resbaladizo por los aceites de baño.

—No, el agua está bien. Perfecta en realidad —dije, mi voz sonaba un poco más aguda de lo normal. Fue una verdadera lucha concentrarme exclusivamente en el masaje de sus fenomenales manos sobre mis hombros.

—Hmm, sí. Esto es agradable —asintió fácilmente, pero parecía distraído.

Lo miré. Parecía perdido en sus pensamientos y totalmente inconsciente del tormento que yo estaba experimentando.

—¿En qué estás pensando?

—En realidad, estaba pensando en este fin de semana. Si el clima se mantiene, pensé que tal vez el sábado podríamos salir en mi barco.

—¿Tienes un barco? —pregunté, aprovechando la oportunidad para romper la progresión de mis pensamientos lascivos.

—Sí. También podría ser la última oportunidad que tengamos de usarlo. No creo que tengamos muchos más días de buen tiempo.

—No creo que sea muy divertida estando en tu barco. Frank solía llevarme a pescar en el lago Rensselaer cuando era niña. Siempre me mareaba.

Podía sentir su pecho vibrar con una risa baja.

—Estoy seguro de que mi barco y las condiciones del agua son bastante diferentes a estar en el barco de pesca de Frank. Pero no te preocupes, si lo necesitas puedo conseguirte un brazalete para el mareo. Y siempre están las pastillas, aunque no estoy muy a favor de usarlas.

Observé como el vapor se elevaba en el aire por encima de la bañera y contemplé la posibilidad de marearme. Después de un rato, los perezosos remolinos eran fascinantes y por primera vez desde que Alexander se unió a mí en la bañera, comencé a relajarme por completo. Parecía una tontería preocuparme en si podría o no enfermarme a bordo de su barco.

—Lo que digas —estuve de acuerdo fácilmente.

Contenta con solo apreciar el momento, cerré los ojos y respiré el suave aroma del aire húmedo que nos rodeaba.

Alexander continuó masajeando los músculos de mi cuello y hombros. Cuando sus manos se movieron hacia abajo para masajear mis brazos, empecé a sentirme somnolienta. Sin embargo, mis ojos se abrieron de golpe cuando sentí su dedo rozar uno de mis pezones. No podía estar segura de si fue por accidente o no. Sin embargo, cuando lo rozó por segunda vez, respiré profundamente, sabiendo que no era una mera casualidad. Mis pezones se endurecieron en respuesta, solo dolían por ser tocados, un doloroso recordatorio de lo que no podía suceder.

Deslizando ambas manos bajo mis brazos, capturó ambos senos y me di cuenta de lo pesados que se sentían. Sin embargo, a pesar de su plenitud, su suave roce de los puntos ultrasensibles comenzó a comunicarse con otra parte de mi cuerpo. Lamentablemente, esa área por ahora tenía un letrero de no molestar.

Era como una tortura de la peor clase.

—Oh, *¿por qué* mi período no pudo haber llegado mañana? —La frustración se apoderó de mí e hizo que la pregunta retórica sonara como un gemido.

—Shh... no hables, Krystina.

Inclinó la cabeza hacia adelante y comenzó a dejar un rastro de besos arriba y abajo de mi cuello. Sus dientes tiraron del lóbulo de mi oreja,

provocando que un escalofrío recorriera mi columna. Podía sentir su erección creciendo y pulsando contra mi espalda baja, una señal segura de que pronto tendría una frustración comparable a la mía.

—Alex, estás empeorando esto —gemí. Movié sus manos por mi vientre, acercándose precariamente a la marca antes de que lo detuviera apretando mis muslos.

—Abre las piernas para mí, Krystina.

—Sabes que no puedo.

—Puedes —insistió. Moviendo sus piernas para que pasaran por encima de las mías, cerró sus tobillos alrededor de los míos. Con un movimiento rápido, abrió nuestras piernas a la par. El agua se derramó sobre el suelo.

—Estás haciendo un desastre —lo regañé, esperando distraerlo de lo que fuera que había planeado.

—Realmente eres una terrible sumisa —murmuró en mi oído. Moviendo su mano hacia mi cintura, su dedo rodeó mi ombligo antes de viajar más al sur para encontrar mi punto ideal.

—O tal vez... —comencé, tratando por última vez de desviarlo de lo inevitable, "...tal vez solo tengo un mal profesor.

—Hmm —gruñó—. No me lo recuerdes.

Sin previo aviso, presionó mi clítoris. Podía sentir la protuberancia comenzar a latir instantáneamente debajo de su dedo y grité. Arquee la espalda, tratando de apartarme de su alcance, pero mis esfuerzos fueron en vano. Todavía tenía mis piernas atrapadas y un brazo firmemente sujeto alrededor de mi cintura. No tenía adónde ir.

—Alex... —traté de suplicar. Sin embargo, mi intento de detenerlo fue poco entusiasta. A pesar de mis reservas, anhelaba su toque con cada fibra de mi ser.

—Confía en mí por un minuto y permítete sentir, Krystina.

Con mucha suavidad, comenzó a moverse de un lado a otro, provocando mi punto de presión. Me sorprendió lo rápido que Alexander había llegado a conocer mi cuerpo. Conocía todos los lugares que me brindaban el mayor placer, y usaba ese conocimiento para volverme loca de necesidad una y otra vez.

Levanté la cabeza y lo miré. Sus ojos azules estaban ardiendo con tanto calor, que no tuve más remedio que rendirme. Extendí la mano para bajar su cabeza para encontrarse con la mía y me entregué con abandono.

ME ACURRUQUÉ por un costado de Alexander, escuchando su respiración uniforme mientras dormía. Sin embargo, el sueño se me escapaba, ya que las últimas horas habían estado resonando en mi cabeza, una y otra vez, como un agotador disco rayado.

En general, nuestra velada había sido increíble en formas indescriptibles. Alexander me había satisfecho desinteresadamente sin tomar nada para él. Desde los placeres eróticos con los que me recompensaba en el baño, hasta la forma en que me llevó a la cama para pasar la noche, fue fiel a su palabra e hizo que nuestra noche juntos se tratara solo de mí. No podría haber pedido nada más perfecto.

Pero a pesar del final de la velada sin problemas, no pude evitar recordar cómo había empezado. Alexander estaba inclinando lentamente la balanza a su favor, y era aterrador.

Estaba preocupada por la gran cantidad de ropa de mujer que colgaba en su armario, ropa que no me atrevía a pensar que fuera mía. Me preocupaba aceptar el collar, que estaba segura que costaba una pequeña fortuna. Y aunque la ropa y el collar podían ser simplemente cosas materiales, era difícil no pensar en ellos como algo más.

Eché un vistazo al emblema que aún colgaba de mi cuello. Los zafiros brillaban, reflejando la luz de la luna que entraba por las ventanas. Era una pieza hermosa, pero sabía que probablemente sería mejor si se la devolvía. Podía ser un símbolo del mundo BDSM, pero para mí era más como si Alexander estuviera poniendo su sello en mí, sirviendo como otro recordatorio de lo rápido que estábamos llevando las cosas. Nos movíamos a una velocidad vertiginosa y era más que un poco preocupante.

Justo esa misma mañana, había prometido a Allyson que no me involucraría demasiado. De hecho, no era solo una garantía que le había dado a Allyson, sino una promesa personal que me había hecho a mí misma. Sin embargo, aquí estaba, lista para caer a ciegas. No podía librarme de la inquietante preocupación de que todavía podría estar inconscientemente aferrada a la esperanza de algún día encontrarme con esa blanca muralla.

La idea me puso nerviosa. Inquieta.

Me di la vuelta, alejándome de Alexander. Se movió, pero no se despertó. Le di un puñetazo a la almohada, pero mis esfuerzos por ponerme cómoda no funcionaron.

'Y fueron felices para siempre'... nunca sucederá, Cole.

Después de todo, yo era quien ponía las reglas. Él había sido descaradamente claro acerca de la falta de ataduras. Se suponía que el tiempo que pasara con Alexander sería un pequeño paso para dejar atrás el pasado, no un gran salto que me dejara buscando a tientas nuevamente el equilibrio.

Me volteé sobre mi espalda y miré al techo.

Alexander todavía no sabía demasiado sobre mí y yo apenas sabía nada sobre él. Vivía en un mundo clandestino de perversiones y clubes sexuales, donde todo era un gran secreto del que yo no podía saber. Hablaba de dominación y decía que mi deber era someterme a todas sus necesidades. Pero lo que dijo que quería era confuso para mí, ya que sus acciones mostraban algo diferente. Atendía todos mis caprichos, esforzándose por complacerme a cada paso, mientras yo no le daba nada más que distancia, por miedo a que eventualmente me dejara.

Sin embargo, podía ver el cambio en Alexander durante el poco tiempo que habíamos estado juntos, y estaba muy consciente del hecho de que era yo quien lo estaba cambiando sin querer. Tanto si era consciente de lo que estaba sucediendo como si no, nada bueno podría resultar de eso.

Lo que había comenzado en un terreno inestable se perfilaba para ser algo más, algo que no quería. Y estaba bastante segura de que Alexander tampoco lo quería. Me sentía como si me empujaran, perdida en una colosal tormenta de emociones que no estaba preparada para sentir. Sabía que era el momento de dar un enorme paso atrás. Si no lo hacía, sentía que no pasaría mucho tiempo antes de que resbalara y cayera a un precipicio.

Alexander

HABÍA SIDO UNA MAÑANA ESTIMULANTE, LO QUE HIZO QUE LA DECEPCIÓN de los dos días siguientes fuera mucho peor. Antes del amanecer, me desperté con la sensación del cálido cuerpo de Krystina apretado contra el mío. Nunca perdía una oportunidad, aproveché el momento y me aseguré de dejarla con una despedida que ninguno de los dos olvidaría durante mi ausencia. Lamentablemente, no hubo sexo, por razones obvias. En cambio, nos besamos y acariciamos de maneras que fueron sorprendentemente satisfactorias. Era otra novedad para mí y una experiencia completamente única en sí misma.

Mientras subía a bordo del Airbus ACJ318, las primeras horas de la mañana que había pasado con ella casi parecían surrealistas. Cuando llegué, Hale ya se encontraba en el interior del jet privado, acomodando cuidadosamente nuestro equipaje en un compartimento superior.

—Buenos días, Hale.

—Buenos días, señor.

—Si mi discurso está dentro del equipaje, sácalo. Quiero revisarlo una vez más antes de llegar a Boston.

—Ya está hecho. Está en una carpeta allí mismo —dijo, señalando una mesa auxiliar en la esquina del espacioso salón del avión—. Creo que Laura le hizo algunos ajustes.

Me acerqué a la mesa para revisar el contenido. De hecho, Laura había hecho bastantes cambios y estaba agradecido por su aguda visión. El discurso tenía un par de años y necesitaba una actualización. Si hubiera tenido más tiempo, habría escrito uno nuevo.

Satisfecho de que Laura le había hecho justicia, lo guardé dentro de la carpeta y me volví hacia Hale.

—¿Asumo que el vuelo saldrá a tiempo?

—Sí, señor. Lo acabo de confirmar con el piloto. El viaje a Boston podrá

ser tranquilo. Sin embargo, es posible que tengamos algún problema en el vuelo de regreso. Hay una fuerte tormenta avanzando por la noche, los restos de un huracán que viaja por la costa.

—Revisa la situación y si es necesario realicen otros arreglos para el viaje de regreso a casa. Quiero estar de vuelta a más tardar a las ocho del viernes por la noche.

—Sí, señor.

—¿Tuviste tiempo de arreglar la entrega de la que te avisé por correo electrónico esta mañana?

—Vivian se encargará esta tarde —me informó Hale—. Tendrá una confirmación por correo electrónico tan pronto como se reciba.

—Excelente. Oh, y quería preguntarte. ¿Cómo se está adaptando tu madre?

—Muy bien. Agradezco su ayuda para asegurar su ubicación. Después de la caída que sufrió, puedo estar más tranquilo sabiendo que está recibiendo la atención adecuada. Gracias de nuevo.

Reconocí su gratitud con un asentimiento, contento de que todo hubiera salido bien. La madre de Hale había sido diagnosticada con Alzheimer de inicio temprano, antes de cumplir los sesenta años. Había sido un duro golpe para mi equipo de seguridad, y cuando me enteré de que no podía pagar el costo de un centro de enfermería de buena reputación, inmediatamente hice llamadas para conseguirle la mejor atención en Nueva York y cubrí los gastos. Hale protestó, por supuesto, pero no quise escuchar nada de eso.

El piloto apareció por el sistema de intercomunicación interrumpiendo nuestra charla para hacernos saber que era casi la hora del despegue. Me acomodé en mi asiento y miré por la ventana. Los cúmulos inundaban el brillante cielo azul, lo que hacía difícil imaginar que estábamos bajo una alerta de tormenta severa.

Escuché el suave zumbido del motor del avión cuando cobró vida y apoyé la cabeza hacia atrás con la esperanza de poder tener una siesta rápida durante el vuelo. Mi mente se llenó rápidamente de imágenes de Krystina.

Ojalá hubiera aceptado venir conmigo.

Abrí un ojo para mirar a Hale. Estaba sentado frente a mí, absorto en el *New York Times*.

Hale me acompañaba en casi todos mis viajes de negocios. Era un buen compañero de viaje y siempre estaba dispuesto a discutir cualquier cosa que tuviera en mente. Por lo general, el tema eran los negocios.

Ese soy yo. Siempre negocios.

—Hale, déjame preguntarte algo —dije por capricho. Levantó la vista del periódico con expresión atenta—. ¿Alguna vez te arrepientes de no haberte establecido?

—¿Señor?

Sí, lo sé. La pregunta también me parece loca.

—Quiero decir, con una mujer —aclaré—. ¿Tienes algún arrepentimiento?

Si le sorprendió mi pregunta, no lo demostró. En cambio, parecía pensativo.

—Mi madre siempre quiso tener nietos. Cuando pienso en lo feliz que la habría hecho, me arrepiento. Sin embargo, ahora que está enferma, realmente no importa. De cualquier manera, nunca he conocido a una mujer con la que quisiera pasar el resto de mis días.

—O tal vez es porque te mantengo demasiado ocupado para conocer a alguien —bromeé.

Las comisuras de su boca se curvaron en una extraña sonrisa.

—Creo que todos tenemos nuestro llamado. Hasta ahora, el mío ha sido servirle y me ha ido bien. Si hubiera estado destinado a asentarme antes de ahora, lo habría hecho.

—Hmm, tal vez —reflexioné.

—Señor, ¿permiso para ser franco?

Me reí de su seriedad.

—Ya no estás en el ejército. Di lo que tengas en mente, Hale.

Sus labios se tensaron en una delgada línea, como si se estuviera concentrando en seleccionar las palabras adecuadas. Me miró fijamente.

—La señorita Cole es una joven encantadora. No permita que ella sea *su* arrepentimiento.

Krystina

DELIBERADAMENTE HABÍA LLENADO MI AGENDA, así que tenía razones más que suficientes para negar las múltiples solicitudes de Alexander para que lo acompañara a Boston. Por eso, los siguientes días pasaron rápido. Hice mis turnos restantes en Wally's, fui a mi cita con el ginecólogo y me puse al día con el tiempo perdido en el gimnasio. Mantenerme ocupada me permitió no pensar en el hecho de que me sentía inesperadamente perdida sin Alexander.

No me gustó extrañarlo, y el tiempo que pasamos separados me hizo darme cuenta de que necesitábamos separarnos con más frecuencia. Me había familiarizado demasiado con su presencia. Con eso en mente, no respondí sus llamadas y mantuve toda la comunicación estrictamente en mensajes de texto. Sabía que tan solo el sonido de su voz me haría ceder.

Para cuando llegué a casa el jueves por la noche, me di cuenta de que Alexander y yo tendríamos que negociar algún tipo de compromiso. Si continuábamos como hasta ahora, terminaría con muy poco tiempo a solas, especialmente el lunes cuando comencé el trabajo en Turning Stone. Nunca había aceptado renunciar a todas las noches y fines de semana por él, a pesar de sus deseos originales. Sin embargo, de alguna manera, terminé haciendo exactamente eso.

Fui al refrigerador para ver qué podía tomar para prepararme una cena rápida. Decidiéndome por una ensalada verde con varios acompañamientos, saqué los ingredientes que necesitaría. Me puse a trabajar en cortar el pollo en finas tiras y pensé en cómo debería abordar el tema de mantener mi espacio personal con Alexander.

Límites. Necesitamos establecer algunos límites.

El sonido de mi teléfono vibrando en el mostrador me sacó de mis pensamientos. Solté el cuchillo, levanté el teléfono y vi que había un mensaje de texto entrante de Allyson.

Hoy

6:34 PM, Allyson: *Mi vuelo está retrasado. ¿Cómo está el clima en Nueva York?*

Miré por la ventana la tormenta que empeoraba minuto a minuto. El viento golpeaba las ventanas y la lluvia parecía ir hacia los lados.

6:36 PM, Yo: *Cola del huracán moviéndose hacia el norte.*

6:40 PM, Allyson: *Tendré suerte de llegar el viernes por la noche con esta situación.*

6:41 PM, Yo: *Atrapada en París. Vaya, me siento tan mal por ti...*

6:43 PM, Allyson: *Ja, ja. No es divertido. Es una desgracia. Son casi las 2 de la madrugada y estoy encerrada en un aeropuerto por tiempo indefinido.*

Hice una pausa en mis mensajes de texto para mirar el reloj. Me había olvidado de la diferencia horaria.

6:45 PM, Yo: *Lo siento, eso apesta.*

6:50 PM, Allyson: *¿Puedes reprogramar nuestro día de spa? ¿Quizás para el sábado, si estás libre?*

Alexander planeaba sacar su barco el sábado, pero según el pronóstico del tiempo, eso no iba a suceder.

Esta es mi oportunidad de crear un pequeño espacio.

Me tomó alrededor de medio segundo tomar la decisión.

6:53 PM, Yo: *Será el sábado. Cambiaré la cita.*

6:55 PM, Allyson: *¡Genial! Con suerte estaré en casa para entonces. Enviaré un mensaje de texto si hay otro retraso.*

Busqué el número de El Mandarin. No fue ningún problema cambiar nuestra reservación para el sábado. Sin embargo, sabía que reprogramar la cita con Alexander no sería tan fácil y temía esa conversación.

Volví a preparar la cena y puse una capa de arúgula con tiras de pollo, nueces y queso feta. Estaba a punto de verter balsámico por encima, cuando un golpe en la puerta me interrumpió.

Fui a responder cuando mi estómago gruñó molesto por la segunda interrupción. Miré por la mirilla para ver quién era, pero no había nadie al otro lado de la puerta.

Qué raro.

Abrí la puerta de todos modos y descubrí que había un ramo de flores en el piso, frente al umbral. Sin saber si las flores eran para mí o para Allyson, recogí el hermoso arreglo de delfinios azules y velos de novia y lo llevé a la cocina. Dejé el ramo sobre la encimera, tomé el sobre con la tarjeta del jarrón. Estaba dirigida a mí.

—He descubierto que, entre sus otros beneficios, el dar libera el alma del dador" - Maya Angelou

Espero con ansias el fin de semana...

Alex

Sonreí después de leer la cita, apreciando la atención a los detalles de Alexander al citar a mi poeta favorita.

Estaba a punto de volver a poner la tarjeta en el sobre, cuando noté una bolsa de terciopelo azul atada alrededor del cuello del jarrón.

¿Qué es esto?

Sin embargo, predije la respuesta a la pregunta casi tan pronto como la pensé. Sabía que Alexander no se retractaría de su regalo del collar, y yo había decidido renunciar a cualquier tipo de discusión simplemente dejándolo

en su tocador la mañana que se había ido a Boston. Aparentemente, esta era su forma de cambiar las cosas para mí.

Aflojé el cordón de la bolsa de tela, solté el contenido sobre mi palma. Tal como esperaba, salió el triskelion de platino y la cadena. Fue entonces cuando entendí el motivo de la cita de Maya Angelou: Alexander no solo se refería a las flores, sino a todos sus regalos.

Frente a sus dulces gestos, no podía evitar sentirme un poco triste. Sería mucho más fácil si pudiera simplemente aceptar todo lo que Alexander tenía para ofrecer, pero no me sentía bien al respecto. Sentí que él quería más de mí, pero había algunas cosas que no podía dar, al menos no sin comprometer mis estándares.

Estoy en una encrucijada.

Un camino me hacía alejar a Alexander para crear más distancia entre nosotros. Podría ser que a él no le gustara y potencialmente podría conducir a nuestra terminación. Sería una elección arriesgada, porque sabía que no estaba lista para que las cosas se acabaran.

Pero si elegía el otro, me involucraría más profundamente. Esperaría más de Alexander y querría que estuviera más abierto sobre los secretos que sabía que estaba guardando. Desde la historia de sus padres hasta su vida clandestina, todo era un misterio para mí. Sabía que no podría continuar sin respuestas. Sin embargo, ese camino también tenía sus riesgos, ya que podía obligarme a revelar mi propia verdad.

La perspectiva de enfrentarme a ese dolor me asustaba, porque entregar mi secreto me lastimaría de una manera que nunca podría lograr la sumisión física. Al saber que no tenía la fuerza para manejar esto último, la elección debía haber sido obvia. Sin embargo, no podía decidir qué hacer, porque la rendición emocional era mi único límite verdadero.

Alexander

LA CONFERENCIA ESTUVO RELATIVAMENTE BIEN, INCLUSO SI HABÍA SIDO aburrida como el infierno, y regresé a mi habitación de hotel poco después de la hora de la cena. Consideré salir al área de Faneuil Hall con Burke en busca de algo para comer, pero me decidí por la soledad del servicio de habitaciones. No tenía ganas de hacerle compañía a mi viejo amigo, más bien deseaba haber presionado más a Krystina para que viniera a Boston.

Un breve golpe en la puerta de la habitación del hotel señaló la llegada de la cena. Abrí la puerta y encontré a una bonita morena balanceando dos bandejas. Me preguntaba distraídamente cómo se las había arreglado para tocar con las manos ocupadas, cuando noté que las bandejas se balanceaban precariamente en sus pequeñas manos.

Estaba peligrosamente cerca de que le cayera encima un lenguado relleno con salsa holandesa.

—A ver, déjame tomar una de esas —le ofrecí, quitando una bandeja de su mano vacilante.

—Gracias, señor —agradeció.

Ambos entramos en la habitación y colocamos la comida en el pequeño juego de comedor situado en la sala de estar de la suite.

—Hazte un favor y usa un carrito de algún tipo la próxima vez —le dije, sacando mi billetera para darle una propina.

—Oh, sí —estuvo de acuerdo de inmediato—. Me aseguraré de usar uno la próxima vez que suba. ¿Se quedará aquí mucho tiempo? Um, señor....

Sonaba atolondrada, casi como una niña de escuela. Mi cabeza se levantó de golpe para mirarla. Estaba muy familiarizado con el tono que usaba. Me miraba con un par de ojos inocentes, pero esta chica era todo menos ingenua y obviamente buscaba conseguir más que una propina.

Fruncí los labios con molestia, eligiendo no responderle. Le entregué un billete de veinte.

Sigue tu camino, muñeca. Eso es todo lo que vas a conseguir.

—Gracias —le dije, aunque con desdén.

Pareció momentáneamente decepcionada, pero tomó la despedida con calma y me dejó solo para disfrutar de mi cena en paz. La transparencia de algunas mujeres me sorprendía a veces, y de repente tuve una nueva apreciación por la personalidad ambigua de Krystina.

No me impresionó la tarifa del hotel. El lenguado estaba demasiado cocido y la salsa no tenía sabor. Comencé a lamentar mi decisión de no acompañar a Burke a uno de los restaurantes de mariscos más notables de la ciudad. Mientras tragaba el último bocado del pez gomoso, mi teléfono sonó con la notificación de un nuevo correo electrónico. Aparté el plato y saqué mi celular.

Era un aviso de confirmación que indicaba que se había recibido la entrega de flores. La indicación de la hora en el mensaje me decía que eran poco más de las siete, lo que significaba que Krystina debería estar en casa de vuelta de Wally's.

Intentaré llamarla ahora. Tal vez esta vez sí conteste.

Al salir del correo electrónico, marqué el número de Krystina.

—Hola, ángel —saludé después de que ella respondió. Se sentía tan bien escuchar el sonido de su voz.

—Hola. ¿Cómo va el viaje?

—Increíblemente aburrido.

—Así de mal, ¿eh?

—La próxima vez vendrás conmigo —le dije.

—Ya veremos —murmuró al otro lado de la línea. Parecía distraída. Estaba tan contento de que finalmente respondiera su teléfono, que no había captado lo distante que sonaba hasta ese momento.

—¿Está todo bien?

—Todo está bien. Ah, y gracias por las flores, por cierto.

Noté que no dijo nada sobre el collar devuelto, pero decidí no mencionarlo. La extrañaba y no quería estropear nuestra conversación arriesgándome a una discusión.

—¿Estás segura de que estás bien? —volví a preguntar.

—Estoy bien, de verdad lo estoy. Estoy cansada y un poco dolorida. Ha sido un largo día.

Sonaba cansada.

Quizás eso era realmente todo lo que estaba mal.

—Pensé que Walter se habría portado bien contigo ya que hoy era tu último día.

—Oh, el trabajo estuvo bien —me aseguró—. Estoy agotada porque me levanté temprano y fui al gimnasio a las seis de la mañana. No pude conseguir una cita nocturna con el entrenador con el que me gusta ejercitarme, así que tuve que ir temprano si quería reunirme con él.

¿Él?

La idea de que Krystina tuviera una sesión de entrenamiento personal con otro hombre, me molestaba.

Era extremadamente incómodo.

¿Estoy celoso? ¿Desde cuándo me pongo celoso?

—No sabía que tenías un entrenador —traté de decir con indiferencia.

—Es caro, así que no lo hago a menudo. Pero, Eric es un buen motivador y lo necesitaba para volver a la rutina.

¿Eric? Entonces, el imbécil tiene nombre.

Me imaginé a Krystina en pantalones cortos de licra, posiblemente con un sostén deportivo. Con su estómago resbaladizo por el sudor y la cara enrojecida por el esfuerzo, habría sido un espectáculo provocativo para la vista. Ojalá haya sido sensata para cubrirse con una camiseta.

De cualquier manera, no me gustaba nada la situación. Hice una nota mental para poner a Krystina en contacto con mi propio entrenador personal, alguien a quien conocía y en quien podía confiar para mantener sus sudorosas patas alejadas de ella.

—La rutina es buena, pero no exageres. Necesitas ahorrar un poco de energía para el fin de semana —bromeé a la ligera, reprimiendo los inusuales celos que querían salir a la luz.

—En realidad, quería hablar contigo sobre eso del fin de semana —dijo demasiado rápido.

—¿Qué pasa con eso? Quiero decir, he estado siguiendo el proceso de la tormenta y sé que los vuelos a Nueva York se han retrasado indefinidamente. Pero me aseguraré de volver a tiempo para la fiesta en Murphy's.

—Oh, no es eso. Aunque, me alegra que hayas decidido venir. Esto es sobre el sábado.

—¿Qué hay con eso?

Me contó sobre sus planes de día de chicas y de las cancelaciones de vuelos que las habían obligado a reprogramar su cita para el sábado. Luego procedió a hablar sin parar sobre lo malo que sería el clima para pasear en

bote, y apenas se detuvo para tomar un respiro. Parecía nerviosa, casi como si tuviera miedo de contarme sobre el cambio de planes.

—Lo siento. Sé que te prometí el fin de semana —terminó finalmente.

Divertido por sus divagaciones, decidí ser suave con ella.

—Está bien. Es solo por la primera parte del día. Si lo deseas, podría pedirle a Hale que te lleve a ti y a Allyson de ida y vuelta a su cita.

—Seguro que a Allyson le encantaría —se rió. Y si no me equivocaba, casi sonó aliviada.

—Considéralo trato hecho. Simplemente envíame un correo electrónico con los detalles de la reservación y se la enviaré a Hale.

—Lo haré por la mañana. Ahora mismo, voy a ponerme el pijama, cenar y luego colapsar en el sofá. Tal vez me ponga al día con algunos programas que había grabado en DVR —consideró.

—Eso suena extremadamente aburrido —bromeé.

—Oh, no para mí. Una noche de tormenta, la casa para mí sola... No puedo pensar en nada más que preferiría estar haciendo.

—Podría pensar en algunas cosas —dije sugestivamente. Podía escuchar susurros de fondo—. ¿Qué estás haciendo?

—Exactamente lo que dije que iba a hacer —su voz resonaba, como si me hubiera cambiado al altavoz—. Me voy a cambiar de ropa.

Una imagen de ella quitándose el sujetador y las bragas causó un movimiento en mi ingle.

—¿Qué ropa tienes puesta ahora mismo?

—Um, una camiseta sin mangas —dijo, sonando un poco confundida.

—¿Algo más?

—Solo mi... —hizo una pausa—. Mi ropa interior.

Dulce Jesús... nada más que bragas y una camiseta sin mangas.

Reprimí un gemido cuando la imagen de las ágiles piernas desnudas de Krystina nubló mi visión. Me puse de pie y comencé a caminar por la habitación en un intento de eliminar la energía inquieta que de repente se había apoderado de mí.

—¿Estás tratando de torturarme? —pregunté.

Podía escucharla a tientas con el teléfono, desactivando el modo de altavoz.

—No, no lo estoy —trató de convencerme. Sin embargo, sus palabras sonaban roncas, una señal segura de que estaba conectando los puntos y su mente comenzaba a gravitar hacia el mismo lugar oscuro que la mía.

—No te creo. De hecho, puede que tenga que salir de Boston ahora mismo solo para volver a casa y castigarte.

—Oh, ¿en serio?

—Suenas excitada por la posibilidad, señorita Cole.

—Tal vez lo estoy —bromeó.

—Lo estás pidiendo —le advertí.

—No estoy pidiendo nada. Pero ahora que lo mencionas, ¿cómo me castigarías exactamente?

Oh, inicia el juego, bebé.

Era hora de iluminar a Krystina sobre las muchas formas en las que podía castigar a una sumisa obstinada.

—Te ataría boca abajo, con tus brazos y piernas extendidos hacia las cuatro esquinas de mi cama. No podrías moverte —le dije. Hubo un silencio de muerte al otro lado de la línea. Esperé un momento antes de continuar, esperando que estuviera formándose una imagen—. Tendrías los ojos vendados para que no pudieras ver lo que viene. Te acuerdas del azote con el flagelo, ¿no?

—Sí —susurró.

—Esta vez sería diferente. Lo usaría tortuosamente a lo largo de tu cuerpo, una y otra vez hasta que me rogaras marcarte con él. Pero incluso entonces, no lo haría. Cuanto más rogaras, utilizaría nuevas torturas, que te llevarían al borde de tu punto de ruptura y te mantendría allí.

—¿Qué tipo de torturas?

Sonreí con satisfacción por la forma en que me provocaba, sabiendo que no tenía ni la menor idea de los tormentos que podía presentarle.

Quieres jugar a la 'femme fatale'... veamos cómo reaccionas a esto.

—Has sentido mi dedo, pero espera que sientas un objeto que te estira increíblemente. —Escuché su respiración entrecortarse—. Sí, Krystina. Tú sabes de qué estoy hablando. Cierra tus ojos. Imagínalo. Ahora piensa en ese objeto, conmigo parado sobre ti y finalmente dándote la flagelación que pedías. Pero incluso entonces, no dejaré que te corras hasta que te lo hayas ganado.

Su respiración se hizo más pesada, el sonido me prendió y dejó mi cabeza dando vueltas. Me apoyé contra la pared de la habitación del hotel y miré el techo. Si tan solo pudiera alcanzarla a través del teléfono y tocarla. No quería nada más que dejar la soporífera conferencia, irme a casa y sumergirme en el calor satinado de Krystina.

—¿Cuándo me lo habré ganado? —insistió más.

Reprimí otro gemido.

Oh, ángel... sigue presionándome y estaré en un avión en una hora.

—Eso depende de qué tan rápido comience tu penitencia. —Seguí el juego, pero decidí darle un giro.

—¿Penitencia?

—Ve al espejo de cuerpo entero de tu dormitorio. Párate frente a él —le dije—. ¿Sigues usando bragas y una camiseta sin mangas?

—Sí, ¿por qué?

—No preguntes. Avísame cuando estés frente al espejo.

—Aquí estoy —dijo después de unos segundos.

—Buena chica. Ahora, obsérvate. Mira lo que yo veo. Sigue las largas líneas de tus piernas hasta la curva de tus caderas. Fíjate en la hinchazón de tus tetas perfectas... Me imagino que tus pezones se asoman a través de tu camiseta sin mangas. ¿Estoy en lo cierto?

—Ss... sí.

Su tartamudeo sonaba ronco.

—Eso es porque estás increíblemente excitada. Ahora quiero que sientas lo que yo sentiría. Tócate, Krystina.

—Alex... —vaciló.

—Gánatelo, ángel. Desliza tu mano por la parte delantera de tus bragas. Siente lo mojada que estás.

—Yo... yo no puedo hacer eso. Prefiero esperarte.

Podía escuchar la timidez en su voz, pero también podía escuchar el anhelo. Solo tenía que empujarla un poco más.

—Si no sigues mis instrucciones solo empeorarás tu castigo. ¿Cuánto crees poder soportar?

—No lo sé. Supongo que lo descubriré cuando te vea la próxima vez. Hasta entonces, buenas noches, Alexander.

En eso, la línea se cortó.

¡Buenas noches!

Golpeé mi cabeza contra la pared.

Una vez. Dos veces.

¡Tiene que estar tomándome el pelo!

Me costaba mucho rivalizar con cualquier otra, pero ella me dejaba colgado.

Me tomó cinco minutos estabilizar mi pulso acelerado. Mi único consuelo

era saber que su frustración era tan hosca como la mía.

Me aparté de la pared y froté la parte de atrás de mi ahora dolorida cabeza. Miré el teléfono, resistiendo el impulso de tirarlo al otro lado de la habitación. En cambio, guardé la maldita cosa y fui al baño a tomar una ducha.

Una ducha muy fría.

EL VIENTO y la lluvia golpeaban mi cara, pero la tormenta no era rival para la resolución que corría por mis venas.

Tenía que encontrarla.

La encontraría.

Simplemente no estaba buscando en los lugares correctos.

Fuera de la lluvia y en un edificio oscuro. Aquí dentro olía a humedad, a cabello sin lavar y a ropa sucia.

Entré en una habitación que había estado descuidada durante mucho tiempo, y el abandono había cobrado factura con el tiempo. Conocía este lugar demasiado bien, las cortinas que colgaban de las ventanas, el sofá hecho jirones contra la pared. Las telarañas cubrían las pantallas de las lámparas de las mesas auxiliares.

No había estado aquí en tanto tiempo ...

Eché un vistazo a la alfombra de la sala de estar y vi una gran mancha de sangre color marrón. La bilis subió a mi garganta ante la vista, y rápidamente me di la vuelta.

¿Cómo había terminado aquí?

Sabía que ella no estaba aquí. Había vuelto al lugar equivocado.

—Alexander.

Escuché mi nombre, pero la voz no estaba bien. No era la voz que había estado buscando. Pertenecía a otra persona, era la voz que tenía la capacidad de calmarme y asustarme al mismo tiempo.

—¿Krystina? —grité.

—Estoy aquí —la escuché decir desde otra habitación.

Corrí por el lúgubre apartamento en busca de ella. No pertenecía a este lugar, no en este sucio y contaminado lugar.

¿Cómo se había enterado?

¿Cómo sabía que podía encontrarme aquí?

—Krystina, ¿dónde estás? —grité.

Atravesé el pasillo, buscando habitación tras habitación. Pero era como si cada vez que cerraba una puerta, aparecía otra. Las tenues luces comenzaron a parpadear, hasta que finalmente se apagaron por completo y me quedé en la oscuridad.

—Estoy aquí —dijo de nuevo. Con solo su voz para guiarme, tropecé con otra habitación oscura.

—¿Dónde? ¿No puedo verte?

—Aquí —su voz venía de algún lugar detrás de mí.

Me volví para ir hacia el sonido, pero mis pies salieron debajo de mí y estaba cayendo.

—¡Krystina! —grité a través del aire que pasaba rápidamente por mis oídos—. ¡Ayúdame!

—No puedo —la escuché decir, pero su voz parecía estar más lejos ahora. Mucho más lejos...

Caía.

Caía.

No podía dejarla escapar. Ella era mi única esperanza. Luché por algo a que aferrarme, cualquier cosa que evitara que cayera en picada.

—¡Krystina!

—Alexander —su voz distante hizo eco a través del abismo sin fin que amenazaba con tragarme por completo.

ME SENTÉ DE UN TIRÓN, empapado en sudor y temblando. El sonido de la lluvia azotando las ventanas me desorientó y me tomó un momento recordar dónde estaba.

Boston. El hotel. Solo un sueño.

Pero aún podía oler el aire húmedo. Todavía tenía esa sensación de hundimiento en el estómago por la caída, del tipo que se siente en una montaña rusa después de pasar la primera cresta.

Era la segunda vez en una semana que un sueño me sacudía. Podría culpar de los sueños a mi estado emocional elevado desde que había conocido a Krystina. O tal vez era el temor subyacente de que el exmarido de mi hermana desenterrara el pasado oculto de mucho tiempo atrás. O tal vez esta noche, era simplemente porque había comido pescado en mal estado para cenar.

Me recosté contra las almohadas demasiado suaves y traté de quitarme el malestar.

Un psiquiatra tendría un día de campo conmigo.

Rodé sobre mi costado en un intento por volver a ponerme cómodo, pero mis esfuerzos fueron inútiles. No podía restar importancia a ciertos elementos de los sueños. Me habían dejado con una sensación de vacío que hizo que me doliera el corazón. No podía ignorar el hecho de que mientras dormía había estado buscando a mi madre.

Krystina

AL ENTRAR A MURPHY'S PARA ENCONTRARME CON MIS AMIGOS DE Wally's, me di cuenta de que el lugar estaba tan ruidoso como siempre. Me abrí paso entre la multitud de personas y escudriñé la habitación en busca de una cara familiar. No estaba segura de si había llegado alguien más.

—Hola, cariño. Qué sorpresa encontrarte aquí —escuché detrás de mí. Me di la vuelta, sorprendida y complacida de escuchar esa voz familiar.

—¡Alex! —Impulsivamente lancé mis brazos alrededor de su cuello. Descansé mi cabeza contra su pecho y respiré su esencia. Puede que solo haya estado fuera unos días, pero parecía toda una vida.

—Me alegra saber que me extrañaste —dijo riendo.

Me aparté, sintiéndome aprensiva por lo eufórica que estaba de verlo. La noche anterior me había convencido a mí misma de que podría lograr mantener la distancia con Alexander. Pero después de mirarlo solo una vez más, mi optimismo comenzó a desvanecerse rápidamente.

Tanto por tomar el camino que crearía una pequeña distancia, Cole.

Mi pecho se apretó ante la idea de enfrentarme a la opción alternativa.

—¿Qué pasó? —pregunté, tratando de quitarme el malestar—. Pensé que todos los vuelos a Nueva York seguían retrasados.

—Tengo mis medios. Además, te dije que aquí estaría. Y aquí estoy.

—Bueno, estoy feliz de que lo hayas logrado —dije.

—Yo también, ángel. También me alegra verte usando el collar que te compré.

Extendí la mano para tocar el emblema alrededor de mi cuello y sentí que mis mejillas se ruborizaban.

—Pensé en la cita que me enviaste con las flores. Por cierto, eso fue astuto de tu parte. Pero, si te hace feliz que lo use, entonces no veo el daño.

Sus ojos brillaban maliciosamente mientras rodeaba mi cintura con sus brazos.

—¿Qué dices si abandonamos esta reunión? Quiero ir a casa y verte vistiendo nada más que eso. Y tal vez esos zapatos que llevas que dicen: fóllame —susurró en mi oído.

—Por muy tentador que parezca, realmente no puedo desaparecer de mi propia fiesta antes de que comience —decliné a regañadientes. Me aparté para escanear la multitud—. Sin embargo, no estoy segura de que haya alguien más aquí. Déjame ir a preguntarle a Will. Vamos.

Quité los brazos de Alexander de mi cintura y tomé su mano.

—Oh, no. Krystina, solo esperaré... —comenzó, soltándose de mi agarre. Su rostro parecía en conflicto.

—¿Qué pasa?

Observé su ceño fruncirse, hasta que pareció tomar una decisión.

—Nada —dijo finalmente—. Te sigo.

Fruncí el ceño, perpleja por su vacilación, pero luego lo descarté pensando que tal vez solo estaba cansado por su viaje. Abriéndonos paso entre la multitud, llegué a la barra. Cuando Will, el dueño del pub, finalmente se acercó a nosotros, le sonreí.

—Hola, Will. ¿Cómo te va? —pregunté.

—Caray, hola señorita —me saludó Will con una sonrisa—. Escuché que esta noche eres la festejada en una fiesta.

—Es solo una pequeña fiesta de despedida con la gente de Wally's. Ah, y Alex también —dije, dándome la vuelta para señalar a Alexander y que se adelantara—. Will, me gustaría que conocieras a Alex.

Cuando los dos hombres se miraron, no se podía negar que ya se conocían. Sentí que el cuerpo de Alexander se ponía rígido a mi lado, casi como si se estuviera preparando para una pelea. Los ojos de Will brillaron con una ira distintiva.

—Will —dijo Alexander, extendiendo su mano a través de la barra para estrechar su mano.

Will simplemente asintió en respuesta y le devolvió el apretón de manos. Si no me equivocaba, ambos parecían apretar las manos con demasiada fuerza. Sin embargo, para el forastero promedio, su intercambio no era más que cordial.

—Tu grupo te está esperando en tu mesa habitual, Krys. Enviaré a Lisa con una ronda de bebidas a cuenta de la casa —me dijo Will con un gesto de desdén. Y en eso, dirigió su atención a otro cliente que estaba esperando ser atendido.

Miré de un lado a otro entre Alexander y Will. Probablemente fue la interacción más extraña que jamás había visto entre dos personas. Tan pronto como pudimos alejarnos del alcance del oído de Will, me abalancé sobre Alexander.

—¿A que se debió todo *eso*?

—¿Qué? —fingió inocencia.

—¡Oh, vamos! Ustedes dos obviamente se conocen.

—Sí, nos conocemos. No es uno de mis grandes fanáticos, digo yo.

—Will normalmente tiene los pies en la tierra. Nunca lo había visto actuar así. ¿Qué pasó entre ustedes?

—No importa, Krystina —dijo con un movimiento de cabeza—. Vamos a conocer a tus amigos.

Otro secreto.

Sentí que mi estómago se hundía.

Sin embargo, había cierta dosis de terminación en su tono, advirtiéndome que no insistiera en el tema. Estaba pensando en si debería o no, cuando vi a Melanie saludando para llamar mi atención. Levanté la mano, indicando que estaría allí en un minuto.

—No estoy segura de lo que está pasando, pero pareces incómodo. Podemos irnos si quieres —le ofrecí.

—No me tientes, ángel —dijo con un guiño—. Creo que todavía te espera un castigo.

Sabía que estaba tratando de desviarme de la conversación, para evitar decirme la verdad..., una vez más.

—Hablo en serio, Alex. Solo diré una excusa y podemos irnos.

—Eso sería una tontería. Estas personas están aquí por ti y no deberíamos hacerlas esperar más.

Alexander entrelazó su mano con la mía y me condujo hacia la parte trasera del restaurante, logrando con éxito dar por terminado el tema.

Por ahora, al menos.

Su constante vaguedad me llevaba al punto de la locura, pero presionar por respuestas en el bar, lleno de gente, no me daría un resultado favorable. Cualquiera que fuera la historia detrás de Alexander y Will, llegaría al fondo de ella después de que saliéramos de Murphy's.

Alexander

LA REUNIÓN con los compañeros de trabajo de Krystina fue bastante reservada y estaba agradecido de que la celebración terminara temprano. No estaba seguro de poder seguir soportando la manera en como Jim McNamara observaba boquiabierto a Krystina. La forma desagradable en que la miró durante toda la noche, fue nauseabunda, especialmente cuando no se detuvo después de que puse mi brazo alrededor de su cintura para reclamarla. Krystina estaba ajena, como de costumbre, sin comprender el efecto que su belleza casual tenía en el sexo opuesto.

Sin embargo, McNamara no era la única razón por la que me sentí nervioso la mayor parte de la noche. Fue incómodo estar dentro del bar y ver a William Murphy. Lo esperaba y no debí haber entrado allí. Nunca era fácil encontrarse con un miembro del club fuera de la escena y hacer a un lado los problemas personales. Ambas partes siempre se preguntan si el otro cometerá un desliz, romperá el supuesto código de secreto y hará añicos la necesidad de privacidad de la otra persona. Era una situación peligrosa, y me sentí aliviado de que la velada transcurriera sin demasiados problemas.

Con los brazos cargados de regalos de despedida, Krystina y yo esperamos en la puerta principal del bar a que llegara Hale. Cuando el Porsche se detuvo junto a la acera, hicimos una carrera loca hacia el SUV, luchando contra la lluvia que azotaba nuestras caras. Una vez que nos sentamos en el interior, noté que Krystina estaba inusualmente silenciosa, y me pregunté si todavía seguía pensando en la interacción entre William Murphy y yo.

—¿Estás bien? —pregunté una vez situados en el asiento trasero.

—Estoy bien —su tono era seco.

—No sueñas bien. ¿Es por lo de Will?

—Sí. No... no lo sé, Alex. Honestamente, fue por toda la noche.

—¿Qué pasa con toda la noche? Parecía que lo estabas pasando bien.

—Aparentemente, soy mejor actriz que tú —comentó con sarcasmo—. Era bastante obvio que no te estabas divirtiendo. Sé que dijiste que no encajas bien en las fiestas, pero ¡caramba! ¡Parecía que preferías estar en cualquier otro lugar!

—Lo siento, pero fue demasiado estar sentado ahí viendo a Jim McNamara con la apariencia de que su cachorro acababa de morir cada vez que hablabas —dije secamente.

—Podrías haberlo ignorado. Oh, espera. Lo hiciste, junto con todos los demás que estaban allí. Apenas dijiste una palabra en toda la noche.

—Son tus amigos, Krystina. No míos —señalé.

—Entonces, ¿qué pasa si no son tus amigos? ¿Y qué hay de esa cosa con Will? ¿Cómo se conocen ustedes?

Me estaba dando vueltas la cabeza con la forma en que lanzaba una pregunta tras otra en una rápida sucesión.

Suspiré. Krystina tenía puestos sus guantes de pelea y realmente yo no quería tener una discusión con ella. La había extrañado y no quería nada más que llevarla de vuelta a mi casa, desnudarla y atarla a mi cama. Al diablo con su maldito período del mes: si todavía lo tenía, realmente me importaba un carajo. Estaba desesperado por volver a estar dentro de ella.

Tal vez debería finalmente presentarle mi cruz...

Dejé temporalmente la idea después de ver que me miraba fijamente, todavía esperando una respuesta.

—Pertenece al mismo club que yo —respondí finalmente.

—¿Club? ¿Como uno de esos clubes? —preguntó con incredulidad.

—Sí, Krystina. Uno de esos clubes. Mi club. De todos modos, tuvimos un desacuerdo hace algunos años. Dejémoslo así.

—¿Will? Quiero decir, nunca pensé que... —se interrumpió—. Simplemente no pensé que él sería el tipo de persona que estaría en tu tipo de cosas.

—Ahora es tuyo también. ¿Recuerdas? —contesté, señalando el collar que llevaba en el cuello.

—Oh, bueno, ¿no es simplemente genial? —exclamó, levantando las manos—. Investigue sobre esto, Alex. Basándome en lo que me estás diciendo ahora, ¡estoy bastante segura de que Will no creyó que llevaba un mero adorno alrededor del cuello!

—Créeme, pienso que Will está tan sorprendido como tú por la situación.

—Esto es tan vergonzoso —murmuró. Bajó la cabeza y empezó a frotarse las sienes.

Krystina estaba de mal humor y no podría decir que todo era por mi comportamiento en la fiesta. Había verdad en sus palabras, había estado bastante distante durante toda la noche, pero era simplemente porque me sentía fuera de mi elemento entre sus compañeros. Había algo más que la estaba molestando, pero no podía precisar qué era.

—¿Qué más te está molestando?

—He estado caminando todo el día con este collar puesto, anunciando que soy parte de un mundo del que realmente no sé nada. ¡La única experiencia que tengo es contigo!

—¿Cual es tu punto? —pregunté, algo irritado. Estaba empezando a perder la paciencia por su pequeña rabieta.

—Eres tan reservado sobre tu pasado. Esperar una respuesta directa de ti con respecto a cualquier cosa es como desear que caiga nieve en julio. Luego está todo este asunto con respecto a tu estilo de vida alternativo, que es una bestia completamente diferente. Sé que hay más que no me estás contando, y probablemente no sea nada sobre lo que pueda leer en Internet —hizo una pausa para tomar aire y luego me miró directamente a los ojos—. Necesito respuestas. Quiero ir a tu club.

Así que eso es todo... ella quiere ir al Club O.

Me pregunté por qué de repente decidió presionar sobre el tema. Cualquiera que fuera la razón, sabía que no podía llevarla allí, al menos no en el corto plazo. Krystina aún tenía que entender completamente el significado detrás de una verdadera relación de dominante y sumisa. Se basaba en la confianza y la honestidad. Íban de la mano, y hasta el momento, ninguno de nosotros nos habíamos entregado a eso por completo. Había demasiados secretos entre nosotros, un hecho muy importante que ninguno de los dos podía negar. El club solo complicaría nuestro ya frágil inicio.

—Krystina, ya te lo dije. No quiero llevarte allí. No estás lista para eso.

—¿Y quién eres tú para decidir para qué estoy lista? No necesito que seas mi protector. Puedo manejarlo y quiero ver y aprender por mí misma. Son apenas más de las diez. Estoy segura de que no es demasiado tarde para ir.

¡Ahora! ¿Cómo esta noche? Está loca...

Había cierta mentalidad que una persona debía tener antes de cruzar las puertas del Club O, y Krystina tenía todo, *menos* la mentalidad adecuada en ese momento.

—No es una buena idea, especialmente esta noche. Creo que ha sido una semana larga para los dos. Volvamos a mi casa y relajémonos.

—No, quiero irme a casa —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho en desafío.

—Krystina, acordamos que te quedarías el fin de semana conmigo.

—¿O qué? ¿Me amenazarás con castigarme por no volver a ser obediente incondicionalmente? —espetó.

Eché hacia atrás mi cabeza, sorprendido por su arrebató. Probablemente era mejor que se fuera a casa, al menos hasta que el bicho decidiera salir de su trasero.

—Bien. —Me incliné hacia adelante para presionar el botón que bajaría el

cristal de privacidad—. Hale, Krystina volverá a su apartamento esta noche.

—Sí, Sr. Stone —reconoció Hale.

Una vez que la situación se tranquilizó, escuché a Krystina suspirar.

—Lo siento, Alex. No debería haberte gritado —dijo con voz resignada—. Creo que hemos pasado demasiado tiempo juntos, eso es todo.

Ahora, ¿qué es esto?

Estaba completamente atónito.

—¿De qué estás hablando? ¡Acabo de regresar a la ciudad!

—Sí, lo sé. Y agradezco la sorpresa. Pero, honestamente, tengo planeado un día de spa temprano en la mañana con Ally, luego estaré en tu casa para pasar la noche. Creo que una noche de fin de semana es suficiente.

Ella se está alejando de mí.

Me incliné hacia delante y volví a bajar el cristal de privacidad.

—Cambio de plan, Hale. A mi departamento.

—¿Qué? ¡Dije que me lleves a casa! —ordenó Krystina.

—No. No hasta que solucionemos el problema que parece tener. Estás totalmente descontrolada esta noche y quiero llegar al fondo de todo.

Krystina

PASEÉ POR LA SALA DE ESTAR DEL DEPARTAMENTO DE ALEXANDER, tratando de calmar mi creciente furia. No sabía con quién estaba más enojada, sin con él por traerme a su casa a pesar de mis protestas, o conmigo por actuar como una adolescente caprichosa.

Alexander quería respuestas por mi comportamiento, y con razón. Pero si no podía explicarme a mí misma cómo me sentía, no tenía ninguna esperanza de explicárselo racionalmente. Había estado yendo y viniendo durante días. Una parte de mí quería poner algo de espacio entre nosotros, pero otra parte de mí lo quería todo. El espacio era una opción más segura, pero no sabía cómo separar mis emociones. La alternativa me obligaría a abrir mi corazón y desnudar mi alma, una opción que potencialmente podría paralizarme.

—Krystina, siéntate por favor. Vas a hacer un agujero en mi alfombra.

—Estoy bien de pie —le dije, pero dejé de caminar. Me froté las sienes en un intento de evitar el dolor de cabeza que era inminente.

—¿Te gustaría algo de beber?

—El vino estaría genial ahora mismo —acepté sin dudarlo.

Lo necesitaría para superar lo que estaba a punto de hacer. Era hora de elegir mi camino, y para hacerlo tendría que arriesgarlo todo. La respuesta de Alexander a lo que tenía que decir determinaría la dirección que adoptaría, ya que había demostrado ser inepto para mantener una relación a medias. Sería todo o nada.

Alexander abrió el refrigerador de botellas de vino y rápidamente hizo una selección. Sacó el corcho y me sirvió una copa del blanco. Tomé un gran trago y otro hasta vaciar la copa. Se la devolví. Simplemente me miró enarcando una ceja y luego la volvió a llenar.

—¿Qué pasa, ángel? Dímelo.

Ángel.

Me gustaba cuando Alexander me llamaba así, pero sabía que solo las

personas que estaban en una relación, solían usar apodos de mascotas. No estaba segura de cómo habíamos llegado a ese punto, ya que ni siquiera podía decir que éramos una pareja oficial.

—Me siento miserable porque siento que constantemente tengo esta batalla dentro de mi cabeza —confesé—. He estado pensando mucho durante los últimos días y he llegado a una conclusión. Esta cosa entre nosotros no puede continuar como está. Algo tiene que cambiar aquí.

Inclinó la cabeza hacia un lado, con una expresión de confusión clara en su rostro.

—¿Qué estás tratando de decir? —preguntó con cautela.

—Mira, he intentado mantener la separación entre nosotros, pero no está funcionando. Tuve esta fantástica idea de que de alguna manera podría tener sexo contigo y no querer nada más. Fue una idea tonta, por nuestra parte. Tu historial de aventuras de una noche probablemente funcionaba para mantener alejados los lazos emocionales en el pasado, pero eso no es lo que somos. No es en lo que nos hemos convertido. Lo hemos superado con creces y cuanto más tiempo pasa, más quiero. No importa cuánto luche contra ello.

—Entonces, no trates de luchar —dijo simplemente, como si fuera tan fácil.

—¿No quieres que lo haga? Quiero decir, ¿también quieres algo más que sexo?

—No eres la única que navega por un territorio desconocido —admitió irónicamente—. El largo plazo nunca ha estado en mi vocabulario hasta que te conocí. Al principio, pensé que podría manejar contigo una relación estable de dominante y sumisa. Pero no estás hecha para eso y ya no es lo que quiero. Mis ideales han cambiado. Te dije que no regalo ositos de peluche, ni rosas, pero ayer mismo te envié flores. Nunca antes había hecho eso por ninguna mujer. Sugiero que dejemos de lado la idea de lo que dijimos que queríamos y nos concentremos en lo que queremos ahora.

—No puedo hacer eso —dije con gravedad, moviendo la cabeza de un lado a otro en negación.

—Entonces, ¿cuál es el punto de tener esta discusión?

—Confianza. No puedo concentrarme en seguir adelante en esto mientras ambos nos aferramos a nuestros secretos.

Alexander se acercó al sofá y se sentó. Se pasó las manos por el pelo en una muestra de evidente frustración.

—Krystina, por mucho que lo intento, no te entiendo. Sé que hay cosas de

tu pasado que no me estás contando. Pero sea lo que sea, se interpone en nuestro camino. Claro, ciertamente somos poco convencionales en comparación con la mayoría, pero eso no explica por qué me alejas continuamente. Si tenemos alguna oportunidad de hacer que esto funcione, debes decírmelo o superar lo que sea que te esté frenando.

—Eso no es justo. Lo que dices va en ambos sentidos.

—Tienes razón, y sabía que dirías eso. Pero debes entender que hay algunas cosas que no puedo decirte porque involucran a otros. No puedo contar una historia que no sea completamente mía para decírtela. Creo que solo estás empeñada en desentrañar mi pasado porque te estás aferrando desesperadamente al tuyo.

—No lo estoy —dije obstinadamente.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué no puedes dejarlo ir como para contármelo? —desafió.

Caminé hacia donde estaba sentado y lo miré a los ojos. Mientras miraba esos vibrantes ojos azules, supe que tenía razón. Para construir cualquier tipo de cimiento, necesitaba la verdad. Y quizás, si cedía primero, él se abriría a mí.

Respiré temblorosamente, tratando de reunir valor para disipar mi aprensión.

—Está bien —cedí—. Te lo contaré. Pero no puedo decir que saberlo haga ninguna diferencia. Al final, mi pasado define hoy quién soy. No puedo cambiar eso.

—Adelante —alentó pacientemente.

—Cuando todavía estaba en la universidad, salí con este chico durante un par de años. Lo he mencionado antes, su nombre es Trevor.

—Sí, lo recuerdo —me dijo. Sus labios se apretaron en una delgada línea. Me di cuenta de que estaba tratando de contener su irritación por escuchar el nombre de mi ex, pero lo ignoré. Esto era demasiado importante para mí como para perder el tiempo preocupándome de si Alexander se sentía insultado o no.

—Bueno, era super controlador, y eso es decirlo suavemente —continué—. No te aburriré con los detalles, pero debes saber que cedí fácilmente a él. Abandoné muchas cosas para satisfacer todos sus caprichos, renunciando por completo a mí. Fue uno de los mayores errores de mi vida. Esa es la razón por la que soy tan inflexible en mantener la independencia. No dejaré que vuelva a suceder.

—Bueno, ya hemos establecido que eres una terrible sumisa de tiempo completo —se rió levemente, luego se puso serio cuando vio que su comentario no me parecía divertido—. En serio, no te estoy pidiendo que renuncies a todo. Pensé que lo habías entendido. No es necesario repetir lo que ya hemos hablado.

—Espera, hay más. Mucho más. No estoy segura de si quieres escucharlo.

Alexander se estiró y jaló mi mano para sentarme en el sofá. Me liberé de su agarre y negué con la cabeza. No quería sentarme, ya que me resultaba más fácil hablar mientras estaba de pie, y comencé a caminar de nuevo.

—Krystina, solo dímelo —la insistió.

—Trevor fue abusivo. No al principio, sino con el tiempo. Comenzó más verbal que cualquier otra cosa, y fácilmente lo ignoraba. Un par de veces me empujó, una vez frente a Allyson. Peleé mucho con ella por eso. Con bastante frecuencia ella decía que era una mierda, y él la odiaba por eso.

—Ally suena como una chica inteligente —dijo secamente.

—Ella vio lo que yo no podía ver. Entonces, Trevor hizo todo lo posible para mantenernos separadas a Ally y a mí. Y yo lo permití.

—Pero ahora ya todo está bien entre ustedes, ¿no es así?

Capté la mirada de Alexander y sonreí con nostalgia.

—Sí, Ally y yo estamos bien. Ella me salvó.

Vi su ceño fruncirse en confusión.

—¿Te salvó? —preguntó.

—De Trevor.

Por mucho que me repetí que no lloraría, sentí una lágrima deslizarse por mi mejilla. La limpié apresuradamente, molesta porque mostraba signos de debilidad.

—Krystina, está bien —aseguró Alexander mientras se acercaba a donde yo estaba. Envolvió sus brazos alrededor de mí y me apretó contra su pecho—. Fue hace mucho tiempo. El no vale la pena.

Miré hacia arriba y vi el dolor en sus ojos.

Pensó que estaba llorando por Trevor.

—No estoy molesta por él. Estoy molesta por lo que tengo que decirte a continuación. Lo siento, pero nunca he hablado de esto en detalle, ni siquiera con Ally. Ella conoce lo que sabe porque es inteligente y conecta los puntos. No creo que sepas lo difícil que es esto para mí.

Su rostro palideció y pude ver que el pánico comenzaba a aparecer en él.

—Cristo, ¿qué diablos pasó? Estás empezando a asustarme, Krystina.

Me aparté de su abrazo, incapaz de mirarlo a los ojos mientras le contaba el final de mi historia. Por alguna razón, estaba inundada de humillación, aunque sabía que no tenía nada de qué avergonzarme.

—Por primera vez, decidí por mí —continué—. Me atreví a dejarlo después de que me engañara. Bueno, él lo hizo. Si quieres hablar de atracción fatal, yo la viví.

—No tienes que decirme más si no quieres —dijo Alexander. Su voz vaciló inusualmente, como si tuviera miedo de escuchar el resto.

Pero lo que Alexander no entendía era que tenía que decírselo. No se trataba solo de generar confianza entre nosotros dos, era más una cuestión sobre mí. Si de verdad quería dejar atrás mi inquietante pasado, tenía que aceptar ciertas cosas. Necesitaba pronunciar las palabras en voz alta, algo que nunca había hecho antes.

—No, tengo que sacar esto. Por mí —agregué. Él asintió con la cabeza una vez, aceptando mi necesidad de terminar—. Aproximadamente un mes después de que dejé a Trevor, apareció en mi apartamento. Había estado bebiendo mucho antes de llegar. Debí haberle cerrado la puerta en la cara, pero estaba preocupada porque había conducido hasta mi casa. No quería enviarlo al volante de nuevo, así que lo dejé entrar. Pensé que una vez que tuviera un poco de tiempo para recuperar la sobriedad, le diría que se fuera.

—Una cosa llevó a la otra y empezamos a discutir. Finalmente, perdí la paciencia con él y entré en mi habitación. Esperaba que se quedara dormido en el sofá por su estupor ebrio y se fuera por la mañana. Pero, en cambio, me siguió. —Hice una pausa y respiré temblorosamente.

No llores. No llores.

Entrecerré los ojos y sentí como si estuviera en trance, como si estuviera mirando hacia abajo la escena que tenía lugar en el penthouse. Ni siquiera me di cuenta de que Alexander estaba a mi lado hasta que sentí su mano en mi mejilla. Usó su pulgar para secar mi lágrima.

—No tienes que terminar —dijo Alexander suplicante.

Miré hacia sus hermosos ojos, tan llenos de paciencia y comprensión. Una versión más débil de mí misma podía haberse doblado en ese mismo momento, buscando el consuelo de su abrazo para protegerme del resto del mundo. Sin embargo, ya no era esa persona. Sabía que era más fuerte que eso. La determinación se instaló en mis huesos con una confianza renovada que convirtió mi columna en acero.

Puedes hacerlo.

Cuadré mis hombros y respiré profundo y segura de mí misma.

—Se acercó a mí, pero no era rival para él. Me golpeó —hice una pausa, luchando por decir el resto—. Y me forzó.

—¿Te violó?

Hice una mueca al escuchar a Alexander expresar la brutalidad que me negaba a reconocer, incluso después de todo este tiempo.

—Sí, me violó.

Pronunciar esas pocas palabras me hizo sentir como si me destrozaran por dentro. El dolor era tremendo, pero sentí cierto alivio a través del dolor. Era como si el peso del mundo entero se hubiera quitado de mis hombros.

—Carajo, Krystina —maldijo Alexander con su voz llena de veneno—. Yo... yo sabía que había algo. Pero no tenía ni idea.

Me acercó a él, pero esta vez acepté con gusto su abrazo. Su toque filtraba un poco de calor en mi sangre que parecía fluir en el frío ártico.

—Traté de comunicarme con Allyson, pero no sabía dónde estaba y no contestaba su teléfono. La esperé toda la noche —me atraganté con la última oración, mientras los recuerdos de ese fatídico día comenzaron a hacer mella en mi fuerza—. Cuando finalmente llegó a casa a la mañana siguiente, yo estaba hecha un desastre. Ni siquiera podía hablar, solo recuerdo haber llorado incontrolablemente. Honestamente, todo el asunto es un poco confuso incluso ahora. Un minuto estaba en casa, al siguiente estaba en una cama de hospital. Había médicos y policías haciéndome preguntas... pero no podía pronunciar las palabras.

Alexander se apartó de repente, la alarma se extendió por sus hermosos rasgos.

—Espero que no pienses... quiero decir, cuando hablo de castigarte, sabes que no me refiero a... —comenzó, pero lo interrumpí antes de que terminara.

—Sé que es diferente. Al principio, me preocupaba que lo que sucediera pudiera interponerse en el camino. Pero me convenciste de que confiara en ti en ese sentido y, sin saberlo, me enseñaste la diferencia entre el placer que proviene del dolor y el dolor que proviene de la violencia.

Alexander me apretó más fuerte contra él.

—Siempre he subestimado tu fuerza, pero no puedo evitar disculparme. Habría hecho las cosas de manera diferente contigo si hubiera sabido esto antes —murmuró en mi cabello.

—No lo lamentes. Me alegro de que no lo supieras porque no me gustaría cambiar nada. De hecho, siempre me preocupó que la gente me mirara de

manera diferente si hubieran sabido lo que pasó con Trevor. Ni siquiera podía hablar de ello con los terapeutas a los que intenté acudir. Hablaba en serio cuando dije que nunca le había contado a nadie los detalles de esa noche hasta ahora.

—¿A nadie? —preguntó.

—Como dije, ni siquiera a Allyson.

De repente se apartó para mirarme. Toda la compasión se había ido, y me alarmó la cantidad de ira que destellaba en sus ojos.

—Dijiste que había policías en el hospital. ¿Estás diciendo que ni siquiera les dijiste? ¿Él se fue sin castigo?

—Alex, ese día tenía mucho dolor, tanto emocional como físicamente. Estaba demasiado débil para admitir la verdad a mí misma, y mucho menos a un extraño en uniforme. Entonces, sí, lo dejé marcharse.

Buscó en mi rostro con cuidado, aunque no estaba segura de qué estaba tratando de encontrar exactamente.

¿Me está mirando ahora con otros ojos? ¿Me seguirá tocando de la misma manera?

Después de un momento, aparté mi mirada de la suya. No quería considerar las muchas formas en que mi revelación podría cambiar nuestra relación. Sin embargo, tomó mi barbilla en su mano y giró mi cabeza hacia atrás para que lo mirara.

—No te culpes —dijo con vehemencia.

—¿Qué te hace pensar que me estoy culpando?

—Porque dijiste que *lo* dejaste ir. Y estoy familiarizado con la expresión de tu rostro. Mi madre tenía esa mirada.

Me quedé helada.

—¿Tu madre?

—Sí. Mi padre era un hombre abusivo y ella siempre se culpaba a sí misma. No seas esa mujer, Krystina. No te permitas ser la víctima. Eres más dura que eso. Tu revelación de hoy me dice mucho. Al superar lo sucedido y los horrores de tu pasado, te conviertes en una campeona. En el momento en que te mantienes orgullosa y fuerte, Trevor se convierte en nada más que un hombrecillo débil.

Si bien sabía que había verdad en sus palabras, no pude evitar ponerme a cero con la mención de sus padres.

—¿Qué pasó con tu madre y tu padre, Alex?

Inclinó la cabeza hacia el techo y cerró los ojos. Cuando me miró de

nuevo, su expresión era suplicante.

—Ángel, por favor no me preguntes eso. Lo siento, especialmente después de todo lo que me has contado sobre ti esta noche. Pero yo... no puedo decírtelo.

Me dolió que no se abriera conmigo. Solo el tormento escrito en su rostro me impidió presionarlo más, a pesar de que me moría por saber la verdad. Alexander tenía sus propios demonios contra los que estaba luchando. No sería justo para mí presionarlo si no estaba listo. Porque si hubo algo que aprendí esta noche, era que revelar las partes más profundas y oscuras de tu alma es una decisión que uno tiene que tomar por su cuenta.

—Está bien —le dije—. Sabrás cuando estés listo para decírmelo.

Parecía dudoso, pero no lo entendía realmente. Para mí, sentía que la verdad me había liberado, literalmente. Y mientras estaba en el penthouse con Alexander, el hombre extraordinario, atractivo y cautivador que era, me di cuenta de algo más. Nuestro tiempo juntos hasta ahora, podía haber sido corto, pero parecía que nos conocíamos desde hacía un milenio. Él no era realmente el extraño que pensaba que era, pero me resultaba familiar de una manera profundamente arraigada e inexplicable.

Hubo un entendimiento silencioso entre nosotros cuando tomé la mano de Alexander y lo llevé al dormitorio. Esta noche no habría barreras entre nosotros, ya que el pasado finalmente ya no estaba presente y no habría ninguna vuelta atrás.

Krystina

APRETÉ EL CINTURÓN DE LA BATA DE FELPA QUE LLEVABA Y SEGUÍ A UNA pequeña mujer asiática por el pasillo principal de *El Mandarin Day Spa*. Allyson y yo apenas habíamos llegado a la mitad del día y ya me sentía como una princesa mimada. Mi rostro se sintió revitalizado después de un tratamiento facial a base de hierbas, y mis huesos estaban como líquido, después del masaje terapéutico con aceite. Lo siguiente era una pedicura con piedras calientes y casi no podía esperar.

—Esta es nuestra suite Serenidad, señorita Cole —dijo la mujer asiática una vez que llegamos a nuestro destino—. Por favor, tome un momento para relajarse aquí mientras espera a su amiga. La señorita Ramsey se unirá a usted en un momento. Hay agua embotellada para usted en el buffet, con gas y sin gas. Siéntase libre de servirse lo que guste.

—Gracias —acepté amablemente.

Después de conseguir una botella de agua mineral, me acomodé en una amplia tumbona. Me recosté y cerré los ojos, tomando nota de la música suave que se reproducía desde una fuente oculta dentro de la suite. Sonaba como una flauta de bambú, la melodía casi era hipnótica.

Podría quedarme dormida aquí mismo.

—¡Oh, no creo que me haya sentido tan bien alguna vez! —Escuché a Allyson exclamar a través de la tranquilidad de la habitación.

O no.

Abrí un ojo para mirarla.

—Buen masaje, ¿me imagino?

—¡Ese masajista recibió las manos de un dios! —estaba extasiada. Me lanzó una sonrisa malvada—. Y también parecía uno.

—Eres mala —me reí, negando con la cabeza. Me senté y cedí a un buen estiramiento—. ¿Las cosas no van bien con Jeremy?

—Oh, con Jeremy van bien —dijo con indiferencia—. Sin embargo, no

estaremos hasta que la muerte nos separe ni nada de eso. Así que todavía se me permite mirar.

La mujer asiática que me llevó a la habitación entró en silencio detrás de Allyson. Su comportamiento pacífico frente a la bulliciosa entrada de Allyson fue casi cómico.

—¿Les gustaría relajarse aquí un poco? ¿O las damas están listas para sus pedicuras ahora? —nos preguntó a Allyson y a mí.

—Lo que quieras Krys. Estoy preparada para lo que sea.

—Podemos ir ahora —dije.

—Entonces, por favor, síganme por aquí —dijo la mujer pequeña, indicándonos que fuéramos tras ella.

—Este lugar es asombroso —apreció Allyson, al observar cada detalle de nuestro entorno mientras caminábamos—. Estoy de acuerdo —coincidí, compartiendo sus sentimientos—. Es justo lo que necesitaba. Han sido un par de semanas complicadas.

Nos sentamos en los cómodos sillones que nos servirían de tronos personales durante la pedicura. Me relajé, tratando de encontrar un lugar tranquilo como el que había tenido en la Suite Serenidad, mientras disfrutaba de la sensación de varios aceites y piedras frotándose sobre mis pies y piernas.

—¿Estás bien? —preguntó Allyson después de un rato.

Giré mi cabeza para mirarla, confundida por su pregunta.

—Por supuesto que estoy bien. ¿Cómo podría no estarlo cuando me miman así? —Me reí, señalando la tina de agua caliente en forma de remolino en la que descansaban mis pies.

—Solo estaba verificando. Pensé que todavía estarías enojada por el hecho de que Alexander pagó la cuenta de todo esto —dijo, señalando a nuestro alrededor.

—Fue inesperado, pero es así como es él. No debería haberme sorprendido en lo más mínimo —dije con el ceño fruncido.

—Bueno, si estás segura de que todo está bien... —se detuvo—. Pareces un poco callada hoy, eso es todo. Quiero decir, recientemente diste algunos pasos importantes. Solo quiero asegurarme de que lo estás llevando bien.

—Estoy bien, Ally. Solo tomándolo un día a la vez.... —Me detuve, cerrando los ojos de nuevo.

Deseaba poder decirle a Ally exactamente lo enormes que eran esos pasos y, por primera vez en nuestra amistad, me sentí perdida. Ella sabía que tenía

un secreto, pero había respetado mis límites a lo largo de los años. Me dolía pensar en lo herida que estaría si supiera que me había abierto a Alexander antes que a ella.

Pero no podría explicar mi razonamiento para contárselo a Alexander sin informarle el resto. Ella no entendería las complicadas capas que componían mi relación con él, ya que su preocupación por mi bienestar eclipsaría todo lo demás. Decirle a Alexander fue un gran acto de fe, uno que tenía que tomar si quería continuar el camino que estaba siguiendo con él.

Confianza y honestidad.

Eso es lo que me dijo. Sin eso, nunca tendríamos una oportunidad.

Escuché a alguien decir la palabra Alexander, y mis oídos naturalmente se pusieron alertas. Eché un vistazo alrededor de mi silla para ver a dos mujeres entrar en la habitación y sentarse detrás de Allyson y de mí. Ambas se me hacían familiares, pero no pude ubicar a ninguna de ellas.

Quizás clientes de Wally's.

Descarté la idea de que las conocía de alguna parte y traté de volver a relajarme. Sin embargo, fue difícil porque ninguna de las mujeres se callaba.

—Suzy, confío en él, y tú también deberías —dijo una de las mujeres.

—Lo siento si tengo un pequeño problema de confianza cuando se trata de él —escupió la otra mujer.

—Ugh. Necesitas superarlo. Fue hace mucho tiempo. Además, nunca habría sucedido.

—Lo sé mejor que nadie. El hombre nunca se comprometerá con nadie.

Escuché a Allyson gemir a mi lado y la miré.

—Esas dos parecen un par de gallinas cacareando. Ojalá se callaran —se quejó, señalando con la cabeza hacia donde estaban sentadas las dos mujeres parlanchinas.

—Sí, dímelo a mí —estuve de acuerdo—. Pero casi hemos terminado, de todos modos. El almuerzo estará esperándonos una vez que terminemos nuestras pedicuras.

—Bien, porque estoy hambrienta. Descubrí que no soy una gran fanática de la comida francesa y siento que no he comido en días. ¡No quiero volver a escuchar las palabras *haute cuisine*!" [**Nota de la T.: 'haute cuisine', terminó en francés para hablar de la alta gastronomía**]. Allyson terminó con un acento francés exagerado que me hizo reír.

—No, lo pedí ligero, pensando en tu apetito por la comida estadounidense. Solo comeremos bocadillos y una ensalada verde. Nada demasiado exótico.

—Suenan perfecto —dijo, recostándose en su silla y cerrando los ojos.

Hice lo mismo, deseando apreciar los últimos minutos de autocomplacencia.

Sin embargo, por mucho que lo intenté, no pude desconectarme de las dos mujeres. Ellas seguían hablando con firmeza.

—Pero Justine, ¿cómo puedes estar segura de que lo que hizo funcionará?
—Escuché a una mujer preguntarle a la otra.

Justine. Conozco ese nombre.

Me volví de nuevo para mirar más de cerca a las dos mujeres. Efectivamente, no había duda de ese cabello negro brillante. Era la hermana de Alexander. La otra mujer era pelirroja, la misma mujer que vi fotografiada con Alexander en el artículo que había leído en línea.

¿Cómo se llamaba? Suzanne Jacobs, creo...

Era extraño darme cuenta de que solo había hecho la investigación hacía unas pocas semanas. Rápidamente me volví en la silla, sin saber qué pensar sobre la inusual coincidencia.

Miré a Allyson, todavía descansando con los ojos cerrados. Por algún milagro, había logrado bloquear a las dos mujeres. Pero ahora que sabía exactamente quiénes eran, cualquier esperanza de ignorarlas sería infructuosa.

—Sé que funcionará porque Alex dijo que lo haría. Su gente está por todas partes. No puedo seguir enfermándome por eso —escuché decir a Justine.

—Charlie está loco. Solo espero que Alex y sus compinches sepan lo que están haciendo.

—Por favor, Suzy. ¿No crees que lo sé? Y Alex también lo sabe. ¿Por qué crees que está construyendo el refugio de mujeres? —Justine escupió amargamente—. Estoy segura de que espera que algún día nuestra madre atraviese las puertas y podamos tener una gran reunión familiar feliz.

Un momento. ¿Qué? ¿Su madre?

La habitación se sentía como si estuviera zumbando, sintiéndome abrumada de la conmoción por el hecho de saber que la madre de Alexander estaba viva. Me había dicho que sus padres estaban muertos.

Respeté su decisión de no divulgarme su historia, pero decir una mentira descarada era otra cosa.

¿Por qué mintió sobre eso? ¿Su padre también está vivo?

Traté de escuchar a las dos mujeres de nuevo, pero la pedicurista anunció que habíamos terminado y comenzó a drenar el baño de pies. Empezó a decir

tonterías sobre nuestro almuerzo y tuve que luchar contra el impulso de hacerla callar. Solo quería gritar.

¡Silencio! ¡Estoy tratando de escuchar!

—Krys, ¿qué pasa? —preguntó Allyson.

Parpadeé una vez. Luego, dos veces, me obligué a concentrarme en las personas que estaban frente a mí. Allyson y la pedicurista me miraban con expresión preocupada.

—Nada. Estoy bien. Hace un poco de calor aquí —mentí.

Allyson me lanzó una mirada que bien podría haber dicho que me había salido otra cabeza, pero no dijo nada mientras me levantaba de mi asiento. La tranquila mujer asiática apareció de nuevo de la nada y nos indicó que la siguiéramos.

Al salir de la habitación, me arriesgué a mirar a Justine y Suzanne. Infortunadamente, ya no hablaban, sino que estaban sentadas disfrutando de sus tratamientos de spa. Una parte de mí quería acercarse a ellas y exigirles una explicación, pero lo pensé mejor. Este no era el tipo de lugar para arriesgarse a hacer una escena. Lo mejor sería esperar y confrontar a Alexander más tarde.

Allyson y yo nos sentamos a almorzar. Charló interminablemente sobre su tiempo en París. Escuché y asentí con la cabeza en todos los momentos apropiados, pero no estaba involucrada en la conversación. Seguí pensando en lo que había escuchado en la sala de pedicura, mientras un millón de preguntas giraban en mi cabeza.

¿Cuál era la relación de Alexander con Suzanne Jacobs? ¿Por qué ella no confiaba en él?

¿Quién es Charlie?

¿Y qué hay de la madre de Alexander y el refugio de mujeres?

¿Debería exigirle la verdad a Alexander? ¿O debía esperar a que él la dijera?

Mi estómago estaba hecho un nudo, haciendo que la comida me supiera a cartón. Fue una verdadera lucha fingir disfrutar de los pequeños bocadillos.

Mi celular hizo ping con una notificación de texto, distrayéndome de mis pensamientos. Allyson continuó hablando mientras yo miraba mi teléfono.

—Ojalá hubiera tenido tiempo para ir a ver la Torre Eiffel —dijo con nostalgia—. Al menos eso habría hecho que el viaje valiera la pena. Pero, después de todo, estuve allí por motivos laborales, así que supongo....

—¡Oh no! ¡Ahora no! —exclamé, interrumpiéndola sin querer.

—¿Qué quieres decir con ahora no? ¿Qué pasó?

—Es mi madre. Ella me había dicho hace un tiempo que estaba planeando un viaje pronto. Aparentemente, ese momento es ahora. Me acaba de enviar un mensaje de texto para avisarme que está en la ciudad.

—¿Y qué? —preguntó Allyson—. No es como si esta fuera la primera vez que aparece sin previo aviso.

—Es cierto, pero tenía planes para el resto del fin de semana. Ahora tengo que cancelarlos o contarle a mi madre sobre Alexander.

—Oh... ni siquiera pensé en eso —dijo Allyson.

Tenía los ojos enormes y llenos de temor, porque sabía que una vez que mi madre descubriera que estaba saliendo con alguien, se desataría el infierno.

Krystina

CUANDO ALLYSON Y YO LLEGAMOS, ENCONTRAMOS DENTRO DE NUESTRO apartamento a Frank y a mi madre. Ella le estaba ordenando a Frank que llevara un montón de paquetes a la habitación de invitados, y ninguno de los dos se había dado cuenta de que habíamos entrado. Por lo que parecía, aparentemente habían estado de compras.

La sala de estar estaba llena de bolsas de varias tiendas minoristas de la ciudad, lo que convertía el apartamento, normalmente ordenado, en un área de desastre. Tenía la intención de pedirle a mi madre que me devolviera la llave. Sin embargo, sabía que no podía hacer eso mientras Frank pagara el alquiler. Así que decidí ser educada, en lugar de enfurecerme por el desastre que había hecho mi madre.

—Hola, mamá —saludé.

Mi madre era la única mujer que conocía que podía lucir una elegancia tan casual con solo usar un cárdigan y un par de pantalones. Parecía estar examinando sus uñas en busca de algún desperfecto y miró hacia arriba cuando escuchó mi voz.

—¡Ay, bien! ¡Están en casa! ¡No las escuché entrar!

—Hola, Sra. Long —dijo Allyson.

—Allyson, te ves maravillosa como siempre —dijo mi madre extasiada. Sus brazaletes de plata tintinearón cuando se acercó para darnos un abrazo a Allyson y a mí—. Estoy tan feliz de verlas a las dos. Ha pasado demasiado tiempo desde mi última visita.

En lo que a mí respecta, no había sido suficiente. No es que no estuviera feliz de verla, pero hoy no tenía la paciencia para lidiar con ella. Después de mi día en el spa, tenía asuntos más urgentes que atender.

—Cuando me dijiste que estabas planeando una visita, pensé que me avisarías —dije, quizás con demasiada dureza.

—Lo siento, cariño. Pero conoces la agenda de Frank. Las cosas surgen en

el último minuto con los concesionarios, lo que dificulta la planificación a largo plazo. El fin de semana estaba libre, así que esta mañana temprano decidimos hacer el viaje.

—¡Krys! —Escuché detrás de mí. Miré por encima del hombro para ver a Frank saliendo de la habitación de invitados. Sonreí cuando lo vi y me alegré de verlo tan bien. Estaba un poco más canoso que la última vez que lo vi, pero aún se veía delgado y en forma a pesar de que estaba cerca de los sesenta.

—Hola, Frank —dije.

—Ven aquí chica. Te extrañé —dijo Frank, atrayéndome en un fuerte abrazo de oso—. Gracias a Dios que estás en casa. Creo que tu madre me hizo caminar por la mitad de las calles de la ciudad en solo unas pocas horas. Solo regresamos aquí para dejar paquetes. Ahora te toca a ti.

—Estoy lista para ir de compras —intervino Allyson.

—¡Es una gran idea! —exclamó mi madre—. Las tres chicas podemos ir de compras, luego Frank puede reunirse con nosotros para cenar más tarde.

La cara de mi madre se iluminó como una vela romana ante la idea, y temí ser yo quien la apagara.

—Lo siento, mamá. Pero no puedo ir de compras esta tarde.

—Pero, querida, ¿por qué no?

—Tengo planes —dije, evadiendo deliberadamente los detalles. Miré a Allyson en una súplica silenciosa por ayuda.

—Está bien, Sra. Long. Podemos ir las dos —se ofreció Allyson—. Además, me hace falta un nuevo par de botas.

Estaba agradecida con Allyson por saltar para tomar las riendas, pero no podía engañar a mi madre. Vio la mirada entre Allyson y yo, y entrecerró los ojos con sospecha.

—¿Qué tipo de planes tienes esta noche, Krys? —preguntó mi madre. Trató de plantear la pregunta como algo improvisado, pero la conocía demasiado bien.

—Hay algo que tengo que hacer, eso es todo —traté de encogerme de hombros—. Si mañana quieres hacer más compras, puedo ir contigo.

Mi madre no se lo creyó, así que se volvió hacia Allyson.

—¿Ha conocido a alguien? —preguntó mi madre.

Aquí viene el interrogatorio en tercer grado...

—Estoy aquí, mamá. No tienes que preguntarle a Ally.

—¿Entonces? ¿Es así? —preguntó, mirándome fijamente.

Allyson empezó a remover en su bolso con el pretexto de buscar algo, mientras Frank hacía un fuerte carraspeo.

—Um, voy a revisar el auto para ver si hay más bolsas —anunció. Moviéndose rápidamente hacia la puerta, Frank hizo un trabajo rápido de ponerse los zapatos y salir.

Gracias por el apoyo.

Sabía que no se podría posponer esto. Apenas llevaba cinco minutos en casa, pero el radar de mi madre ya estaba bien enfocado.

—Estoy conversando con alguien, pero no es nada serio —admití.

—Krys, apenas acabas de romper con Trevor. No necesitas la distracción de otro chico en este momento. Deberías centrarte en construir una carrera.

Cerré los ojos y traté de contar hasta diez. Solo por una vez, me gustaría tener una visita normal entre madre e hija, una en la que no tuviera que enfrentar un sermón o saltar a la defensiva sobre mis asuntos personales. Por como actuaba mi madre, nunca se podría saber que era una recién graduada de la universidad. Ella seguía tratándome como si estuviera en la primaria.

—En realidad, han pasado dos años desde lo de Trevor. Y para tu información, encontré un trabajo. También es uno bueno. Empiezo el lunes —dije con orgullo.

—Me alegro por eso, pero es una razón aún mayor por la que no deberías perder el tiempo en citas. Deberías prestar toda tu atención para salir adelante en la vida.

Debí haber sabido que ella se concentraría en los hombres, en lugar de estar feliz de que hubiera conseguido el empleo por el que me había estado acosando. Fruncí los labios con molestia.

—Estoy segura de que puedo hacer malabarismos con una carrera y una relación —dije secamente. Era una suerte que no supiera que mi nuevo jefe *era* la relación.

—Krys, desearía que por una vez siguieras mi consejo. Es como siempre he dicho, deberías esperar a... —comenzó, pero la interrumpí.

—Sí, sí. Lo sé. Debería esperar hasta estar establecida en una carrera antes de pensar en ponerme seria con alguien. Conozco tu postura al respecto, mamá.

Allyson, sabiendo que la situación estaba empezando a descontrolarse, decidió hablar.

—Sra. Long, ¿le gustaría algo de beber? ¿Por qué no se sienta y se relaja un poco? Estoy segura de que ha tenido un día agotador, con el viaje en

coche y el día entero de compras y todo.

—Estoy bien querida. Pero, gracias —dijo mi madre. Luego, sin perder el ritmo, volvió al ataque—. Krys, simplemente no quiero que cometas los mismos errores que yo.

—Mamá, no soy tú —dije en tono de advertencia.

—Lo sé y no me estoy comparando. Estoy hablando en general. Con demasiada frecuencia, las mujeres dependen del apoyo de los hombres, solo para ser abandonadas cuando las cosas no funcionan. No quiero eso para ti.

—No será así —dije con los dientes apretados.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Nunca se sabe si....

—¡Lo sé porque me niego a pasar mi vida pensando en qué pasaría 'si'! —Arremetí—. Me niego a amargarme con el mundo por cosas que están fuera de mi control. ¡No quiero envejecer solo para mirar atrás y ver que pasé mi vida siendo un ser humano rencoroso y desconfiado! ¡No puedo odiar a una persona estrictamente porque tiene pene! Eso es lo que eres tú, y no quiero ser así. ¡Quiero ser feliz!

Su cabeza se echó hacia atrás como si la hubiera abofeteado. Vi todo el color desaparecer visiblemente de su rostro.

—Tengo una buena vida, Krystina Lynne —dijo en voz baja, usando mi segundo nombre que normalmente reservaba para los momentos en que estaba realmente enojada. O herida. Sus ojos comenzaron a brillar con lágrimas—. Te di una buena vida. No quiero que nunca olvides de dónde vienes.

Ver sus lágrimas me hizo arrepentirme instantáneamente de haber perdido los estribos. Estaba de mal humor debido a la reciente conmoción por Alexander y la confusión que tenía en torno a nuestra relación. No se merecía que me desquitara con ella.

Ella lo hacía tan difícil.

Estaba constantemente sobre mí, fastidiándome con una cosa tras otra. Habíamos tenido más discusiones de las que podía contar en el pasado, pero esta era la primera vez que realmente respondía. Sabía que este día llegaría con el tiempo y pensé que me liberaría. En cambio, me sentí terrible.

—Mira, mamá —comencé.

Un golpe en la puerta me interrumpió y pude escuchar a Frank llamando desde el otro lado para que lo dejaran entrar.

—Yo me encargo —ofreció Allyson.

Sin embargo, cuando Allyson abrió la puerta, Frank no estaba solo.

Alexander estaba allí con él.

Reprimí un gemido.

Genial... justo lo que necesito ahora mismo.

Alexander

DECIR que había tensión en el aire sería quedarse corto. Era casi como la réplica de una explosión nuclear.

Una rubia de piernas largas, que supuse que era la compañera de cuarto de Krystina, estaba ante la puerta, con el ceño fruncido en consternación. Supuse que la otra mujer era la madre de Krystina debido a su sorprendente parecido, aunque sus ojos estaban enrojecidos por las lágrimas, mientras que la cara de Krystina estaba sonrojada por la ira.

Miré a Frank Long, pero él se encogió de hombros y negó con la cabeza. El pobre parecía que prefería estar en cualquier otro lugar. Teniendo pocas opciones en el asunto, hice lo que mejor pude. Puse mi cara de póquer y tomé el control de la situación.

Encabezando el camino, entré al apartamento con Frank detrás.

—Buenas noches, señoras —saludé. Acercándome a Krystina, le planté un beso en la parte superior de la cabeza y le hice un gesto a Frank—. ¿Miren a quién conocí en el ascensor?

—Alex, pensé que Hale volvería por mí más tarde y que me reuniría contigo en tu casa —dijo Krystina. Su voz sonaba tensa.

—Después de que las dejó a ti y a Allyson, le di el resto de la noche libre. Yo estaba fuera, así que decidí pasar a recogerte en su lugar —dije con facilidad—. ¿Cómo estuvo tu día en el spa?

Escuché el sonido sutil de alguien aclarándose la garganta desde algún lugar detrás de mí. Cuando me volví para mirar, vi a la rubia mirándome con atención.

—Debes ser Allyson —asumí. Le dediqué mi sonrisa más cautivadora, pero ella no estaba mordiendo el anzuelo. Solo entrecerró los ojos con sospecha.

—Y tú debes ser el famoso Alexander Stone. Krystina me ha hablado mucho de ti.

Espero no demasiado.

—Lo siento, estoy siendo grosera. Olvidé que no se conocían —se

disculpó Krystina—. Alex, ella es Allyson Ramsey.

—No creas ni la mitad de lo que dice de mí —le bromeé a su compañera de cuarto. Ella me sonrió a cambio, pero su sonrisa no se encontró con sus ojos—. Estoy feliz de haberte conocido finalmente. Krystina habla muy bien de ti. Ustedes dos parecen muy unidas.

—Por supuesto que es así. Como dicen, los opuestos se atraen —dijo Allyson.

Incliné mi cabeza hacia un lado en confusión.

—Ella es Aries, yo soy Cáncer —explicó Krystina—. A Ally le gustan mucho este tipo de cosas.

—Lo siento, damas. No sé demasiado sobre los signos del zodiaco —me reí.

—Simplemente significa que nos equilibramos —dijo Allyson—. Y el carnero suele ser muy protector con el cangrejo.

—Lo tendré en cuenta —respondí, completamente imperturbable por su advertencia discernible. Sonreí cortésmente. Si la señorita Ramsey pensaba que podía intimidarme, estaría tristemente decepcionada.

—Alex, ya conociste a Frank, mi padrastro —continuó Krystina con sus presentaciones, aparentemente ajena a la corriente subterránea que fluía entre su compañera de piso y yo—. Esta es mi madre. Mamá, él es Alexander Stone.

Krystina le hizo un gesto a su madre, que había estado notablemente callada desde que entré. Girándome para mirarla, le tendí la mano.

—Sí... um," tartamudeó, pareciendo haber sido tomada por sorpresa—. Soy Elizabeth. Elizabeth Long.

—Es un placer conocerla, Sra. Long.

—Por favor, llámeme Elizabeth —ofreció.

—Su hija nunca mencionó que estaría en la ciudad este fin de semana —comenté cortésmente, lanzando una mirada de reojo a Krystina.

—Aparecieron inesperadamente —aclaró Krystina—. Si lo hubiera sabido, yo....

—Si ustedes dos tienen planes, no dejen que nos interpongamos en el camino —interrumpió Elizabeth Long—. Adelante, cariño. Iré de compras con Allyson. Además, Frank está aniquilado. De todos modos, creo que hay un partido de fútbol que quiere ver. Nos pondremos al día más tarde, o quizás mañana.

—Michigan State, mi alma mater —intervino Frank—. Esta noche jugarán

en Iowa.

—Espera, ¿quieres que me vaya? —Krystina preguntó incrédulamente a su madre. Ella parecía completamente anonadada.

—¿Por qué no lo haría? —Elizabeth respondió inocentemente. Un poco demasiado inocentemente en mi opinión, y tenía curiosidad por saber qué había sucedido antes de mi llegada.

—Porque acabas de decir... —Krystina se calló. Ella me miró, pareciendo completamente perdida. Era como si estuviera dividida entre estar con su familia y pasar tiempo conmigo. Sin embargo, sentí que había más que eso.

Mucho más.

—Krystina, si quieres ir de compras, por mí está bien —le ofrecí, tratando de aliviar su carga de tomar una decisión—. Puedo quedarme aquí y ver el partido con el Sr. Long hasta que regresen.

Se veía absolutamente horrorizada por la idea, y tuve que reprimir una sonrisa.

—No, está bien —negó con la cabeza con vehemencia—. Todavía podemos continuar con lo planeado.

—Lo que sea estará bien. Pero mientras tanto, tengo una sugerencia. La noche es joven —dije, volviéndome para dirigirme a todos los demás en la habitación—. Asumiendo que no obstaculice el ir de compras, ¿por qué no compartimos los cinco un cóctel antes de la cena? Estoy seguro de que estas damas tienen un surtido decente y me han dicho que hago una buena mezcla de un Manhattan excelente .

Todos se miraron incómodamente durante un minuto al escuchar mi propuesta. Frank fue el primero en hablar.

—Creo que es una gran idea, ¿verdad Lizzie? —le dijo a su esposa—. Hemos venido hasta aquí y me gustaría conocer a este caballero que le ha gustado a Krys.

—Me parece un buen plan —asintió Allyson. Ella todavía me estaba escudriñando cuidadosamente, y sabía que también estaba aprovechando la oportunidad para saber más.

Decidí no esperar la aprobación de madre e hija, fui a la cocina y comencé a sacar vasos de un armario.

—Allyson, ¿podrías señalarme dónde está tu reserva de licor? —pregunté, aprovechando la ocasión para involucrar a la compañera de cuarto de Krystina. Allyson no era la única que tenía una intención. Mi esperanza era que, después de una copa o dos, ella comenzara a sentir simpatía por mí.

—Yo le mostraré —ofreció Krystina, saltando para ayudarme en su lugar.

Una vez que estuvimos fuera del alcance del oído de todos, Krystina se abalanzó como un buitre.

—¿Qué estás haciendo? —ella siseó.

—Bueno, tan pronto como me consigas las cosas que necesito, estaré mezclando bebidas.

Me sonrió y me entregó una botella de vermut rojo que tomó de un gabinete cercano.

—Sabes a lo que me refiero, Alex.

—Relájate, ángel. Todo el mundo está un poco tenso. Solo estoy ayudando a disipar la tensión en este lugar. —Le quité el licor y me incliné para susurrarle al oído—. Porque cuando terminemos aquí, pensé que podríamos ir a un *club* esta noche.

Para mi satisfacción, sus ojos se agrandaron. Ella había captado mi significado.

—¿Un club?

—Sí, suponiendo que estés preparada para ello —me burlé.

—Bueno, sí... sí, está bien —tartamudeó, sonando bastante aturdida.

—Bien. Esperaba que dijeras eso. —Terminé de servir el whisky y rematé cada una de las cinco bebidas con cerezas al marrasquino. Entregué dos vasos a Krystina y le dediqué una sonrisa tranquilizadora y le dije: —Ahora, vayamos a entretener a tus invitados. ¿Vamos?

Krystina

ALEXANDER Y YO SALIMOS DE MI EDIFICIO DE APARTAMENTOS Y ENTRAMOS en la noche brumosa. La tormenta había pasado por completo, dejando a su paso una sensación de humedad en el aire.

—Esta noche estuviste realmente genial con mi madre y Allyson. Gracias por eso —lo aprecié—. Esas dos pueden ser duras. El hecho de que las hicieras reír en veinte minutos no fue poca cosa.

—Fue pan comido, ángel —me dijo con un guiño—. Además, Allyson lo hizo fácil cuando derramó su bebida sobre el regazo de tu padrastro.

—Eso fue divertido —estuve de acuerdo. Agradecí la capacidad de Alexander para aliviar la precaria situación con mi madre. Incluso logró tranquilizar el ojo vigilante de Allyson.

Sin embargo, nada de eso negaba el hecho de que mi cabeza todavía estaba dando vueltas por lo que había descubierto al principio del día, y consideré cómo, o si debería mencionar lo que había sabido de su madre. Tenía la esperanza de encontrar una manera de acercarme a Alexander cuando llegara a casa, pero en todo el caos con mi madre nunca tuve la oportunidad.

Alexander abrió la puerta del pasajero del Tesla. Una vez que me puse el cinturón, se dirigió al lado del conductor y se subió.

—¿Tienes alguna preferencia en la música? —preguntó, navegando expertamente a través de la elaborada pantalla táctil del auto.

—No, tú eliges —le dije distraídamente.

—Oh, oh —dijo sacudiendo la cabeza. Dejó de tocar la pantalla para mirarme. Su rostro parecía preocupado—. Tienes ese tonito.

—¿Qué tonito? —pregunté a la defensiva.

—El tonito que dice que estás pensando seriamente en algo.

—No, en realidad no —mentí, pero solo porque no había tenido un minuto para procesar mis pensamientos.

—¿Es por el club? —presionó—. Pensé que querías ir, pero si tienes dudas, siempre podemos hacer otra cosa.

—No, sí quiero ir. Pero tengo que preguntarte, ¿qué te hizo cambiar de opinión acerca de llevarme?

—En realidad, hay un par de razones —admitió—. Por un lado, parecía que te vendría bien una distracción. No estoy seguro de qué estaba pasando antes de mi llegada, pero no se veía agradable.

—Era solo que mi madre estaba siendo... bueno, mi madre. No tengo ganas de hablar de eso.

—Está bien. Preferiría que no lo hicieras, al menos no esta noche de todos modos. No quiero ver que te vuelves a alterar.

—Entonces, ¿cuál es la otra razón?

Se reclinó en su asiento y miró pensativo por el parabrisas.

—Me diste mucho en qué pensar anoche. Tu apertura me hizo darme cuenta de que necesitaba darte algo a cambio. Y aunque no puedo darte la verdad que buscas, puedo darte esto. Tenías razón, Krystina, hay muchas cosas que no sabemos el uno del otro. Si ir a mi club te da una mejor visión de mi vida, estaremos mejor.

Sentada en silencio contemplé sus palabras. Mi instinto era confrontarlo por lo que había escuchado decir a su hermana en El Mandarin, pero lo que tenía que decir me hizo pensarlo dos veces antes de hacerlo. A su manera, Alexander lo estaba intentando. Podía ser que no fuera de la manera que imaginaba, pero al menos era algo.

Respetar sus límites. Dejar que sea él quien te lo diga.

Sin embargo, había otra cosa que me dejó pensando como resultado de lo que había escuchado.

—¿Quién es Suzanne Jacobs? —pregunté.

Alexander se volvió para mirarme de forma peculiar.

—Es amiga de mi hermana. ¿Por qué preguntas?

—Me topé en línea con un artículo sobre ti y la pelirroja —le dije, evadiendo deliberadamente toda la verdad.

—Oh, sí. Así es. Recuerdo que mencionaste esto antes —recordó con el ceño fruncido—. No puedo imaginar que el artículo fuera muy extenso. No hay mucho que contar. Hace un tiempo me acompañó a un par de funciones políticas. En pocas palabras, le dio demasiada importancia y quería cosas que yo no podía darle.

Alexander volvió a centrar su atención en el auto y puso en marcha el

motor. Este cobró vida silenciosamente.

—¿Eso es todo? —presioné.

Frunció los labios con leve molestia.

—Eso es todo —dijo, mirándome intencionadamente—. Ahora, podemos hacer una de dos cosas. O nos quedamos aquí estacionados para que pueda continuar con este contrainterrogatorio injustificado, o puedes elegir la música para que conduzca. Tu eliges.

—No quise sonar como si te estuviera sometiendo al tercer grado. Adelante, elige una canción. Algo optimista —admití. Hasta que pudiera comprender los eventos del día, era mejor dejarlo pasar.

Una batería contundente combinada con un riff de guitarra de blues llenó el espacio silencioso del automóvil. Alexander me lanzó una sonrisa pícara antes de incorporarse al tráfico.

—Nunca puedes equivocarte con *The Black Keys*. Porque, cariño, ¡estoy aullando por ti! —dijo él, luego siguió un largo aullido de lobo.

Solté una carcajada.

—¡Estás loco! —exclamé. Alexander sonrió y golpeó con el pulgar el volante al ritmo de la música.

—Ángel, sacas lados de mí que nunca supe que tenía.

Me reí de nuevo, luego me recosté para apreciar la melodía que seguramente aligeraría mi mal humor.

Cuando el auto se detuvo poco tiempo después, me sorprendió ver que estábamos frente al departamento de Alexander.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunté confundida.

—Tendrás que cambiarte. No puedes ir al club con jeans y un suéter —hizo una pausa para darme una mirada diabólica—. Y tengo justo lo que necesitas.

Alexander

KRYSTINA SE VEÍA increíble con el atuendo que le había comprado, y me alegré de que no protestara por usar los pantalones de cuero negro y el halter de seda verde esmeralda. La parte superior delgada estaba cortada por detrás, lo que la obligaba a no llevar sostén. Cuando se movía de la manera correcta, podía ver solo un indicio de sus pezones balanceándose debajo de la blusa, algo que seguramente me volvería loco de lujuria por el resto de la noche.

Se había encargado de retocar su maquillaje, oscureciendo los ojos y ponerse rojo sirena en los labios. Aunque las sombras eran más oscuras de lo que estaba acostumbrado a ver en su rostro, no podía decir que no me gustara. De hecho, era francamente sexy como el infierno, con su melena de rizos cayendo en cascada por su espalda. Tenía en mente dar la vuelta al auto y llevarla de regreso a mi casa.

Sin embargo, noté la forma en que seguía mirando su reflejo en el espejo retrovisor lateral mientras nos dirigíamos a las afueras de la ciudad. Era como si no confiara en su apariencia. Sus manos no habían dejado de moverse desde que volvimos al auto, y se movían hacia arriba para reorganizar innecesariamente su cabello cada treinta segundos. Parecía nerviosa.

—Te ves hermosa, ángel —le dije—. Relájate.

Ella me dio una pequeña sonrisa.

—¿Soy tan obvia? —preguntó con ironía.

—Parece que no puedes quedarte quieta.

—Solo estoy ansiosa, eso es todo —admitió—. Te he estado presionando sobre esto, pero....

—Pero, ¿qué?

—No es nada. A veces mi imaginación saca lo mejor de mí. Solo espero que este lugar no sea demasiado aterrador —admitió con una risa a medias.

—Estarás bien.

Eso espero.

Nos detuvimos ante una puerta de hierro negro y bajé la ventanilla del auto para insertar mi tarjeta llave en la ranura de acceso. La puerta se abrió y pasamos.

—¿Qué hay con la tarjeta de acceso? —preguntó Krystina.

—Mantiene alejados a los *voyeurs*. —[***Nota de la T.: 'Voyeurs', en francés se dice de los observadores de escenas sexuales***]

—¿*Voyeurs*?

—Sí, ya sabes, mirones. Todo el que viene aquí tiene que pasar por un examen para que se le permita la entrada —le dije.

—¿Que hay de mí? No he pasado por ningún tipo de proceso de selección.

—Estás conmigo. Esa es toda la revisión que necesitan —dije, sin molestarme en disimular ninguna arrogancia en el asunto. Le dediqué una sonrisa arrogante y rodeé el coche en una curva larga y sinuosa.

Cuando apareció a la vista el enorme edificio de piedra que albergaba al Club O, Krystina jadeó asombrada.

—¡Guau! —dijo sorprendida—. Desde la vista de la calle, nunca hubiera pensado que esto estaría oculto aquí. No bromeabas cuando dijiste que una persona no podía tropezar accidentalmente con uno de estos lugares.

Ocupé un lugar de estacionamiento y salí del auto. Inspeccioné el lugar mientras caminaba hacia el lado del pasajero del auto y noté la larga fila de autos caros que llenaban los espacios.

Esta noche hay casa llena.

No era inusual que el club estuviera lleno un sábado por la noche, pero la cantidad de autos en el estacionamiento estaba muy por encima de la norma. Había pasado un tiempo desde la última vez que visité el lugar, y sacudí la cabeza tratando de pensar en un evento en particular que pudiera estar sucediendo. Considerando que se acercaba el final de octubre, era muy probable que el club organizara su fiesta anual de Halloween. La inquietud se filtró en mis huesos cuando pensé en los riesgos potenciales.

Estiré mi cuello de lado a lado en un intento de sacudir mi aprensión.

Los nervios de Krystina debían estarse apoderando de mí.

Abrí la puerta del auto y dejé espacio para que Krystina saliera.

—¿Estás lista? —pregunté, extendiendo mi codo hacia ella.

—Tan lista como nunca lo estaré.

Me agarró del codo y subimos por el camino de piedra hacia la mansión. Empujé las enormes puertas dobles de madera, indicando a Krystina que entrara.

Aquí no pasa nada.

Krystina

ALEXANDER SE HIZO A UN LADO PARA QUE PUDIERA ENTRAR EN UN vestíbulo elegantemente decorado, con un impresionante jardín de rocas y una tranquila cascada. No era en absoluto lo que esperaba. Había imaginado luces de neón pulsantes para un lugar como este, ciertamente no el interior aristocrático que tenía ante mí.

Las paredes estaban cubiertas con diferentes tonos de mosaicos azules y verdes, dando a toda la entrada un efecto bajo el agua. Junto a la cascada, había una estatua de mármol que parecía haber sido transportada en el tiempo desde hacía dos mil años. La estatua era de una mujer envuelta en una tela holgada, con un pecho al descubierto. Su escultor había sido capaz de capturar una atractiva expresión de misterio, presentando un cierto grado de belleza erótica.

—Esa es una hermosa estatua, Alex.

—Es una interpretación de Venus, la diosa de la sexualidad —me dijo.

—Pensé que Afrodita era la diosa de la sexualidad.

—Afrodita es griega. Venus es romana, aunque algunas personas consideran que son prácticamente iguales. Prefiero Venus porque encuentro sus atributos un poco más atractivos, belleza, persuasión, seducción y sexo —explicó.

—Eso es interesante. No lo sabía —reflexioné, levantando la mano para deslizar mis dedos sobre el frío brazo de mármol de la estatua.

Se rió entre dientes ante mi fascinación y me agarró del codo.

—Por aquí, ángel.

Me condujo a otra habitación, donde la sensación del viejo mundo fluía sin problemas desde la entrada. Excepto que aquí, parecía que se estaba celebrando un cóctel de Halloween. Todo el mundo estaba elegantemente vestido con disfraz, conversando informalmente y tomando bebidas de colores elegantes.

—Parece que hay una fiesta de Halloween.

—Eso es porque lo es. Me había olvidado que esta noche es la Mascarada Anual de Halloween del Club O —hizo una pausa y frunció el ceño—. Pero incluso si lo hubiera recordado, no me gusta disfrazarme. Vamos. Bebamos algo.

Alexander se dirigió hacia una barra larga de caoba en el lado más alejado de la habitación. Mientras trabajaba para llamar la atención del barman, inspeccioné a todas las personas. Cada una estaba disfrazada de algún tipo. Me hizo sentir cohibida por mi atuendo muy normal, pero extremadamente provocativo.

—¿Estás seguro de que no destacaremos? Quiero decir, míralos a todos —susurré.

—Un Grey Goose con un toque de arándano y una copa de Chateau Ste. Michelle Riesling. También necesitaré una pulsera roja. —Alexander le dijo al barman antes de volverse hacia mí—. No te preocupes por eso, Krystina. Esta es solo una pequeña parte del club. Estoy seguro de que abajo hay gente sin disfraz.

—¿Abajo? —pregunté.

—Sí. Ahora, ponte esto en tu muñeca —me dijo, entregándome una pulsera de silicona roja que el barman le había entregado.

—¿Para qué es esto? —pregunté.

—El rojo significa que estás estrictamente aquí como observadora y no estás disponible.

—¿Disponible para qué? —pregunté confundida.

—Para otro dominante. El club utiliza un sistema de color como protocolo para sus invitados. El rojo significa que solo estás disponible para mí y para evitar cualquier avance no deseado —explicó—. Si usaras la azul, significaría que estás disponible con mi permiso. Aquellas que llevan verde envían el mensaje de que son libres para cualquier dominante.

Consideré sus palabras mientras me entregaba la bebida que había pedido.

—¿Alguna vez me harías usar otro color? —pregunté con sincera curiosidad.

—Terminemos esta noche, ¿de acuerdo? Sé que tienes preguntas, pero guarda silencio por unos minutos. Ahora mismo, solo quiero que observes.

—¿Qué debo ver?

—La gente.

Escaneé la habitación. Sonando en lo alto había una especie de música

suave, casi caprichosa. Algunas personas estaban de pie y charlaban, otras se mezclaban en varios sofás y sillas.

Mi mirada se movió hacia la derecha y se posó en tres personas sentadas en un sofá de cuero. Había dos mujeres vestidas como felinas sexys, sentadas a cada lado de un hombre vestido de vampiro.

Su disfraz le quedaba bien porque parecía como si quisiera morder a una o a ambas mujeres. Lo vi colocar una mano en el costado del cuello de una mujer, mientras la otra mujer le pasaba una mano sugerente por el muslo. Ella no llegó a la marca, antes de mover su mano hacia su rodilla. Sentí que me sonrojé de repente al darme cuenta de por qué Alexander me dijo que mirara. La escena que se desarrollaba ante mí era de seducción.

Me llevé la copa de vino a los labios y bebí un largo trago.

Podía sentir los ojos de Alexander sobre mí mientras yo observaba. Después de un momento más, las tres personas se levantaron y salieron por una puerta lateral.

—¿Adónde van? —pregunté.

—O bien arriba a la sala común y suites privadas o abajo, al calabozo.

—¡Calabozo! —exclamé. Había leído sobre lo que sucedía en las mazmorras BDSM. De repente aparecieron en mi cabeza imágenes de mujeres y hombres vestidos con vinilo ceñido, todos atados y amordazados en jaulas.

—¡Shhh, Krystina! Baja la voz. No es lo que piensas.

—Bueno, entonces, ¿qué es? —murmuré.

—Ahí abajo es como un club de baile. Más o menos. Vamos, te lo mostraré —dijo, tomando mi mano.

Me condujo por un pasillo largo y estrecho hasta la puerta por la que habían pasado las tres personas. La iluminación era tenue, pero pensé que estaba destinada a dar una sensación acogedora y atractiva al pasillo. Sabía que la sensación siniestra estaba estrictamente en mi propia cabeza.

Doblamos una esquina y me puse rígida. El pasillo se había dividido. A la izquierda, había una escalera que solo podía asumir que conducía a las suites privadas que Alexander había mencionado. Varias personas subían y bajaban por los amplios escalones. A la derecha, había una puerta negra con una enorme cabeza de gárgola encima. Un letrero que decía 'El Calabozo' colgaba sobre la cabeza del monstruo.

En serio, estaba empezando a asustarme.

—¿Quieres bajar o quieres volver al salón? —me preguntó Alexander.

—¿Qué hay de la sala común que mencionaste?

—Oh no. No estás lista para subir allí —hizo una pausa y pareció pensativo—. En realidad, no creo que alguna vez estés preparada para eso.

—¿Por qué no?

—Confía en mí esta vez. A menos que tengas un interés repentino en las orgías, no creo que te guste.

—Ah, no... um, podemos seguir adelante... al Calabozo, quiero decir —tropecé en mi intento de enmascarar la vacilación que sentía. No quería que pensara que era una gallina. Después de todo, fui yo quien lo presionó para venir aquí en primer lugar.

—Estás muy asustada esta noche, pero no hay nada de qué preocuparse. Estoy aquí contigo —dijo de manera tranquilizadora, frotándose los hombros—. Pero tengo que advertirte, casi cualquier cosa vale allí abajo. No estoy seguro de lo que encontraremos esta noche.

—Estoy bien. Vamos.

Abrió una puerta negra y apareció a la vista un conjunto de largas escaleras de caracol. El fuerte ritmo de la *house music* asaltó mis oídos. En realidad, era sorprendentemente fuerte, ya que no había escuchado ni un solo rastro de la música cuando estábamos en el pasillo o en la tranquila sala de estar.

Cuando llegamos al final de la escalera, un mundo completamente nuevo se abrió ante mí, revelando un mar retorcido de cuerpos danzantes. Algunos estaban disfrazados y, tal como había predicho Alexander, algunos vestían ropa normal. Vi a algunas personas vestidas con cuero y tachuelas, pero ahora sabía lo suficiente como para saber que esas personas no estaban vestidas para la diversión de Halloween, sino para ese estilo de vida.

Mi mirada viajó desde la pista de baile hasta los altos techos abovedados. Estos eran extremadamente altos para un sótano, fácilmente de cinco metros de altura. Alrededor de los bordes de la sala, había una plataforma enjaulada llena de más hombres y mujeres bailando. Mi pie empezó a dar golpecitos al ritmo de la palpitante música. Las ganas de bailar me invadieron y tomé la mano de Alexander.

—Vamos a bailar —le dije, instándolo a que se dirigiera a la pista de baile.

—Definitivamente no. No vas a bailar en esta pista.

—¿Por qué no?

—Una chica como tú no bailará mucho ahí —dijo secamente, señalando con la cabeza hacia la pista de baile. Pellizqué mi cara en confusión.

—¿Que se supone que significa eso?

—No importa. En vez de eso, podemos subir —dijo, señalando las plataformas enjauladas.

Subimos por la pequeña escalera de metal que conducía a la plataforma. Alexander se abrió paso a codazos entre la multitud de gente que bailaba hasta que llegamos a un lugar un poco más apartado. Me dio la vuelta y acercó mi espalda a su pecho. Pensé que quería bailar conmigo por detrás, pero cuando comencé a aplastarme contra él, me hizo quedarme quieta.

—Espera. Quiero que veas algo primero. —Apenas podía escucharlo por la música, y me llevé una mano a la oreja, indicándole que hablara más alto. Se inclinó más cerca y dijo: —Mira allá abajo. ¿Ves por qué no quería que bailaras allí?

Miré hacia dónde apuntaba su dedo. No pude evitar que se me escapara un grito ahogado. Abajo, en medio de la pista de baile, había un escenario elevado que no había visto antes. Dos hombres ataban a una mujer desnuda a una cruz de San Andrés.

Una vez que estuvo asegurada, uno de los hombres se inclinó para decirle algo. Fuera lo que fuese, ella asintió con la cabeza y el hombre dio un paso atrás para hablar con el otro hombre. Se movieron fuera de mi línea de visión por solo un segundo o dos antes de que la multitud se separara para crear un gran círculo alrededor del escenario donde estaba expuesta la mujer. De repente, la música se redujo a un ruido de fondo sordo y fue reemplazada por una voz masculina retumbante.

—¡Damas y caballeros! ¡En celebración de las festividades de Halloween, el amo de Kendra ha decidido concederle su deseo de tener una flagelación pública!

¿Qué? ¿En verdad esto es real?

La multitud aplaudía, mientras yo permanecía allí, sintiéndome como si acabara de regresar en el tiempo a la América colonial. Revisé el salón, medio esperando ver suministros y picotas listas.

—Alex, esto está realmente mal....

¡ZAZ!

Salté a la mitad de la frase, cuando el primer azote del látigo cayó sobre la mujer.

—Todo es parte del espectáculo, Krystina.

—Sí, pero.... —Me paralicé cuando se me ocurrió otro pensamiento—. ¿Has participado alguna vez en algo como esto?

—¿Yo? No —dijo con un movimiento de cabeza—. Ya te lo dije, no soy un extremista. Algunas personas se excitan en exhibiciones públicas. A cada uno lo suyo, supongo. Pero ese no es mi estilo.

—Entonces, ¿por qué vienes aquí? —pregunté.

—Vengo por el aspecto social de conocer personas de ideas afines. Las escenas dramáticas de esta magnitud no ocurren con tanta regularidad. El club suele reservarlas para ocasiones especiales, como esta noche por ejemplo. Si me hubiera dado cuenta de que hoy era la Mascarada, probablemente no te habría traído. Puede ser un poco intenso, especialmente para un principiante.

¡ZAZ!

El sonido de otro azote me obligó a mirar hacia atrás a la mujer atada. Tenía curiosidad por saber por qué alguien querría ser azotado así en público. Traté de mantener la mente abierta en lugar de verlo como nada más que un tosco espectáculo.

Después de cada par de latigazos, el hombre que asumí que era su dominante se detenía para masajear con aceite su trasero y sus extremidades enrojecidas. Ella se lo agradecía profusamente, luego él reanudaba los azotes.

¡ZAZ!

La mujer echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar lo que inicialmente pensé que era un grito de dolor. Sin embargo, después de ver su expresión, me di cuenta de que la mujer en realidad estaba llorando de placer. Era fantásticamente absurdo, de una manera retorcida, pero en ello también había algo increíblemente erótico. Finalmente, perdí la cuenta de cuántos latigazos recibió, pero por la forma en que se retorció en la cruz, era evidente que estaba desesperada por ser liberada. Me pregunté cuánto tiempo la haría esperar el hombre.

—¿Cuánto tiempo durará esto? —le pregunté a Alexander.

—Depende. Solo su dominante conoce sus limitaciones. Aunque, espero que probablemente la lleve cerca de su punto de ruptura.

—¿Y luego qué?

—Si él cree que ella se lo ha ganado, le permitirá tener un orgasmo frente a la multitud, o puede elegir ocuparse de ella en una suite privada —me dijo encogiéndose de hombros. Su indiferencia por la escena me desconcertó.

El calor se trasladó a mis mejillas.

—¿Delante de todos? —pregunté con incredulidad.

—Te estás sonrojando, Krystina. ¿Estás disfrutando esto?

—No lo sé... quiero decir, un orgasmo es tan personal e íntimo. No me puedo imaginar tener uno en público —dije con sinceridad—. Y tampoco puedo decir que una demostración pública de dominio me produzca algo.

Escuché a la mujer gritar de nuevo y la simple curiosidad me hizo voltear para ver qué estaba pasando. La habían reposicionado mientras hablaba con Alexander. Ya no estaba atada a la cruz, sino inclinada sobre una especie de banco elaborado para azotes. Su trasero estaba en alto en el aire, exponiendo su sexo para que todos lo vieran. Debería haberme sentido avergonzada por la mujer desnuda, pero la reverencia que le mostraba su dominante me hizo sentir diferente. Era como si adorara la sexualidad del cuerpo de la mujer.

Pasó el flagelador arriba y abajo por su espalda, reduciendo la velocidad sobre su punto dulce para rozarlo suavemente. De vez en cuando, se inclinaba para susurrar palabras que solo ella podía oír, y su cuerpo se retorció en respuesta. Esto duró lo que parecieron eones, pero probablemente solo pasaron unos minutos antes de que finalmente le mostrara un poco de piedad. Porque cuando se inclinó hacia su oreja por última vez, alcanzó debajo de ella para tirar de sus pezones erectos. Esa simple acción hizo que la mujer se tambaleara.

Su orgasmo sacudió todo su cuerpo y el aire pareció zumbir. Cada individuo que estaba presente en el Calabozo podía sentir la magnitud de su placer. Mi entorno parecía surrealista. Volví a mirar a Alexander solo para ver sus ojos llenos de preocupación.

—¿Estás bien, ángel? Tienes una expresión extraña en tu rostro.

No estaba segura de qué decir, incapaz de encontrar las palabras para describir lo que estaba pensando. La escena que acababa de presenciar me dejó relativamente aturdida. Sin embargo, estaba excitada de la manera más indescriptible. La intimidad y la confianza mostradas entre la pareja en la plataforma estaba en un nivel de proporciones épicas. Ella era la definición de la máxima rendición y le había cedido al hombre el control completo de su cuerpo, de una manera que yo nunca lo había hecho con Alexander. Y por primera vez, me di cuenta de lo que Alexander quería decir acerca de que la confianza es la raíz del BDSM.

—¿Honestamente, Alex? Creo que es solo el entorno en el que nos encontramos. Está confundiendo mis pensamientos. Todo el lugar apesta a sexo.

Se rió y me rodeó con fuerza con sus brazos.

—Estaba un poco nervioso, pero lo manejaste mejor de lo que pensé —

admitió Alexander. Se echó hacia atrás para mirarme, con solo un leve indicio de preocupación aún visible en sus llamativos ojos azules. —¿Por qué no bajamos y tomamos otra copa? Parece que una te vendría bien.

La fuerte música del club volvió, el sonido era casi ensordecedor comparado con unos momentos antes.

—Eso parece ser una buena idea. Creo que un espectáculo fue suficiente para mí.

Bajamos los escalones hasta la planta baja de El Calabozo y nos dirigimos al abarrotado bar. Sobre la barra había un cartel de madera que decía 'Cantina Servil'. Sin embargo, pasamos por alto esa barra en particular y pasamos a la siguiente. Esta área era, por mucho, la más elegante de las dos, con muebles lujosos y mini mesas acordonadas en secciones más privadas con visillos negros ondulantes. Este bar tenía un cartel de metal que decía "Cocteles de Soberanía.

Reí disimuladamente después de darme cuenta del significado detrás de los letreros.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Alexander.

—Los nombres de los bares en este lugar —le dije y me reí de nuevo—. Tienen una barra para el amo y otra para el sirviente. Simplemente lo encuentro gracioso.

—No olvides la de allá —dijo, señalando otra barra del otro lado del camino. Miré y vi un letrero que decía 'Desembarco de la reina'. Después de mirar a los clientes, no fue difícil averiguar por qué se llamaba así.

—¿No quieres ir a ese? —pregunté con un guiño.

La boca de Alexander se convirtió en una sonrisa torcida ante mi broma.

—Ángel, hay ciertas cosas que *no* hago. Ahora, ve si puedes encontrar una mesa libre mientras trato de localizar a un barman.

Escaneé el área en busca de asientos disponibles, pero dada la multitud en el club, no parecía haber nada libre.

Cuando Alexander regresó con nuestras bebidas, se lo dije.

—¿Podemos ir a la sala VIP?" sugirió—. Es un poco más tranquilo allí.

—Está bien. Seguir de pie está bien para mí. Además, así puedo bailar contigo. —Moví las cejas y me acerqué a él. Colocando una mano en su cadera mientras balanceaba mi bebida con la otra, moví mis caderas al compás de la música—. Gracias por traerme aquí esta noche. Este lugar es definitivamente... bueno, diferente. Pero creo que estoy empezando a comprender lo que quieres decir con que la confianza es la base de todo.

—Hmm —murmuró Alexander en mi oído—. Me alegro por eso. Pero personalmente, no puedo esperar a llegar a casa y atar tus inquietas caderas.

Me estremecí de anticipación.

—Espero que no esperes que te llame 'mi amo' —bromeé—. Todavía tenemos un largo camino por recorrer antes de que pueda hacerlo.

La mano de Alexander de repente se puso rígida en mi hombro, haciéndome pensar que había dicho algo malo. Dejé de bailar para mirarlo. Lo que sea que estaba detrás de mí había llamado su atención, y sus ojos brillaron con rabia. Me volví para ver qué era y vi a una hermosa pelirroja caminando hacia nosotros. Gemí por dentro.

¡Uf! ¿Otra pelirroja?

—Hola, Alex —ronroneó cuando nos alcanzó.

—Lárgate, Sasha —le espetó Alexander. Podía sentir su tensión aumentando, su agarre cada vez más fuerte en mi hombro.

La chica dio vueltas lentamente a mi alrededor, evaluándome. Sentí que me estaba acosando. Su mano se extendió y se envolvió alrededor de mi cuello, tomándome por sorpresa. Su agarre era suave, pero firme al mismo tiempo.

Es una dominante.

Me quedé paralizada, sin saber qué hacer. Quería apartar su mano de una palmada, pero ciertamente no quería hacer una escena. Por lo que vi en la pista de baile, era muy posible que este fuera solo otro comportamiento normal en El Calabozo.

—Es suficiente —dijo Alexander, apartando su mano—. No estamos aquí para esto. Solo estamos como observadores.

—Alex, no seas grosero. Claramente ella es tu sumisa. Es de buena educación que la compartas con un compañero dominante —dijo dulcemente, alcanzando mi pecho. Dejé escapar un grito ahogado de sorpresa cuando me pellizcó el pezón a través de la fina tela de mi blusa.

Mi respiración se aceleró y mis mejillas enrojecieron, sorprendida por su descaro.

—No —reafirmó con los dientes apretados.

Miré de un lado a otro entre los dos. Parecía el gato que se tragaba al canario, mientras que Alexander parecía como si fuera a arrancarle la garganta a la mujer. Nunca lo había visto lucir tan visiblemente enojado.

—¿Por qué no la dejas decidir? Mira lo enrojecidas que están sus mejillas. Parece que se está divirtiendo —desafió.

Alexander me miró, sus ojos azules interrogando en silencio. No estaba segura de qué hacer. Mi repentina excitación era inexplicable. Tal vez fue por mirar a la mujer en la cruz. O tal vez estaba entusiasmada con la sexualidad descarada que prevalecía en cada rincón del club. Fuera lo que fuese, no se podía negar que el toque de Sasha era completamente excitante, por una razón u otra.

Le devolví la mirada a Alexander, tratando de descifrar lo que estaba tratando de decirme, cuando de repente recordé cierta palabra que una vez había resaltado en rojo.

Tríos, ménage à trois.

Parecía que hacía toda una vida Alexander y yo nos habíamos sentado en su oficina y habíamos repasado la lista de limitaciones. Un trío estaba entre mi lista de límites difíciles. Pero, de igual forma, todo lo anal. Fue inquietante darme cuenta de lo rápido que había cambiado de opinión sobre cosas que una vez dije que nunca haría.

—¿Has compartido antes una sumisa con otros? —pregunté. Sus ojos se clavaron en mí, pero pude sentir su vacilación. Parecía en conflicto, como si estuviera decidiendo cuánto revelar.

—Sí —respondió finalmente.

Eché un vistazo más de cerca a Sasha. No era tan bonita como había pensado inicialmente. Su color natural de cabello era rubio, ya que podía ver las raíces debajo del rojo fuego artificial. Sus fríos ojos grises eran demasiado pequeños en su rostro y estaban fuertemente manchados con un delineador negro como la medianoche. Su boca estaba levantada en una burla arrogante, dándole un aire de malevolencia.

Me volví hacia Alexander, en conflicto por la inesperada propuesta, no tan bien aceptada.

—¿Quieres que haga esto? —pregunté. No respondió, pero no fue necesario. Pude ver el ardor en sus ojos.

—Ya que esta es su primera vez, seré suave con ella —dijo con aire de suficiencia a Alexander. Me agarró la pechera de mi blusa y me acercó. Capté brevemente el brillo triunfal en sus ojos, antes de que su lengua se deslizara por mi cuello. Sus dientes agarraron el lóbulo de mi oreja y su aliento estaba caliente en mi oído mientras susurraba: —Tan fresca... ¿qué te haré hacer?

De repente, tuve miedo. Estaba muy asustada.

Oh, Dios mío. ¡No estuve de acuerdo con esto! ¿Cómo llegó a este punto?

Todo había sucedido tan rápido que tuve poco tiempo para procesar la

situación, pero sabía que esta mujer no estaba jugando.

Antes de que pudiera siquiera pensar en cómo reaccionar, fue apartada abruptamente de mí. Alexander se interpuso entre nosotras dos.

—Quítate de encima, Sasha. No la vas a manchar con tus ideas retorcidas sobre la dominación —gruñó Alexander siniestramente.

—Aguafiestas —hizo un puchero y lo *calló*—. Pensé que podríamos divertirnos un poco con esta.

—Ve a buscar a alguien más a quien acosar. Hemos terminado aquí.

—Oh, Alex. ¿No te he enseñado nada? —ronroneó.

—Me enseñaste lo suficiente —escupió—. Y algunas lecciones que nunca olvidaré.

¿De qué están hablando? ¿Quién es esta mujer para él?

Una sonrisa de complicidad estaba plasmada en el rostro de Sasha. Yo, por otro lado, sentía que mi cabeza daba vueltas y apenas podía seguir el ritmo.

—¡Oh, vamos! —continuó—. No me digas que todavía estás molesto por todo el asunto de Will.

¿Will?

Alex dio un paso más hacia ella. Estaba a escasos centímetros de su cara, la mandíbula se crispaba y los puños los tenía apretados con ira. Sus ojos brillaban con odio puro, y por un momento me asusté. Pensé que en realidad podría golpearla.

—No me presiones —siseó—. Te dije que te largaras. No voy a volver a decirlo.

—Muy bien entonces. Tú pierdes. Quizás la próxima vez —afirmó con total naturalidad.

Pareciendo completamente imperturbable por la ira de Alexander, se alejó tranquilamente con sus caderas balanceándose seductoramente a su paso.

—¿Qué *diablos* acaba de pasar? —exigí, alarmada después de ver a Alexander casi perder el control total. Se pasaba las manos por el cabello y parecía muy afectado por la confrontación.

—Lo siento, Krystina. Sasha es una perra sádica y no debí haberla dejado llegar tan lejos.

—No es difícil imaginar a esa mujer con látigos y cadenas. Con todo el cuero que llevaba, parecía que podía ser la chica del cartel de '*Dominatrix R Us*' —dije con sarcasmo.

—En realidad, es una 'cambiante'.

Puse los ojos en blanco con exasperación.

—¡Ni siquiera sé lo que eso significa! —grité, completamente indignada por todo lo que acababa de pasar. Bajé la voz a un nivel que apenas se podía escuchar con la música tan fuerte. Lo último que necesitábamos era atraer atención no deseada—. Explícame, por favor.

—Significa que puede jugar ambas posiciones. Te hablé de mi primera sumisa. Bueno, Sasha fue quien interpretó el papel.

—Bien, entonces, ¿qué tiene eso que ver con Will? Supongo que se refería a Will Murphy.

—Sí —dijo con voz resignada. Will solía ser su sumiso, al menos hasta que se aburrió. Luego planeó un *trío*, completamente sin el conocimiento de Will o mío.

Mis ojos se agrandaron cuando las piezas del rompecabezas comenzaron a juntarse.

—¿Tú y Will? ¿Tú... um, ya sabes? —comencé.

—¡Diablos, no! —exclamó, sonando completamente horrorizado—. Nunca llegó tan lejos. ¿No acabo de decirte que hay ciertas cosas que *no* hago?

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —me disculpé rápidamente—. No quise insinuar nada.

—Sí, bueno... William Murphy por otro lado, es un bateador de cambio. Y también sé que su familia irlandesa es católica incondicional. Sus payasadas en el dormitorio no son algo que quiera que se dé a conocer. No hace falta decir que las cosas han sido muy incómodas entre nosotros desde entonces. Además, me culpa de que Sasha lo haya dejado.

—Lo entiendo —dije, comprendiendo mejor por qué las cosas entre Alexander y Will habían estado tan tensas.

Alexander se pellizcó el puente de la nariz y movió la cabeza de un lado a otro con agravio.

—No sé tú, pero ya tuve suficiente por esta noche. Vuelvo enseguida. Voy al baño y luego nos vamos —anunció Alexander.

No podría estar más de acuerdo mientras lo veía alejarse. La atmósfera se había vuelto tensa y luché por tratar de absorber el giro completamente oscuro de los acontecimientos. Estaba empezando a preguntarme por qué en primer lugar había querido venir aquí.

Miré a la gente del club. Algunos estaban bailando, mezclándose y hablando, mientras que otros tanteaban y acariciaban. La mayoría vestían escasamente. Ya sea que estuvieran disfrazados o con un atuendo normal, no

había ninguna modestia entre la multitud.

Noté a un hombre sentado con dos mujeres en una mesa a no más de tres metros de mí. Una de las mujeres llevaba una máscara de la mascarada y un corsé que dejaba sus senos completamente expuestos, mostrando los pezones apretados con abrazaderas de metal con joyas. La otra mujer llevaba cuernos de diablo y estaba sentada con las piernas abiertas. La mesa escondía muy poco, y pude ver que el hombre tenía su mano metida en su pequeña excusa de falda. Habiendo notado que los estaba mirando, los ojos de la mujer con cuernos se clavaron en los míos y sonrió sugestivamente.

Rápidamente me di la vuelta y comencé a sentirme mal del estómago.

¿Por qué estoy aquí? Esta no soy yo.

—Bueno, bueno. Este es el último lugar donde pensé que te vería —dijo una voz familiar detrás de mí. Me congelé por el sonido.

No puede ser. No... por favor, no.

Me di la vuelta, rezando por confundir la voz arrogante y confiada. Pero no me equivoqué.

Era Trevor.

Krystina

SENTÍ MI INTERIOR RETORCERSE Y EL MALESTAR EN MI ESTÓMAGO SE intensificó. Tragué la bilis que brotaba de mi garganta. Era todo lo que podía hacer para evitar vomitar por todo el suelo. Mi corazón se aceleró y mi respiración se volvió irregular. No había visto ni escuchado de Trevor desde ese terrible día, casi dos años antes, pero nunca pensé que me sentiría así si nuestros caminos se volvían a cruzar.

Era como si el suelo se hubiera desprendido debajo de mí y estuviera cayendo en un pozo interminable sin nada más que oscuridad. Podía sentir que el pánico aumentaba, así que rápidamente le di la espalda en un esfuerzo por fingir que no existía.

Respiraciones profundas. Dentro y fuera. Estás bien.

—Oh, vamos, Krys. ¿Ni siquiera puedes saludar? O mejor aún, ¿qué tal si subimos para echar una rápida cogida? Ya sabes, por los viejos tiempos.

¡Hijo de puta!

Un calor furioso inundó instantáneamente mis mejillas por su audacia. Giré sobre mis talones para enfrentarlo, toda mi ansiedad era reemplazada por una rabia pura y sin adulterar.

—¡TÚ! No tienes permitido hablar conmigo. ¡Nunca! —Vociferé con los dientes apretados. No quería nada más que arrancar la mirada de suficiencia de su rostro.

—No seas así —dijo en tono apaciguador—. Ha sido un largo tiempo. Te ves bien, Krys.

Ignoré su pobre intento de adulación y entrecerré los ojos. Mirándolo fijamente, traté de no parecer afectada y parecer tan arrogante como él.

—No puedo decir lo mismo de ti. Todavía me pareces el mismo cerdo asqueroso de siempre. No debería sorprenderme que ahora estés en un lugar como este. Al menos aquí tienes permiso para abusar de las mujeres —le dije. Mi voz amenazaba con vacilar, pero estaba lo suficientemente controlada

como para cargar mi tono con sarcasmo mientras señalaba el club que nos rodeaba.

—Siempre me gustó esto —dijo a sabiendas. Me miró de arriba abajo, como si me viera bajo una luz completamente nueva—. Debo decir, sin embargo, que si hubiera tenido alguna idea de que compartíamos intereses similares, podría haberlo pensado dos veces antes de tirarme a Lisa.

Imágenes de un dormitorio de la universidad aparecieron ante mí. La rubia de piernas largas con la que lo atrapé había estado atada al marco de la cama de metal barato.

¿Cómo es que no lo había recordado antes?

Negué con la cabeza para aclararlo.

—Vete, Trevor —estaba furiosa.

—Sigues enojada conmigo. Pero está bien, me gustas enojada. Significa que tendré más pelea contigo la próxima vez.

El temblor que había logrado mantener a raya hasta ese momento volvió con toda su fuerza. La niebla que era mi memoria comenzó a desplazarse, y los detalles largamente suprimidos me golpearon de lleno en el pecho. Sentí como si me hubieran quitado el aire, un dolor tan familiar que me obligó a recordar lo que había pasado. Mis confusos recuerdos de repente se aclararon como el día.

Me defendí. Siempre supe que debía haberlo hecho, ya que tenía moretones y huesos rotos para demostrarlo. Pero nunca recordé completamente todos los detalles.

Ahora recuerdo.

Había arañado, mordido, golpeado y pateado. Pero cada intento que hacía me resultaba en otro golpe de su puño.

Y la lámpara. Se había caído de mi mesa de noche. La había usado para romperme dos costillas. Había sido con la lámpara.

No pude moverme después de que me golpeó con ella, el dolor era tan insoportable que solo pude quedarme allí como un peso muerto mientras él me destrozaba. Hice una mueca de dolor al recordarlo, el dolor era tan fresco como había sido dos años antes.

Vagamente me di cuenta de que Trevor se estaba riendo, lo que forzó mi atención a volver al presente. Su fácil rechazo de la violencia que había soportado hizo que mi furia aumentara a un nivel asombroso. Necesitaba que se fuera antes de hacer algo drástico.

—Dije que te fueras, Trevor. Esa es la última vez que lo voy a decir. —Mi

voz tembló, haciendo que la advertencia discernible sonara patética.

—¿O qué?

Cuadré mis hombros y lo miré directamente a los ojos. No permitiría volver a dejarme intimidar por él.

—Estoy aquí con alguien. Créeme cuando digo que no debes estar aquí cuando él regrese.

—Tal vez podría unirse a nosotros —sugirió con un guiño, acercándose a mí. Cuando su mano hizo contacto con mi brazo, sentí como si me hubiera quemado.

—¡No me toques, *nunca*! —Exploté alejándome de él—. ¡No me mires! ¡No me hables! ¡Tan solo aléjate de mí!

Trevor saltó hacia atrás, sorprendido por mi arrebato. Si hubiera tenido la oportunidad, le habría arrojado algo, cualquier cosa para infligir algún tipo de daño en la cara que odiaba por encima de todo lo demás. Sin embargo, un miembro de la seguridad del club apareció de la nada y se interpuso entre Trevor y yo.

—¿Hay algún problema, señorita?

—No hay problema en absoluto —respondió Trevor por mí, con las manos levantadas en señal de rendición—. Solo un malentendido.

—¿Está segura de que está bien? —el tipo de seguridad me preguntó de nuevo. Era un hombre grande, fornido, de ojos pequeños. Llevaba una camiseta negra con letras amarillas con su título de Gerente de Seguridad de Piso. No me parecía digno de confianza, así que asentí con la cabeza y me di la vuelta.

—Creo que será mejor que se ponga en camino —le sugirió el gerente a Trevor.

—Claro. Ya me estaba yendo. De cualquier manera, a esa ya la toqué. Es una mierda asquerosa —escuché decir a Trevor.

Miré por encima del hombro solo para ver a Trevor observándome, pero retrocedió y desapareció entre la multitud.

No podía hablar. Mis nervios estaban disparados y temblaba tanto que mis rodillas amenazaban con doblarse. Necesitaba sentarme en algún lugar. Pero, sobre todo, necesitaba dejar este lugar.

¿Por qué está tardando tanto Alexander?

Pensé en irme sin él, pero encontré un taburete del bar libre y me senté. Escaneé el mar de personas a mi alrededor, pero en realidad no los veía. Me sentí como si estuviera en un mal sueño, como si mi entorno fuera solo una

ilusión. Y por segunda vez esa noche, me pregunté por qué había tenido tantas ganas de venir aquí. Con mi historia, un lugar como este debería haberme aterrorizado. Todo en el club gritaba dominación, lo mismo que había evitado durante años.

Entonces, ¿por qué lo quiero de parte de Alexander? ¿O no?

Quizás había algo mentalmente mal en mí. Había leído sobre mujeres que seguían cometiendo los mismos errores, sobre las que saltaban de una situación de abuso a la siguiente. Buscan neuróticamente relaciones que reflejen las anteriores con la esperanza de que de alguna manera resulten diferentes.

¿Mi propia historia traumática me hace elegir las cosas equivocadas?

La música fuerte del club pulsaba al ritmo de los rápidos latidos de mi corazón mientras consideraba la posibilidad. Pensé que disfrutaba de las cosas que Alexander y yo hacíamos juntos, y mi relación con él era diferente a la de Trevor. Sin embargo, ahora me preguntaba si realmente eran o no lo mismo.

¿Me estoy engañando a mí misma?

Comencé a analizar cada emoción que tenía alrededor de Alexander, sin saber si lo que sentía era real o si era algo retorcido en mi psique. Sin embargo, sabía que estaba sacudida por una extraña secuencia de eventos que tuvieron lugar durante las últimas horas. Entre mi madre, el club, Sasha y ver a Trevor, era casi imposible pensar con claridad y racionalidad.

Pero no importaba cuál era la causa de mi angustia, el daño ya estaba hecho. Las líneas ahora estaban borrosas. Ya no sabía quién era ni qué quería.

Solo sabía que era hora de reevaluar todo en mi vida, incluida mi relación actual con Alexander.

Alexander

ME ECHÉ agua fría en la cara y me miré en el espejo. Un bastardo cansado me miraba fijamente. La tensión por lo que pasó con Sasha me había agotado, y lamenté mi decisión de haber traído aquí a Krystina.

La expresión de su rostro, cuando Sasha prácticamente la había agredido, era una que no olvidaría pronto. Parecía confundida y aterrorizada a la vez, pero era la mirada de acusación la que me perseguiría durante un tiempo.

Sabía que tenía la culpa. Krystina no era mundana para personas como

Sasha y debí haberla protegido mejor. Mi única defensa fue que no me di cuenta de cuánto destacaría Krystina en el Club O. Su ingenuidad y sed de conocimiento eran como el blanco de todos los depredadores del lugar.

Dado eso, y mi nuevo conocimiento de su traumático pasado, debería haber seguido mis instintos originales. Mi club no era un lugar para ella y ya era hora de que la sacara de aquí.

Empujé la puerta del baño de hombres y me dirigí hacia donde había dejado a Krystina. Sin embargo, me alarmó al instante cuando la vi. Estaba sentada en un taburete de la barra con los brazos cruzados con fuerza alrededor de su cuerpo. Sus ojos estaban tan abiertos como platos y tenía un tono blanco espantoso.

—¿Qué sucede? —pregunté una vez que la alcancé. Puse mi mano en su hombro, solo para sentirla temblar—. ¿Por qué estás temblando tanto?

Ella me miró con una mirada en blanco.

—Solo quiero irme, Alex. Por favor llévame a casa.

—Bien. Ángel, lo siento mucho —me disculpé, frotando mis manos por sus brazos—. Nunca debí haberte traído aquí. Esto fue un enorme error. Cuando regresemos a mi casa, te prepararé un baño caliente y

—No, Alex. Quiero ir a casa. A mi apartamento, no al tuyo —dijo interrumpiéndome a mitad de la oración. Dejé de frotar sus brazos y la miré más profundamente a los ojos. Sus hermosos ojos cafés, normalmente tan expresivos y llenos de vida, parecían sorprendentemente vacíos.

Lo que sea que ella estaba pensando no era algo que quisiera discutir en un club ruidoso y lleno de sexo. Acepté su pedido fácilmente, con la idea de que podría cambiar de opinión acerca de volver a casa una vez que saliéramos del edificio.

—Si eso es lo que quieres hacer —le dije.

Subimos las escaleras y volvimos al salón principal. Cuando estábamos caminando, traté de poner mi brazo alrededor de los hombros de Krystina, pero ella se apartó de mí. Su rechazo dolió, pero era comprensible. Tenía derecho a estar enojada.

Soy un idiota por exponerla a esto.

Estaba a punto de decírselo cuando un hombre se paró frente a nosotros y bloqueó nuestro camino hacia la puerta. Era de estatura promedio con cabello rubio arena, pero tenía ojos sospechosos. Sentí que Krystina se ponía rígida a mi lado.

—Fue bueno verte de nuevo, Krys. Disfruta el resto de tu noche —dijo

fácilmente. Sin embargo, su tono era casi burlón y había algo turbio en la forma en que la miraba lascivamente.

Al instante odié al hombre.

Ladeando mi cabeza hacia un lado, lo miré fijamente.

—¿Y usted es...? —pregunté con frialdad.

—Un viejo amigo. ¿Verdad, Krys? —respondió, lanzándole un guiño a Krystina.

—Vamos, Alex —dijo Krystina. No se podía negar el hecho de que este tipo la estaba poniendo nerviosa por alguna razón.

¿Es él la causa de su malestar?

Quizás no fue el incidente con Sasha en absoluto.

Krystina se apresuró a pasar por delante de quien fuera el imbécil, sin molestarse en esperar a ver si yo la seguía. Estaba destrozada. Una parte de mí quería quedarse atrás y golpear al extraño por el mero hecho de que estaba molestando a Krystina. Sin embargo, después de decidir que era mejor no dejarla más tiempo sola esa noche, le lancé una mirada amenazante al chico y corrí hacia la salida.

Cuando salí del club, vi que Krystina ya estaba a la mitad del estacionamiento. Tuve que correr para alcanzarla.

—¿Quién era ese tipo? —pregunté después de llegar a ella.

—Nadie —fue todo lo que dijo.

—Mierda. ¿Quién era? —pregunté de nuevo. Continuó caminando en silencio, pero no me respondió. Estaba empezando a enojarme seriamente. La agarré del brazo y la giré para mirarme—. ¿Quién era ese tipo, Krystina?

Ella miró mi mano apretando su brazo, luego a mi cara. Su expresión estaba llena de furia y sus ojos estaban vidriosos por las lágrimas no derramadas.

—Suelta mi brazo. Ahora —dijo con frialdad.

Sorprendido de haber perdido los estribos, instantáneamente la solté y di un paso atrás. Mi intención era simplemente llamar su atención y no tenía la intención de sujetarla de esa manera.

Esta es la segunda vez que pierdo la calma esta noche.

Caminamos el resto del camino hasta el auto sin hablar. Una vez que estuvimos sentados, encendí la calefacción para evitar el frío. Estuve a punto de dar marcha atrás, pero decidí no hacerlo. Quería hablar primero.

—¿Vas a decirme ahora quién era ese tipo?

—No —dijo, con una expresión completamente inexpresiva.

Fruncí los labios con molestia. Lo descubriría de todos modos, pero sería un dolor de cabeza menos para mí si me lo dijera ella misma.

—Bien. Entonces al menos dime qué estás pensando.

—Tú y yo... —hizo una pausa para mover su mano hacia adelante y hacia atrás—. Y nuestra relación. No es normal.

—Normal es solo cómo lo define un individuo, Krystina.

—No. Es que no somos sanos el uno para el otro —dijo en voz baja.

—¿Que se supone que significa eso?

Cerró los ojos por un momento, luego los abrió de nuevo para mirarme fijamente. Ya no parecía enojada, pero resuelta. Mi corazón comenzó a martillar dentro de mi pecho, ya que sabía lo que iba a decir a continuación. Ella iba a intentar acabar con lo nuestro antes de que tuviéramos la oportunidad de empezar.

Lo arruiné todo.

Contuve la respiración y esperé a que hablara.

—Conoces mi pasado... —comenzó, "...sabes que he experimentado violencia de la peor clase. Y aunque no has compartido tu historia conmigo, sé que tienes tus propios demonios que provienen de un padre abusivo. Esas dos cosas combinadas... bueno, digamos que un psiquiatra podría escribir un libro sobre nosotros.

Su expresión era fría y distante, sus palabras sonaban como si las hubiera estado practicando frente a un espejo durante días. No era ella quien hablaba. Esta persona sombría y de mal genio no era mi ángel.

—Estás alterada por todo lo que pasó con Sasha —traté de descartar—. No puedo disculparme lo suficiente por eso. Te está haciendo decir tonterías.

—¿De verdad crees que eso es todo?

—Sí.

—Ambos tenemos serios problemas de confianza —aseguró.

—Krystina, la confianza no va a suceder de la noche a la mañana. Se necesita tiempo —traté de decirle pacientemente.

—Hmm —reflexionó—. Me pregunto cuánto tiempo tendría que pasar antes de que me contaras que tu madre está viva.

Me quedé inmóvil, como sacudido por una descarga eléctrica al escuchar que ella sabía de mi madre. El hecho de que ella esperara hasta este momento para compartir sus conocimientos me puso en guardia y las palabras de mi amigo Matteo resonaron en mi cabeza.

Los secretos nunca permanecen ocultos por mucho tiempo.

—¿Dónde escuchaste eso? —pregunté después de varios momentos.

—¿Realmente importa, Alex? Porque incluso ahora, todavía no lo estás admitiendo.

Ella tenía razón. No podía decírselo. Y probablemente nunca lo haría. Había demasiado en juego.

—¿Qué quieres decir? —espeté, sintiendo que mi temperamento empezaba a elevarse nuevamente—. No sé lo que estás tratando de lograr con todo esto.

—Lo he dicho antes, y lo diré de nuevo. No importa cuánto lo intentemos, nuestro pasado ha dado forma a quienes somos hoy.

—¡Maldita sea! Estás tan empeñada en hablar del maldito pasado. Tú eres tú. Yo soy yo. Fin de la historia. ¿Por qué seguimos haciendo esto?

—¡Porque tengo que hacerlo! —ella gritó—. ¿No lo ves? Es un ciclo sin fin. Pasé de un tipo controlador a otro. ¡Me niego a terminar siendo una estadística, Alex!

—¿De qué estás hablando?

—¡De ti! Por lo que sé, ¡podrías terminar como tu padre! Entonces, ¿dónde me dejará eso?

Sentí que toda la sangre se me escapaba de la cara.

Como tu padre ...

—No —traté de advertir. Negué con la cabeza, incapaz de pensar en nada más que decir, completamente desprovisto de todas las demás palabras.

—No, en serio, tengo que preocuparme por estas cosas. Los estudios muestran que las personas que han sufrido situaciones extremas de violencia tienen más probabilidades de convertirse en

Continuó hablando de algunas tonterías que había leído. Comenzó a citar artículos sobre niños abusados que llegan a la edad adulta y sobre mujeres que pierden su identidad al perderse en una relación abusiva.

Sin embargo, en realidad no estaba escuchando nada de lo que decía. Mis oídos zumbaban, como la réplica al estar demasiado cerca de la detonación de una granada. Sus palabras originales seguían repitiéndose una y otra vez en mi cabeza.

Como tu padre ...

Krystina, sin saberlo, había expresado mi peor miedo y cruzó una línea que no sabía que estaba trazada. Me sentí como si estuviera cayendo libremente en un pozo de la nada, tal como lo había hecho en mi sueño.

Dije lo único que se me ocurrió para que dejara de hablar.

—Zafiro.

Krystina

—¿QUÉ? —PREGUNTÉ, CONFUNDIDA POR EL USO QUE HIZO ALEXANDER DE mi palabra de seguridad.

—Zafiro. He tenido suficiente.

Lo miré a la cara. Estaba retorcido por el dolor, y la magnitud del daño que se mostraba en sus ojos era impactante. Traté de mantener mi corazón bien protegido, pero ahora sentía como si se estuviera partiendo en mil pedazos. Debido a ese dolor, mi decisión de hacer lo que tenía que hacer se solidificó.

—Somos una combinación letal, Alex. No podemos funcionar.

—Quiero que esto funcione.

—Yo también —admití con tristeza.

Extendí la mano para tocar su mejilla. Sus ojos estaban llenos de pesar.

—Traté de advertirte. Te dije que no era bueno para ti —me recordó.

—Tienes razón —estuve de acuerdo y sonreí con nostalgia, pensando en la entrevista de trabajo que parecía haber sido hace una eternidad—. Intentaste advertirme. Debería haberte escuchado. Pero, de nuevo, nunca fui muy buena en eso.

Tracé las líneas de su rostro con mi dedo, memorizando cada detalle. El fuerte contorno de su mandíbula. Sus pómulos cincelados. La boca perfectamente formada que, incluso en ese momento, quería besar. Y sus ojos... los hermosos zafiros que habían iluminado mi alma. Extrañaría más sus ojos.

Retiré mi mano de mala gana y salí del auto.

—¿A dónde vas? —preguntó alarmado.

Parecía sorprendido, como si no pudiera ver lo inevitable. Pero luego me di cuenta de que tal vez él lo veía, pero solo estaba tratando de negarlo.

—Voy a tomar un taxi.

—Ángel, no hagas esto —suplicó.

Lo miré. El dolor me atravesó el pecho, pero lo había decidido.

—Adiós, Alex.

Cerré la puerta del auto y comencé a caminar por el camino de la entrada, largo y sinuoso que nos había llevado al Club O. Alexander no me siguió, pero estaba bien. Sabía que era lo mejor. Estaba tomando la decisión correcta.

Entonces, ¿por qué duele tanto?

En el fondo, sabía la respuesta. Dolía porque me había permitido volverme vulnerable. Le había dado a Alexander una parte esencial de mí. No solo le di mi confianza, sino que también le di una parte de mi corazón que sabía que nunca volvería.

Cuando llegué al final del camino, me deslicé a través de la puerta peatonal que me llevaría a la calle y llamé para que un taxi me recogiera.

Después de terminar la llamada, miré hacia mi celular.

El primer regalo de Alexander.

Levanté la mano para tocar el emblema del triskelion que colgaba de mi cuello. Otro regalo y un recordatorio de una vida que nunca sería.

Su mundo, no el mío.

Los recuerdos de las últimas semanas me inundaron, ahogándome con intensidad. Siguiendo un impulso, abrí la carpeta de música del teléfono y escanéé los títulos de las canciones en cada una de las listas de reproducción de Alexander. Al elegir una canción métrica que se adaptara a mi estado de ánimo, me senté en la acera a esperar.

Una lágrima corrió por mi mejilla, pero no me molesté en secarla. Las lágrimas no estaban mal. Eran sanas y buenas, siempre y cuando me recuperara.

Y eso haría.

Continuará...

NOTAS

Capítulo 1

1 * Nota aclaratoria de la T.: 'Stone' en español significa 'piedra'. Es importante recordar esto ya que en la historia se juega mucho con el significado del apellido.